REGINE DEFORGES

LA HIJA DE LOS LOBOS

Título original:
L'ENFANT DES LOUPS

Traducción de
MANUEL M.ª ESCRIVA DE ROMANI

A Pierre Wiazemsky

REGINE DEFORGES

LA HIJA DE LOS LOBOS

Capítulo primero

LA PIEDRA LEVANTADA, 5 DE DICIEMBRE DE 576

En el hermoso final de una mañana de invierno del año 576, el ruido de una carreta turbó el aire helado del bosque. Apareció en la vuelta del camino, arrastrada por dos enormes bueyes rojos, aureolados por el vapor que salía de sus ollares. Los precedía un hombre que llevaba la aguijada, envuelto con pieles de animales, con las piernas envueltas en trapos sujetos con tiras de cuero, y calzado con zuecos. A cada paso se hundía profundamente en la nieve que había borrado toda huella. Caminaba como un hombre que hubiese visto a Torranis, el trueno personificado. Iba con la cabeza de cabello corto inclinada sobre el pecho. Andaba como andan los seres a los que han retirado de la noche de la tumba.

Sentado en la carreta, apelotonado sobre sí mismo, dormía otro hombre, envuelto en un abrigo de piel de cabra.

Un momento después, aunque continuaron avanzando, los bueyes dieron muestras de inquietud. De pronto, en medio de un claro inundado por el sol, se detuvieron bruscamente, como si ante ellos se hubiese levantado un muro invisible. Sólo el vapor que brotaba de sus cuerpos les daba una apariencia de vida. El hombre de la aguijada siguó su camino sin ver nada. El frío y la inmovilidad despertaron a Romulfo, que miró alrededor sorprendido. No reconocía la vía romana que llevaba a Poitiers. Durante su sueño, el esclavo y los bueyes debían de haberse apartado del camino. Aunque eso no era propio de ellos. Conocían la carretera tan bien como su dueño, o mejor. De súbito, en el silencio que el espeso manto de nieve hacía más intenso, sonó la risa de un bebé.

Resultó algo tan inesperado, en medio de la fría blancura, en ese claro en que la más pequeña brizna, el más pequeño tallo de hierba, lucían con un reflejo ideal de diamantes, que Romulfo creyó que aún estaba dormido y que en su sueño un niño estaba llorando. Pero el sonido se repitió, acompañado esta vez de llantos y gruñidos. El hombre se estremeció. Los bueyes, agitados por temblores, exhalaron un sordo mugido.

La risa seguía sonando, puntuada por gritos de placer y por esa especie de gañido que un hombre de los bosques no puede oír sin sentir miedo. A pesar de su valor, Romulfo lamentó haber dejado a su hermano Albin en la granja de gruesos muros. No, no cabía duda, muy cerca había un niño y lobos... Miró a su alrededor, buscando al esclavo Ursus, no atreviéndose a llamarle por miedo a atraer la atención de la manada. Pese a su estatura y corpulencia, saltó con agilidad de la carreta, hundiéndose en la nieve hasta las rodillas. Sacó de su cinto el afilado cuchillo de guerra que le había dado el intendente Ragnacario a cambio de un tonelete de aguardiente y reconoció el lugar... Mientras caminaba, rezó una breve oración a san Hilario. En un lugar como ése, aquella risa sólo podía ser del diablo o, aún peor, de uno de los muchos dioses galos que habían vuelto al claro donde desde la noche de los tiempos se reunían los druidas para adorar a Hesus y ofrendarle sacrificios.

Ante él se alzaba lo que los habitantes de la región llamaban «la Piedra Levantada».

A menudo, siendo niño, había ido a jugar allí con otros bribonzuelos de su edad, a pesar de las prohibiciones de los padres y de los sacerdotes. Para los chiquillos, esa piedra Levantada no era

más que un formidable abrigo bajo el que era agradable descansar después de la carrera o de la caza. Pero ahora Romulfo ya no era un chiquillo, sino un hombre en su plenitud, que sabía que no se bromea con las cosas de la religión, sea cristiana o pagana. La Piedra Levantada no hubiese bastado por sí sola para asustarle, pero lo que vio le hizo estremecer. Entre seis lobatos ya crecidos y su madre, una hembra joven de largo pelo negro, jugaba un bebé que aún no debía tener los dos años. Se revolcaba encima de la loba, que le lamía la cara y le empujaba suavemente hacia sus pequeños. Las manos del niño agarraban los hocicos, las orejas, las colas; los deditos entraban a la fuerza en las bocas y se hundían en los pelajes. En un momento dado, apretó entre sus brazos el cuello de la loba, que gruñó de placer tendiéndose de flanco. Los lobatos se precipitaron a las tetillas henchidas de leche. El bebé tropezó con su gran abrigo de piel de oveja y cayó sobre el vientre del animal que atrajo con la pata al pequeño hacia sí. Así, Romulfo vio el sorprendente espectáculo de un pequeño ser humano amamantado por una loba. Le invadió un sentimiento parecido a la gratitud hacia el feroz animal, a la vez que la angustia de ser testigo de algo que un cristiano no debiera ver. Dedicada por entero a la tarea de dar de mamar, la loba no había advertido la presencia del hombre. Éste sacó de un bolsillo la honda que siempre llevaba consigo. Sólo llevaba piedras que servían para cazar pájaros o ardillas, pero que no podían matar a un lobo. Cogió la piedra más grande e hizo girar la honda. El proyectil alcanzó al animal entre los ojos. Su cabeza cayó despacio, y luego su cuerpo rodó a un lado. Con ello, las tetillas escaparon de la boca del niño y de los hocicos de los lobatos, que lanzaron gritos y gruñidos de indignación. Pero se callaron enseguida al volver a encontrar la cálida fuente.

Blandiendo el cuchillo, Romulfo saltó y arrancó al bebé de las tetillas del animal. Éste no se movió. Sintió la tentación de matarla, a ella y a los lobatos, pero pensó confusamente que sería pecado castigar a una madre, aunque fuese loba, por haberle dado su leche a un bebé ajeno a su raza. Y ya iba a echar a correr hacia la carreta cuando vio brillar algo al fondo del cubil. Estrechando contra sí al niño, que gritaba y se debatía, se agachó y fue hacia delante. El suelo estaba seco, tapizado con arena y briznas. Resbaló. Se puso en cuclillas y levantó una pesada cabellera negra. Una mujer joven, con las manos y el rostro desgarrados por los colmillos de los lobos, yacía en medio de una mancha oscura. Sus ropas destrozadas debieron ser de buena calidad: su vestido y su calzado estaban forrados de piel. Su amplio abrigo de lana negra iba prendido con un broche bellamente cincelado. Un ceñidor dorado se había deslizado de su cabeza. En una bolsa sujeta a su cinturón ricamente ornamentado, Romulfo encontró piedras de diferentes colores, monedas de oro con efigies medio borradas, un pergamino cubierto de signos, un anillo y una curiosa estatuilla de marfil. Junto a su mano había una medalla de oro. Eso era lo que Romulfo había visto brillar. La recogió y la puso junto con el ceñidor en la bolsa, que sujetó en su cinturón. Un poco más allá encontró otro cuerpo, el de una mujer fornida de más edad, vestida con sencillez. Sus manos, a las que faltaban algunos dedos, y el desorden de sus ropas eran testimonio de su lucha. La horrible herida que tenía en el cuello era como una boca amenazadora. De repente, Romulfo creyó oír un movimiento en el exterior de la Piedra Levantada. Salió precipitadamente apretando al niño contra sí. Nada..., no había nada, sólo el blanco silencio del bosque apenas turbado por el aliento de los bueyes y algunas huellas de pasos medio cubiertas por la nieve. Le dio la vuelta al antiguo monumento y miró atentamente a su alrededor. Nada, no había más huellas, ni de pasos ni de carreta. Llamó muchas veces a Ursus, pero el esclavo no contestó. ¿Habría sido víctima él también de los lobos? Los lobatos, saciados, saltaban alrededor del hombre, mordisqueándole las calzas. El bebé se agitaba de tal manera que se le escapó de los brazos a Romulfo y rodó por la nieve riendo. Los animales se precipitaron hacia él y volvieron a sus juegos. Los ojos del niño brillaban de placer, y sus mejillas, enrojecidas, brillaban. Golpeaba una mano contra la otra, aparentemente insensible al frío. A pesar de sus gritos, Romulfo se lo arrebató a sus compañeros de juegos que, no aceptando perder tan buen camarada, les siguieron dando saltos. Instaló al bebé en la carreta y lo cubrió con pieles de animales. Sin duda feliz al sentirse caliente, dejó de gritar, sonrió, se puso el puñito en la boca y se durmió, para alivio de Romulfo. Éste volvió al monumento galo seguido por los lobatos, que seguían tras él a pesar de sus patadas, y levantando el cuerpo mutilado de la mujer morena lo llevó a la carreta, e hizo lo mismo con la mujer mayor. La loba no se había movido. Los cinco lobatos volvieron a mamar.

El sol se había ocultado. El cielo se oscurecía y anunciaba más nieve. No tardaría en caer la

noche. Había que salir pronto del bosque, volver al buen camino y darse prisa en llegar a Poitiers antes de que se cerrase la puerta de Gué. El hombre se puso delante del tiro y con la voz y los gestos hizo moverse a los animales.

El pesado vehículo y su lúgubre carga se pusieron en marcha lentamente.

Romulfo no tuvo que llamar mucho rato al gran portón del monasterio de la Santa Cruz. A través de la mirilla vio aparecer la cabeza de Tranquila, la esclava encargada de la portería. La mirilla se cerró y la puerta se abrió sin ruido.

—Por fin estás aquí, mi señor Romulfo. Nuestra intendenta Glodosinda no ha dejado de preguntar por ti.

Cada vez que Romulfo veía a Glodosinda le acometían una ganas enormes de reír. Era como un enorme paquete de paños blancos en el que hubiesen envuelto un montón de cachorrillos, hasta tal punto se agitaba al hablar y al andar. Largos pelos negros adornaban su barbilla y su voz era semejante a un trueno. Pese a su vozarrón, su franqueza en el hablar y su aspecto ridículo, era la mejor persona del mundo.

—Bueno, amigo Romulfo, llegas tarde, te esperábamos entre la sexta y la nona. Seguro que te has parado por el camino para probar el vino de nuestros toneles. ¿No te da vergüenza robar así el vino de las hijas de Dios?

—Querida madre, harías mejor pidiéndole a las sirvientas que abran la puerta de par en par para que pueda hacer entrar el cargamento.

Mientras hablaba, los dos batientes se apartaron. La carreta entró en el patio y se detuvo al pie de la torre romana.

—He tenido un triste encuentro en los bosques, cerca de la Piedra Levantada

—Y ¿qué tenías que hacer tú en ese lugar maldito? —rugió Glodosinda—. ¿Era acaso tu camino?

—Fue Dios Nuestro Señor quien me llevó hasta allí.

La religiosa y la esclava se persignaron. Romulfo hizo un gesto y ellas se acercaron a la carreta. Se santiguaron otra vez cuando vieron a las dos muertas. Llegaron otras mujeres, religiosas y fámulas, que se inclinaron con compasión sobre los cuerpos sin vida.

—Allí las encontré. Pensé que había que enterrarlas en tierra cristiana.

—Has hecho bien, hijo mío. Avisad a nuestra abadesa Agnès.

Una joven esclava, con las piernas desnudas azules de frío, salió corriendo.

—Y eso no es todo.

Romulfo apartó las pieles de animales. Religiosas, fámulas y esclavas se echaron atrás con exclamaciones y santiguándose una y otra vez. El mismo Romulfo se movió hacia atrás. Entre los brazos del niño dormido había acurrucado un lobato, que abrió los ojos y mostró los colmillos incipientes en un enorme bostezo. Cuando Romulfo iba a cogerlo, el niño despertó a su vez y estrechó su abrazo en torno al animalito, que se pudo a lamerle la cara.

—Déjalos, están tan bonitos así.

Las religiosas se volvieron al oír la voz de su abadesa. Se inclinaron profundamente mientras Romulfo se ponía de rodillas.

—Levántate, buen hombre. Nuestra santa fundadora dijo que sólo había que arrodillarse ante Dios. ¿Dónde has encontrado a este niño y este perrito?

—No es un perro, santa abadesa, sino el cachorro de una loba.

Contó brevemente su historia. Agnès se acercó a los cadáveres, rezó una breve oración y los bendijo.

—Glodosinda, manda lavar estos pobres cuerpos y envuélvelos en un sudario blanco. Los enterraremos mañana. Y tú, buen hombre, entrégame al niño y el lobezno ya que no es posible separarlos. Se los llevaré a nuestra reina. Sígueme.

—¡Ay, Señor, qué mal huele esta criatura! Ludovina, corre a preparar un baño y a calentar unos paños. No puedo presentarlos en este estado.

Otras monjas, avisadas por sus compañeras, llegaron corriendo, con sus amplios velos blancos flotando en la noche. Batían palmas como niños, gorjeando confusamente.

Vamos, hijas mías, un poco de silencio. Es Dios quien nos envía a este niño en la víspera del

nacimiento de su hijo Jesús. Y nos lo envía junto con el animal más astuto y feroz de los bosques, como si quisiese que meditásemos sobre la inocencia y la debilidad de la infancia tanto humana como animal. El lobato es una criatura de Dios, que no se le haga daño alguno a éste, cuya madre ha alimentado a este hijo de hombre, como antaño fueron alimentados Rómulo y Remo.

Sólo en un relativo silencio fueron hacia los baños, seguidas por Romulfo.

Remangadas, con el hábito subido hasta la cintura, Famerolpa y Melania, las dos encargadas de los baños, ayudadas por la joven esclava Ludovina y la vieja Placidia, la esclava preferida de la reina Radegunda, estaban discutiendo acerca de la temperatura del agua.

—Te aseguro, Melania, que este agua está demasiado caliente para un niño

—Y yo te digo, mi querida Famerolpa, que no sabes nada de esto. Morirías si cayeses aquí dentro.

Sin parar mientes en este parloteo, Ludovina llenaba con agua una artesa de madera cubierta con un paño de lino, colocado sobre uno de los poyos de mármol que habitualmente servían para los masajes y el descanso de las monjas tras el baño.

En la estancia de techo bajo reinaba un calor de horno, mantenido por dos amplios braseros de hierro llenos de brasas a los que atendían dos esclavas de edad. Dos antorchas fijadas en las cuatro esquinas daban luz al lugar.

Como una gallina que hubiese perdido sus polluelos, Famerolpa iba corriendo de la mesa a la puerta, de la puerta a los braseros a cuyo alrededor había extendidos sobre unos soportes de marfil unos paños de una blancura perfecta, aguijoneando a las esclavas, llegando incluso a darle un empujón a Melania, que, decía, se metía una y otra vez en su camino. La puerta se abrió por fin y Agnès, que seguía llevando consigo al niño y al lobato, entró en la estancia sobrecalentada, seguida por sus hijas y por Romulfo, que no sabía qué actitud adoptar. Los ojos de la abadesa parpadearon ante la viva luz del lugar. Su bello rostro, pálido de frío, se arreboló ligeramente, lo que hizo que pareciese más joven. Le tendió su carga a Glodosinda.

—Este niño y este animal pesan más de lo que parece.

El bebé estalló en alaridos cuando Ludovina le retiró de los brazos el lobato, que encogió el belfo y gruñó enseñando los dientes. Se tranquilizó cuando Ludovina hundió su morro en una escudilla de leche tibia. Olvidando los gritos del niño, todas las mujeres miraron sonriendo la suave bola de pelo que, más adelante, iba a ser tan feroz para el hombre.

Ya no era el llanto, sino una cólera violenta lo que ahora agitaba al niño. Placidia lo tomó de los brazos de Glodosinda y empezó a desnudarle en el poyo cubierto de cálidos paños. Todas las monjas le rodearon en un atento silencio. Glodosinda deshizo los nudos que cerraban el manto de piel de oveja. Despojado de la gruesa y cálida prenda, parecía más pequeño, provocando entre las reclusas tiernos murmullos. Cuando le quitaron el gorrito de lana y apareció el fino cabello rubio y rizado, algunas mujeres exclamaron:

—¡Qué cabello tan hermoso!

—Mira, Clotilde, qué suave.

—Fíjate, hay una cinta de oro entre los rizos.

Agnès tomó la cinta y, pensativa, mientras seguía mirando al niño, le dio vueltas entre sus largos dedos.

Placidia tuvo algunas dificultades para retirarle la túnica sucia por los excrementos de tanto como el bebé gesticulaba. Cortó las bandas de lienzo que envolvían sus pies y sus piernas, así como la fina camisa y los pañales de lino. El cuerpecito estaba tan sucio que lo introdujo inmediatamente en el agua. El niño calló, se quedó un buen rato inmóvil, saboreando la tibieza del baño, y luego agitó sus manitas, salpicando a las mujeres inclinadas sobre él. Éstas se echaron atrás riendo. Placidia le lavó el cuerpo y el cabello con un líquido verde cuyo perfume recordaba el olor del sotobosque en primavera y cuya composición mantenía ella en secreto.

—Ludovina, prepara los paños para arroparle.

Lo sacó del agua y el cuerpecito apareció rosado y chorreante.

—¡Es una niña! —exclamaron a coro las religiosas, batiendo palmas de contento.

En ese mismo instante, Agnès vio un cordón en torno a su cuello, del que colgaba una curiosa

piedra de azul profundo, groseramente trabajada. Ludovina friccionó a la niña vigorosamente, desenredó sus rizos y, poniéndola en pie, se apartó para apreciar mejor el resultado de su trabajo. Sería difícil encontrar una niña más bonita que ésta, sólidamente erguida sobre sus piernas muy rectas y sus pequeños y lindos pies. Su piel, rosada por el calor del baño, parecía tierna y frágil, ya que en ella quedaba marcado el menor roce. El cuerpo era a la vez redondo y fino, con el sexo bellamente hendido, el ombligo delicado, las nalgas suaves y firmes. Todas estaban extasiadas ante los brazos llenos de gracia, las manos de largos dedos, las minúsculas uñas rosadas, aquel grácil cuello que sostenía la cabeza más encantadora que cupiese imaginar, con la boca y la nariz pequeñas, las mejillas redondas llenas de hoyuelos, las orejas delicadamente formadas, la frente alta, medio cubierta por un cabello de un rubio cálido que parecía casi rojo a la movediza luz. Sus ojos resultaban sorprendentes, bajo las bien dibujadas cejas y sombreados por unas pestañas de increíble longitud. Estaban muy separados de la nariz y sus pupilas eran casi ovales, de un color que parecía durar entre el verde y el gris del cielo en una tarde de tormenta, según el humor de su propietaria.

La niña miraba, chupándose el dedo, sin emoción, esos rostros desconocidos por el calor del lugar. Se estremeció y empezó a orinar sin preocuparse por las carcajadas de las monjas. De repente, rompió a gritar señalando al lobato, que estaba dormido junto a la chimenea. Si no es por la buena de Placidia, se hubiese caído del poyo al querer ir en su busca. Ludovina lo recogió y se lo tendió. La niña se lo arrebató con fuerza sorprendente de las manos a la joven esclava y lo apretó contra sí con arrobo. Ya despierto, el animal le manifestó su alegría a su manera, mordisqueándole el cuello y lamiéndole la cara.

—Arrópala bien y sígueme —le dijo la abadesa a Ludovina.

Romulfo, que se había mantenido inmóvil en un rincón, se apartó, inclinándose a su paso.

—Sígueme tú también. ¿Cómo te llamas? ¿A quién perteneces?

—Romulfo, santa abadesa. Romulfo el Fuerte —dijo el hombre, irguiéndose con orgullo en toda su estatura—. Soy un hombre libre y dueño de mis tierras junto con mi hermano menor Albin. En invierno, como la tierra duerme, transporto vino o forrage para los buenos monjes de Ligugé, o para el señor Obispo o para el monasterio cuando Glodosinda me lo pide.

Agnès, seguida de Romulfo y de Ludovina, que llevaba al bebé y al lobato, cruzó un pequeño claustro y entró en una amplia estancia cuyas arcadas estaban revestidas con mosaicos azules en los que destacaban los astros del cielo y animales fabulosos a los que parecía animar el resplandor de las llamas. Romulfo miraba a su alrededor con temor, esperando a cada paso que una de esas terribles figuras se le viniese encima. Descendieron unos peldaños y se encontraron en el centro de una estancia ante un fuego cuyo humo escapaba por una abertura practicada en el centro de una bóveda. Eso le recordó a Romulfo su propio hogar de una sola estancia con el suelo de tierra apisonada que tenía en su centro un hogar a cuyo alrededor le gustaba sentarse junto con algunos amigos, galos, hombres libres como él, comiendo castañas asadas bajo las cenizas, bebiendo cerveza, escuchando a los mayores que contaban historias de la Galia antes de que los romanos, y ahora los francos, se adueñasen de ella, convirtiéndola en un país atemorizado. Algunos recordaban las narraciones que un padre o un abuelo contaban sobre la gran tragedia que tantos muertos había causado en aquella isla próxima a París entre los que preferían la rebelión al lento pudrimiento del hambre y la opresión. También le gustaba la tranquilidad de las largas veladas junto a Albin, que tocaba tan bien la flauta, mientras él reparaba a la luz del fuego una herramienta o tallaba en una sólida y ligera piel de ante los borceguíes que le entregaba a un comerciante de Poitiers a cambio de telas, armas, utensilios para el hogar o sal. Había llegado a ser tan hábil en este trabajo que no conseguía satisfacer todas las demandas del comerciante. Trabajaba eligiendo en la piel una parte que no tuviese el más ligero defecto y que fuese de apretado vellón. En el invierno, forraba su calzado con piel de algalia, lo que lo hacía extremadamente cómodo. Lo sujetaba lo suficientemente alto con unas tiras de cuero de cabra como para mantener los pies al abrigo del agua y de la nieve. A veces, dejaba de trabajar y se quedaba un largo rato mirando danzar las llamas con que se calentaban su cuerpo y su alma.

Agnès empujó una puerta baja de madera oscura. También ahí, al fondo de la estancia que no parecía ser muy amplia, ardía un gran fuego. A un lado y otro del hogar estaban sentados en unas sillas de alto respaldo una religiosa, que llevaba un velo ceñido con una pequeña corona de oro y

un monje con la cabeza desnuda y rapada.

—Entra, mi bella Agnès, te echaba de menos. Quizá puedas tú, que eres tan sabia, ponernos de acuerdo. Fortunato se obstina en que quiere escribir un libro sobre mí, que soy una miserable criatura entre las más miserables, mientras que yo le digo que sería más edificante para los hombres que han de venir que escriba una vida de san Martín o de san Hilario —dijo Radegunda.

—Pero, reina mía, puedo escribir muy bien una vida de san Martín de Tours y también una vida de la santa fundadora de nuestro monasterio que prefirió a Dios por encima de la gloria.

—Mi buen amigo, yo no tengo ningún mérito, fue Dios quien me llamó a su lado y le ordenó a mi esposo, el rey Clotario, que respetase su llamada.

—En verdad Dios es grande, pero vos no carecéis tampoco de grandeza. ¿Es que creéis que no sé lo que sufrís en vuestro cuerpo por amor a Él?

La reina se levantó con un gesto irritado.

—Ya te he dicho que no quería que hablásemos de estas cosas.

—Pero, Radegunda, es que se trata de vuestra salud y no quiero que...

—No eres tú quien ha de querer, Fortunato, sino Dios. Ni una palabra más.

En ese momento se dió cuenta de que Agnès, sonriente y divertida por la discusión casi cotidiana entre el monje-poeta y la reina-religiosa, no estaba sola.

—¿Qué nos traes, querida hermana?

Agnès tomó de brazos de Ludovina a la niña y el lobo y los dejó en el suelo, sobre unas pieles de oso que había ante el hogar. La ropa cayó, descubriendo la desnudez de la niña. Fortunato se levantó despacio, y una vez los tres en pie, inmóviles con su vestido de lana blanca, la miraron en silencio. La niña se dejó examinar sin hacer un gesto, sin un murmullo, con la mirada orgullosa y seria, manteniendo estrechado contra sí el animalito.

La reina se inclinó y se arrodilló para ponerse a su altura. Sus dedos acariciaron los rizos y el bello rostro. La niña se dejaba hacer con una sonrisa de satisfacción. Una lágrima se deslizó a lo largo de la mejilla pálida y delgada de Radegunda. Fortunato se inclinó a su vez, pese a su volumen, debido al abuso de las buenas carnes, admirando a la niña.

—Tanta belleza y tanta gracia merecen un poema.

—Agnès, ¿quieres explicarme de dónde procede esta hermosa criatura del Señor?

La abadesa refirió lo que le había dicho Romulfo.

Éste había caído de rodillas en cuanto reconoció a la reina. Cuando ésta le hizo un gesto de que se acercase, no se atrevió a ponerse en pie y avanzó de rodillas, como lo hacían algunos penitentes.

—No temas, buen hombre. ¿Así que has sido tú quien ha encontrado a la niña?

Romulfo asintió, y luego, dándose una palmada en la frente, retiró del cinto la bolsa que había encontrado sobre el cuerpo de la muerta del largo cabello negro.

—Perdóname, santa reina, me olvidaba de esto.

Radegunda volvió a ponerse en pie con la ayuda de la abadesa y tomó la bolsa que le tendía el hombre. Deshizo los nudos del cordón de cuero y volcó el contenido sobre la mesa atestada de libros y rollos de papiro cubiertos con la elegante escritura de Fortunato. Las monedas de oro, las piezas de plata, las piedras de colores, la medalla, la estatuilla, el anillo, el fragmento de pergamino y la diadema de oro cayeron sobre el paño de seda.

—Mira, Fortunato, la belleza y tamaño de este rubí... y estas esmeraldas son más hermosas que las que llevaba la corona del rey el día de nuestra boda... y estos zafiros, estos topacios. ¡Es la dote de una princesa! ¿De dónde proceden estas monedas, y este anillo? Quizás este manuscrito nos dé alguna indicación sobre el lugar de origen de esta niña. ¿Qué piensa de esto nuestro amigo, que ha viajado tanto?

Fortunato no contestó, absorto en el intento de comprender lo que había escrito en el fragmento de pergamino.

—Es curioso, no conozco esta escritura, aunque me recuerda algunas inscripciones que he visto en escudos que pertenecían a guerreros klazar.

La reina tomó el pergamino que le tendía su capellán.

—También recuerda los signos que utilizan los avar. En casa de mi padre, el rey Berthario, vi algunos escritos que se parecían a éste. Mira, esta palabra aparece tres veces. ¿Qué es lo que lees aquí?

Fortunato se inclinó para mirar por encima del hombro de Radegunda.

—Sí, es exacto: Vanda... Vanda... Vanda... Conocí en Roma a una prisionera de alto rango que se llamaba Vanda. Formaba parte de un botín arrebatado a los avar. Éste es sin duda el nombre de la niña. Ven aquí, pequeña —dijo alzándola en sus brazos.

Al oír este nombre, la cara de la niña mostró signos de atención y, llevándose las manos al pecho, dijo dos veces:

—Vanda... Vanda...

—Ciertamente, esta niña es de noble origen —dijo Agnès, mostrándole a la reina la cinta de oro encontrada en el cabello de la pequeña—. Sus finas ropas, la pedrería de la bolsa, la piedra que lleva al cuello, todo eso lo prueba. Pobre niña, quizá sea reina.

—Mi querida Agnès, no es eso lo que yo le deseo. Ser reina no es una situación tan envidiable en este mundo ya que puede hacer que perdamos nuestro lugar en el reino de Dios. Recuerda las palabras de Nuestro Señor: «Le es más difícil a un rico entrar en el reino de mi Padre que a un camello pasar por el ojo de una aguja.» Fortunato, ¿qué vamos a hacer con ella?

En el silencio que siguió sólo se oía el crepitar del fuego. Incluso Vanda y su lobo, que había vuelto a sus juegos sobre las pieles de oso, se callaron. Fue Romulfo quien rompió el silencio.

—Santa reina, con tu permiso, quisiera hacerme cargo de la niña. Me desposaré si es necesario para que no le falte nada.

—Eres un buen hombre y nos das ejemplo, tú, el más pobre de nosotros. No te unas en matrimonio sin amor, porque no serías feliz ni ella tampoco. Agnès, nuestra regla prohíbe que seamos padrino y madrina, pero ¿no se puede hacer una excepción en un caso como éste

—Así lo creo, madre. ¿A quién designas

—Yo seré la madrina de la niña y tú... ¿Cómo te llamas?

—Romulfo, mi reina

—Pues bien, Romulfo, tú serás el padrino.

—¿Yo?

—Sí, tú, así lo quiero, por justicia y por humildad. ¿Es que sin ti, si bien guiado por Nuestro Señor Jesucristo, hubiese sobrevivido esta niña? Más adelante, si Dios la conserva con vida, te deberá el amor y el respeto que se le debe a un padre. Quiero que nos confunda en el mismo amor y el mismo reconocimiento a ti, el hombre de la tierra, y a mí, que aunque soy reina no soy digna de besar tu zapato.

Con estas palabras, Radegunda se postró y besó los pies de Romulfo.

Con el rostro carmesí, el hombre se quedó mudo y sin movimiento. Luego, lentamente, se arrodilló ante la reina, que le dio el beso de la paz llamándole «pariente». Los gritos de la niña hicieron que cediese la emoción. Fortunato fue el que primero se recuperó.

—Esta niña tiene hambre y frío, mi señora Agnès.

—Ludovina, el animal ya ha tenido su pitanza, pero nos hemos olvidado de la niña. Llévala contigo, dale de beber leche caliente endulzada con miel. Por esta noche, que duerma contigo. Y recuerda su nombre, Vanda.

—Ludovina se inclinó y levantó del suelo a la niña, que seguía abrazada a su lobato, y salió.

—Romulfo —prosiguió la abadesa—, podrás venir a aver a la niña cuando quieras. Dentro de dos días la bautizaremos. Reúnete con nosotras después de laudes. Tú también debes de tener hambre. Ve a las cocinas, nuestra cocinera te dará de comer. Dile que soy yo quien te envía.

Romulfo salió, seguido a continuación por Agnès y Fortunato. Radegunda se quedó un largo rato pensativa, mirando las llamas agonizantes, invadida por una gran laxitud. Se puso en pie trabajosamente y se dirigió hacia su oratorio, contiguo a la sala de estudio y a su celda. Una vez allí, se postró en el suelo de losas ante el altar donde temblaba la luz que atestiguaba la presencia de Dios y rogó por aquella niña que el cielo le confiaba.

Ya habían pasado unas horas cuando Placidia fue junto a ella y la obligó a levantarse.

—No eres razonable, mi reina. Hace un frío mortal en esta capilla. Dios no puede estar contento con lo que haces.

—Deja de gruñir, Placidia. Tampoco Dios es razonable, ya que nos ha entregado la vida de su único Hijo para rescatar nuestros pecados. Mi cuerpo está entumecido de frío, pero mi alma resplandece con el calor y la luz de Dios.

Capítulo segundo

EL BAUTIZO

Aún era de noche y la nieve caía en grandes copos cuando Romulfo, acompañado por su hermano y su esclavo, al que había encontrado como atontado en el bosque, incapaz de decir lo que le había ocurrido, se presentó en el monasterio. Sin duda estaban atentos a su llegada, porque la puerta se abrió casi de inmediato y apareció Tranquila.

—Date prisa, Glodosinda ya ha venido a ver si habías llegado. Mira, ahí vuelve.

Con los velos al viento, Glodosinda estuvo a punto de venirse al suelo a fuerza de precipitación.

—Date prisa, vamos, date prisa, maldito campesino, nuestra abadesa pregunta por ti. No va a ser un patán como tú quien haga esperar a la reina ¿Quienes son estos dos?

—Mi hermano Albin, que ha querido venir conmigo, y mi esclavo Ursus.

Que se quede con Tranquila. Tú y tu hermano, seguidme.

Los dos hermanos siguieron a Glodosinda, conteniendo a duras penas la risa, sobre todo Albin, que veía a la gruesa mujer por primera vez.

No cabía imaginar mayor falta de parecido entre los dos hermanos: Romulfo era una especie de gigante con un gran bigote rojizo, de cabello castaño oscuro, cuidadosamente peinado, engrasado y recogido en una cinta roja. Asimismo era roja la prenda que llevaba y que le llegaba hasta las rodillas, con frunces que mantenía en su lugar un amplio cinturón con incrustaciones de bronce en el que llevaba un gran cuchillo del que no se desprendía nunca. Un chaleco de piel de nutria le cubría hasta la cintura. Sobre las calzas se apretaban las tiras de sus polainas forradas. Una capa de paño oscuro, sujeta con un prendedor de bronce, completaba su atuendo. Vestido de esta manera parecía más un guerrero franco que un campesino galo. Se había vestido con sus mejores prendas para la ceremonia. Sus ojos, de un tono gris muy oscuro, delataban su orgullo. A pesar de su estatura por encima de lo normal, su hermano parecía un alfeñique a su lado. Su cabellera rubia y de cortos rizos quedaba sujeta por una cinta que subrayaba sus rasgos delicados e imberbes. Llevaba prendas como las de su hermano, pero de distintas tonalidades de azul, salvo el chaleco confeccionado con la blanca piel de una liebre de las nieves y la capa de lana beige. No llevaba ningún arma en el cinto, sino una flauta.

El alegre sonido de las campanas quedaba como ahogado por la nieve, que formaba una gruesa alfombra en el suelo. Una vez en el pequeño claustro Glodosinda gruñó:

—Ay, Señor, esta nieve es una invención del diablo! ¿Qué os hace tanta gracia, bribones?

Romulfo y Albin reían hasta saltárseles las lágrimas y no pudieron contestar.

Pasaron por la sala capitular de cuyas altas ventanas entraba una luz sucia y entraron en la iglesia. Los dos hermanos se detuvieron en el umbral, intimidados y llenos de admiración. La iglesia resplandecía con la luz de centenares de velas, cuya cera al arder expandía un perfume de miel que, mezclado con el del incienso, hizo creer a sus almas simples que las puertas del paraíso acababan de abrirse ante ellos. Maravillados por los vivos colores del mosaico, se volvieron para escapar de aquel lugar deleitoso, pero Glodosinda les empujó desde atrás.

En medio de la nave estaba Agnès vestida de ceremonial. Nombrada abadesa por Radegunda, que la quería como si fuese hija suya, en esta gala, nacida en el seno de una noble familia galorromana y compañera de la reina desde hacía muchos años, había una dignidad impresionante y una dulzura que conquistaba todos los corazones. En ese momento era la dignidad lo que desbordaba en ella. Su hábito blanco estaba tejido con la lana más fina, así como su velo y su amplio manto. Una gran cruz de oro pendía de su cuello. Llevaba en la mano los distintivos de su poder: el libro de la palabra divina y el cetro que recordaba a la vez la justicia y el flagelo de Moisés. A su alrededor estaban las doscientas cincuenta religiosas a las que se había reconocido dignas de servir a Dios y honrarle por su nacimiento, su piedad, su conocimiento de las letras griegas y latinas, de los textos sagrados y de los escritos de los santos padres de la Iglesia, y también por su humildad y su obediencia a la regla de san Cesáreo de Arles, regla elegida por su

fundadora, la reina Radegunda.

Agnès bendijo a los dos hermanos, que se habían arrodillado ante ella. Se volvió y anduvo hacia el altar. De nuevo empujados por Glodosinda, Romulfo y Albin se irguieron y la siguieron.

Fortunato, vestido con un hábito ceremonial de una blancura resplandeciente cubierto por un manto de cuadrados de distintos colores, les recibió. En ese momento, estalló el canto, haciendo vibrar el aire con sus notas altas y ligeras. Las puertas de la iglesia se abrieron de par en par y un lento cortejo entró bajo la nave. Una muchacha rubia con la cabellera suelta coronada con muérdago y acebo, vestida con una amplia túnica blanca sin ningún ornamento, se adelantó llevando a Vanda, que iba envuelta en pañales y cuyos gritos penetrantes casi cubrían el cántico. Tras ella iba Ludovina, a quien le habían retirado las ropas de esclava y que llevaba asimismo una túnica blanca, aunque un poco más corta. Las seguían cincuenta muchachas, algunas de ellas niñas aún, que llevaban el hábito de las monjas, pero sin velo. Sus cabelleras sueltas, coronadas con acebo, daban al cortejo el aspecto de una procesión pagana; eran las novicias. Tras ellas, llegados desde Ligugé, unos monjes entraron a su vez en la iglesia, vestidos asimismo de blanco, con las manos en las mangas de los hábitos y las capuchas bajas, mostrando sus cabezas tonsuradas. Sus voces graves se alzaron, dándole al cántico una nueva profundidad. Finalmente apareció la reina Radegunda, revestida con el manto real por encima del hábito de religiosa y ciñendo la pesada corona de oro y pedrería. Bajos sus ricos ornamentos, la reina llevaba sobre la misma piel un cilicio que la hería cruelmente a cada movimiento. Con eso le pedía perdón a Dios por estar aún vinculada a los honores de este mundo. Anduvo lentamente hacia el altar, ante el que se arrodilló, imitada inmediatamente por todos los reunidos. El cántico acabó, y también los gritos de Vanda. El silencio les pareció a todos ligero e irreal. Fortunato se levantó y se dirigió, acompañado por sus acólitos, hacia la derecha del altar, a una capilla donde se encontraba el baptisterio, una gran pila de mármol rosa instalada sobre una peana, llena de agua límpida y cálida. Asia, que era quien llevaba a Vanda, se adelantó seguida de la abadesa, de Romulfo y la reina, cuya mano derecha se afirmaba en la del galo. Fortunato tomó a la niña y la depositó en los brazos de Radegunda. La reina apartó los pañales que la envolvían. El cuerpecito desnudo se estremeció. Entonces empezó la ceremonia del bautismo.

Volvió a sonar el cántico, más suave, como una canción de cuna. Albin sacó la flauta y acompañó a las voces. Fortunato ungió el cuerpo encantador con los santos óleos. Radegunda y Romulfo dijeron las palabras que les unieron a la niña de una forma más irrevocable que los lazos de sangre. El sacerdote sumergió a la niña en el agua tres veces, diciendo:

—Vanda, yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Y los asistentes respondieron:

—Amén.

Un cántico de acción de gracias llenó la iglesia, inundando a los fieles de alegría.

Aullando, como un gatito al que hubieran arrojado al agua, Vanda manifestó su descontento por el trato que se le infligía. Friccionada por Asia y Ludovina, dejó de gesticular y se dejó vestir casi tranquilamente. Cuando estuvo cálidamente vestida, se quedó juiciosamente sentada en las rodillas de su padrino, mirando a su alrededor con curiosidad; luego, cansada, empezó a tirarle de los grandes bigotes al galo. Estoico, no atreviéndose a moverse, Romulfo sufrió en silencio bajo las miradas divertidas de la reina y de la abadesa. Por fin se durmió, durante la misa que vino luego.

El gran refectorio había perdido su aspecto monástico. Los muros tapizados con pesados tejidos rojos bordados en oro, los pebeteros en sus altos trípodes, los hachones fijados en las paredes, las largas mesas cubiertas con manteles blancos adornados con la ramazón del invierno, la vajilla de oro y plata, los pesados cubiletes de ricos colores, los cuernos sobre sus soportes trabajados, toneles de vino y cerveza ya taladrados y próximos a la chimenea en la que ardían árboles enteros, el suelo cubierto con tapices bizantinos, el ir y venir incesante de los servidores y de los esclavos llevando las carnes y los dulces rezumando miel, los aromas espesados y especiados, los gritos, las risas, todo ello anunciaba una fiesta más digna de los palacios de Brunehaut y de Fredegunda que del convento de Radegunda.

Aunque era inmensa, la sala no podía contener a las doscientas cincuenta religiosas del monasterio y los ciento cincuenta monjes de Ligugé llegados para la ceremonia. Para evitar cualquier malentendido, se había decidido a suertes quiénes tendrían el honor de ser admitidos en el

festín presidido por la reina. Cien religiosas y cien monjes entraron en procesión en la sala y se separaron para ir a sentarse ante las dos largas mesas que flanqueaban la de la reina. A la derecha tomaron asiento los hombres y a la izquierda las mujeres. Cuando estuvieron instalados, entraron cuatro jóvenes vestidos con la corta túnica romana, de color púrpura con un galón de oro bordado. Dos de ellos llevaban sobre los hombros unos cuernos de la envergadura de una persona; se situaron uno a cada lado de la puerta y dejaron deslizarse hasta el suelo sus instrumentos, bajo los que los otros dos habían colocado unos soportes. A una señal invisible, los dos músicos tocaron el son de llegada.

La abadesa entró en primer lugar, seguida por las religiosas que tenían responsabilidades más importantes: Leubovera, que tenía a su cargo a las novicias, Begga, la mejor médico de Poitiers según sus colegas, Glodosinda, que se hacía cargo de la intendencia del monasterio, Nantilda, que enseñaba griego, y Helsuinta, latín, Deuteria, que tenía vara alta en cuanto a las ropas de vestir de la comunidad, Ita, que se ocupaba de los jardines, Plectruda, encargada de los corrales y de los animales domésticos, Berta, la más sabia, que dirigía el trabajo de las copistas, Bodovinia, que reinaba en la biblioteca, Gondeberga, que tenía a su cargo los lienzos sagrados y el mantenimiento de los lugares santos. Luego venían Fortunato, que conversaba con el prior del monasterio de Ligugé y con el representante del obispo Maroveo, que como era su costumbre se había excusado; otros tres religiosos de una grata rotundidad, que se esforzaban por caminar con dignidad; Albin, rojo e intimidado; y tras ellos Radegunda, apoyada en el brazo de Romulfo. La reina se sentó en un alto sitial de madera oscura bellamente torneada y le hizo signo a Romulfo de que tomase asiento junto a ella. A su derecha se sentó el representante de Maroveo. Cuando todos estuvieron instalados, la reina alzó la mano y bendijo tres veces a los presentes. Fortunato rezó una oración, que todos repitieron para sí y dio su bendición. A su vez, el representante del obispo hizo la suya. Los esclavos hicieron circular lebrillos de plata que contenían agua perfumada. Cada uno de los presentes sumergió en ellos los dedos, y entonces la comida pudo empezar.

Se sucedieron los platos, cada uno más extraordinario que el anterior: garzas rellenas con carpas jóvenes, y éstas a su vez rellenas con hierbas y limones confitados, jabalíes cuyos vientres desbordaban ánsares cocidos en miel, lenguas de res con una salsa tan fuerte que las lágrimas se les saltaban de los ojos a los invitados, sesos de cordero servidos en un lecho de lenguas de ruiseñor confitadas, jamones de cordero condimentados con clavos de olor, ostras en una gruesa capa de hielo, pasteles azucarados de todos los colores con formas de estrella y de luna creciente, frutas confitadas, almendras, y, cosa infinitamente rara, naranjas llegadas del imperio de Oriente. Un vino espeso fluía, manchando los manteles y las barbillas.

Religiosas y monjes se mostraron al principio silenciosos y sobrios. Pero poco a poco el calor, el vino, los manjares especiados y generosos acabaron con su habitual comedimiento. El festín prosiguió en un tumulto y una alegría dignos de su esplendidez.

—Señor Fortunato, creo que es a ti a quien debemos esta copiosa comida —dijo el prior de la abadía de Ligugé.

Como tenía la boca llena, Fortunato no respondió de inmediato. Se tomó tiempo para vaciar su pesada copa, secarse el mentón y los dedos en el mantel.

—Señor abad, tienes razón. Y no me digas que esto es pecado. Dios, al crear todas las cosas, sobre todo las buenas, quiso darle a su criatura algunas compensaciones para hacerle olvidar su condición mortal.

Hacía casi cinco años que Fortunato había llegado de Italia, después de un largo periplo a través de la Galia. Recibido aquí por el rey de Austrasia, para quien compuso unos versos celebrando sus amores con la hermosa Brunehaut, y allí por los condes que estimaban tanto sus odas a los placeres de la buena mesa como al alegre compañero, y acullá por los obispos de los que se celebraba los méritos y la santidad, Fortunato, seducido por la calurosa acogida de Radegunda y de Agnés, decidió poner ahí fin a sus viajes y establecerse en Poitiers.

Nada predisponía en este epicúreo a la tranquilidad del convento. Pero después de una gratísima estancia de muchos meses no supo resistirse al perentorio deseo de Radegunda, quien le dijo:

—¿Por qué partir? ¿Por qué no quedarse entre nosotros?

Pidió ser ordenado sacerdote. Este cambio de estado facilitó sus relaciones con sus dos amigas, a las que daba respectivamente el nombre de madre y hermana. La presencia de un hombre alivió a las dos mujeres de una gestión difícil. El monasterio tenía bienes considerables, que había que preservar con la oportuna vigilancia de la rapiña y de las invasiones armadas. Eso sólo se podía conseguir a fuerza de negociaciones con los duques, los condes y los magistrados. Tal tarea requería mucha habilidad y obligaba a hacer frecuentes viajes a las cortes de los reyes. Fortunato dedicó a este menester todo su talento y energía. Se convirtió en el consejero, en el hombre de confianza, en el embajador de la reina y de la abadesa. Su influencia era tanta en los asuntos externos como en los del convento. Hacía de árbitro en las diferencias. Todas le querían. La agilidad de su ánimo sólo tenía igual en lo relajado de sus costumbres. Su ortodoxia era irreprochable, pero en la vida sus hábitos eran acomodaticios y sensuales. No se resistía a los placeres de la mesa. Era un alegre invitado, un gran bebedor y narrador de talento. En los festines celebrados en su honor en el curso de sus viajes, cantaba en verso a la abundancia y la embriaguez.

Radegunda y Agnès supieron retenerle y vincularle a ellas mediante las debilidades de su carácter. Cada día le enviaban a su alojamiento diversas golosinas y hacían que se le preparasen manjares raros que la regla les prohibía utilizar. Cuando le invitaban a comer al monasterio, no sólo la carne era de las más delicadas, sino que el decorado del comedor respiraba voluptuosidad. Guirnaldas de flores cubrían los muros y pétalos de rosa cubrían la mesa a modo de manteles. Sólo él bebía vino, ya que ningún voto se lo prohibía.

Los tres amigos se dirigían el uno al otro frases tiernas. «Mi vida, luz de mis ojos, delicia de mi corazón, dulce corazón...» Eran expresión de una amistad exaltada, aunque casta. Ese hombre de humor alegre y ligero, que tanto amaba la vida, era el confidente de los sufrimientos secretos de la reina. Radegunda nunca había podido olvidar las sensaciones de su primera infancia, y a sus cincuenta años el recuerdo de los días felices pasados en los bosques umbríos de Turingia, junto a los suyos, volvía a ella de forma tan vivaz y dolorosa como en los momentos de su cautiverio. Se complacía en recordar en el menor detalle las escenas de muerte y violencia de las que había sido testigo y víctima. Después de tantos años, el recuerdo de aquellos tiempos revueltos era para ella objeto de un culto apasionado. La imagen de sus familiares muertos o proscritos volvía una y otra vez a ella. Había cierta cualidad salvaje de sus impulsos hacia los últimos descendientes de su raza, hacia Hamalofroi, el hijo de su tío refugiado en Constantinopla, hacia unos primos nacidos en el exilio, de los que sólo conocía el nombre. La reina había encontrado la paz en tierra extranjera, refugiándose en el cristianismo. Le estaba agradecida al poeta porque había sabido verter en sus versos sus sufrimientos y nostalgias. Así podía repetirlos, abrazada a su tierna amiga Agnès, dejando brotar las lágrimas

Tristes son los frutos de la guerra, celoso el destino de los imperios. Con cuánta rapidez se hunden los reinos más soberbios. La corte que antaño brillaba con toda la pompa del poder, hoy, en su plaza porticada, sólo muestra la soledad y los restos del incendio; palacios felices, que durante mucho tiempo habían desafiado a los siglos, quedaron ocultos bajo las llamas, y la tierra del color de la ceniza enterró las techumbres atrevidas que resplandecían con el brillo de los metales. El poder encadenado ha conocido el yugo de un enemigo vencedor y la gloria altanera se ha precipitado en la decadencia más miserable... ¡Ay! Toda la llanura ha quedado sembrada de cadáveres sin sepultura, o más bien se ha convertido en la fosa común de una nación entera. Que Troya no sea ya la única en deplorar sus desastres: Turingia ha conocido desastres semejantes. Ha visto mujeres arrastradas a la esclavitud, con las manos ligadas y las cabelleras sueltas; una caminaba con los pies desnudos sobre la sangre de su esposo, otra pasaba sobre el cadáver de su hermano. Cada uno ha tenido su motivo para llorar, y to he llorado por todos ellos. He llorado a mis familiares muertos, y también he de llorar por los que siguieron con vida. Cuando mis lágrimas dejan de fluir, cuando mis suspiros callan, mi pena no acaba. Cuando el viento murmura, yo escucho por si me trae alguna nueva, pero la sombra de ninguno de mis allegados no se hace presente ante mí. Todo un mundo me separa de aquellos que más amo. ¿En qué lugares se encuentran? Se lo pregunto al viento que silva, se lo pregunto a las nubes que pasan; quisiera que algún pájaro viniese a darme noticia de ellos. ¡Ah! si no me contuviese el claustro sagrado de este monasterio, me verían llegar junto a ellos en el momento en que menos lo esperasen. Embarcaría

con tiempo de tempestad, navegaría gozosa en la tormenta. Los marineros temblarían, y yo no tendría miedo alguno. Si el barco se despedazase, yo me cogería a una plancha y seguiría mi camino; y si no pudiese agarrarme a ninguno de su restos, iría hasta ellos nadando.

Radegunda había encontrado en él un confidente lleno de tacto, un poeta sensible con el que podía comentar y traducir la poesía griega y latina. Su dulzura casi femenina le hacía olvidar la rudeza de su esposo, el rey Clotario.

Mientras iba alargándose el festín, los rostros se iluminaron más y más y las risas estallaban con más algazara. Radegunda sonreía, contentándose con unas habas y agua por todo alimento.

—Amigo Fortunato, la glotonería te perderá. Pero no quiero entristecerte este día de fiesta. ¿Has compuesto algún verso en honor de mi ahijada?

—Sí, reina mía. Lo raro del descubrimiento de esta niña, su apego por ese lobo, la cinta de oro, su venida aquí, este bautizo que hace de ella tu hija y también la de este hombre ordinario, me han inspirado unos versos que espero que te gusten.

—Estoy segura de ello, y supondrá para mí un cambio después de tus himnos a los guisos, al hidromiel y a las golosinas de Oriente.

—Eres injusta, reina mía; eso me distrae de mis trabajos sobre nuestros Santos Padres y me ayuda a soportar la frugalidad de los días ordinarios, en los que sólo tengo derecho a tres platos de carne y un solo de pescado.

—Con ese régimen —dijo Agnès riendo—, no me sorprende que tengáis que pedirle tan a menudo remedios a nuestra hermana Begga.

—Hermosa Agnès, no todo el mundo puede, como vos y como nuestra santa reina, satisfacerse con raíces, unas cuantas nueces y un caldito. Y nada malo puede ocultarse en algo tan bueno —dijo el sacerdote, engullendo un pollo que resumaba una salsa oscura hecha con especias y azúcar.

La abadesa se levantó y pidió silencio. El ruido de las risas y las voces fue extinguiéndose poco a poco. Agnès habló inclinándose hacia Radegunda.

—Querida madre, te debemos en medio de nuestros austeros trabajos este alto para manifestar la alegría que sentimos todos y todas por la milagrosa llegada de una niña a la que, en tu bondad, has querido llamar hija. El agua del bautismo ha purificado su alma y ha borrado el pecado original. Por tu caridad, su cuerpo está al abriogo del hambre y del frío. Por tu amor maternal, su corazón conocerá la dulzura de ser amada y la felicidad de amar. En mi nombre y en el de la comunidad, le doy la bienvenida y le deseo larga vida.

—Bien venida y larga vida... bien venida y larga vida —repitieron a coro los asistentes poniéndose en pie.

La reina, visiblemente emocionada, hizo un gesto con la mano que devolvió la calma al recinto.

—Gracias, amigos míos, gracias. Demos gracias a Dios por habernos permitido salvar a esta niña. —la reina inclinó la cabeza y unió las manos para rezar el Pater Noster.

—Amén —respondieron todos.

—Que siga la fiesta y que nuestro amigo Fortunato nos recite sus versos.

Fortunato bebió para aclararse la voz y fue a situarse entre las tres mesas, vuelto hacia Radegunda. Dos monjas jóvenes, con sus laúdes, se situaron a uno y otro lado del sacerdote y empezaron a tocar. Con voz cálida y clara, el poeta recitó un largo y oscuro poema que relataba el hallazgo de la niña entre los lobos y su adopción por la santa fundadora.

Cuando calló estallaron los aplausos. Fortunato le tendió a Radegunda los pliegos en los que estaba escrito su poema. La reina los tomó y los estrechó contra su pecho.

—Gracias, querido amigo, tus versos llenan siempre de alegría mi viejo corazón. Le pediré a Berta que ponga manos a la obra a sus mejores copistas para que cada uno de los nobles invitados a esta fiesta conserve de ella un grato recuerdo.

Agnés hizo un signo a Radegunda, que asintió. Se levantó, y las religiosas y los monjes la imitaron.

—Las monjas salieron en primer lugar, algunas de ellas ligeramente titubeantes.

La reina y la abadesa se despidieron de sus huéspedes y se retiraron después de asegurarles que nada les serviría de mayor agrado que saber que continuaban disfrutando del ágape. Esta delicadeza les llegó directa al corazón a los glotones, que, una vez hubo salido el último monje, se entregaron

al pecado de la ebriedad.

Romulfo pecó menos tiempo que los demás. Cayó bajo la mesa y se quedó dormido.

Las superioras se dirigieron hacia las estancias de la reina. Ésta parecía fatigada y se apoyaba pesadamente en el brazo de Agnès.

—Querida amiga, a ti, que tanto te gusta el recogimiento y el silencio, este día ha debido parecerte muy largo y fatigoso —dijo Agnès.

—No, corazoncito, para mí es un placer ver la alegría de aquellos que amo. Además, en ocasiones es bueno que nuestras hijas tengan algún esparcimiento. Su trabajo es a menudo duro y penoso, los oficios son largos, su alimentación frugal y la regla es severa.

—¡Pero algunas han pecado contra la templanza!

Radegunda estrechó a Agnès contra su pecho con un gesto de tierno afecto.

—Querida niña, recurro a toda tu indulgencia

—Tienes razón, querida madre. ¿Quieres que vayamos a ver a la pequeña Vanda?

—Sí, eso me distraerá de mis dolores.

Un espectáculo encantador se ofreció a sus ojos. Vanda y el lobato estaban jugando sobre una piel de oso con gran cantidad de gritos y gruñidos. Pujaban los dos a ver cuál de ellos hacía caer al otro, le hacía rodar debajo, le mordisqueaba. Asia, Ludovina y Albin, con los rostros ruborizados por el placer, reían con lo que ocurría ante sus ojos. Al entrar las dos mujeres, se levantaron confusos. Ludovina levantó a Vanda del suelo, enredada en sus ropas demasiado grandes para ella. La niña alzó la cabeza y tendió los brazos.. Conmovida, Radegunda la tomó en brazos y, estrechándola contra sí, empezó a canturrear una nana de su país. Vanda se apoyó en su pecho tratando de reproducir con su tierna voz de bebé la canción de la reina, que se sentó y estuvo acunando a la niña hasta que se durmió. Entonces, con los gestos tiernos de una madre, la acostó y la arropó con blancas pieles. Besó por segunda vez el sueve cabello y salió andando de puntillas.

Capítulo tercero

URIÓN

Las fiestas de Navidad dieron lugar a nuevas alegrías. En el monasterio de la Santa Cruz la regla se suavizó durante esos días. Las monjas jugaban a los dados, a la pelota, componían charadas cuyas soluciones a veces irreverentes con las superioras hacían reír a las castas muchachas a carcajadas. Las más hábiles con la aguja bordaron para el altar de la capilla privada de su fundadora un velo de una finura extraordinaria. El menor soplo de aire parecía dar vida a los delicados bordados. Las que se distinguían en el dibujo iluminaron una recopilación de los mejores versos de Fortunato, sabiendo hasta qué punto era éste sensible a la atención que se dedicaba a realzar su obra. La abadesa Agnès no quedó olvidada; Berta volvió a copiar por sí misma la regla de san Cesáreo con dos tintas de diferentes colores. Algunas de sus letras quedaron realzadas con oro. Pero quien tuvo más regalos, tanto de la reina como de las religiosas, fue Vanda. Le hicieron tantos vestidos, capas y calzas que había casi con qué vestir a todas las niñas de su edad. Radegunda le puso a cuello un collar de piedras bastas del Rin que su padre, el rey Berthario, le había regalado pocos días antes de morir. Este collar, que no tenía gran valor, nunca la había abandonado. Era lo más precioso que tenía en el exilio. Ningún gesto podía demostrar mejor hasta qué punto le había cobrado cariño, en tan pocos días, a la niña que habían encontrado; la niña de los lobos, como la llamaba el poeta. En ocasiones, ella misma se lo reprochaba y le pedía perdón a Dios. Pero una sonrisa, una caricia de Vanda llenaban su corazón de las dulzuras de la miel. Encantadora y tierna, no es que la niña fuese reservada, aunque reservaba sus mejores expresiones de afecto para el lobato, al que en vano habían intentado retirarle. Ante sus lágrimas y gritos, que la ponían al borde

del desvanecimiento, la abadesa había autorizado la presencia del animal en la estancia en la que dormían Asia y Ludovina, especialmente encargadas de velar por ella. Ya se vería más adelante, cuando el animal fuese ya adulto. Por el momento, su comportamiento tenía más parecido con el de un gatito que con el de un lobo, o incluso de un perro.

Romulfo y Albin pasaron el día de Navidad en el monasterio. Albin había tallado en una tierna rama de árbol toda clase de animalitos que encantaron a Vanda. En cuanto a los minúsculos botines de piel blanca que le hizo Romulfo a la niña, le valieron a su artesano, a pesar de sus negativas, un encargo para todas las novicias.

El mes siguiente al de Navidad, Fortunato dejó el convento montado en su asno, *Nea*, un animal tranquilo y sólido, escoltado por una decena de hombres de armas y una carreta de suministros para ir a Metz a defender los intereses del monasterio ante la reina Brunehaut. Pasó por Tours para entregarle al obispo Gregorio un mensaje de Radegunda.

A principios del año 577, poco después de partir Fortunato, una anciana gala se presentó ante las puertas del monasterio y dijo que quería ver a Begga. La portera, la esclava Tranquila, le dijo que volviese al día siguiente, día en que la religiosa recibía. Pero la anciana, llorosa, insistió hasta tal punto que Tranquila, conmovida, la dejó entrar. La mujer recogió del suelo un paquete que parecía bastante pesado y siguió a la esclava a una sala de espera

—No te muevas, voy a ver si mi señora Begga puede recibirte.

Ella se lo agradeció con un gesto de la cabeza y se deslizó al suelo sin dejar el paquete. Pasó un rato.

Cuando Begga entró,acompañada por Marconefa, la pobre mujer se había quedado dormida, apelotonada sobre sí misma. La religiosa la miró bondadosamente y contuvo con un gesto a Tranquila, que se disponía a despertarla. Se acuclilló a su lado y deshizo los nudos del paquete. Apareció el rostro de un niño, ardiendo de fiebre. Abrió trabajosamente los ojos y trató de sonreír. Begga y Marconefa le levantaron sin que la mujer dormida hiciese un solo gesto, y le llevaron a una mesa para examinarle. Le despojaron de los andrajos que le envolvían. Era un chiquillo de unos ocho años quizá, flaco hasta la escualidez, que tenía una herida terrible en la ingle. La primera atención que le dispensó Begga fue lavarle.

—Muchacha, prepara una infusión de corteza de sauce para hacer que baje la fiebre. Tranquila, tráeme agua hirviendo y unas hilas, voy a tratar de limpiar esta herida. Es curioso, tengo la sensación de que a este chiquillo le han mordido por todo el cuerpo.

El sonido de las voces despertó a la mujer gala.

—Acércate, mujer. ¿Qué le ha ocurrido a este niño? ¿Es tu hijo?

—Es mi hijo adoptivo. Todos los hijos de mi sangre y los hijos de mis hijos han muerto por la gran miseria que ha caído sobre el pueblo galo. A este niño le encontré medio devorado por los lobos y muriéndose de hambre el día de Navidad, junto a la Piedra Levantada.

Begga y Marconefa se miraron al oír a la mujer hablar de la Piedra Levantada. La anciana prosiguió:

—Le he cuidado y alimentado un día tras otro, pero no he podido acabar con el mal que le corroe. La fiebre, que ya había bajado, volvió a subir, y también delira en una lengua que no comprendo. Sálvale, buena señora, porque su muerte me mataría por lo mucho que mi corazón está unido a él.

—Lo intentaré con la ayuda de Dios, buena mujer, pero parece que estña muy mal. Sólo un milagro puede salvarle. Mira, la infección ha invadido toda la pierna y se propaga hacia el vientre. Ruega al Señor que salve a tu hijo.

—¡El Señor...!

La palabra fue escupida más que dicha por la anciana mujer con tal violencia y odio que Begga se quedó en suspendo y se volvió para mrar a la gala con más curiosidad que cólera. Le dijo en un tono suave aunque firme:

—Mujer, no se pronuncia así el nombre del Dios. ¿No sabes que es dueño de todas las cosas y que de su voluntad dependen todas las vidas? ¿Es que no eres cristiana?

—Si ser cristiana es estar bautizada, entonces soy cristiana.

—Con el bautismo las puertas del reino de Dios se han abierto ante ti. Depende de ti cruzar el umbral mediante la oración, el respeto a las leyes de la Iglesia, a los sacerdotes y obispos, y con

una vida pura y sin pecado, y con la profunda creencia en la bondad de Nuestro Señor Jesucristo.

—Creería en tu Dios si él curase a mi niño.

—No hables así. Eso es blasfemia.

Silenciosamente, Begga volvió a sus cuidados. El enfermo gemía suavemente. La tisana estaba preparada. Marconefa le levantó la cabeza y le hizo tomar el remedio. Tragaba con esfuerzo, deteniéndose con frecuencia. Un poco de líquido resbaló por su barbilla hasta el cuello. Begga dejó que sus ayudantes terminasen la cura y que vistiesen al chiquillo con una amplia camisa de lana. Cuando hubieron terminado, le acostaron.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la anciana, secándose las manos en el amplio delantal que había anudado sobre su hábito blanco.

La anciana irguó orgulosamente su cuerpo inclinado por los años

—Nehalennia.

—¿Nehalennia? ¿No es ése el nombre que los antiguos galos le daban a la diosa del mar?

—Sí, y también es el mío.

Sonó una campana.

—Es la hora de la oración. Tengo que dejarte. Durante esta noche podrás quedarte aquí. Dale el remedio al niño tres veces a lo largo de la noche y vigila que no se destape. Tranquila reavivará el fuego y te traerá una escudilla de sopa. Toma este cobertor para abrigarte. Volveré mañana a primera hora.

Nehalennia tomó la mano de Begga y se la llevó a los labios.

—Te doy las gracias, noble dama.

—No es a mí a quien debes dar las gracias, sino a Dios. Voy a rezarle para que nos conceda la vida de este niño.

Aún no había salido el sol cuando Begga volvió acompañada por la abadesa. Encontraron al enfermito un poco mejorado. Tenía menos fiebre y la herida parecía estar mejor.

—Has hecho bien, Begga, al acoger a este pobre niño. Daré orden de que calienten una habitación cerca de la portería donde se podrá quedar hasta que esté curado. En cuanto a los cuidados cotidianos, su madre se hará cargo de ello. ¿Qué te parece, mujer?

Nehalennia cayó de hinojos y besó la orla del hábito de la abadesa.

—Si le salváis, juro que sólo adoraré a vuestro Dios y que no volveré a hacerle sacrificios a Abellio.

—Levántate, desdichada. Eres cristiana, me ha dicho Begga. ¿Y aún osas pronunciar el nombre de un dios pagano en la casa del verdadero Dios? Quiero creer que la pena te desquicia y olvidar lo que he oído. Ve a la capilla a rogarle al buen san Hilario que te ilumine. Tranquila, enséñale el camino.

Cuando hubieron salido, Agnès y Begga volvieron junto a la yacija del niño, que las miraba con una sonrisa triste y cansada.

—Parece haber sufrido cruelmente. Esta mujer me ha dicho que le encontró el día de la santa Navidad junto a la Piedra Levantada... en el mismo lugar donde fue hallada Vanda

—Vanda... Vanda... —murmuró el herido, tratando de incorporarse.

Begga le obligó a acostarse otra vez, pero el niño se agitó y se debatió gritando:

—Vanda... Vanda... Vand...

Y cayó desvanecido. Begga le hizo aspirar el contenido de una redoma que no la abandonaba nunca. Tardó en volver en sí. Cuando volvió a abrir los ojos, unas gruesas lágrimas se le escaparon.

—Vanda —dijo entrelazando las manos y tendiéndoselas a las dos religiosas.

—Vendrá, vendrá, no te inquietes, está a salvo. ¿Cómo te llamas?

El niño sacudió la cabeza. No comprendía, pero la suavidad de la voz de Begga le sosegó y, después de tomar una bebida calmante, se durmió.

—¿Crees que este niño ha podido estar antes con Vanda? Parece conocer ese nombre. ¿Vivirá lo suficiente para decírnoslo?

—Agnès, haré todo lo que esté en mis manos con la ayuda de Dios para salvarle.

—Ya lo sé, mi querida Begga, ya lo sé.

Por la tarde llevaron a Vanda a verle. La niña miró mucho rato al enfermo, como si tratase de recordar. Y cuando él abrió los ojos, ella trató de saltar sobre la cama exclamando:

—Urión, Urión.

La sentaron junto al chiquillo. Los dos niños se besaron, se tocaron como para asegurarse de que no se engañaban y de que Urión era Urión y Vanda, Vanda. El niño le habló en un idioma desconocido para todos.

Costó un gran esfuerzo separarles. La niña se encolerizó. Y no se tranquilizó hasta ver al lobato, que le habían retirado antes de entrar en la estancia del enfermo

Durante una semana, gracias a los cuidados de Begga y a las visitas cotidianas de Vanda, el estado del enfermo pareció mejorar, y luego, bruscamente, la fiebre volvió a subir y todo el bajo vientre del niño apareció como una sola llaga purulenta. Begga habia agotado ya toda su ciencia, de manera que Agnès mandó llamar a los mejores médicos de Poitiers, Marileif, a quien los reyes Chilperico y Gontran consultaban a menudo, y Reoval, que había estudiado en Roma y Alejandría.

Después de haber examinado largamente la herida, Marilief declaró a Urión perdido. Ante sus palabras, el dolor le arrancó a su madre adoptiva, Nehalenia, gritos e imprecaciones que a todos parecieron abominables. Reoval apoyó esta opinión diciendo que en Oriente había visto que los médicos salvaban a los enfermos afectados por la gangrena amputándoles el foco del mal. Marilief le hizo la observación de que, habiendo hecho la infección tales progresos, habría que cortar al niño en dos. Los médicos rieron como si fuese una espléndida broma bajo la mirada de reprobación de Agnès y Begga. Después de un conciliábulo que no se acababa nunca, se pusieron de acuerdo para proceder, en primer lugar, a la ablación de los testículos, cuyo volumen se había triplicado.

—Repruebo esta operación que convierte a un hombre en un eunuco —dijo Begga—. Sin embargo, si es la única posibilidad que hay de salvarle, estoy dispuesta a ayudaros.

Se preparó todo lo necesario para la operación. Al niño le dieron un cubilete de alcohol y le tendieron en una mesa de mármol cubierta con lienzos blancos. Reoval hizo salir de la habitación a todas las personas cuya presencia no era necesaria. Solo se quedaron sus dos ayudantes, unos hombres muy fuertes, así como Begga y Marilief. Todos se habían vestido con grandes blusones rojos. A un signo de Reoval, los ayudantes agarraron al chiquillo por los hombros y las piernas. El médico tomó una hoja fina de metal muy afilada y empezó a cortar la carne tumefacta. Un borbotón de pus brotó a la vez que un grito infrahumano. A pesar de su fuerza, los dos hombres tuvieron que emplearse a fondo para contener los movimientos enloquecidos del pobre Urión. Desentendiéndose de los gritos, del pus y de la sangre, Reoval castró al desdichado chiquillo, que, agotado por el dolor, se desmayó.

Cuando hubo acabado de limpiar y disponer apósitos en la horrible herida, Reoval examinó atentamente el vientre y la parte alta de los muslos de Urión. La carne tenía mejor aspecto y su color parecía más sano. El rostro había perdido el tono grisáceo que anunciaba la muerte. El pulso, aunque rápido, era regular.

—Dentro de unos días sabremos si está salvado. Volveré mañana para examinarle y cambiar los apósitos. Hasta entonces, necesita tranquilidad. Si sufre demasiado, dadle un poco de opio.

Al cabo de una semana, Urión había recuperado el buen color, comía como cuatro y quería a todo trance levantarse para reunirse con Vanda.

Fue Begga quien le comunicó a Nehalennia que su hijo nunca sería un hombre. La religiosa se echó atrás ante la mirada de odio de la mujer gala.

—¿Por qué has permitido que lo hicieran?

—Estaría muerto si no le hubiésemos operado.

—Estaría muerto, pero hubiese seguido siendo un hombre. Me has mentido; tu Dios no es un dios de misericordia. Yo le maldigo... Yo le maldigo.

La desdichada se desmoronó. Begga trató de levantarla, pero la rechazó con tanta violencia que su cabeza fue a dar contra la esquina de la alta mesa de mármol. Cayó lentamente al suelo, mientras su velo se teñía de rojo. La anciana, riendo por lo bajo, se inclinó sobre el cuerpo tendido y arrancó del cinturón de la religiosa el manojo de llaves en el que estaba la del arca de las medicinas peligrosas. Después de probar muchas, consiguió abrirlo. No sabía leer, pero adivinó que los

frascos marcados con rojo eran los que estaba buscando. Con un gesto de demente, destapó uno de los frescos marcados y bebió el contenido. Cogió otro y fue hacia la cama de Urión, que la miraba hacer con curiosidad. Acercó el veneno a los labios del niño, pero el sabor era tan amargo que lo escupió. La anciana insistió con un furor tal que al niño le dio miedo y se debatió gritando. Si no hubiese tomado el veneno, que hacía efecto con gran rapidez, no cabe duda de que Nehalennia hubiese conseguido matarle. Pero le fallaron las fuerzas; tiró el frasco, sus manos de dedos descarnados arañaron su cuello, y cayó al suelo, estertorando, babeando, y murió diciendo:

—Hijo, hijito mío... Dios...

Vuelta en sí, Begga oyó esta última palabra. Consiguió ponersen en pie, miró a su alrededor y comprendió el drama que acababa de producirse. Urión consiguió levantarse de la cama; se acercó a la anciana, se arrodilló junto a ella y, con un gesto de infinita ternura, acarició el blanco cabello de aquella que le había amado tanto.

Begga se arrastró hasta la puerta y pidió socorro. Esclavas y sirvientas acudieron, y luego fue Marconefa, que se quedó tan pálida que Begga le habló con dureza, por lo que luego pidió perdón. Hizo que le diesen leche tibia a Urión como eventual contraveneno. Con la ayuda de Marconefa, se quitó el velo y examinó la herida que tenía en la frente. No era nada grave. Cuando la abadesa, a la que habían avisado de lo que ocurría, llegó a la habitación, el lugar ya había recuperado su aspecto acostumbrado. El cuerpo de Nehalennia yacía en una estancia vecina.

—Su abominable acción le cierra para siempre el reino de los cielos. No podemos hacer nada por ella. Glodosinda, ve a arrojar su cuerpo al Clain.

—Oh, Agnès, es verdad que esta desdichada ha pecado gravemente y está condenada para siempre. Pero, te lo ruego, no dejemos su cuerpo sin sepultura. Durante estos días he aprendido a conocerla y quererla. La vida de esta mujer ha sido una larga sucesión de sufrimientos. ha debido perder la razón para actuar así. Te lo ruego, enterrémosla en un rincón de mi jardín

—La falta es demasiado grave y he de hablar con nuestra fundadora. Haré que te comuniquen nuestra respuesta por la noche. Y aquí tenemos a este niño, otra vez huérfano. ¿Que vamos a hacer con él? Es un muchacho, y no puede quedarse con nosotras.

—No es apenas un niño.

—Pero no es una niña tampoco. Pobre criatura, hubiese sido mejor que muriese.

—Dios no lo ha querido. Tengo una idea: vistámosle y eduquémosle como a una niña. Aún tiene muy pocos años, y seguramente olvidará que tuvo un sexo distinto del nuestro.

—Begga, estás loca, lo que propones es una monstruosidad y un engaño.

—Yo creo que no. Piénsalo, habla de ello con la reina. ¿No había en la corte de su padre un eunuco vestido de mujer que vigilaba a las muchachas y a las esposas del rey?

—Puede ser, pero eso no ocurrirá en un convento.

—Te lo ruego, Agnès, no podemos echarle de esta manera. ¿A dónde iría? Ni siquiera habla nuestra lengua. Podría quedarse con las sirvientas. Somos pocas las que sabemos cuál es su sexo. Si le ayudamos, se adaptará con el tiempo.

—Estoy segura de que es una locura. Sigue con él hasta que esté curado por completo, y luego ya veremos

Al acabar la primavera, Urión estaba completamente restablecido. Después de la operación había engordado mucho y su cabello había crecido considerablemente. Para sorpresa de Agnès, Radegunda dio su conformidad en cuanto a vestirle de niña. Le entregaron ropas de las sirvientas jóvenes. Al principio, se quitaba sus nuevas prendas con indignación, pero luego, poco a poco, las fue aceptando.

En esa misma época los habitantes de Poitiers vieron una gran loba a la que acompañaban cinco lobatos de unos nueve meses que andaba errabunda por los alrededores. Algunos incluso vieron que intentaba escalar los muros del monasterio. Algunas noches muy frías se oía un lúgubre aullido que llegaba hasta las celdas del convento. Esas noches, el lobato, al que Vanda había bautizado con el nombre de *Ava,* se ponía a aullarle a la muerte, imitado a continuación por la niña con la que

dormía el animal y a la que despertaban esos gritos. Asia y Ludovina les tranquilizaban dándoles leche caliente endulzada con miel. Algunas de las religiosas de más edad decían que el diablo se había introducido en el convento bajo la apariencia de una niña y un lobo y que había que recitar las oraciones de exorcismo. La abadesa puso firmemente las cosas en su justo lugar, pero no pudo evitar que algunas monjas ancianas se persignasen cuando se cruzaban con Vanda y su lobo.

Con la llegada del buen tiempo, la loba y sus cachorros desaparecieron. Los campos se cubrieron de olorosos alhelíes, en los huertos estallaron flores blancas y rosas; Ludovina hizo unas bolas con flores amarillas con las que jugaba con Vanda; Asia confeccionó coronas de margaritas y collares de miosotis para la niña; las lilas perfumaron el bosquecillo donde a Radegunda le gustaba retirarse; Itta llenó un cesto con los primeras fresas; Plectrudis le dio a Vanda los primeros polluelos. El lobo *Ava*, sin duda celoso de las atenciones y caricias que les tributaba su compañera, se comió de un bocado los dos animalitos. Vanda lo sintió mucho, pegó al lobo y lo olvidó. Romulfo acudía a menudo a visitar a su ahijada, que lanzaba gritos de alegría en cuanto vislumbraba la alta figura del hombre. Se pegaba a las fuertes piernas de su amigo, tratando de rodearlas con sus bracitos.

—Anda... anda...

Así empezaba un juego que a la niña le encantaba. Ponía sus pies minúsculos sobre los de Romulfo y el hombre tenía que andar, sosteniéndola por las manos. Al principio los pies de Vanda resbalaban, pero poco a poco encontraban el ritmo. Entonces, por los claustros cuando llovía y las monjas estaban en oración o entregadas a sus trabajos, o en los jardines cuando hacía buen tiempo, llegaban las carreras interminables, puntuadas por las carcajadas de Vanda, los gañidos del joven lobo y los gritos de Ludovina y Asia, diciéndoles que acabasen con ese ruidoso juego.

A veces Albin acompañaba en su visita a Romulfo. Vanda retiraba del cinturón del joven su flauta y se la ponía en los labios.

—Toca —decía la niña, autoritaria.

Albin lo hacía y la inquieta niña se ovillaba a los pies del músico cerrando los ojos como para saborear mejor la sencilla melodía. En cuanto Albin dejaba de tocar, ella le daba un golpe y decía:

—Más, amigo Albin, más.

Y Albin, riendo improvisaba otro son. Cada día iba haciendo progresos en su nueva lengua sin por ello olvidar su lengua materna, que aprendía con Urión. Le gustaban mucho las historias que contaba Asia para dormirla. Sobre todo las que hablaban de lobos. Las escuchaba con un brazo alrededor del cuello de *Ava*, como si dijese: «Escucha bien, habla de nosotros». El animal parecía comprender e inclinaba la cabeza de una forma cómica. Cada día, la reina hacía que le llevasen a la niña a su lado, le hacía zalemas y le contaba con palabras simples la vida de Jesús o las de los santos mártires. Vanda escuchaba cortésmente, pero poco a poco sus párpados iban bajando y sus ojos se cerraban, lo que hacía decir a Radegunda, olvidando la tierna edad de la niña:

—Me temo que a esta pequeña no le gustan mucho las historias piadosas y prefiere los cuentos del ama.

Estos celos de narradora hacían sonreír a Agnès, que mantenía con la niña una relación tierna aunque distante.

la mayoría de las religiosas, sirvientas y esclavas habían adoptado a Vanda y a su lobo. Tan sólo el obispo Maroveo y Leboveria, que tenía a su cargo a las novicias, consideraban que la presencia de la niña, cuyos orígenes se desconocían y a la que habían encontrado en tan extrañas circunstancias, podía llegar a perturbar la buena marcha del monasterio y el recogimiento necesario de sus moradores. Leboveria había llegado a prohibir a sus jóvenes novicias que jugasen durante los cortos descansos con la niña, lo que le había valido por parte de la abadesa una reprimenda afectuosa aunque firme. Leboveria había mantenido su actitud, diciendo que no podía seguir haciéndose cargo de la instrucción de las novicias en la vida religiosa si no se respetaban sus decisiones.

Agnès había cedido, consiguiendo, en todo caso, el consentimiento de que las más jóvenes podrían, cuando el tiempo lo permitiese, compartir los juegos de la pequeña.

Entre las mucchachas entregadas a la vida monástica se encontraba Crodielda, una niña de once

años, hija natural del rey Cariberto. Era la más joven y la más revoltosa de todas las novicias. Con un año ya de noviciado, no había podido acabar con un orgullo que Radegunda consideraba excesivo, ni con un empecinamiento que ninguno de los castigos de Leboveria había podido atenuar. El estudio le resultaba insoportable y apenas sabía escribir correctamente latín, a pesar de las pacientes lecciones de Helsuinta, o se negaba, para gran tristeza de Nantilda, a aprender el griego. Era inhábil en los trabajos de costura, incapaz para cualquier trabajo manual, era de una coquetería extrema; y descarada, burlona, turbulenta; estaba orgullosa de su noble cuna y pasaba más tiempo haciendo penitencia o encerrada que estudiando o en el recreo. Era un ser encantador, a pesar de su aspecto de perpetuo mal humor, y podía pasar sin transición de la más exquisita amabilidad a la más extrema maldad; era tierna y cruel a la vez, y sólo aceptaba las reprimendas de la reina. Sólo con ésta aceptaba las imposiciones de la vida monástica. Cuando, por humildad, Radegunda barría los corredores de las celdas, lavaba la vajilla de las monjas o remendaba un hábito, se veía a Crotielda hacer lo mismo con tal expresión de disgusto en su bonito rostro que la indulgente reina se burlaba de ella.

—Hija mía, hay que realizar las tareas más modestas con el ánimo alegre. En su pequeñez, son agradables ante Nuestro Señor Jesucristo, tanto como los grandes hechos realizados por los santos.

—Ya lo sé, madre, y por eso trato de imitaros. Pero no lo consigo, encuentro que son cosas indignas de mí.

—¡Indignas de ti! ¿Cómo puedes decir eso cuando a tu alrededor todo el mundo da ejemplo?

—Pero, madre, soy hija de un rey.

—Yo yo, hija mía, ¿no soy hija y esposa de reyes? Haz callar ese tonto orgullo que sólo puede perjudicarte y hacer penosa para ti la vida entre nosotras.

La muchacha se puso roja de cólera.

—Yo no elegí estar aquí. No me gusta el convento, no quiero ser religiosa.

Radegunda estrechó contra sí a la niña llorosa y enfurruñada.

—Ya lo sé, querida pequeña, pero has de expiar con tu presencia aquí el pecado de tus padres, el rey Cariberto y la desdichada Marconefa, que rompió por amor los sagrados vínculos que la unían a Dios. Ante su obstinación, el buen santo Germán tuvo que decidir la excomunión. Tú naciste poco después y sólo a las lágrimas de tu madre y a la indulgencia del obispo de París debes el haber recibido el santo bautismo. Sólo poco tiempo después de la muerte de tu padre, tu madre, antes de morir a su vez de vergüenza y de pena, te consagró a Dios. En cuanto tuviste la edad de comprender, tu tío, el rey Gontran, que se había hecho cargo de ti, hizo que te trajesen. Tienes que resignarte, palomita mía. Vete, voy a rezarle a Dios por ti.

Radegunda besó la frente de la niña momentáneamente tranquilizada y la miró alejarse con tristeza. Sin embargo, en ningún otro lugar que no fuese el convento encontraría su verdadero lugar. Era hija de un rey, cierto, pero también era hija de una religiosa que había profanado sus votos y que era hija a su vez de un esclavo que cardaba lana. La excomunión de sus padres, que hacía su nacimento ilegítimo, hacía que Crotielda sólo pudiese ser un desdichado motivo de enfrentamientos entre sus tíos los reyes Gontran y Chilperico. Para ella era mejor la oscuridad del claustro que el relumbrón de las cortes de Neustria, Austrasia o Borgoña.

La hija de Cariberto se había hecho amiga de la pequeña Vanda, con quien compartía sus juegos cuando no estaba castigada. Debido a esa amistad, la niña se forzó al estudio y a una aparente sumisión hacia Leboveria, y ésta, creyendo que había domado a ese alma rebelde, relajó su vigilancia. Así llegaron hasta la pobre Crotielda los únicos momentos de alegría de su infancia, que inconscientemente agradeció a Vanda.

El verano trajo otra vez los baños en la alberca, un vestigio de la antigua casa patricia en cuyo emplazamiento se había construido el monasterio de Radegunda. Vanda se hubiese quedado horas en el agua perfumada, pero Begga, cuyas convicciones médicas no se discutían, decía que esos prolongados baños podían debilitar a la niña.

Vanda quería mucho a Begga, que era amable y encantadora. A menudo iba con ella al jardín en el que la sabia monja cultivaba los ingredientes que le permitían atender las diverdas enfermedades de la comunidad. En cuanto veía a una hermana con el cutis amarillento, inmediatamente le preparaba una mezcla de plantas que le devolvía el buen color. Si otra se quejaba de dolor de vientre, también tenía un remedio para eso. Una de sus pomadas hacía milagros con los dolores de

muelas. Las unturas que aplicaba en las quemaduras aliviaban inmediatamente el dolor y hacían que desapareciese cualquier huella en unos días. Su reputación de sabia en cuestiones de medicina se había extendido por todo el lugar e incluso por los campos. Los habitantes de Poitiers y de los alrededores acudían a consultarla. Sin embargo, Begga sólo aceptaba atender a los pobres, para los que reservaba un día a la semana. Esos días, los accesos al convento estaban invadidos por una multitud de enfermos.

Begga les recibía en una estancia dispuesta a tal efecto junto a la portería. La ayudaban Marconefa y Rugonta, alumnas suyas a las que trataba de transmitir sus conocimientos. Las dos religiosas preparaban admirablemente, bajo sus instrucciones, pociones y pomadas, pero no tenían el conocimiento instintivo de las plantas por el que se reconoce a quien tiene el don de curar. Albin, el hermano de Romulfo, sí que lo tenía. Un día en que había ido a hacerle una visita a Vanda, Ludovina se había hecho daño en un pie. El tobillo se le había hinchado inmediatamente hasta el doble de su volumen. Begga, a la que habían llamado, encontró al joven que estaba envolviendo el pie herido en grandes hojas de ruibarbo. Ella le felicitó, y le recomendó a Ludovina absoluta inmovilidad durante bastantes días.

—No será necesario. Voy al bosque a recoger algo prara hacer un emplasto que le permitirá andar de aquí a uno o dos días.

Antes de que Begga pudiese hacer una sola pregunta, Albin ya había desaparecido. Volvió unas horas después con una brazada de plantas de las que algunas le eran desconocidas. En un mortero de mármol, el joven machacó brotes y hojas e hizo con ello una mixtura que desprendía un fuerte olor a pimienta. Deshizo la compresa, tanteó el pie y aplicó la pomada en la parte hinchada. Pidió unos paños calientes, cortados en cintas, y lo ciñó todo con fuerza.

—Si Dios quiere, mañana podrás andar. Volveré, porque hay que cambiar la compresa cada día, durante tres.

Cuando volvió al día siguiente, encontró a Ludovina el pie. La muchacha se le lanzó al cuello.

—Ya no me duele. Es un milagro. Ni siquiera Begga lo comprende. Ayer, cuando te fuiste, dijo encogéndose de hombros: «Otra vez uno de esos remedios caseros que hacen más mal que bien; esperemos hasta mañana, pero me sorprendería que pudieses volver a andar tan pronto.»

Albin repitió las mismas manipulaciones del día anterior, comprobó que la hinchazón había remitido y que el pie ya no estaba dolorido

Begga, que asistía a esas atenciones, como buena perdedora, felicitó al joven. Y no le dejó marcharse hasta que le hubo dicho cuál era la composición del emplasto, y le hizo prometer que le llevaría los elementos para prepararlo.

A partir de ese día, cada vez que Albin iba al monasterio, Begga hablaba con él acerca de las virtudes de tal o cual planta. Le sorprendían los conocimientos de un hombre tan joven —apenas tenía quince años. Él decía que ese saber procedía de su bisabuela gala, Onuava. Como Begga no podía salir del convento, Albin se convirtió en su proveedor de plantas del bosque. A cambio, él le pidió que le enseñase a leer los libros que la monja consultaba con tanta frecuencia, recopilación de los conocimientos médicos de la época, que llevaban muchas ilustraciones de un rico colorido, tanto de las plantas medicinales como de las partes del cuerpo humano.

Begga le habló en términos encomiásticos a la abadesa de los talentos del muchacho, y Agnès aceptó que le diesen a Albin clases de lectura y escritura. En pocos meses, aprendió a leer y escribir en latín, para gran alegría de Begga y orgullo de Helsuinta, quien ante las dotes de su alumno consiguió de Agnès que Nantilda completase su instrucción enseñándole el griego. Presionada por Begga y por las dos encargadas de estudios, la abadesa dio su aprobación, a pesar de las objeciones de Leboveria.

Al cabo de dos años, el joven campesino galo sabía tanto como sus nobles profesoras, una de ellas nieta de san Medardo y la otra hija de un noble guerrero franco y de una dama gala perteneciente a una familia senatorial de la Auvernia. A continuación, Radegunda y Fortunato, que estaban al corriente de las dotes y de los rápidos progresos del protegido de Begga, decidieron, por consejo de Marilief, que se había convertido en médico mayor del palacio de Chilperico, enviarle a seguir sus estudios junto a los médicos más sabios de los reinos de Europa y Oriente.

Por el momento, Albin, con la alegría de aprender, casi había olvidado tocar la flauta.

Poco antes de Navidad, Fortunato regresó de su largo viaje a Austrasia habiendo conseguido de Brunehaut y de los duques, garantías de paz para el monasterio de la Santa Cruz y la villa de Poitiers, y ricos presentes para la reina y la abadesa. Su regreso se festejó como era debido en torno a mesas abundantemente servidas, lo que hizo decir inocentemente al poeta glotón:

—¡Ah!, qué bueno es volver a casa.

La alegría de Radegunda y Agnés fue grande al volver a ver a su amigo. Grande era también su curiosidad por conocer en detalle el desarrollo de su viaje. Pasaron muchas noches oyendo a Fortunato hacer la narración de su viaje. Un día la reian le preguntó a su amigo:

—¿Has conseguido averiguar de dónde proceden los documentos que había junto a nuestra pequeña Vanda?

—Un sabio escritor griego, versado en la escritura de muchas lenguas, reconoció algunos caracteres que a él le pareció que procedían de países que se encuentran, a su parecer, en la ribera del Vístula. Hizo una copia del pergamino y me enviará la traducción en cuanto le sea posible. Sin embargo, reconoció sin duda la curiosa estatuilla. Se trata de Sventovit, el dios de las cuatro caras. Su culto está relacionado con el de los caballos blancos, que son caballos sagrados. Es un dios regio al que los pueblos eslavos adoran, así como a un cierto número de otros dioses, como Jarilo, el sol cuando brilla con todo su esplendor, o Iván Kupalo, que es el sol cuando se baña para renacer, o Svarog, el dios del fuego, o Valdós, el protector de los rebaños, o Mokos, el dios de la lluvia y de la tierra húmeda, y su compañero Vojdanoj, de larga barba verde, escondido en el fondo de los ríos para espiar a Rusalka, Ondina y Sirena...

—Oh, sí, sí, ya me acuerdo —dijo la reina—. Era Rusalka, tan bella... y también Lessi, el semidiós de los bosques... y el solapado Vodjanov, que tanto miedo nos daba a mi hermano y a mí. Y también estaba el dios perro Simargl, que se llevaba a los niños desobedientes. Era Marelka, una cautiva de mi padre a la que queríamos mucho, la que nos contaba los cuentos de su país. Digo yo que los cuentos, porque para ella eran cosas muy serias. También nosotros, los niños creíamos en ello. Marelka procedía del país de los eslavos o de los antes. Creía en un dios supremo, que dominaba a todos los demñás dioses, que era señor de la tierra entera, un dios terrible cuyo nombre nadie debía pronunciar. Lo simbolizaba una espada. Marelka estaba convencida de que Kikimora, la diosa doméstica, la ayudaba en su trabajo por la noche, cuando ella dormía.

Radegunda se quedó pensativa y en silencio un largo rato, con las facciones rejuvenecidas por los recuerdos de su infancia en el país de los bosques umbríos. Agnès y Fortunato la miraban enternecidos, respetando su ensoñación.

—Es decir, que Vanda puede ser eslava. Es un pueblo noble, valiente y poco conocido. Parece ser que muchos de ellos escucharon la palabra de los santos misioneros y fueron bautizados. Roguemos al Señor, hijos míos, para que bendiga al pueblo que nos ha entregado a nuestra pequeña Vanda.

Capítulo cuarto

AÑO 580
EPIDEMIAS Y PRODIGIOS EN TODA LA GALIA. CRÍMENES DE FREDEGUNDA

Ese mismo año hizo un tiempo espantodo en toda la Galia. Grandes diluvios azotaron la región arverna. En el Poitou y Turena llovió sin interrupción durante doce días. La tierra estaba empapada de agua hasta tal punto que no se pudo sembrar. Los ríos y los arroyos se desbordaron, provocando grandes daños en las poblaciones. Las murallas de Lyon se derrumbaron. Rebaños enteros perecieron arrastrados por las aguas; los seres humanos no se libraron de ese destino y se vio más de un cadáver llevado por la corriente de los ríos. Los pobres acudían en gran número a las poblaciones a pedir ayuda. En el monasterio de la Santa Cruz, Glodosinda, por orden de la abadesa, hacía que cada día se distribuyese entre los desdichados de la ciudad una sopa caliente y pan.

Nunca había tenido Begga tantos enfermos que cuidar. Pero esos remedios no resultaban muy

eficaces contra el hambre y el húmedo frío que postraban a las pobres gentes. Radegunda ordenó recurrir a las reservas del convento y encargó a los mercaderes judíos de Poitiers que vendiesen una bandeja de oro que había recibido como regalo de bodas de su esposo el rey Clotario. Con el producto de la venta, hizo comprar vestidos de abrigo y calzado para los que más lo necesitaban. Cuando acabaron las lluvias, los árboles florecieron, aunque sólo era el mes de septiembre.

En Turena hubo muchos prodigios: una mañana, antes de la salida del sol, se vio una bola de fuego que cruzaba el cielo y se dirigía hacia la región de Levante. También se oyó como el ruido de un árbol que cae, pero no se podía creer que viniese de un árbol porque el ruido se oyó a cincuenta millas a la redonda, y aún más. Ese mismo año un violento temblor de tierra conmovió la villa de Burdeos. La gente se asustó tanto que huyó de ella. El temblor llegó hasta la ciudades vecinas, e incluso hasta España. Rocas enormes se desencajaron de las montañas del Pirineo y cayeron matando animales y personas. Estallaron incendios como por arte de magia, haciendo arder las poblaciones. Las casas y las granjas se incendiaron, sin que en ello se pudiese reconocer una causa, a no ser la voluntad de Dios. La ciudad de Orleans quedó destruida casi por completo, el incendio no dejó nada en pie, ni siquiera las propiedades de los más ricos. Y si alguien conseguía salvar algo, los ladrones se lo quitaban. Bourges fue violentamente castigada por el granizo. En Chartres manó sangre del pan cuando el sacerdote lo partió. A todos estos prodigios les siguieron crueles enfermedades. La disentería invadió casi toda la Galia. Los aquejados de ella sufrían fiebres muy altas, dolor de riñones y de cabeza, vómitos y diarreas... Muchos hablaban de envenenamiento. Romulfo decía que eso eran pústulas del corazón. Y eso no le parecía increíble a Begga, porque cuando aplicaba ventosas en los hombros o en las piernas y estallaban las ampollas producidas de este modo, manaban materias corrompidas, lo cual salvó a muchos enfermos.

El contagio afectó hasta al monasterio. Dos religiosas de las más jóvenes murieron entre grandes dolores, pero Begga consiguió contener la epidemia gracias a un preparado de hierbas que combatió el veneno.

La enfermedad, que se había iniciado en el mes de agosto, afectaba de forma preferente a los niños. Vanda y Crotielda, contagiadas también, pudieron ser salvadas. El rey Chilperico también cayó enfermo. Apenas se había restablecido cuando la enfermedad afectó a su hijo más joven, que aún no estaba bautizado. Al verle a punto de morir, hizo que le bautizasen. Ya estaba un poco mejor cuando su hermano mayor Clodoberto enfermó a su vez. Su madre, la reina Fredegunda, se volvió loca de pena y, llevada por el arrepentimiento, le dijo al rey:

—Dios no soporta ya nuestras malas acciones. Y para castigarnos se lleva a nuestro hijo. Renunciemos a nuestras riquezas en favor de los pobres, quememos los registros de los impuestos y no nos quedemos más que con lo que le baste a tu padre, el rey Clotario.

La reina se arañó el rostro y se golpeó el pecho. Por orden suya, recogieron los libros de las ciudades y los quemaron.

—¿A qué esperas? —le dijo al rey—. Haz tú también lo que ves que yo hago para evitar la muerte de nuestros queridos hijos e intentar escapar del sufrimiento eterno.

El rey entregó a las llamas todos los libros. Cuando ardieron, envió hombres para impedir la recepción de impuestos. Pero el hijo menor, el pequeño Thierry, murió entre atroces sufrimientos.

Transidos por el dolor, los padres le llevaron desde su casa de Braine hasta París e hicieron que se le sepultase en la basílica de Saint-Denis. En cuanto al mayor, Clodoberto, le acomodaron en unas parihuelas y le enviaron a Soissons, a la basílica de San Medardo. De rodillas ante el sepulcro del santo hicieron rogativas por él. Pero, en plena noche, agotado por el sufrimiento, murió. Le sepultaron en la basílica de los santos mártires Crepino y Crepiniano. Millares de personas sumidas en llanto y vestidas de luto acudiaron al funeral, como si hubiesen perdido a un pariente muy querido. El rey Chilperico dio grandes muestras de munificencia a las iglesias y a los pobres.

Después de la muerte de sus hijos, en el mes de octubre, Fredegunda y Chilperico, abrumados por la pena, fueron a vivir al bosque de Cuise. La reina envió a su yerno Clovis a Braine, con la horrible esperanza de que muriese de la misma enfermedad que había matado a sus hermanos. Pese a la epidemia, que seguía creando la desolación, no se vio afectado por ella. Poco tiempo después el rey fue a Chelles, cerca de París, y lo llamó a su lado.

Sin prudencia alguna, el joven no dudaba en decirles a sus familiares:

—Mis hermanos han muerto; todo el reino viene a parar a mis manos.

profirió injurias contra Fredegunda, que le fueron comunicadas a ésta. Ella se sintió llena de terror y cólera. Sumida en el dolor de haber perdido a sus hijos, quizá las hubiese olvidado, de no ser porque alguien fue a decirle:

—Si ahora re ves privada de tus hijos se debe a Clovis. Como deseaba a la hija de una de tus criadas, recurrió a su madre para matar a tus hijos por medio de maleficios, y a ti no te cabe esperar para ti misma un mejor destino.

La reina, encolerizada, mandó prender a la muchacha sobre la que Clovis había puesto sus ojos, la mandó desnudar y azotar cruelmente. ordenó que le cortasen el cabello como a una mujer adútera. La larga cabellera fue amarrada a una estaca ante las estancias de Clovis. La madre de la joven, torturada a su vez, confesó llevada por el dolor todo lo que quiso Fredegunda. La reina fue a ver al rey, le dijo todo lo que acababa de averiguar, añadiendo que la vida del mismo rey estaba en peligro, y pidió para Clovis un castigo ejemplar.

Ciego de cólera, sin oír siquiera a su hijo, salió de caza a un bosque próximo a Chelles, acompañado tan sólo por algunos cortesanos adictos, entre ellos los duques Didier y Bobon. Hicieron un alto para tomar un tentempié. El rey le envió un mensajero a Clovis, dándole orden de ir a reunirse con él, sin compañía, para mantener una conversación en secreto. El joven creyó sin duda que podría justificarse ante su padre de las acusaciones que se habían vertido contra él. Sin desconfianza alguna fue solo al lugar de la cita. Cuando llegó, Chilperico les ordenó a los duques Didier y Bobon que le apresasen. Éstos le ataron las manos, le despojaron de sus armas y de su ropa, le vistieron con prendas ordinarias y le llevaron así vestido ante la reina.

Fredegunda le interrogó durante tres días, tratando de hacerle confesar aquello de lo que se le acusaba. El joven lo negó todo. Harta ya, Fredegunda ordenó que Clovis fuese conducido, encadenado como iba, a Noisy, junto al Marne, y que quedase confinado en una casa del rey. Pocas horas después de llegar, fue herido de muerte con un cuchillo, que los asesinos dejaron en la herida. Fue enterrado en una fosa que había junto a la capilla del palacio.

En seguida los sirvientes de Fredegunda fueron a anunciarle al rey que su hijo se había dado muerte, arrastrado a la desesperación por el horror de su crimen. Como prueba del suicidio, afirmaron que el arma con la que se había dado muerte estaba aún en la herida. Chilperico, engañado por estas palabras, creyó en lo que se le decía y no mandó hacer ninguna investigación. Considerándole demasiado culpable como para llorarle, no tomó disposición alguna en cuando a su sepultura. Persiguiendo al desdichado príncipe más allá de la muerte, Fredegunda mandó desenterrar el cuerpo de su víctima y arrojarlo al Marne. En lugar de arrastrarle la corriente, quedó atrapado en la red de un pescador, que lo sacó del agua.

El hombre reconoció al hijo del rey por la larga cabellera; transportó su cuerpo y lo enterró en una fosa que cubrió con césped para reconocerla. Una vez realizada esta tarea, guardó el secreto de lo relativo a ella.

El odio demente de Fredegunda no se calmó con este horrible crimen. Envió a sus asesinos al monasterio en el que desde hacía quince años estaba encerrada la reina Audovera, la madre del desdichado Clovis, con su hija Basina. La madre fue salvajemente asesinada ante los ojos de la niña y ésta fue raptada y llevada al palacio de la reina asesina.

Todos los bienes que Audovera había recibido de Chilperico como compensación por su divorcio se convirtieron en propiedad de Fredegunda.

En cuanto a la mujer que bajo tortura había acusado a Clovis y se había acusado a sí misma, fue condenada a ser quemada viva. Camino del suplicio, la mujer se retractó de su confesión, diciendo que era falsa. Pero Chilperico se mostró curiosamente indiferente, como idiotizado, mientras las llamas ahogaban las palabras de la desgraciada. Ya llevaba apagada la hoguera un tiempo y el rey seguía mirando sin ver cómo subía el macabro humo en el cielo del crepúsculo. Estaba inmóvil, como petrificado. Ni los duques ni los condes, ni siquiera la reina, se atrevían a interrumpir su extraña ensoñación. Todos se mantenían a distancia, invadidos por un miedo supersticioso ante ese largo silencio y esa inmovilidad de muerte. Sobreponiéndose a ese miedo, Fredegunda se adelantó hacia él y puso una mano en el hombro de su esposo.

—Ven, mi señor, ya cae la noche y te va a dar frío.

Al oír esa voz amada y aborrecida, el rey se estremeció, se levantó pesadamente de su asiento y siguió a su mujer con paso lento y vacilante.

Al pasar el rey, los cortesanos se inclinaban.

Capítulo quinto

AÑO 580
LA LLEGADA DE BASINA

—Mientes... Lo que cuentas no puede ser... Sé que esa mujer es capaz de todo, pero eso... Ese crimen horrible añadido a todos los demás... No, Dios no lo consentiría... Fortunato...

Radegunda se dejó caer de rodillas, con el rostro entre las manos y el cuerpo agitado por estremecimientos. Agnès le sostuvo la cabeza mientras vomitaba con largos espasmos. Placidia enjugaba los labios y las manos sucias de la desdichada reina, con el rostro inundado de lágrimas que surcaban sus mejillas dejando en ellas un rastro ardoroso. Marconefa, a la que habían avisado, le hizo tomar una bebida calmante. Las náuseas cesaron. Radegunda, agotada, apoyándose en Placidia y Marconefa, se dejó llevar a su celda.

Un largo silencio siguió a su salida. Agnès y Fortunato, sumidos en tristes pensamientos, no se atrevían a mirarse. Una tos persistente les obligó a levantar la cabeza y mirar a quien acababa de traerles noticias tan abominables.

—Fortunato, me pasa lo mismo que a la reina; no puedo creer lo que nos cuenta este hombre.

—Sin embargo, dice la verdad; la pobre niña se encuentra en un estado lamentable. Begga está con ella y trata de cuidarla.

—¿No tenía bastante Fredegunda con hacer que se repudiase con malicia y con mentira a la reina Audovera, la madre de esta niña, y ser la causa de la muerte de los dos hijos de esta desdichada, Meroveo y ahora Clovis? Y eso sin contar el horrible asesinato de la dulce y buena Galswinta, la hermana de la reina Brunehaut. ¿No tenía bastante ese monstruo con hacer que Audovera quedase relegada en el claustro? ¿Ni con hacerla morir a manos de feroces asesinos? No, no era suficiente para ella. El odio a los hijos de su marido ha desarrollado en ella una perversa imaginación que le hace concebir algo más innoble que la muerte: la violación de una niña a manos de sirvientes, esclavos, bárbaros borrachos de sangre y estupro. Siguiendo sus órdenes, Fortunato, y casi ante sus propios ojos y los de Chilperico, su padre, locos por la lujuria y el vino, esos miserables abusaron una y otra vez de Basina... Basina, la hija de un rey, ¡mancillada! Basina, aún una niña... con doce años, Fortunato; con doce años. Dios no puede perdonar semejante crimen.

Sacudida por los sollozos, Agnès lloró desconsoladamente. Fortunato, también muy afectado, respetó su pena y le hizo al mensajero gesto de que se acercase.

—¿Por qué has traído a la hija de Chilperico aquí, a Poitiers, al monasterio de la reina Radegunda?

—Lo he hecho por orden del rey. Repito sus propias palabras: «Llévale a nuestra santa parienta, la reina Radegunda, a nuestra hija Basina, a la que hemos sorprendido la reina Fredegunda y yo entregándose al desenfreno con unos viles sirvientes. Su indigna conducta nos obliga a expulsarla de nuestra familia y a considerarla como muerta para nosotros. Sólo la sombra de un claustro puede esconder su vergüenza. Le pedimos a nuestra real parienta que tenga a bien acogerla e instruirla en la vida religiosa.»

Agnès y Fortunato, aturdidos ante semejante hipocresía, no dijeron nada. El hombre añadió:

—Por orden de la reina Fredegunda se ha vestido a Basina con una túnica de lana blanca y le han cortado en cabello. Ella se dejó hacer con una extraña sonrisa que me dio frío en la espalda. Yo la cubrí con mi manto y la subí a una carreta, tirada por dos bueyes blancos. Hace diez días que salí del palacio del rey. Hace seis días que ella no quiere comer nada, y sólo ha bebido un poco de leche de cabra, y no habla, y sigue con esa sonrisa que da pena y miedo.

—Nos has dicho cosas que a la reina Fredegunda no le gustaría que supiésemos. ¿Por qué?

El mensajero hizo un gesto de cansancio y miró a Fortunato a los ojos.

—Padre, tú eres un hombre de la iglesia, no puedes comprenderlo... Tengo una hija de la misma edad que la princesa Basina...

Agnès alzó el rostro desfigurado por el llanto, se levantó penosamente y bendijo al emisario de Chilperico.

—Has actuado con bondad. Toma este anillo. Rogaré por ti y por tu hija. Vuelve junto a tu señor y dile que cuidaremos a su desdichada hija.

Basina estuvo postrada largos meses, en silencio, sin aceptar alimento si no era de la mano de Vanda. Ésta tenía ya cinco años; no sabía qué inventar para distraerla. Prendía en los cortos rizos de su nueva amiga margaritas, amapolas, dientes de león, la forzaba a correr con el lobo *Ava*, se reunía con ella en la cama y le contaba historias, mezclando los cuentos de Radegunda y de Romulfo. Se hubiese dicho que Vanda, aún tan pequeña, comprendía la desgracia de Basina. Un día en que estaba jugando con *Ava* y éste le estaba mordisqueando el cuello, la joven princesa estalló en carcajadas. A partir de ese momento, el comportamiento de Basina se hizo más normal. Empezó a asistir al refectorio con las novicias, a clases de música y poesía, aceptó la amistad de su prima Crotielda y despertó con menos frecuencia ardiendo de fiebre y con el cuerpo agitado por convulsiones.

Capítulo sexto

AÑO 582
DESAPARICIÓN DE VANDA Y DE SU LOBO *AVA*

En el interior del monasterio de la Santa Cruz reinaba gran agitación. Monjas, sirvientas, esclavas, Basina, Crotielda y Urión, la abadesa e incluso Fortunato recorrían los claustros, y desde la capilla hasta el patio, desde la portería a los jardines, llamando a Vanda. Desde la víspera, la niña y su lobo *Ava*, más manso y dócil que el perro mejor adiestrado, habían desaparecido.

Unos días antes se había vuelto a ver a la enorme loba que cada invierno erraba en torno a las murallas de Poitiers. Los cazadores más diestros habían intentado matarla, pero desaparecía ante sus ojos como el genio más astuto de los bosques.

—Es cosa del diablo —decían los campesinos persignándose.

Durante esas noches, *Ava* andaba inquieto y mostraba los colmillos en cuanto alguien se le acercaba. Ni siquiera las caricias de Vanda conseguían distraerle.

Llamaron a Romulfo, que organizó la búsqueda. Encontró huellas del paso de unos fugitivos cerca de la torre romana que dominaba la muralla. La puerta que daba a la ribera del Clain se había abierto. Glodosinda se dio cuenta de que faltaba una llave en su llavero. Era la de la torre. No se explicaba cómo había podido perderla, porque ella no abandonaba nunca su llavero y las llaves estaban sólidamente prendidas en él. Le preguntaron a Urión, que desde que le habían operado vivía a la sombra de Vanda. El chico estalló en sollozos y confesó que él había robado la llave a petición de Vanda.

—Es por *Ava*. Vanda se sentía desdichada al verle tan triste y oyéndole llorar cuando venía la gran loba. Vanda le prometió que iría con él a ver a su madre. Por eso le quité la llave a Glodosinda mientras dormía.

—¿Por qué no fuiste con ellos?

—Ay, señora abadesa, yo me dejaría matar por Vanda. Pero los lobos... me dan demasiado miedo... Ella me dijo que era un miedoso y que ella no ke tenía miedo a nada... y que ella es la señora de los lobos...

Romulfo contuvo su gesto de pegar al pobre Urión, que aparecía tan lastimoso con sus ropas de niña.

—Señor, señor, ven a ver esto.

Ursus, el esclavo de Romulfo, acababa de descubir fuera de las murallas las huellas de unos pies muy pequeños mezcladas con muchas otras de patas de lobo.

Vanda se estremeció a pesar de su gruesa capa de lince. Se apoyó en *Ava*, forzándole a detenerse. Ante ellos se inmovilizó la horda reunida para la caza del invierno. En cabeza iba la enorme loba. Ésta se detuvo ante la niña y la olfateó largo rato antes de lamerle la cara exhalando ligeros gruñidos de placer. Vanda la dejaba hacer riendo, besándole el hocico y tirándole de las orejas a su madre nutricia. La loba, cuyo largo pelaje había encanecido, se tendió a sus pies; Vanda se instaló en su lomo, apretándose a su cuello con los brazos. El animal volvió a levantarse y echó a andar despacio, procurando que esa carga no se le cayese. El hamble despertó a Vanda, que estaba acostada en la profundidad de una cueva sobre una yacija de hojas muertas. La niña se incorporó, miró a su alrededor sin sorpresa. Encontró en el bolsillo un trozo de pan que compartió con *Ava*. La loba dejó delante de ella el producto de su caza, un gazapo aún agitado por estremecimientos. Vanda miraba cómo sus compañeros devoraban un ciervo de corta talla. Aunque un tanto asqueada, trató de separar un trozo del gazapo, pero sólo consiguió arrancarle mechones de pelo aún tibios. *Ava* acudió en su ayuda, desgarró el pequeño cuerpo y le ofreció a Vanda un trozo de carne sangrante. Como no podía masticar la carne cruda, la chupó. No era lo mismo que la buena cocina del convento. El calor, el olor de los animales salvajes, de la sangre y de los excrementos la mareaban; se deslizó contra el vientre de la loba y encontró sin haberla buscado la generosa tetilla que ya la había alimentado hacía ya muchos años. El animal y la niña volvían a encontrarse por fin, uniendo sus dos cuerpos.

A petición de radegunda, los soldados del conde de Poitiers participaron en la búsqueda. Durante tres días registraron hasta el bosque más pequeño, hasta el más pequeño matorral. Los hombres del conde llegaban siempre demasiado tarde y encontraban pequeños restos de caza como prueba del paso de la manada. Y de Vanda, ni el menor vestigio. Regresaron para informar al conde en presencia de la reina, de la abadesa y de Romulfo.

—Creesmo que a la niña la han devorado los lobos.

Romulfo se encogió de hombros con irritación.

—No, no es posible. *Ava* está con ella. Vanda no le teme a nada. Estos hombres no han buscado bien. Son soldados y no campesinos, vienen de las tierras del Norte y no conocen nuestros bosques, nuestras selvas, como nosotros, los galos, los conocemos. Bendíceme, reina, yo te traeré a nuestra hija.

Además de su cuchillo y su honda, Romulfo cogió su arco de caza y partió. Hizo en sentido inverso el camino que había recorrido seis años antes. El día era claro y gélido en el bosque cubierto de nieve, y el sol que acababa de salir daba a los árboles y a la hierba cubiertos de escarcha un aspecto irreal. La espesa capa de nieve ahogaba todos los sonidos. Aquí y allá se veían las graciosas huellas que habían dejado pájaros y liebres. Pero no había ninguna de lobo, ni siquiera de zorro. Pero eso no le preocupaba a Romulfo, sabía dónde tenía que ir.

Como si el tiempo hubiese quedado abolido, oyó en el bosque inmóvil la risa de un niño. Sintió una gran alegría; esa risa era familiar para él, era la risa de Vanda. Se detuvo. Como la otra vez, lo que vio le hizo estremecerse. El bebé había crecido y aún era más extraño ver a una niña jugando con unos lobos.

Fue *Ava* el que se dio cuenta de su presencia antes que los demás. Su gruñido puso en guardia a sus compañeros. Los juegos se interrumpieron y los lobos se agruparon junto a la loba. Sorprendida al ver que el juego terminaba sin que ella lo hubiese ordenado, Vanda miró en la misma dirección que los lobos.

—Romulfo...

Y salió corriendo, gritando y riendo, cayéndose en la nieve con la precipitación, y se arrojó en los brazos que se le tendían.

—Oh, Romulfo, qué contenta estoy de verte. Ya empezaba a aburrirme. Tengo hambre, no me gusta mucho el conejo crudo.

—Vanda, hija, ¿por qué te marchaste? He tenido miedo por ti.

La manada, que no se había movido al salir Vanda, se puso en marcha despacio, rodeando al hombre y a la niña. Romulfo dejó a Vanda en el suelo, tomó el arco y sacó una flecha del carjaj.

—No, Romulfo, no les hagas daño, son amigos míos. *Ava,* ven aquí.

Ava pareció comprender las palabras de Vanda y volvió junto a su madre, informándola. Romulfo estaba seguro de ello, de lo que había dicho su hermana de leche. La loba meneaba la cabeza: ¿tenía que dejar vivir a ese hombre que ya le había quitado a la niña? Los demás lobos se acercaron. *Ava* insistió. De repente, la loba saltó empujando a *Ava* y se plantó ante Romulfo antes de que éste pudiese hacer un gesto. La fiera le miraba con insistencia y giró a su alrededor olfateándole. Volvió con la manada y fue de uno a otro lobo. Cuando volvió, esta vez lentamente, al grupito inmóvil que formaban *Ava*, Romulfo y Vanda, la manada la siguió. Uno tras otro, los lobos olfatearon a Romulfo, se alejaron unos pasos y se sentaron en la nieve. De ahí en adelante, los lobos reconocerían al galo.

Vanda abrazó a la loba y la besó en el morro. Romulfo sólo quería una cosa, salir del bosque cuanto antes. Inclinó su alta estatura hacia su hija y le dijo al oído, como si temiese que los lobos oyesen y entendiesen sus palabras:

—Ven, tenemos que volver. La reina está muerta de pena.

Vanda se acercño a la loba, se apretó otra vez contra ella y le dijo en voz muy baja:

—Mamá loba, tengo que dejarte. Pero volveré...

No pudo seguir; unos profundos sollozos la ahogaban. Romulfo la tomó en sus brazos, sin que la loba hiciese el menor movimiento. Y así, sin moverse, vio partir a la niña. *Ava* corría de Romulfo a su madre, yendo de uno a otro, presa de una loca agitación, exhalando leves gañidos. La loba gruñó. *Ava,* después de un momento de duda, siguió el camino de Romulfo. Y desaparecieron en la espesura del bosque.

Los lobos se lanzaron en busca de su sustento. La loba se quedó sola, vuelta en la dirección que habían tomado Vanda y su hijo.

Cuando cayó la noche, el animal denominado salvaje seguía en el mismo sitio.

La alegría de volver a ver a Vanda fue tan grande que olvidaron reñirla, para descontento de Leboveria, que decía que la niña merecía el calabozo y que si no se la corregía se convertiría en una mala religiosa.

—Esta niña no será religiosa —dijo Radegunda.

Y eso arrojó sobre el convento la sombra de una duda. Esta niña a la que habían encontrado, a la que la reina había adoptado, quizás hija de rey pero sin origen ni padres conocidos, ¿podía esperar un honor más grande que el de consagrarse al servicio de Dios? La corta frase de la reina se comentó de distintas maneras y más de una rompió la regla del silencio por la magnitud de su curiosidad. Ni siquiera Agnès comprendía la actitud de su amiga. ¿La vida monástica no era lo mejor que la reina podía desear para su ahijada?

—No, Agnès, esta niña no está hecha para el convento. Es un ser libre que no puede someterse a una regla tan contraria a su temperamento. Sería una mala religiosa, mientras que puede ser una buena cristiana.

El desatino de Vanda hizo crecer la desconfianza que Leboveria y algunas religiosas sentían respecto a ella. Las novicias la miraban con miedo, incluso Basina y Crotielda se apartaron de ella. Vanda se encontró aislada y aparte de la comunidad, a pesar de las amonestaciones de la abadesa y de las palabras tranquilizadoras de la reina, la niña fue considerada más que nunca la hija de los lobos. Y eso pareció confirmarse para muchos cuando Disciola, nieta del bienaventurado Salvi, obispo de Albi, tuvo una visión en que la niña se paseaba por los jardines del convento en compañía de Basina, Crotielda y Vanda. Las cuatro niñas jugaban a la pelota, gritando y riendo, cuando, de repente, ante los ojos estupefactos de Disciola, Crotielda y Basina se transformaron en dos lobas negras, de belfo babeante, con colmillos amenazadores, de donde brotaban blasfemias. Vanda daba vueltas a su alrededor saltando y batiendo palmas como si estuviese llena de alegría. Luego fue lentamente ante Disciola y le dijo.

—Soy yo quien lo ha hecho. Y a ti también puedo transformarte en lobo o en cualquier otro animal, pero no lo haré, porque tú vas a morir, por lo mucho que te quiere Dios y siente nostalgia

de ti.

Dichas estas palabras, Vanda se transformó a su vez en una enorme loba blanca, cuyo cuerpo estaba aureolado por una luz cegadora.

—Vamos —les dijo a las lobas negras.

Y éstas se abalanzaron sobre Disciola y la devoraron.

Fueron los gritos de la joven religiosa lo que atrajo a Agnès. Ante la incoherencia de sus palabras, mandó acudir a Begga, que diagnosticó una calentura debida, en su opinión, a una fuerte emoción. Le recomendó reposo absoluto y constante vigilancia. Las compañeras de la muchacha se turnaron en su cabecera, pero muy pronto se supo que iba a morir. Un día, hacia la hora nona, ella les dijo a las hermanas que la velaban:

—Me siento más ligera. Ya no sufro. Vuestra solicitud ya no me hace falta. Dejadme sola para que pueda descansar y dormir.

Respetando sus deseos, las religiosas salieron de la celda de la moribunda. Poco después regresaron en mayor número para recoger sus últimas palabras.

Disciola, con las manos tendidas ante sí, imploraba la bendición de no sabía a quién.

—Bendíceme, santo servidor del Dios celestial. He aquí, pues, que por tercera vez en el día de hoy te ves importunado por mi causa. ¿Por qué, oh, santo, soportar estos repetidos ultrajes por una pobre mujer enferma?

Las monjas la interrogaron para saber a quién se dirigían sus palabras. Ella no respondió. Poco después, exhaló un gran grito y murió.

En ese mismo momento, un loco que había acudido junto al fragmento de la Vera Cruz para ser exorcizado se arrojó al suelo arrancándose el cabello y gritando:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Desgracia para todos nosotros que hemos sufrido tal pérdida!

Los que estaban presentes le preguntaron lo que quería decir, el contestó:

—El alma de la muchacha la ha recogido el ángel Miguel y él mismo se la ha llevado al cielo. Así el diablo no tendrá su parte de ese alma.

Lavaron el cuerpo, que brillaba con una blancura comparable a la de la nieve hasta el punto en que no se pudo encontrar un sudario que fuese más blanco que él. En ese período muchas novicias y monjas tuvieron visiones. Una de ellas, la religiosa Veneranda, le contó a la abadesa:

—Imaginaba que estaba haciendo un viaje y que mi deseo era llegar a una fuente de agua viva. Como no sabía el camino, un hombre se presentó ante mí y me dijo: «Ésta es la fuente de agua viva que has buscado con tanto esfuerzo. Calma tu sed ahora con sus aguas a fin de que sea para ti como una fuente de agua viva que mane hasta la vida eterna.» Mientras bebía ávidamente de esas aguas, vi venir a la abadesa. Habiéndome desnudado, me volvió a vestir con una vestidura real que brillaba con su oro y sus joyas con tal resplandor que apenas se podía imaginar; la abadesa me dijo: «Es tu esposo quien te envía sus presentes.»

Después de esta visión, la monja le rogó a la abadesa que le preparase una celda en la que quedaría encerrada. Cuando la celda quedó dispuesta, Agnès le dijo:

—Ésta es la celda, ¿qué quieres ahora?

Ella pidió entonces que se le permitiese retirarse de la comunidad, lo que la abadesa aceptó con repugnancia. Las religiosas se reunieron en un gran coro de cantantes, se encendieron linternas, Radegunda y Agnés la tomaron de la mano y así la llevaron hasta la celda. Luego, tras despedirse de todas y de besar a cada una de ellas, se encerró. Tapiaron el paso por el que había entrado, y a partir de ese día, se entregó a la oración y a la lectura, y se alimentó con el agua y el pan que le dejaban a través de una pequeña abertura que había dejado en la pared.

En esa atmósfera de loco misticismo, Vanda se encerró en sí misma. Se entregó al estudio, buscando en los libros el olvido de las molestias de Leboveria, de la frialdad de las jóvenes novicias, y sobre todo de la actitud de Basina y Crotielda. Las dos primas iban siempre juntas, preocupadas sólo por su apariencia. Habían conseguido del trato tierno de la reina añadir a la rigurosa prenda blanca del hábito de las religiosas unos vivos bordados, mangas largas, un cinturón ricamente adornado y una diadema de oro como símbolo de su estirpe real. Trataban a las demás novicias como criadas y no soportaban de ellas la menor contradicción. Creyendo complacer a Vanda, Radegunda le había hecho el regalo de unos magníficos galones bordados en oro por ella misma. La pequeña se los había agradecido emocionada, pero nunca los llevaba. Eso sorprendió a

la reina.

—Perdóname madre, pero no puedo llevar lo que tú misma no llevas.

Radegunda la abrazó, conmovida.

—Estoy lejos de esos artificios terrenales, mis mejores adornos son la gracia de Dios y su amor. Al convertirme en esposa de Cristo, renuncié a todas esas vanidades. Pero tú, pequeña mía, tú puedes sin pecar utilizar esos ornamentos y llevar la diadema de oro que encontraron junto a ti.

—Reina mía, no es seguro que tenga derecho a llevarla.

—Tienes doblemente derecho. ¿No eres mi hija?

—Soy la hija que encontraron.

—No te entristezcas, querida niña. Nuestro buen Fortunato está haciendo investigaciones para encontrar las huellas de tu familia de sangre. Cualesquiera que sean los resultados, has de saber que tu auténtica familia está aquí y que te quiero.

—Yo también te quiero.

Permanecieron abrazadas tiernamente un largo rato.

—Oigo que suena la campana de la oración. Ven, hija de mi alma, vamos a rogarle a Dios que nos proteja con su amor.

Las visitas de Romulfo colmaban de alegría a Vanda. Daban largos paseos juntos por los jardines y el bosque del monasterio. Las seguían *Ava* y Urión. Éste parecía haberse acostumbrado a su nueva condición. Aunque era de estatura aventajada, cada vez tenía más el aspecto de ua muchacha. Sus mejillas, sus brazos, sus caderas se habían redondeado. Todo en su comportamiento era femenino, hasta su voz. En el convento, todo el mundo, con excepción de la reina, la abadesa, los médicos Reoval y Marilief y Begga, creía que era una muchacha. En cuanto a Vanda, ni se planteaba la cuestión. Cuando estaban juntos hablaban en su lengua natal. ¿Qué era lo que se decían? Ése era su secreto. Pero después de sus conversaciones, Vanda se quedaba pensativa durante largas horas. A partir del momento en que supo hablar casi correctamente el latín, Fortunato le hizo preguntas en muchas oportunidades relativas a su país. Las respuestas eran embrolladas y confusas y el poeta podía leer en los ojos del muchacho un miedo intenso, que incluso crecía cuando se hablaba de los padres de Vanda.

«No cabe duda de que ha sido testigo de escenas de masacre de un horror tal que su cerebro se ha nublado», pensaba desanimado el amigo de Radegunda.

Capítulo séptimo

AÑO 584
NUEVAS EPIDEMIAS. LARGA ESTANCIA DE VANDA EN CASA DE ROMULFO

En enero, las rosas florecieron en los jardines del monasterio de la Santa Cruz, mientras que alrededor del sol aparecía un gran círculo de distintos colores. Las heladas quemaron las viñas y las tempestades que siguieron acabaron de devastarlas por completo. Lo que quedó después fue consumido por una prolongada sequía. Los campesinos, irritados con Dios, abrían las cercas de los viñedos y hacían entrar en ellos a los rebaños y animales de tiro profiriendo imprecaciones.

Algunos árboles, que habían dado manzanas en julio, dieron otros frutos en septiembre. El ganado quedó diezmado y las pobres cosechas fueron destruidas por las lluvias. Hubo muchas epidemias en las principales poblaciones de la Galia. Las gentes morían entre grandes sufrimientos. El monasterio también pasó por ello. A pesar de los devotos cuidados Begga y de sus ayudantes, murieron muchas religiosas.

En los pasillos, en los jardines, en las celdas e incluso en la capilla, las monjas se derrumbaban vomitando materias espesas y amarillentas. En el cuello, las axilas y las ingles aparecían horribles bubas, que reventaban expeliendo un hedor tremendo. En la villa de Poitiers quemaban los cadáveres, esperando contener de esa manera la epidemia.

Radegunda, temiendo por la vida de las novicias, las envió con sus familias. Basina y Crotielda fueron a reunirse con su tío, el buen rey Gontran. En cuanto a Vanda, le fue confiada a Romulfo. Ludovina, Asia y Urión la acompañaron. Una vez tranquilizada, la reina pudo dedicar sus cuidados a sus queridas hermanas.

La enfermedad desapareció como había llegado, de forma súbita. Agnès, muy debilitada por tantas noches en vela junto a las enfermas y moribundas, tuvo que guardar cama. Por prudencia, dejaron pasar muchas semanas antes de hacer que regresasen las novicias. Esos meses pasados en compañía de Romulfo y Albin, que había vuelto de Alejandría con el título de médico, fueron los más felices de la infancia de Vanda. Había cambiado la amplia túnica blanca por una corta túnica teñida de rojo, ceñida por un amplio cinturón, y llevaba las piernas desnudas y los pies calzados con unos ligeros borceguíes. Así vestida, conocía por fin la felicidad de sentirse libre, de correr por los prados y los bosques sin tropezar con su propia ropa y chocar con paredes. Los jardines, los bosques y las praderas del convento eran amplios, pero eran prisioneros de altas murallas. A menudo, con la ayuda de Urión y *Ava*, las escalaba y miraba, soñadora, la campiña que se extendía a lo lejos, los pequeños cauces del Clain y del Boivre de caprichoso trazado, los lagos de san Hilario y de Montierneuf de donde surgían en verano miríadas de insectos y en invierno brumas inquietantes, los campos de trigo y de cebada inundados de acianos y amapolas y a los que agitaba el más ligero soplo de viento, y las viñas, y, cerca del vado de Saint-Cyprien, los criaderos de ostras, que tanto agradaban a las gentes de Poitiers. Desde su observatorio, Vanda dominaba la villa, las ruinas de los antiguos templos paganos, las arenas de Adriano, el baptisterio de san Juan y la casa de san Hilario adonde se iba en peregrinación, la basílica en la que se refugiaban los perseguidos, los cementerios antiguos, las amplias carreteras empedradas que iban hacia Saintes, Limoges y Tours, los blancos acantilados, los inmensos bosques que formaban alrededor de Poitiers un umbrío y amplio cinturón en el que vivían animales salvajes, entre ellos sus hermanos los lobos.

Ahora, en compañía de sus amigos galos, y siempre seguida por Urión y *Ava*, podía recorrer esos bosques que vistos desde lejos le parecían impenetrables. Bajo sus ramas entrelazadas, descubría claros, frondas de espino albar, el lirio de los valles, las violetas y el amarillo ranúnculo. los habitantes del sotobosque no eran todos ellos feroces: la cierva y su cervato bebían en la misma fuente que Vanda, los conejos ramoneaban flores como aquellas con las que ella se adornaba el pelo, las abubillas, los petirrojos, los ruiseñores no se asustaban con su presencia.

Salía con Albin, por la mañana temprano, para recoger plantas o seguía a Romulfo para levantar los cepos en los que quedaban atrapadas grandes liebres que el esclavo Ursus preparaba con una salsa de pimienta mientras se chupaba los dedos. Muy pronto supo utilizar la honda con la misma habilidad que Romulfo y acertarle a un pájaro en vuelo. Albin le enseñó cómo pescar cangrejos, cómo atrapar truchas con la mano o con un pequeño arpón. Se había traído desde Oriente unos caballos, regalo del emperador al protegido de Radegunda. Vanda se convirtió en seguida en un excelente caballista. Se bañaban en el agua transparente del Clain, dejándose llevar por la corriente entre las algas del río llenas de florecillas blancas. Desembocaban en pequeñas playas de arena fina y suave y dejaban que el sol secase sus cuerpos desnudos. A menudo se quedaban dormidos el uno en brazos del otro. La niña no comprendía por qué Albin la rechazaba a veces y se arrojaba al agua sin esperarla. Ella le alcanzaba y subía a su espalda, mordisqueándole el cuello o las orejas Él se debatía como un jabalí acosado por un perro, pero la chiquilla no abandonaba su presa.

En muchas ocasiones, salía de la casa de Romulfo sin hacer ningún ruido y se hundía en el bosque en compañía de *Ava* buscando la manada.

Una noche sin luna y sin estrellas, cuando se quedó dormida agotada después de una caminata demasiado larga, acurrucada junto a su lobo, la húmeda tibieza de una lengua a la vez suave y áspera la despertó. Por una cierta calidad del aire, sintió que el final de la noche estaba cerca. Todo estaba como en suspenso. Los pájaros nocturnos habían callado y los del día aún estaban dormidos. Era el momento silencioso que precede a la aurora, la hora en que los moribundos expiran, en que la tierra retiene su respiración y sus perfumes. Era tal el silencio que Vanda oía los latidos de su corazón.

Se incorporó, buscando a Ava con la mano, pero sus dedos sólo encontraron musgo. Se sentó y vio ante ella el brillo de dos pupilas que la miraban fijamente. No eran los ojos de *Ava*.

No sentía ningún miedo, quizá tan sólo una ligera inquietud por la ausencia de su lobo. Se levantó y se dirigió hacia los ojos que la miraban.

—Ven, amigo, no tengas miedo, ven.

Una lengua le lamió los dedos tendidos, mientras que un hocico se restregaba gruñendo contra el cuello de Vanda.

—¡La loba! ¡Es la loba!

A pesar de la oscuridad, reconoció a su madre nutricia. Abrazó al animal, feliz por haber encontrado al fin a aquella que estaba buscando.

Vieron juntos salir el sol y que *Ava* regresaba en compañía de una loba joven. Iba avergonzado, empujando por delante a su compañera, que gruñó cuando Vanda quiso acariciarla; un golpe con una pata la hizo callar.

—Ya veo que te has casado, *Ava.* ¿Vas a abandonarme ahora?

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas. Besó con ternura a su lobo. Tal era el orden de las cosas. Ya hacía tiempo que *Ava*, que se había convertido en un lobo adulto, hubiese tenido que abandonarla para seguir a una hembra. Sólo su amor hacia Vanda había podido evitar que se marchase. Era un magnífico animal con toda la fuerza de la juventud, y que no había conocido más que las caricias de los hombres.

—Vete, así es mejor para ti. Prométeme que volverás para verme.

Ava inclinó la cabeza dos veces y se fue despacio hacia una nueva vida, seguido de su hembra.

Vanda lloró mucho rato con la cabeza apoyada en el pelaje de su madre. El sol estaba ya alto cuando se secó las lágrimas. La loba la acompañó hasta la orilla del camino que llevaba a la granja de Romulfo y luego volvió con los suyos.

Romulfo y Albin, llenos de inquietud, la estaban buscando por los bosques desde el alba. Sólo Ursus estaba en la casa.

—Los señores no están contentos. Debes tener hambre; toma, aquí tienes una escudilla de sopa.

Vanda rechazó la escudilla. Se sentía incapaz de comer. Fue a tenderse bajo el viejo tilo cuyas flores perfumaban el aire y se quedó pesadamente dormida.

—Amo, amo, Vanda ha vuelto.

—Romulfo y Albin se precipitaron hacia el tilo dispuestos a reñir a la niña. Pero las huellas de las lágrimas de sus mejillas les contuvieron. Romulfo fue a buscar un cobertor y la tapó.

—Vanda no despertó hasta entrada la tarde y sonrió a Albin, que se había quedado junto a ella. Cuando él fue a decir algo, la niña le puso la mano en los labios.

—No digas nada, amigo Albin, no me riñas. Soy feliz porque he visto a la loba y estoy triste porque *Ava* se ha ido, tiene compañera y no le volveré a ver.

—Es normal. Un día tú también te marcharás con un esposo quizás a tu país.

—Nunca, Albin, nunca. Quiero quedarme aquí toda la vida. No quiero conocer el país del que me habla Urión. Los dioses allí son malos y los hombres, crueles. Mataron a mi padre y echaron a mi madre.

—Fortunato dice que quizá seas reina en ese país.

—Me es igual. ¿No ha renunciado Radegunda a ser reina? Vete, Albin, déjame, quiero estar sola.

Desde que *Ava* se fue, Vanda empezó a quedarse de más buena gana junto a los dos hermanos; nunca se cansaba de oír contar las viejas leyendas galas, las noches en que el tiempo les obligaba a quedarse sentados alrededor del fuego.

Conoció así las cuatro estaciones que pautan las vidas de los campesinos: la primavera de frescos y ácidos colores, el verano de rubia opulencia, el otoño de regios paramentos y el invierno vestido de blanco. También conoció los chaparrones de marzo que se producen brutalmente, las cálidas y fragorosas lluvias de tormenta que dejan las tierras como aletargada, mientras se le escapan sus perfumes a la vez sutiles y pesados, y los helados aguaceros de noviembre que calan la mejor ropa. Vanda sintió amor por todo en el campo poitevino que era su patria de adopción: la tierra con frecuencia ingrata y el cielo de un azul de ensueño, los ríos tranquilos, los arroyos saltarines y los lagos dormidos, los bosquecillos y las grandes florestas. Amaba también los animales, domésticos o salvajes, la vida de los campesinos y la de las monjas, los campos y la villa de Poitiers, el

prolongado corretear en las sombras de los profundos caminos y las horas de estudio a la luz de las velas. También le gustaba montar a caballo y cantar en la capilla. En su interior se contradecían dos naturalezas opuestas, una que aspiraba a la tranquilidad y la otra a la aventura.

Capítulo octavo

AÑO 585
MUERTE DEL REY CHILPERICO. REGRESO DE VANDA AL CONVENTO

Unos días antes de la Pascua, un mensajero de Radegunda fue a pedirle a Romulfo que devolviese a Vanda al convento. La reina temía que se reanudase la guerra entre los reyes de Borgoña y de Neustria, como consecuencia de la muerte el año anterior de su hermano y tío, el rey Chilperico. Los campos serían de nuevo devastados, a los campesinos se les enrolaría y las mujeres serían violadas o raptadas. Vanda volvió a vestir sin ganas el hábito conventual y se despidió de Romulfo. Albin la acompañó para presentarle sus respetos a la reina, a quien no había visto a su regreso de Oriente a causa de las epidemias.

Como el tiempo estaba lluvioso, Radegunda había enviado una carreta cubierta, tirada por dos bueyes blancos, como signo del linaje real de Vanda. A petición de ésta, el mensajero, que era un hombre de edad, se instaló en el interior de la carreta. Se sentó en la paja frente a los dos amigos, y les contó las circunstancias de la muerte de Chilperico, tal como el obispo de Tours se las había referido a la reina. Ludovina, Asia y Urión iban detrás, con los hombres de la escolta.

Narración de la muerte del rey Chilperico, con lo que siguió

Acababa de caer la noche sobre el bosque de Chelles, junto a París. El rey Chilperico regresaba de una partida de caza, seguido por una pequeña escolta, y se dirigía a su villa. Frenó su cabalgadura e hizo seña a un servidor, que saltó del caballo y se presentó ante él. El rey se apoyó en el hombre para echar pie a tierra, y en ese momento otro hombre se le vino encima y le asestó dos cuchilladas, una en la axila y la otra en el vientre. Murió antes de llegar al palacio.

En cuanto tuvo noticia del asesinato, Manulfo, el obispo de Senlis, fue hasta allí, mandó lavar y perfumar el cuerpo y que se le vistiese con sus mejores ornamentos. Pasó la noche cantando himnos en compañía de los clérigos, de la reina Fredegunda, de los soldados y los servidores del rey. Por la mañana, depositaron el cadáver real en un barbo que bajaba por el Sena y, con grandes ceremonias, se loe sepultó en la basílica de san Vicente de París (1), mientras Fredegunda, que temía por su vida, se refugiaba en la catedral con el tesoro que había llevado consigo y donde fue acogida por quien decían que era su amante, el obispo Ragnemod. Unos meses después de la muerte del rey, trajo al mundo a un niño al que llamó Clotario. Por consejo del obispo, envió embajadores al rey Gontran, pidiéndole que fuese el padrino de su hijo y que tomase posesión del reino de su hermano a la espera de que el niño tuviese edad para reinar.

El rey Gontran movilizó una flota, salió de Chalon y se dirigió a París para recoger en la misma pila bautismal al hijo de su hermano Chilperico.

Cuando llegó a París, unos embajadores de su sobrino, el rey Childeberto, fueron a pedirle en nombre de su señor que les entregase a Fredegunda, para que fuese juzgada por los crímenes que había cometido o mandado cometer, entre ellos el asesinato de su esposo a manos de uno de sus amantes, el tesorero Eberulfo. Gontran se negó a entregar a la mujer de su hermano, pero mandó hacer una investigación acerca de las circunstancias del crimen. Fredegunda, abandonada por Eberulfo y temiendo los resultados de la investigación, acusó al hombre de haber asesinado a su esposo y de haberse llevado un gran tesoro a Turena. El miserable se refugió en la basílica de san Martín de Tours, que conocía muy bien por haberla saqueado a menudo. Se tomaron medidas para impedirle huir. Los unos después de los otros, orleaneses y blesenses montaron guardia. Se le retiraron todos sus bienes; se expusieron en público sus tesoros de oro y plata y todos los objetos preciosos que tenía en su casa. El rey Gontran envió a Tours a un tal Claudio, al que colmó de

regalos, dándole la orden de que le matase. Ese hombre ambicioso fue a ver a la reina Fredegunda, que le entregó unas monedas de oro, diciéndole que suprimiese a quien ella odiaba en ese momento. El hombre consiguió introducirse en la intimidad de Eberulfo, a quien juró fidelidad sobre la tumba de san Martín. Con esos juramentos se ganó la confianza del tesorero. Cada día espiaba la oportunidad para cometer su crimen, pero Eberulfo estaba siempre rodeado de esclavos y servidores. Una noche, Claudio invitó a cenar al fugitivo y le sirvió vinos aromatizados y luego vinos más fuertes de Laodicea y Gaza. Entregado al placer de la bebida, Eberulfo no vio acercarse a uno de los esclavos de su anfitrión, que le asestó una violenta cuchillada mientras Claudio desenvainaba su espada y se precipitaba sobre aquel a quien llamaba amigo. Eberulfo se defendió con valor y le cortó un pulgar, pero sucumbió al ser uno solo contra dos y murió, abriéndose la cabeza.

Así murió el asesino del rey Chilperico. Y sus asesinos no vivieron mucho. Los pobres inscritos en los registros y que recibían la ayuda de la ciudad y otros desdichados de Tours, indignados por el crimen cometido en recinto sagrado, se lanzaron contra ellos armados con palos y piedras y acabaron con ellos.

Las noticias que les había dado el emisario de la reina hicieron que a Vanda y Albin el viaje les pareciese muy corto. Llegaron a Poitiers sin incidentes. La pesada puerta se abrió y carreta y bueyes entraron en el patio de la portería. Muchas religiosas y novicias salieron al encuentro de Vanda, entre ellas Crotielda y Basina, resplandecientes de belleza y juventud con sus hábitos orlados con ribetes dorados, verdes y azules, y realzados con bordados de oro. En la larga cabellera oscura peinada en trenzas de Crotielda y en los rizos dorados de Basina había un largo velo de lino que les caía hasta los pies y llevaban las diademas de oro. Como hacía frío, llevaban sobre los hombros capas de lana blanca sujetas con prendedores de piedras preciosas.

El reencuentro de las tres muchachas fue muy alegre. Crotielda le dijo a Vanda cuán bella la había encontrado el rey Gontran, demasiado bella para ser monja, y le había prometido, según ella, encontrarle un esposo digno de su belleza. Crotielda habló de los cumplidos que le hacían jóvenes y nobles guerreros, de sus joyas, de su ropa. Basina no decía nada.

—Y tú, Basina, ¿lo has pasado bien? —preguntó Vanda.

—¿Ésa? Es una tonta. Cada vez que un hombre se le acercaba, se iba llorando a ver a la reina.

—Crotielda, no haces bien burlándote de ella.

Vanda tomó a Basina por la cintura y la besó en la mejilla.

—Hubieses tenido que venir conmigo. He aprendido a montar a caballo, a pescar cangrejos, a cazar con una honda...

—¡Pescar cangrejos!, ¡cazar con honda! —Crotielda se chanceó—. ¡Ésos sí que son juegos para una princesa! Olvidas que somos hijas de rey. Aunque es cierto que tú eres también la ahijada de un campesino y tú...

Vanda no dejó que Crotielda fuese más lejos. La arrojó al suelo y empezó a golpearle la cabeza contra las losas del corredor que llevaba a las estancias de la reina. Glodosinda, que iba tras ellas, intentó separarlas, pero una patada de Vanda envió a la gruesa mujer rodando hasta los pies de Radegunda, a quien habían puesto sobre aviso el tumulto y los gritos.

—¿Qué significa esto? Vanda, ¿eres tú la causa de este desorden?

Al oír la voz amada, Vanda dejó a Crotielda sangrando por la nariz, lo que hizo redoblar sus gritos. La muchacha se arrojó a los pies de la reina.

—¡Reina, esta loca ha querido matarme, a mí, que soy parienta vuestra!

—Cállate, Crotielda. ¿Olvidas que Vanda es mi hija? Sin embargo, será castigada si es la causa de lo que acaba de ocurrir en la casa de Dios consagrada a la oración y al silencio. Retírate. Y en cuanto a ti, Vanda, ven conmigo.

—Madre, ahí está Albin, que ha vuelto de Constantinopla y quiere presentaros sus respetos.

Albin se arrodilló ante la reina, y ésta le hizo levantarse con un gracioso gesto y le besó en la frente.

—Albin, el joven de las plantas medicinales, el discípulo de Begga y protegido mío. ¡Qué buen mozo te has hecho!

En efecto, no se podía imaginar joven más seductor. Llevaba las mejillas rasuradas a la manera romana, su rostro quedaba enmarcado por el rizado cabello castaño claro y bastante largo, sus ojos eran inteligentes, y la boca sonriente mostraba unos dientes notablemente blancos. Era alto y apuesto. Vestía una túnica amarilla con un galón malva bordado ceñido a la cintura con un cinturón de cuero del que pendía una corta espada. Llevaba las calzas rojas sujetas a las rodillas con unas cintas del mismo color que la túnica. Llevaba calzado de cuero teñido de azul y su capa quedaba sujeta al hombro con un prendedor de bronce con incrustaciones de oro.

—Ve a saludar a Begga, se sentirá feliz de volver a verte.

Albin se inclinó respetuosamente ante la mujer a la que tanto debía y se alejó después de lanzarle una última mirada a Vanda.

Cuando la puerta de las habitaciones de la reina se cerró tras ellas, sin decir una palabra las dos se precipitaron una en brazos de la otra. Radegunda no ocultó sus lágrimas de alegría al volver a ver a su querida ahijada.

—¡Oh, corazón mío, cuánta falta me has hecho! Que Dios me perdone por quererte tanto. Déjame que te vea, cuánto has crecido, y qué guapa estás. El aire de los bosques te sienta mejor que el de nuestro convento.

—Madre, también vos me habéis hecho falta. Estoy muy contenta de volver a veros. ¿Cómo está la abadesa Agnès?

La frente de la reina se ensombreció.

—No muy bien. Los cuidados de Begga no son eficaces. Nuestro médico Reoval no comprende lo que le pasa.

—No os inquietéis, madre, Albin la curará.

—Cuánta confianza tienes en los talentos de tu amigo...

—Incluso el emperador de Constantinopla le consulta.

—Bien quisiera que estuvieses en lo cierto. Le pediremos que examine a nuestra pobre amiga.

Radegunda se sentó en su alta silla mientras Vanda se instalaba a sus pies, con los brazos cruzados apoyados en las rodillas de su madre adoptiva, con el bonito rostro levantado hacia ella con una expresión de tierna confianza, abandonando sus manos en las de la reina.

—Hace un momento he sido testigo de una escena muy triste. ¿Qué es lo que te ha pasado? ¿Por qué peleabas como un animal? Es algo indigno de ti.

Vanda no respondió y llenó de besos las hermosas manos. Radegunda no insistió.

—Sé paciente con Crotielda, es una mala cabeza, pero tiene buen corazón. No es feliz entre nosotras y tiene la esperanza de dejarnos.

—¿Por qué retenerla? Le interesan más las apariencias que la oración y el estudio.

—Ya lo sé. Siento temor por esta pobre niña. Y en cuanto a Basina, sé amable y tierna con ella, es un cordero mortalmente herido. Intenta imitar a su prima, finge que le gustan como a ella las cintas y las joyas, pero es sólo apariencia. Temo que el amor a la vida haya muerto en ella. Sólo podemos ayudarla a fuerza de amor. Ven, vamos a saludar a la abadesa.

En la celda de Agnès se encontraron con Albin, al que había llevado allí Begga y que acababa de examinar a la enferma. Vanda, que le conocía muy bien, vio en sus facciones tranquilas la sombra de una preocupación.

—Tan sólo mucho reposo, buena alimentación y paseos con el buen tiempo por el jardín. Eso es lo que puede acabar con esta debilidad. Los cuidados de Begga son excelentes, pero desgraciadamente inútiles.

—Querida Radegunda, cuántas preocupaciones te causo.

—No te preocupes por eso, el muchacho tiene razón. En primer lugar vas a salir de esta celda y mudarte a la gran estancia que hay junto a la mía. Da al jardín y el sol la calienta.

—Pero, madre...

—No discutas. Será mucho más cómodo para Begga. ¿No es verdad, Begga?

—Me rindo, reina mía, me rindo. Hágase según vuestros deseos. Vanda, ¿eres tú?... Cuánto has crecido... Ven a darme un beso.

Vanda apoyó los labios en la ardorosa frente de la abadesa. ¡Cuánto había cambiado desde que

ella se fue! Sus ojos circuidos de oscuro se hundían en la pálida cara enflaquecida, con los pómulos demasiado rojos y con los labios adelgazados y lívidos. Su hermoso cabello oscuro con reflejos dorados se veía ahora estriado con muchos hilos blancos. La visita cansaba visiblemente a la abasdesa y Vanda sintió ganas de echarse a llorar. A petición de Begga, todos se retiraron. Sólo Radegunda se quedó a la cabecera de su amiga, después de haber autorizado a Albin a que volviese a examinarla.

Vanda volvió a encontrarse con gusto con sus compañeras de estudios, pero sobre todo con sus profesoras, Nantilda y Helsuinta. La doctora Berta había muerto durante la epidemia e Ingeburga la había sustituido, aunque era muy joven y no tenía su talento. Ésta encontró en Vanda una alumna extraordinariamente dotada. Las dos se hicieron amigas con rapidez.

La alegría de aprender hizo que Vanda olvidase los placeres de la naturaleza, las carreras por los bosques, los baños en el agua límpida de los ríos; incluso *Ava* quedó un tanto olvidado. Fortunato, que estaba ausente cuando regresó Vanda, quedó maravillado ante su belleza y sus dotes. Inició a la chiquilla en las artes literarias y le prestó libros de los mejores autores griegos y latinos.

Capìtulo noveno

AÑO 586
ASESINATO DE PRETEXTATO. MILAGROS Y PRODIGIOS. LOS LOBOS INVADEN POITIERS

Unos días después de la Pascua una triste noticia llegó al monasterio de la Santa Cruz y dejó a Radegunda, Agnès y Fortunato sumidos en profunda tristeza. Su amigo, el obispo de Ruán, Pretextato, había sido asesinado por orden de Fredegunda. Ésta nunca le había perdonado la ayuda que le había prestado a su hijastro Clovis ni, más que nada, que hubiese vuelto del exilio y recuperado sus funciones tras el asesinato de su esposo el rey Chilperico.

En muchas ocasiones se había encontrado en presencia de este hombre, al que ella había hecho injustamente condenar y desterrar. Esperaba verle en una actitud humilde y sumisa, como un proscrito amnistiado, y sin embargo se mostraba ante ella lleno de orgullo y desdén. Herida en su vanidad, montó en cólera y dijo en voz alta en el transcurso de una ceremonia:

—Este hombre debería saber que pueden volver para él los tiempos del exilio.

Con tranquilidad y desprecio, él respondió mirándola:

En el exilio y fuera del exilio, en ningún momento he dejado de ser obispo, lo soy y lo seré siempre; pero tú, ¿puedes decirme si disfrutarás siempre del poder real?

Un pesado silencio siguió a estas palabras del obispo. Todos esperaban ver a Fredegunda insultar al que acababa de hablarle con tanta dureza. Pero ella no hizo nada y salió sin decir una palabra.

De regreso en su palacio, mandó llamar a su presencia al obispo Melanio, a quien el regreso de Pretextato había hecho dejar Ruán donde Chilperico le había instalado. Fue sobre él sobre quien la reina vertió su cólera y su odio. Le confió sus siniestros propósitos. Melanio, que anhelaba más que cualquier otra cosa recuperar su obispado, aceptó ayudarla.

Melanio no era el único que lamentaba el regreso de Pretextato. Uno de los archidiáconos alimentaba un odio mortal hacia el exiliado. Fredegunda le incluyó en el complot. Se decidió que el hombre buscaría entre los esclavos sometidos al señorío de la iglesia de Ruán a un hombre al que la primesa de ser liberado junto con su mujer y sus hijos le seduciría lo suficiente como para incitarle a cometer el doble crimen de homicidio y sacrilegio. Encontró al desgraciado, a quien hizo entrega de doscientas monedas de oro, cien de parte de Fredegunda, cincuenta de Melanio y el resto suyo. Se decidió que la fecha sería el 14 de abril, día de la celebración de la Pascua.

Ese día, el obispo de Ruán fue a primera hora a la iglesia, según lo acostumbrado, y empezó las antífonas por orden. Mientras el coro repetía su salmo, el anciano, cansado, se sentó en su banco con el rostro entre las manos, y así se quedó largo rato, sumido en la oración. No oyó llegar a su asesino. Cuando éste llegó a su lado, sacó un cuchillo y con él hirió al obispo bajo la axila. Pretextato lanzó un grito pidiendo ayuda, pero ninguno de los clérigos se movió, bien por cobardía o bien porque aprobaban el crimen, lo que permitió al criminal huir. El desdichado consiguió erguirse y arrastrarse hasta el altar con ambas manos sobre la tremenda herida. Con las manos

ensangrentadas se incorporó al pie del altar y alcanzó el copón de oro donde estaba la Eucaristía reservada para la comunión de los moribundos. Partió el pan consagrada y comulgó, dando gracias a Dios porque le había dado tiempo de unirse a él antes de morir. Cayó en los brazos de sus fieles servidores que finalmente habían acudido y que le llevaron a su aposento. Poco después, Fredegunda, informada del éxito de la empresa, no supo resistirse al placer de ver a su enemigo moribundo y se presentó en las estancias obispales acompañada por el duque Bappolemo y el duque Ansovaldo, que no sabían nada de aquello. La reina apenas pudo disimular su placer al constatar el poco tiempo que le quedaba por vivir a su víctima. Adoptó un aire apenado para decir:

—Qué tristeza, santo obispo, es para nosotros así como para el resto de tu pueblo que tal desgracia le haya accedido a tu venerable persona. Que el cielo nos señale quién ha osado cometer esta horrible acción para que sea castigado con un suplicio igual a su crimen.

Tanta perfidia le dio al anciano las fuerzas necesarias para incorporarse a replicar:

—¿Quién lo ha hecho si no el mismo que ha asesinado a reyes, quien ha derramado tan a menudo sangre inocente y quien ha cometido en este reino tantas y tan diversas infamias?

La reina no mostró confusión alguna y, sin decir una palabra, se retiró. Poco después moría Pretextato.

Los habitantes de Ruán, desde los más humildes hasta los señores francos, romanos o galos, se sintieron consternados ante este crimen abominable.

El obispo Leudovaldo, que gobernaba la iglesia de Ruán en espera del nombramiento de un nuevo obispo, mandó hacer una investigación y, con el acuerdo de todo el clero de la ciudad, mandó cerrar todas las iglesias de Ruán y prohibió la celebración de cualquier ceremonia religiosa hasta dar con los asesinos.

El rey Gontran, advertido de las acusaciones vertidas contra Fredegunda, envió a tres obispos, Artemio de Sens, Veran de Cavaillon y Agricio de Troyes, ante los señores que se habían hecho cargo de la educación del hijo de Chilperico, el joven rey Clotario, para pedirle que castigasen a la reina. Se les escuchó con atención y respeto, pero los señores no hicieron nada para convocar a la reina y castigarla.

En Poitiers, en el monasterio de la Santa Cruz, la abadesa ordenó hacer muchos días de ayuno y oración.

Poco después, Agnès, la dulce Agnès, la hija adoptiva de Radegunda, su amiga, su confidente, moría en sus brazos, tras una larga agonía. La pena de la reina fue inmensa; se llegó a temer por su vida. Vanda, con su presencia y su amor, la ayudó a soportar su dolor.

Leboveria fue nombrada abadesa, con gran indignación de Crotielda y Basina y para tristeza de Vanda. En ese mismo período fue cuando Radegunda tuvo una visión. Un día en que estaba rezando en el retiro de su celda, con el cuerpo macerado por el peso excesivo de sus sacrificios, vio a un joven de una gran belleza que le habló dulcemente y con respetuosa ternura.

—¿Por qué, en el ardor de vuestros ruegos, me suplicáis con tanta impaciencia y tantas lágrimas? ¿Por qué me dirigís tan ardientes oraciones y os entregáis a tan cruel penitencia por mi causa, si estoy siempre a vuestro lado? Sois una perla de gran valor, y os digo que estáis en muy primer lugar en mi corona.

La reina se confió a Bodovinia y a Tranquila, pidiéndoles que guardasen silencio hasta su muerte, que sentía próxima.

Como consecuencia de esta visión, su rostro se transformó, como iluminado desde el interior. Una dulce sonrisa erraba siempre en sus labios pálidos por los ayunos y las mortificaciones, y sus pies parecían rozar el suelo, tan ligero era su andar. Convencida de que Dios la llamaría pronto junto a Él, se acercó a las novicias y sobre todo a Vanda, cuyo carácter orgulloso y hostil a cualquier imposición le inspiraba una gran inquietud en cuanto a su futuro. Hizo comparecer ante su presencia a una decena de muchachas y les prodigó su ternura y sus consejos.

—Os he elegido como hijas; sois la luz de mis ojos, sois mi vida, mi descanso y toda mi felicidad. Sois la viña que se ha vuelto a plantar. Trabajemos juntas en este mundo para ganar la vida eterna; sirvamos al Señor con una fe total y con un amor sin reservas, con santa emoción; busquémosle en la simplicidad del corazón para que podamos decir con confianza: Dadnos, Señor, lo que nos habéis prometido, ya que hemos hecho lo que nos habéis mandado.

De repente, llena de temor ante la irreflexiva juventud de las novicias les dijo:

—Apresuraos a recoger la mies del Señor, porque os digo que en verdad no tendréis siempre tiempo; apresuraos porque un día lamentaréis la falta de ese tiempo. Ciertamente lo lamentaréis, y lo pediréis en vano y con amargura.

En esa misma época, hizo muchos milagros. Echó el demonio del cuerpo de la mujer del carpintero del convento. Una de las religiosas estaba aquejada desde hacía muchos años de una curiosa enfermedad: durante el día, su cuerpo se helaba de frío, y por la noche una llama ardiente la consumía; no se podía ni mover. Los mejores médicos de Poitiers, Begga y Albin, habían agotado sus conocimientos con ella. La reina mandño sumergir a la moribunda en un baño y, sólo con una servidora,la curó pasando su mano sobre todo su cuerpo, del que desapareció todo el dolor. La religiosa se levantó, tomó el alimento que antes había rechazado con horror. Otra hermana, tras aplicar sobre sus ojos casi privados de visión una bolsa de absenta que Radegunda había llevado en el pecho para refrescarse, recuperó la vista y el mal desapareció sin dejar huellas.

La reina se molestaba cuando se hablaba de curaciones milagrosas, segura de que Dios, y sólo Dios, era el que hacía milagros y era a Él al que había que agradecérselo con oraciones y sacrificios.

Vanda se aburría en esa atmósfera de muerte y de santos prodigios. Desde que Leboveria había sido elegida abadesa, la regla se había endurecido aun perdiendo su primitivo rigor. Se acabaron las carreras por los claustros y los jardines, los alegres baños en la alberca, las largas horas que pasaba soñando en compañía de los poetas, las visitas de Romulfo (incluso las del galo quedaban sometidas a la puntillosidad de Leboveria y sólo se producían una vez al mes). En muchas ocasiones Vanda se había rebelado contra las órdenes de la abadesa, lo que le había valido tres días de confinamiento y la prohibición de volver a ver a Albin antes de que éste partiese hacia España, donde se le requería como médico para el rey Recaredo. Vanda no se quejaba a su protectora, pero después de un acceso de cólera que aterró hasta tal punto a Leboveria que no se atrevió a encerrarla otra vez, la niña se sumió en una profunda melancolía que inquietó a Begga y de la que la reina cayó en la cuenta.

—¿Qué te pasa, mi niña, que pareces tan desgraciada entre nosotras? ¿Dónde está tu bonito color de rosa? ¿Dónde está tu animación? ¿Y tu alegría? Te veo distraída en los oficios, como indiferente. Nuestro Señor no ama a las almas tibias. Dime, delicia de mi corazón, cuéntame tus penas.

—No me pasa nada, madre. Añoro a nuestra querida madre Agnès.

Radegunda suspiró y una lágrima resbaló por su mejilla.

Yo también la añoro, hija mía. Ruego a Dios que me llame a su lado, para que vuelva a encontrarme con ella. —Mientras hablaba, acarició con soñadora tristeza la hermosa cabellera de pálidos reflejos de Vanda—. ¿Qué es lo que quieres? Daría tanto por oír otra vez tu risa. No tengas miedo, habla.

—Madre, madre mía, ¿podéis hacer que desaparezcan los muros y dejar que vuelen todos los pajaros que hay entre ellos? ¿Podéis dejar que el viento desordene mi cabello? ¿Y que el caballo me lleva al galope hacia los bosques donde me esperan mis hermanos los lobos? ¿Podéis devolverme a *Ava* y su suave calor, a Romulfo y sus brazos que me levantan hacia el cielo y a Albin con sus tiernas manos? Madre, deseo tanto correr por los bosques y los campos vestida con una corta túnica, de bañarme en el Boivre y en el Clain, de oír al ruiseñor cantar al atardecer y los grillos en verano; deseo tanto perseguir a la liebre y al cervato y abatirlos con mi honda, de escuchar al que me habéis entregado como padre contándome la vida de sus abuelos galos, de pasear por las calles de Poitiers como cuando con Ludovina o Tranquila vamos a llevar las limosnas para los pobres... Lo que quiero... Lo que quiero es ser libre —acabó, estallando en sollozos.

Radegunda se quedó un momento en silencio, sin dejar de acariciar con la mano, el cabello de su hija.

—Niña. Pobre niña... Libre... ¿Sabes cuánto sufrimiento hay en esa palabra? ¿Sabes que ser libre puede ser lo peor de las cosas de este mundo? ¿Que puedes perder esa libertad en cualquier momento? Eres reina un día y al día siguiente esclava, y te lamentas toda tu vida por la pérdida de ese preciodo don. Yo he conocido esta libertad, y he conocido la esclavitud, y, aún algo peor, la ilusión de la libertad en la posesión del poder. Sólo he llegado a ser libre aquí. Libre a los ojos de Dios. Para algunas almas, la verdadera libertad está ahí, en esa elección. Para ti es demasiado

pronto; ya lo comprenderñas más adelante. Para quien no quiere señor, sólo existe Dios.

—¿Puede Dios sustituir el sol en mi piel, el perfume del bosque después de la tempestad, el fresco olor de los arroyos...?

—Dios es todo eso —dijo Radegunda interrumpiéndola—. En oración, perfuma tu alma con un aroma suave y generoso, quema tu piel con su divino amor y refresca tu frente con el rocío del cielo. Dios está en ti y en todas las cosas, se preocupa por ti como por sus bienes más preciosos. Te ha dado la vida y te ama como a una hija. Ha puesto en tu camino un cuerpo fuerte y un corazón amoroso, tu padre Romulfo y una pobre mujer que sólo ha de amar a Dios y que le pide cada día por sustraer un poco de su amor para dártelo a ti, hija mía. Roguémosle, hija, que te dé fuerzas para servirle y cumplir tu destino. Agradezcámosle sus generosos dones.

Se arrodillaron. Cuando Vanda se levantó, había recuperado la serenidad. Pero la reina había perdido la suya. Pidió ver a la abadesa.

—Leboveria, amiga mía, estoy intranquila por mi hija Vanda. Dios me llama antes de que haya podido acabar de educar a esta niña. ¿Qué debo hacer? ¿Qué me aconsejas?

—Reina mía, en tu bondad no ves los defectos de esta niña. Es violenta, orgullosa, obstinada e insolente. Sólo atiende a sus propios deseos, sólo hace lo que le place. Además, a pesar de corta edad, ejerce una mala influencia sobre las novicias. Se pasa horas hablando en una lengua desconocida con Urión, que se le ha dado como servidor y que sólo la atiende a ella. Cuando le pregunto de qué están hablando, ella me contesta que eso a mí no me importa. No acude con asiduidad a la oración, a menudo está distraída durante los oficios. Sin embargo, al contrario que Crotielda y Basina, no muestra disgusto cuando se trata de barrer los corredores, o llevar el grano al corral, o recoger la suciedad o lavar la ropa, pero lo hace con indiferencia, sin pensar en ofrecerle al Señor su modesta tarea. A pesar de mi prohibición, sigue pidiéndole libros a Fortunato y se desliza de noche en la cocina para leer a la luz de la luna.

—Ése no es un gran pecado.

—Quizá no para una niña del mundo, pero sí para una religiosa que debe obediencia total a sus superiores.

—¿De dónde has sacado tú que Vanda vaya a ser religiosa?

—¿Qué otra cosa puede ser? No hay mayor honor que ser sierva de Dios, esposa suya.

—Si, mi querida Leboveria, si Dios nos ha elegido.

—Pero, en fin, madre, qué queréis hacer con esta niña? ¿Sólo puede ser religiosa, como Basina y Crotielda?

—¿Y hacer de ella, como Basina y Crotielda, una mala religiosa? No, Leboveria, esta niña no está hecha para el convento, por lo menos por ahora. Había pensado en casarla con un príncipe de mi familia, pero su incierto origen me lo impide.

—Si me dejáis hacer a mí, no será una mala religiosa. Es una mala cabeza, pero es inteligente y comprenderá en seguida qué es lo que le interesa.

—¿Lo que le interesa? Me temo que Vanda está bien lejos de todo eso. No olvides que consiguió sobrevivir en el bosque.

—Me gustaría olvidarlo. Mira de la misma manera que su lobo *Ava*, que felizmente ha desaparecido, aunque a ella le queda algo de animal, sobre todo cuando se encoleriza o discute con Crotielda. La hija de los lobos me inquieta, hay en ella algo del diablo.

—Calla, no digas tonterías. ¿Cómo tú, la abadesa de este convento, una mujer instruida, puedes creer en ese cuento infantil?

—Ya sé, reina santa, que no te gusta que se recuerde su parentesco con los lobos. Pero las buenas gentes de Poitiers vinieron ayer a pedirme que enviase a Vanda ante una manada que ataca a los viejeros que van solos. Los guía una vieja loba gris a la que las esclavas y servidoras han visto errar alrededor del convento. ¿Qué debo decir a esas pobres gentes? Los lobos ya han devorado tres niños y a dos mujeres.

—Y ¿qué puede hacer Vanda?

—Es lo que les he dicho Y ellos me han replicado que una anciana, Placidia, pitonisa de la antigua tribu de los teifalios (1), había hecho la predicción de que una loba gris mataría a mujeres y niños, pero que haría que se marchase una virgen a la que había alimentado con su leche. Se fueron diciendo que volverían mañana, es decir hoy, y que pedirían audiencia para hablar contigo.

Un ruido confuso de voces llegó del otro lado de las paredes de la celda de Radegunda. Leboveria se levantó y fue a abrir la puerta. Lo que vio le pareció tan sorprendente que se quedó un momento inmóvil.

—¿Qué pasa, Leboveria?

—Lo que pasa, reina, es que las gentes de Poitiers han invadido el monasterio, han roto la clausura, y las esclavas no pueden contenerles.

—Que les dejen entrar.

Leboveria salió y dio orden a las esclavas de que dejasen pasar a los habitantes de la ciudad enviados como delegación por sus conciudadanos. Éstos se adelantaron, encabezados por un rico comerciante de Poitiers, al que Radegunda conocía por su piedad y por la importancia de sus limosnas. El comerciante entró en primer lugar en la humilde celda y se hincó de rodillas, lo mismo que los que iban con él.

—Bien Leudovaldo, ¿qué es lo que ocurre que sea tan grave como para que violéis, tú y tus amigos, la casa de las siervas de Dios?

—Perdóname, reina santa, ha sido la pena de estas pobres gentes lo que me ha dado valor para venir hasta ti. Otros dos niños han sido devorados por los lobos.

—Pobres pequeños, rezaré por ellos. Pero ¿no podéis hacer que se vayan esos feroces animales? ¿No hay entre vosotros hombres lo bastante valerosos como para defenderos de esos animales?

—Son animales diabólicos. Cada vez que creemos que les hemos alcanzado, escapan. Su agilidad, su rapidez son tan grandes que las flechas de nuestros arcos y las piedras de nuestras hondas no les aciertan. Ya no sabemos qué hacer. Entonces, me acordé de la niña que habían encontrado con los lobos y de cuando escapó al bosque para reunirse con la jauría unos años después. Hablé con los ancianos y con la vieja Placidia, de la que nadie sabe los años que tiene, y me dijeron que ella es la única que puede hacer que se vayan y salvar a nuestros hijos.

Radegunda se quedó en silencio un largo rato, mirando a los hombres arrodillados ante ella. Un gran pesar oprimía su corazón. ¿Qué sería de Vanda si conseguía que los lobos se retirasen de la ciudad? Sería para todos una bruja, alguien de quien se desconfía, a quien se teme, a quien se lapida o se quema vivo. Ya nunca sería una niña como las demás. Sería para siempre la hija de los lobos.

La reina se levantó lentamente. En ese momento no había en ella nada de la humild religiosa, de la amable fundadora, de la madre solícita; era una reina que miraba a su pueblo. Cuando por fin habló, todos, incluida la abadesa y las religiosas que se habían unido a ella, se inclinaron.

—Por piedad hacia vosotros y hacia vuestros hijos, consiento que mi hija Vanda vaya en procesión hasta donde se encuentran los lobos y que, con la ayuda de Dios Todopoderoso, les haga retirarse de la ciudad. Que hagan venir a Vanda —añadió, volviéndose hacia las monjas agrupadas en torno a su abadesa.

Llegó Vanda, con el largo cabello peinado en cola de caballo, tocada con la diadema real, vestida con el hábito conventual. No pareció sorprendida al ver la celda de su madre invadida por una multitud de desconocidos. Se inclinó ante la abadesa y luego ante la reina.

—¿Me has mandado llamar, madre?

Sí, hija mía. Esta pobre gente cree que puedes hacer que los lobos que les hieren y les devoran se vayan.

—Yo tamnbién lo creo, madre.

Un murmullo de alivio llenó la reducida estancia.

—Mi madre la loba me dijo que nunca ningún lobo de su manada o de otra manada me haría daño, porque son mis hermanos.

Leboveria dirigió una mirada de triunfo hacia Radegunda, una mirada que decía: «¿Lo veis? Ya os lo había dicho.» El corazón de la reina se estremeció.

—Ve, pues, hija mía; nosotras te acompañaremos en procesión hasta la puerta del monasterio, que la regla nos prohíbe franquear. Seguirás adelante en compañía de Ludovina, Urión y Tranquila, del mercader Leudovaldo y sus amigos, y mientras tanto rezaremos por ti a Nuestro Señor. Y ahora, vayamos a la capilla para rezar los santos oficios.

La muchedumbre se apartó y dejó pasar a Radegunda y Vanda, que iban tiernamente abrazadas.

Un viento glacial soplaba en las calles de Poitiers, la nieve endurecida estaba resbaladiza, la luz de un pálido sol no lograba llegar hasta la tierra. El grupo había encendido unas antorchas. Vanda pidió que la dejasen sola pese a las súplicas de Ludovina y Tranquila. En cuanto a Urión, estaba temblando al abrigo de un portón.

La pequeña figura pronto desapareció en la sucia luz del día. A pesar del pesado manto forrado de piel y de sus cálidos escarpines, Vanda tenía frío. Avanzaba sin miedo modulando ciertos sonidos por las calles, vacías de los habitantes de la ciudad. Llegó a una plazuela que había cerca de la casa donde había vivido el bienaventurado san Hilario. Un gruñido la advirtió de que había encontrado lo que buscaba.

De la sombra de un muro se destacó un gran lobo de pelaje oscuro y reluciente, que la miró con aire solapado. Vanda se adelantó hacia él, tendiendo sus manos desnudas sin dejar de modular aquellos sonidos. El lobo la olfateó y retrocedió enseñando los dientes. La niña se adelantó un poco más y el lobo gruñó, con el espinazo de repente erizado. Cuando la niña se detuvo a dos pasos de él, el animal se detuvo, con las rojas fauces babeantes y los colmillos dispuestos ya a morder. Una masa gris se fue contra él y le envió rodando sobre la nieve. Una corta pelea que más bien parecía una discusión enérgica se entabló entre los dos, y acabó enseguida. El gran lobo, humillado, se tendió a los pies de Vanda. La loba, pues se trataba de ella, se acercó a Vanda, la miró prolongadamente como para asegurarse de que no se equivocaba y de que era precisamente la niña a la que había alimentado. Pronto exhaló un suave quejido y apoyó su cabeza levantada en el cuerpo de Vanda, que la estrechó contra sí prodigándole palabras dulces que el animal parecía comprender.

—Ay, madre loba, ¿por qué le haces daño a los niños pequeños, tú, que me salvaste? Ya sé que la nieve cubre toda la región, que muchos animales del bosque han muerto, que los apriscos y corrales están vigilados, pero hubieses tenido que ir a verme y mi madre la reina hubiese permitido que os alimentase a ti y a los tuyos. Pero ahora los hombres quieren mataros. Tenéis que marcharos.

La loba agachaba la cabeza como un animal doméstico cogido en falta.

—No te pongas así, no tenías que haberte comido a esos niños, eso es lo que ha encolerizado a la gente. Has de comprenderlo, a ti no te gustaría que fuesen a matar a tus hijos.

La loba asintió con un enérgico gruñido. Se acercaron siete u ocho lobos, todos ellos muy grandes.

—No veo a *Ava.* ¿Dónde está? *Ava... Ava...*

Fue arrojada sobre la nieve y revolcada en ella con tanta fuerza que se quedó aturdida. *Ava* le lamía la cara, el cuello, las manos.

—¡Para! ¡Para! Me estás mojando... Apártate, pesas... Amigo mío, qué contenta estoy de verte. ¿Dónde está tu esposa? ¿Tienes hijos?

Conversaron así durante mucho rato y se hicieron toda clase de caricias. Ya había caído la noche y se veía el resplandor de las antorchas.

—No osováis, voy a reunirme con los humanos y a decirles que estáis de acuerdo en marcharos. Vuelvo en seguida.

Vanda corrió hacia las luces y, dirigiéndose a Leudovaldo, le dijo:

—Mis hermanos los lobos aceptan retirarse y nunca volverán. Les he prometido que no se les haría daño alguno. Les llevaré hasta la puerta del norte.

—Pero así cruzarán toda la ciudad —exclamó horrorizado el rico comerciante.

—No pasará nada si no intentáis impedir que pasen.

—Por qué la puerta del norte y no la del sur, que está más cerca?

—Porque en el sur ya no hay caza y en el norte de Poitiers aún queda. Son como vosotros, tienen hambre y frío.

—Haz lo que te parezca bien, nosotros te seguiremos cantando salmos.

Vanda volvió junto a sus amigos y, con las manos apoyadas en el lomo de la loba y de *Ava*, caminó entre los dos seguida por los machos de la manada. Muchos años después, incluso siglos, las ancianas de Poitiers aún les contaban a sus nietos que una hermosa princesa había salvado la ciudad de los lobos.

El grupo, seguido por hombres y mujeres envueltos en pieles o andrajos, pasó sin tropiezos por la puerta del norte. Unos pasos más allá de las altas murallas, Vanda se despidió de sus amigos.

Con el rostro lleno de lágrimas, se reunió con la multitud que se había quedado al pie de las fortificaciones.

—... el diablo ronda todo esto...

—... una bruja...

—... a nuestro obispo Maroveo no le gustaría...

—... pero ella ha hecho que los lobos se marchasen...

—... y quién te dice que ella misma no es una loba...

—... si yo fuese la reina, desconfiaría...

—... es el demonio, que ha entrado en el convento...

Vanda se reunió con Ludovina y con el pobre Urión, que temblaba como un azogado. La esclava Tranquila le abrió calle con su cuerpo macizo.

—Apartaos. Dejad paso a la hija de la reina.

En las proximidades del monasterio de la Santa Cruz, las frases eran ya francamente hostiles.

—... hay que quemarla...

—... es cómplice de los lobos... y ellos volverán y matarán a nuestros hijos...

—... hay que matarla antes de que les llame...

—... muerte a la bruja... muerte a la hija de los lobos...

Con la ayuda de Leudovaldo, Tranquila y Urión consiguieron arrancarle a Vanda a la muchedumbre y llegar ante la puerta del convento, que se abrió inmediatamente. Un espectáculo increíble dejó estupefactos a los que componían aquella multitud delirante y los postró a todos ellos de rodillas, con las manos tendidas adelante, con un miedo supersticioso.

Radegunda acababa de aparecer con el manto real sobre el humilde hábito, con una pesada corona cargada de pedrería sobre el velo, rodeada por sus hijas y la abadesa, todas con velas encendidas en la mano y entonando un himno, compuesto por Fortunato, a la alegría por el regreso del hijo pródigo. De ese modo tenían la apariencia de ángeles que defendiesen la entrada del Paraíso contra aquellos que habían muerto en pecado mortal.

La reina se dirigió colérica hacia la muchedumbre:

—Miserables, os he entregado a mi hija para que con la ayuda de Dios os librase de los lobos, y así lo agradecéis. Insultáis la misericordia divina, que ha consentido este milagro. ¿Sois inconscientes o malvados? Haced penitencia para que el Señor os perdone. Y en cuanto a mí, rezaré por vosotros. Ven, hija mía.

Las puertas se cerraron tras las religiosas y Vanda.

La multitud se quedó en silencio. Nadie se atrevía a hablar, ni siquiera a mirar a su vecino. Poco a poco, se fueron retirando y volvieron a sus casas, donde les esperaban sus hijos. La nieve empezó a caer, borrando las huellas del paso de los lobos.

Capítulo décimo

AÑO 587
FUGA DE VENERANDA, LA RECLUSA. MUERTE DE RADEGUNDA

Cada año, unos días antes de la Pascua, la reina y la abadesa iban a informarse del estado de Veneranda y a aasegurarase de que quería seguir mortificándose de esta manera. Cada año, Veneranda las despedía con suaves palabras, afirmando que era feliz. En esa Pascua del año 587, cuando Radegunda llegó ante la celda tapiada oyó desde fuera gemidos e imprecaciones. Se precicitó a la tronera por donde se le entregaba a la reclusa el alimento y la llamó con tono inquieto.

—Hija mía, ¿qué pasa? ¿Sufres...? Veneranda, háblame, yo te conjuro a que lo hagas...

Le respondieron unos gritos, seguidos de risas.

—Esa desdichada se ha vuelto loca. De prisa, llamad a los obreros que trabajan en la alberca.

Llegaron los obreros armados con picos y pesados mazos. Rápidamente echaron abajo la pared de ladrillo. Luego se echaron atrás con horror. Allí, acurrucada como un animal en su madriguera, había una criatura de pelos hirsutos y grises mezclados con inmundicias, vestida con unos andrajos grisáceos, con los desnudos miembros de una delgadez horripilante que acababan en manos y pies descarnados, con las uñas de una longitud desmesurada. Les miraba con ojos en los que había una

inaudita maldad, mientras de su boca desdentada y babeante brotaban insultos y risas.

Radegunda se adelantó hacia el boquete. Se detuvo, sofocada por el hedor. Nunca había visto nada tan horrible. Se reprochó el haber permitido aquella desgracia y las lágrimas brotaron por sus mejillas.

Veneranda se levantó penosamente y se dirigió hacia el grupo. A la luz primaveral, el espectáculo aún resultaba más atroz.

Su cuerpo parecía en estado de descomposición, recubierto por un musgo verdoso en el que bullían los gusanos. Todos se echaron atrás, indispuestos por el horrible olor que se desprendía de aquel ser que había sido una mujer.

De repente, con un gruñido de animal feroz, se lanzó rectamente hacia delante, con movimientos tan desacompasados, tan desarticulados, que temieron verla caer en pedazos en cualquier momento.

—Se va a herir —exclamó Radegunda—. Hay que cogerla.

Los obreros se adelantaron. Uno de ellos la cogió de un brazo, e inmediatamente lo dejó ir con un grito. El hombre se miraba la mano con creciente horror, agitándola como para liberarse de un animal venenoso.

—He tocado la muerte, he tocado la muerte —decía con una voz idiota.

Sus compañeros le miraron estremecidos y se negaron a acercarse a la loca. Ella reemprendió su carrera, se dirigió hacia la terraza que dominaba el Clain, subió al muro y se arrojó al vacío.

Un solo aullido brotó del pecho de los testigos del drama.

En la medida en que se lo permitían la edad y la fatiga, la reina fue hacia el muro y se inclinó sobre él. Al pie de la alta muralla vio el cuerpo sin movimiento de Veneranda, la creyó muerta y una oración subió a sus labios. Sin embargo... no, no era posible, aquel cuerpo, que se había precipitado desde tan gran altura, se movía, se levantaba, se erguía y se alejaba cojeando hacia el río; pronto desapareció tras una colina.

—Es un milagro —cuchicheaban las religiosas

—Que vayan a buscarla —ordenó la abadesa— y que la lleven a la enfermería.

Durante unos días buscaron en vano a la pobre Veneranda; llegaron incluso a remover el lecho del Clain. Ni rastro.

Mucho tiempo después se supo que la desdichada se había refugiado en la cripta de la basílica de san Hilario, donde los fieles le llevaban algún alimento.

La reina y la abadesa le pidieron al obispo Maroveo que hiciese que devolviesen al monasterio a la religiosa demente. Pero el obispo de Poitiers les contestó que ella se negaba obstinadamente a abandonar el asilo de la basílica y que, además, profería contra la santa fundadora y la abadesa abominaciones e injurias. Radegunda se sintió con ello muy triste y dolorida.

Ese año 587, todo eran preocupaciones. La había consultado el rey Gontran, que quería que se estableciese un pacto entre su sobrino, el rey Childeberto, y él mismo relativo a la villa de Senlis, pero en realidad para evitar que las sangrientas querellas entre Brunehaut y Fredegunda siguiesen devastando los reinos de la Galia. Radegunda había escrito a las dos reinas cartas que estaban llenas de dolor y en las que les pedía que cesasen en sus luchas fraticidas y que firmasen la paz para salvar la corona y quizá la vida de sus hijos.

Brunehaut respondió que su hijo el rey Childeberto y ella misma no tenían otra preocupación que la felicidad de su pueblo y que en cuanto a ello se remitían al buen juicio de los obispos Gregorio y Félix. La respuesta de Fredegunda fue muy diferente, les negaba a los reyes de Austrasia y Borgoña cualquier posible derecho a hablar en su nombre y en el de su hijo aún niño.

Radegunda envió estas cartas a Gontran, quien le pidió a su sobrino Childeberto que fuese sin tardanza a verle a Chalon.

La salud de la reina declinaba de día en día. Ella esperaba con serenidad el momento en que Dios la llamase a su lado. Le inquietaba, sin embargo, el porvenir de su monasterio y el de algunas religiosas. Especialmente Crotielda le producía una gran inquietud. La hija del rey Cariberto, pese a su repugnancia, había pronunciado sus votos. Ahora era ya una hermosa joven de veintiún años, de porte altanero y gesto orgulloso. Ni las tiernas reconvenciones de la reina ni los severos castigos de la abadesa habían podido acabar con su orgullo. Era hija de rey, y quería ser tratada como tal con

menosprecio de la regla de san Cesáreo. A la hora del paseo y del recreo, se la veía rodeada por una corte compuesta por las religiosas más jóvenes y novicias hijas de ricos señores francos. Ella las dominaba con el prestigio que les daba su nacimiento, que ella nunca dejaba de recordar, como lo atestiguaban la diadema de oro que llevaba en el velo y su hábito monástico adornado con cintas bordadas en oro. Sus compañeras favoritas eran su prima Basina, que la imitaba en todo, y Vanda, que a pesar de sus trece años tenía sobre Crotielda un ascendiente muy claro, aunque se negase a unirse a ella en la coquetería vestimentaria por amor y respeto hacia Radegunda.

Aunque la compadecía, la reina temía cualquier barrabasada de parte de Crotielda. No había nada más terrible que el claustro para las que no querían renunciar al mundo. Basina le preocupaba menos; sabía que era influenciable, pero su herida era demasiado profunda para que volviese junto a los reyes. Su gran preocupación era Vanda; ¿qué sería de ella después de su muerte? Sintiéndose desamparada, le escribió al rey Gontran y le pidió que se hiciese cargo de Vanda como un padre cuando ella faltase. Le hizo llegar unos cofres con monedas de oro que debían servir para que su hija quedase bien establecida, rogándole que le encontrase un esposo que la hiciese feliz; y añadía que no quería que se hiciese religiosa si no tenía vocación.

Fue el obispo de Tours, Gregorio, quien le transmitió a la reina la respuesta de Gontran; respuesta que la tranquilizó un tanto. El momento tan deseado y tan temido a la vez llegó.

Hacía unos días que la reina no tomaba alimento; su organismo consumido por tantas maceraciones y sufrimientos no soportaba ya el esfuerzo de nutrirse. Sólo Vanda conseguía hacer que bebiese un poco de agua. Cuando sintió que había llegado el momento, pidió recibir una por una a las religiosas y a las novicias. A todas ellas les prodigó consejos adaptados al carácter de cada una de ellas, les pidió oraciones por el descanso de su alma y las bendijo. Recibió en último lugar a Vanda y habló con ella largamente, la estrechó entre sus brazos llorando y la bendijo por última vez. Su fiel amigo Fortunato le dio los santos sacramentos. Antes de exhalar el último suspiro, pidió perdón a todos, en particular a las servidoras y a las esclavas, unió las manos, levantó los ojos al cielo y dijo:

—Heme aquí, Señor.

Murió con una sonrisa en los labios. Una circunstancia milagrosa acompañó su muerte: un tal Domolemus, agente de contribuciones, vivía en un burgo de las proximidades de Poitiers y estaba a punto de morir debido a una opresión que le ahogaba. Vio en sueños a la santa reina que llegaba a su pueblo, corrió hacia ella, la saludó solícito, preguntándole lo que deseaba de él.

Ella le respondió que había ido a visitarle. Y como era deseo del pueblo que se construyese una iglesia en honor de san Martín, tomó al hombre de la mano y le mostró un lugar: «Aquí es donde deben descansar las santas reliquias del venerable confesor; levantad un templo que sea digno de él.» Por obra de un milagro, al día siguiente los cimientos y el pavimento del templo ya estaban en el lugar que ella había señalado y donde después se erigió la basílica. La reina, en ese mismo sueño, pasó la mano por la garganta del hombre y le tocó suavemente la boca diciendo: «Ven para que Dios te restablezca y recuperes la salud. —Y luego añadió—: ruego que liberes por mi amor a los que tienes en la prisión.»

El oficial de impuestos, al depertar, ya no sentía ningún dolor; le contó el sueño a su mujer, y añadió que creía que a esa misma hora la santa ya estaba en el cielo. Envió a la ciudad a recabar información y dio orden de poner en libertad a siete presos que tenía bajo grilletes. El mensajero le dijo al regresar que la reina había dejado de vivir.

Radegunda moría el trece de agosto del año 587, un miércoles por la mañana, día especialmente bendito porque se creía que Jesús había muerto un miércoles. A la vez que ella, moría su amigo Juniano en su abadía de Jaunay. Uno y otro se profesaban un gran efecto y se habían hecho la promesa recíproca de tomar medidas para que, si uno de los dos moría, se le llevase la noticia al que sobreviviese, el mismo día del óbito, para que el alma del difunto tuviese en su temible viaje la compañía de las oraciones del que se quedaba en la tierra. Así pues, se enviaron desde Chaunay, donde Juniano había muerto, y desde Poitiers, unos mensajeros que se encontraron a medio camino. Luego, en ese lugar se erigió un priorato, llamado la Toussaie, en la parroquia de Ceaux-lès-Couhé, a seis leguas de Poitiers.

La muerte de quien ya era llamada santa Radegunda dejó a quienes habitaban en el monasterio

de la Santa Cruz en un profundo dolor. Hubo que arrancar a Tranquila, la esclava amada, del cadáver de su señora. La buena mujer nunca había querido verse liberada de sus vínculos de servidumbre, ya que decía que era en el corazón donde se encontraba la verdadera libertad. Cuando aún era una niña había seguido a Radegunda cuando Clotario se la llevó de Turingia; había conocido los horrores de verse separada de los suyos y de perder su país. Nunca había querido abandonar a la reina, de la que se había convertido a lo largo de dos años en más que una servidora fiel; era una amiga y una confidente. Crotielda y Basina vertieron amargas lágrimas, sintiendo que acababan de perder a una preciosa aliada. Bodovinia, que tenía a su cargo las tareas de escritura, redactó en su libro:

«La desdicha está con nosotras, porque sobrellevamos la pena de nuestros pecados. Nuestros corazones han caído en la amargura, lloramos y estamos desoladas, pero no hemos merecido tenerla con nosotras más tiempo. La misma mañana del día en que nos golpeó tan gran dolor, unos obrertos que trabajaban en la cantera de una colina próxima, cuando nuestros gritos y sollozos llegaban hasta el cielo, oyeron la voz de los ángeles que hablaban desde lo alto: "Dejadla —decía uno de ellos—, porque esas quejas y esas lamentaciones han conmovido al Señor." Pero los que la habían llevado respondían: "Ya ha sucedido, el paraíso se ha abierto y ella se ha sumado a la gloria de los ángeles, y descansa en el seno del Eterno." Nosotras creemos que aún no nos ha dejado, ya que reina con Aquel que es el único al que su corazón quiso agradar, y nosotras hemos de reverenciarla más que llorarla. Hemos perdido, en efecto, a una reina y a una madre en esta vida, pero hemos enviado por delante de nosotras al reino de los cielos a una poderosa mediadora, y si su muerte ha dejado en la tierra una pena indescriptible, ha inundado a los ángeles de celestial alegría.»

La más cruelmente afectada fue Vanda. Por segunda vez perdía a una madre. Su primer pensamiento al ver el cadáver fue: «Voy a reunirme con ella.» Su conocimiento de las plantas le permitió preparar un veneno mortal. Iba ya a llevárselo a los labios cuando oyó la voz de aquella a la que tanto amaba:

—¿Qué haces, desdichada? ¿No sabes que si tomas ese veneno estaremos separadas por toda la eternidad y que, desde lo alto del cielo, sentiré el dolor de verte sufrir en las llamas del infierno?

Vanda cayó de rodillas, el vaso se le cayó de las manos y se rompió. Con el rostro bañado en lágrimas, tendió los brazos en dirección a la voz.

—Oh, madre querida, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué me has dejado sola entre nuestros enemigos? Vuelve, y si no, déjame morir.

—Tienes que vivir. Estás destinada a realizar grandes tareas; hazlas por mi amor y por amor a Dios. Abandona esas ideas de muerte; porque tú eres la vida, no la pierdas por tu voluntad, porque perderías también la otra. Júrame que no atentarás contra ti misma.

Vanda se quedó postrada en el suelo, abrumada. Cuando, lentamente, alzó la cabeza, sus lágrimas estaban secas, su expresión era tranquila y su mirada firme. Levantó la mano y dijo en voz alta:

—Por amor a ti, y sólo a ti, juro vivir tanto como Dios disponga.

Creyó oir como un suspiro de alivio, y luego la voz siguió:

—Confiésate con la abadesa de que has tenido ese pensamiento criminal y pídele perdón en mi nombre.

Leboveria no pudo ocultar su disgusto ante la confesión de Vanda. No dudaba de que la santa fundadora le hubiese hablado a su ahijada, pero ella tenía otras preocupaciones. fue con indiferencia como otorgó su perdón y bendijo a aquella a la que siempre llamaba en su fuero interno la «hija de los lobos». La abadesa tenía cierta excusa, tenía que ocuparse de las exequias de la reina y sofrenar la pena de las religiosas.

Leboveria envió un emisario al obispo de Poitiers, Maroveo, pero estaba ausente, ocupado, según dijeron, en la visita de las parroquias de su diócesis. Leboveria comprendió que el obispo aún no había perdonado a Radegunda que, sin consultarle, hubiese hecho llegar desde Tierra Santa un fragmento de la Vera Cruz, regalo del emperador Justino el Joven y de su esposa la emperatriz Sofía. Esa enemistad había obligado a la fundadora del monasterio de la Santa Cruza a ponerse bajo la protección de los reyes. La abadesa mandó entonces decir al que era en ese momento obispo de Tours que tuviese a bien presidir las exequias. Gregorio llegó inmediatamente. Su emoción fue grande al volver a ver a la que había sido para él una tierna y fiel amiga. La muerte no había dejado

en el hermoso rostro de la reina la horrible huella de su paso, sus facciones conservaban incluso los colores de la vida y de la salud. A este respecto dijo el obispo que le parecía estar viendo un ángel con apariencia humana, y se sintió conmovido por el respeto y la sorpresa, como si se encontrase ante la presencia de la madre de Jesús.

Durante tres días esperaron en vano el regreso de Maroveo para dar a los funerales la solemnidad que convenía. Toda la comunidad estaba reunida y cantaba los salmos de la ocasión, y si el canto quedaba suspendido un momento las voces se ahogaban en una explosión de gemidos y llantos. En ausencia del obispo de Poitiers, Gregorio ofició él solo el ceremonial con una pompa digna de aquella que era su objeto. La reina fue sepultada, según sus deseos, en la basílica que ella misma había comenzado a construir en honor de santa María, entre las hijas que la habían precedido y junto a su querida Agnès.

Llevaron los venerados restos fuera del monasterio. Ya que ella misma había establecido como normal que ninguna debía franquear sus puertas antes de morir, toda la comunidad, con excepción de Vanda, que siguió el cortejo apoyándose en Romulfo, fue a los puntos de las murallas y a las torres ante los que debía pasar. Los gritos y los gemidos llegaron hasta tal punto que no era posible oír el cántico de los clérigos. Las religiosas contestaban a los salmos con llanto, a los himnos con gritos, a los aleluyas con sollozos. Suplicaron que depositasen el féretro al pie de la torre para ver una vez más a la que llamaban su madre. Un ciego, que se había acercado al cortejo, recuperó la vista. Dando gracias a Dios, siguió la larga procesión cantando, mientras las religiosas exhalaban lamentaciones y se arañaban el rostro.

¿Por qué, madre nuestra, nos dejáis huérfanas? ¿A quien nos habéis enviado en nuestra desolación? Hemos abandonado a nuestras familias, nuestros bienes, nuestra patria, para unirnos a a vos, y ¿a quién nos habéis entregado si no es a las lágrimas eternas y a un dolor que no cesará nunca? Hasta ahora este monasterio era más amplio para nosotras que toda la amplitud de nuestras ciudades y nuestros campos; dondequiera que pudiésemos encontrarla, vuestra dulce presencia tenía para nosotras el valor de los prados florecidos, de las cosechas y de las violetas, de las rosas y los lises que embellecen los campos. Vuestras palabras eran para nosotras la claridad del sol, o como el astro que lleva la luz en la noche de nuestras conciencias; pero toda la tierra se ha oscurecido ante nosotras, y nuestra clausura demasiado estrecha nos oprime y nos ahoga, ya que no tenemos la dicha de veros. ¿Hemos de vernos abandonadas por nuestra santa madre? Felices aquellas que se han ido al cielo antes que vos. ¡Ah! Sabemos que ya estáis unida al coro de vírgenes celestiales y a la gracias de Dios; pero aun en medio de estos consoladores pensamientos, nos sentimos heridas por estas desdichadas palabras: No volveremos a ver a nuestra madre. (1)

Gregorio y Leboveria habían esperado hasta el último momento la llegada de Maroveo.

—¿Qué vamos a hacer si nuestro obispo no llega —dijo la abadesa—, ya que el lugar donde ha de descansar aún no ha recibido la bendición episcopal?

El obispo de Tours cedió a las demandas de los magistrados y de los ciudadanos que se habían reunido para asistir a los funerales de la reina bienaventurada. Ante sus ruegos, consagró un altar en la misma cripta. Depositaron el cuerpo en una gran caja de madera que contenía hierbas aromáticas, y con tal motivo, ya que la fosa excavada era mayor, hubo que desplazar dos tumbas. Tras finalizar el oficio, Gregorio le cedió a Maroveo el honor de cubrir la sepultura y celebrar la misa.

Cuando regresó, la abadesa y sus hijas le llevaron a todos los lugares del monasterio en los que la reina acostumbraba leer y rezar. Gimiendo, le decían: «Éste es el lugar en el que la veíamos arrodillarse para implorar entre ríos de lágrimas la divina misericordia, pero ya no volveremos a verla; éste es el libro que ella leía, pero el sonido de esa voz tan llena de gracia y de amable sabiduría ya no llegará hasta nuestros oídos; ésta es la rueca que manejaba durante sus largas horas de ayuno e insomnio, pero ya no volveremos a ver en ella sus dedos santificados.»

Con estas palabras, las lágrimas volvieron a brotar, pese a las reconfortantes palabras del obispo, que también lloraba.

Tras la muerte de su dulce amiga, Fortunato ya no era más que una sombra del alegre compañero que había sido. Solicitó de la abadesa el permiso para dirigirse ante el rey Gontran y tomar las disposiciones relativas al porvenir de Vanda. Leboveria, antes de darle una respuesta, le preguntó a Maroveo qué era lo que tenía que hacer. El obispo le respondió que quería reflexionar. Sólo un poco antes de Navidad dio su conformidad. Fortunato, ya autorizado a efectuar este viaje, tenía que dar

cuenta de él con toda fidelidad.

Vanda perdía así a su único amigo verdadero dentro del monasterio. La muchacha había cambiado mucho desde la muerte de su benefactora. Se había hecho notar por su asiduidad en los oficios, por su sumisión a las órdenes de sus superioras. «Haré de ella una religiosa —pensaba Leboveria—. Nuestra santa reina estaba equivocada, la niña tiene vocación.» La abadesa no era ni muy buena ni muy sensible como para darse cuenta de que la muchacha sufría y buscaba refugio en la oración, el silencio, los trabajos manuales y el estudio para engañar su pena. Eso tuvo como efecto atenuar su resentimiento hacia la «hija de los lobos», que obtuvo de nuevo permiso para recibir a su padrino, el galo Romulfo.

Su reencuentro suavizó un poco el pesar de la muchacha. Antes de morir, la reina le había enviado a Romulfo una bolsa con quinientas monedas de oro y dos cofrecillos, uno de ellos lleno de joyas que había que entregarle a Vanda en caso de necesidad, y el otro con todo lo que había encontrado junto a ella en la Piedra Levantada. Radegunda le había hecho partícipe de sus intenciones relativas a su ahijada y de sus deseos de que él acompañase a Vanda ante el rey de Borgoña. El buen hombre lo había aceptado respetuosamente y esperaba con impaciencia la autorización de Leboveria para dar cumplimiento a esos deseos.

Capítulo undécimo

AÑO 588
REENCUENTROS EN EL BOSQUE

La primavera llegó con el regreso de Fortunato. Todo el mundo en el monasterio lo celebró. Su rotundidad, su buen humor les habían hecho falta a los habitantes del monasterio. Incluso Leboveria, poco dada a las demostraciones, manifestó su placer. Con él volvió algo de la alegría que había desaparecido con Radegunda. Vanda se arrojó en sus brazos llorando. El sacerdote quedó desagradablemente sorprendido ante el cambio que había experimentado la hija amada de la reina. Su tez había perdido el color saludable, las ojeras azulinas de suis ojos delataban sus noches sin dormir, sus manos adelgazadas parecían casi transparentes, el amplio hábito de novicia flotaba sobre su cuerpo, que se había vuelto frágil. Había crecido mucho y parecía tener más años que los quince que eran su edad.

—Esta niña está enferma —le dijo a Leboveria—, hay que atenderla de inmediato.

Mandaron llamar a los mejores médicos de Poitiers, que dijeron que la pena la estaba matando y que sólo un cambio de vida podía salvarla

—Le escribiré al rey Gontran para pedirle que la acoja cuanto antes —le dijo Fortunato a la abadesa.

—¿No me habías dicho que el rey aceptaba de buena gana la tutela de Vanda, pero que pedía que se quedase bajo la protección del obispo Maroveo y de la mía un año más?

—Sí, ya lo sé, pero lo que está en juego es la vida de Vanda. Si muriese, no me atrevería a presentarme ante la santa reina el día del juicio final. He hablado con Vanda. Aquí todo le recuerda a su madre, cada lugar por donde pasa le devuelve a la memoria un momento feliz...

—Sólo tiene que rogar al señor —refunfuñó la abadesa.

—Ya ruega al señor sin cesar, pidiéndole el valor de vivir sin el amor de su madre. Estoy inquieto, Leboveria, muy inquieto.

—Chalon está lejos, los caminos no son seguros. Con el buen tiempo se curará.

—No, el mal es demasiado profundo. Envíemosla con su padrino Romulfo, junto con Urión, Ludovina y dos o tres servidores.

—No me gusta que nuestras novicias estén fuera de la clausura.

—Pero Vanda no es una novicia.

—Lo será. La niña tiene vocación.

Fortunato se levantó indignado.

—Sabéis muy bien que eso es falso, Leboveria; la niña es piadosa y puntual en el cumplimiento

de sus obligaciones, pero no quiere llegar a ser monja.

—¿Y su disposición, y su asistencia asidua a los oficios, ella que era distraída, qué pensáis de eso?

—¿Su actitud? ¿Su asiduidad? Eso no es más que la manifestación de su tristeza, de su ofuscación, de su soledad.

—¿Su soledad entre nosotros? Bromeáis, amigo Fortunato. ¡Soledad habiendo a su alrededor doscientas cincuenta religiosas!

—Sí, abadesa, soledad. Tras la muerte de la reina, a esa niñá se la ha mantenido más que nunca aparte, muchaS monjas no le dirigen ya la palabra por miedo a desagradaros a vos, ya que es cosa sabida que no la queréis gran cosa y que no conseguís olvidar las circunstancias de su llegada al monasterio. Para vos sigue siendo la hija de los lobos, una bruja peligrosa de la que hay que apartarse. ¿No habéis imaginado nunca lo que puede significar ese abandono para un alma tan joven? Yo os conjuro, por el amor de nuestra santa fundadora, por el amor de Dios, que dejéis que Vanda se vaya.

Leboveria se quedó un momento silenciosa antes de responder.

—Es cierto que no me gusta mucho esa niña. Siempre he pensado que por su causa le ocurrirían muchas desgracias a esta comunidad que tengo a mi cargo. Siento que hay en ella algo malo, una fuerza y una obstinación peligrosas en una mujer, una sed de independencia y de libertad incompatible con su sexo. Tan sólo su consagración a Dios podría moderar todo eso.

—Eso sería ir contra los deseos de la reina.

—Ya lo sé —dijo Leboveria con voz fatigada—. Es duro, Fortunato, tener la responsabilidad de doscientas cincuenta almas. No me siento digna ni capaz. Y no digáis lo contrario, sé que tengo razón. Después de la muerte de nuestra fundadora, hay una relajación de las costumbres, un dejarse ir generalizado. Con el buen tiempo, se han reanudado los juegos, y es normal que así sea, pero hay novicias, y también religiosas, que se dedican a ello, que sienten un vigor, un placer sospechoso.

—Sois demasiado exigente, querida; los cuerpos han de hacer un poco de ejercicio.

—Ya lo sé. Creedme, se acercan días difíciles para el monasterio de santa Radegunda. Hablaré de Vanda con nuestro obispo y haré lo que él me ordene.

Fortunato tuvo que aceptarlo así.

Poco tiempo después, la abadesa mandó llamar a Fortunato, que la encontró en su gabinete junto con el obispo Maroveo. El poeta les saludó con respeto.

—Álzate, hermano —dijo el obispo—. La abadesa me ha hablado de la hija adoptiva de la reina y de las disposiciones que se han tomado para que Vanda quede bajo la protección del rey Gontran. No me opongo a que la niña vaya al palacio del rey un poco más adelante. Pero, ya que al parecer se encuentra enferma, que vaya a casa de su padre asoptivo, el galo Romulfo, junto con un séquito digno de la hija de nuestra querida santa.

—Sí, obispo, actuáis sabiamente. Y en nombre de la niña te lo agradezco.

Vanda partió al final del segundo mes, dicho así por abril, en una carreta de la que tiraban dos bueyes blancos y en compañía de Fortunato, que había querido ir con ella. En otra carreta iban Urión, Ludovina, Asia y tres sirvientas de condición libre y de avanzada edad. La pequeña comitiva seguía a un grupo de hombres de armas pertenecientes al obispo de Poitiers, que con ello quería poner de manifiesto su respeto hacia la protegida de la reina Radegunda, que ahora lo era del rey Gontran.

La Naturaleza, todavía al principio de la primavera, hacía estallar por todas partes sus verdes tiernos y ácidos, el amarillo de los primeros botones, el azul celeste de las miosotis, el perfume azucarado de las últimas violetas. A veces, el olor aún invernal del sotobosque llegaba hasta la carreta de Vanda, cuya nariz se estremecía como la de un animal joven que siente la proximidad de su cubil o de su madriguera predilecta. Algo de color volvía a sus mejillas. Balanceándose por los baches del camino, su cabeza iba apoyada en el hombro del confidente de la reina.

—Amigo Fortunato, a ti es a quien debo respirar el olor de la Naturaleza libre, de dejar un lugar

que me recuerda tantas alegrías y donde ya no encuentro más que tristezas y lágrimas. ¡Me hacen tanta falta las dulces palabras de mi madre! Siento que surgen en mí malos deseos. Oh, sí, los combato con la ayuda de Dios, pero es tan duro. Estoy tan sola y soy tan débil. Algunas noches he de hacer esfuerzos inmensos para no escapar a reunirme con mi otra madre y mi lobo *Ava*. También ellos me hacen falta. Sólo junto a ellos he sido aceptada, protegida, amada. En el convento he sentido a menudo que se me reprochaba no pertenecer verdaderamente a la comunidad. Para Basina y Crotielda, soy la hija adoptiva de la reina. Así pues, tengo derecho a las mismas atenciones que ellas. Pero la duda que existe acerca de mi origen hace que me miren como a una usurpadora. Las novicias me envidian lo que ellas llaman mi libertad en cuanto a la regla. Las religiosas, con la excepción de Begga, Nantilda y Helsuinta, ven en mí una bruja, o por lo menos alguien de quien es mejor mantenerse apartado. Y en cuanto a la abadesa, ya conoces sus sentimientos. Para ella soy «la hija de los lobos», más que la de la reina. Cree que esta desgracia, como ella misma dice, puede quedar conjurada si me hago monja. He pensado seriamente en eso, pero me he dicho que eso sería hacerme trampas a mí misma y hacérselas a Dios, que merece algo mejor que un corazón tibio y dolorido. Por eso no quiero ser religiosa.

—¿Has hablado con la abadesa?

—Todavía no, espero a que haya recuperado mis fuerzas y estar más tranquila.

—¡Qué razonable eres, cabritillo! Al contrario que nuestra santa desaparecida, no estoy inquieto por ti. En la corte del rey Gontran se te acogerá y tratará como a una reina. Tienes ya dispuesto para ti un lugar en su casa de Chalon. El intendente de palacio ya se está ocupando de encontrar sirvientas y esclavos para que te sirvan, las bordadoras trabajan ya en tu ropa y los orfebres en tus joyas. La reina Brunehaut, que estaba presente cuando visité al rey, me aseguró su protección y la de su hijo, el joven rey Childeberto. Pero, no dices nada; se diría que esto no te causa placer.

—No lo sé. Temo las cortes de esos reyes, a los que la gente considera crueles. Y no puedo olvidar que Fredegunda les ordenó a sus servidores que violasen a Basina.

—Pero no será con Fredegunda con quien tengas que relacionarte.

—Ya lo sé, pero Brunehaut es también cruel.

—Todos los reyes son crueles, no hay ni uno que no haya matado con sus propias manos, no sólo a un enemigo, sino a un pariente, a un hermano o a un hijo. El poder crea desconfianza. El que lo detenta, teme perderlo y para conservarlo no duda en matar, y como mata también por miedo a que le maten, cualquier reino no es más que una gran carnicería de inocentes. He viajado mucho por los reinos de la Galia, por los del otro lado del Rin tanto como por los de España o Italia, y en todas partes he visto sangre en las manos de los reyes.

—¿Qué tiene el poder que lo hace tan seductor a los ojos de los hombres?

—Para unos, lo que hay en él es el deseo de no ser dominado, para otros, el de reunir grandes riquezas o conquistar nuevas tierras, o incluso ser señor de otros hombres...

—Algunos aman la justicia —le interrumpió Vanda.

—Aman la justicia cuando les favorece. ¿Qué puede hacer un miserable ante el capricho de un gran señor? Mira, la justicia no es para los pobres ni para los esclavos, aunque la iglesia se esfuerce por mejorar su suerte.

Un griterío, un clamor, interrumpió su conversación. Apartaron los vientos de cuero y se asomaron para ver. Cuando el pesado vehículo se detuvo, Vanda quiso bajar. Fortunato la contuvo y llamó al jefe de los soldados.

—¿Qué pasa? ¿Por qué nos detenemos?

—Un hombre que iba en cabeza ha creído ver un lobo.

—Oh, Fortunato, es *Ava*, estoy segura. Me pareció haber sentido su olor hace un momento. Déjame bajar.

—No. No quiero que esos hombres te vean en compañía de un lobo; el obispo sería inmediatamente informado de ello y también la abadesa, y eso les confirmaría en su absurda creencia.

Vanda se volvió a acomodar en los cojines de la carreta y dijo con voz cansada:

—Tienes razón, amigo Fortunato.

Cerró los ojos cuando la comitiva volvió a ponerse en marcha por orden del limosnero.

Llegaron al caer la tarde a casa de Romulfo, que desde por la mañana andaba yendo y viniendo

desde su casa a la carretera y desde la carretera a su casa, hasta tal extremo llegaba su impaciencia por volver a ver a su ahijada. Gracias a la generosidad de Radegunda, había hecho construir edificios más dignos en los que recibir a la que él llamaba en secreto «mi pequeña reina». Se arroparon el uno en brazos del otro, riendo y llorando. El galo la apartaba de sí la extensión de sus brazos como para asegurarse de que era ella, su hija, que era la niñita que encontró un día de invierno. Como Fortunato cuando regresó al convento, le sorprendió su estatura, y luego su palidez.

—Amigo Romulfo, comprendo tu alegría al volver a ver a tu hija, pero ¿no podrías preocuparte un poco de quienes la acompañan?

—Perdóname, Fortunato; al ver a Vanda he olvidado las leyes de la hospitalidad.

Los dos hombres se abrazaron con auténtica amistad. Eran los dos de corazón generoso, ignoraban los celos y las mezquindad, de buen humor, amantes de la buena carne y del vino. A su manera, el campesino galo era un poeta que cantaba a la tierra y a la patria, así como el antiguo estudiante de Rávena, convertido en sacerdote, cantaba los milagros de los santos, las cortes de los reyes o los placeres de la mesa. Además, tenían un amor en común: Vanda.

—He mandado preparar —prosiguó Romulfo— una comida digna de ti. Espero que te guste.

El éxito de la cena superó todas las esperanzas de Romulfo. Los sirvientes de Fortunato tuvieron que llevarle a la cama, tal fue el honor que les hizo al vino y a la cerveza de su anfitrión. En cuanto a Vanda, cansada por el viaje, pidió permiso para retirarse temprano.

Al día siguiente, con las primeras luces del alba, Vanda se levantó procurando no hacer ningún ruido. No se puso el hábito conventual, sino tan sólo una corta camisa de lana que le llegaba hasta la rodilla. Se calzó los borceguíes, que sujetó a sus pantorrillas desnudas, ciñó la camisa con una cinta de cuero en la que deslizó un cuchillo de hoja corta y una honda, tomó del lecho de Ludovina una capa de lana oscura y cubrió su cabello peinado con trenzas con uno de sus extremos. Al pasar ante el comedor, sonrió al llegar hasta ella unos sonoros ronquidos. Encontró en la cocina una hogaza de pan y una pata de liebre aderezada con miel, lo envolvió todo en un paño blanco y salió sin ser vista a la hermosa mañana.

Se detuvo en el umbral, contemplando las hilas de bruma que había sobre los campos, y más allá, en lontananza, la niebla que envolvía el bosque con un halo algodonoso y mágico. Todo estaba en silencio, como si estuviese suspendido de esos velos blanquecinos y movedizos.

Abrió el cerrojo del portón y bajó recorriendo los campos hacia el bosque.

Era como si las brumas de la noche se disipasen mientras caminaba. Ante ella se abría una avenida de árboles, estallaba el canto de los pájaros. Una cierva y su cervato la miraron al pasar con ojos confiados, una tórtola la rozó con un ala en una caricia que le fue familiar; una ardilla, con la emoción, dejó caer al suelo la provisión de bellotas y nueces que había hecho; un jabalí se volvió gruñendo. El sol entraba con ella en el bosque, haciendo retroceder los terrores nocturnos. Ella seguía adelante en la paz de la mañana con tranquila seguridad, sintiendo que uno tras otro sus terrores, sus tristezas, desaparecían en la tranquilidad de un nuevo día. La tierra emanaba una fuerza que se extendía por su cuerpo demasiado tiempo sumido en el hábito monacal, y su sangre circulaba con una fuerza que le hacía vacilar. Se detuvo y se apoyó en una encina muchas veces centenaria. Sentía en su cuerpo la vida del árbol, su formidable respiración, el lento movimiento de sus ramas y el roce de seda de sus hojas jóvenes aún revestidas con el dorado de la primavera. La emoción la dejó sin respiración. Se dejó resbalar a lo largo del tronco, cuya rugosidad fue suave para ella. Las lágrimas rodaron suavemente por sus mejillas, pero eran lágrimas de paz, de pura y simple felicidad de existir. Y ¿cómo expresar mejor que mediante las lágrimas aquella exquisita sensación que trastocaba su cuerpo y su ánimo al cobrar conciencia del milagro indecible de la vida? Vanda no quería analizar esas sensaciones; las vivía con agradecimiento. Una oración subió hasta sus labios.

—Oh, Creador de todas las cosas, ¿cómo darte gracias por haberme permitido nacer en medio de las maravillas de la Naturaleza? Bendíceme y no permitas que nunca te ofenda.

Vanda cerró los ojos, saboreando el momento inasible.

Sintió hambre. Abrió el lío que había hecho y mordió el muslo de liebre. Masticó despacio, como quien aprecia el sabor de los alimentos. Algunos pájaros, más atrevidos que los demás, se acercaron a ella; desgranó una migas de pan para ellos, que se lanzaron sobre el alimento con un gozoso piar.

Antes que los mismos animales, percibió en el bosque una nueva presencia y dejó de comer, mientras las bestias iban desapareciendo como alarmadas y un inquieto silencio caía sobre esa parte del bosque. Lentamente, sin hacer el menor ruido, Vanda se levantó, con la vista y el oído alertas. Pronto llegaron hasta ella sonidos de voces. Se escondió tras la encina.

En primer lugar apareció un hombre de rostro bestial montado en un caballo negro y blanco. Sus cabellos eran rojos y crespos, e iba vestido con una túnica amarilla desgarrada en distintos puntos y sujeta con un correaje del que pendía a la derecha una gran espada en su vaina de cuero ricamente adornado con incrustaciones de plata. Llevaba a la izquierda un escudo hendido. En la cintura portaba un hacha de batalla. Llevaba en una mano las riendas del caballo y en la otra una lanza. Tras él iban otros cinco caballeros con los vestidos rasgados y las armas rotas. Dos hombres con heridas bien visibles se mantenían apenas en sus monturas.

—Conde Chuppa, detengámonos, Genobaldo y Saruco necesitan descansar y cubrir sus heridas. Los soldados del rey Childeberto han perdido nuestro rastro. Malditos sean los habitantes de Tours, nunca los hubiese creído tan encarnizados en la defensa de sus bienes. Creo que ha sido ese bribón de Anomodo quien, después de traicionar al rey, nos ha denunciado por miedo o por ambición. Nada, no nos queda nada, ni botín, ni compañeros... y ¡todos esos amigos muertos...! He de vengarme...

El hombre que así hablaba, dirigiéndose al que fuera condestable del rey chilperico, era alto y delgado y llevaba en la frente una venda sucia y manchada con sangre. Una capa negra y desgarrada envolvía su cuperpo.

—Tienes razón, Cariulfo, detengámonos. Tengo hambre. ¿Qué nos queda de comer?

—No nos queda ya nada. Habrá que esperar a que lleguemos esta noche a Poitiers, a menos que encontremos en el camino una granja de gente rica que no esté demasiado protegida. Lo que queda es un poco de vino.

Los dos hombres descabalgaron y los otros caballeros también lo hicieron. Los heridos se tendieron en la hierba gimiendo, mientras los demás hacían movimientos para desentumecer los miembros agarrotados por la larga cabalgata. Chuppa y Cariulfo se sentaron al pie de la encina tras la que estaba escondida Vanda.

—Qué piensas hacer ahora? —le preguntó Cariulfo a su compañero, deshaciéndose de la espada y del escudo.

—Volveré a ponerme bajo la protección de la reina Fredegunda, hacerme con gente nueva e ir a Mareil a reunirme con la hermosa Magnatrudis, la hija natural del obispo Badegisilio, para hacerla mi esposa. Espero convencer a su madre, que se llama como la hija. Y si no acepta dármela como esposa, la raptaré.

—Pues yo buscaré asilo en la basílica de san martín de Tours.

—En tu lugar buscaría asilo más lejos, en san Hilario de Poitiers, por ejemplo.

—Ya veremos; en san Martín tengo acomodo y relaciones.

—¿Vas a retirarte a la vida doméstica, tú, un hombre avezado a la batalla, gran bebedor y violador de muchachas? —Dijo Chuppa con una gran carcajada.

—No te rías, compañero. Después de tantos años de guerrear por cuenta del mejor postor, tengo ganas de descansar. Después, ya veré lo que hago.

De repente, sus ojos y oídos prestaron atención a algo. Le hizo un signo a Chuppa de que no se moviese. Se puso en pie de un salto, tomó la espada y dio la vuelta al árbol.

Vanda se había dado cuenta de sus movimientos y Cariulfo se la encontró de frente con el cuchillo en la mano. Se quedó un momento sorprendido, sin moverse, mirándola atentamente. La juventud de Vanda, sus ropas, la corona que llevaba en el pelo le tranquilizaron.

—Chuppa, ven a ver lo que he encontrado.

—El pelirrojo estalló en una gran carcajada cuando vio a Vanda, que parecía tan poca cosa con su manto azul.

—Mira por dónde, una pieza más bien escasa. Debe de ser algún pastor o algún esclavo que se le ha escapado a su amo.

—Me parece que te equivocas. Mira esa cabellera, y esa mirada orgullosa, y la actitud valerosa, y las manos tan pequeñas.

—Sí, ya veo, un chico delgaducho con cara de chica.

—Tú lo has dicho.

—¿Sí? ¿Qué?

—Una chica

—¿Una chica? ¿Sí? ¿Tú crees?

Chuppa se acercó y trató de apartar los pliegues de la capa. Se echó atrás con un grito de sorpresa, cogiéndose la mano.

—Maldita sea tu idea de que es una chica. Este esclavo me ha herido. Apoderémonos de él.

Vanda estaba demasiado cerca de sus asaltantes para utilizar la honda; sólo le quedaba el cuchillo como única arma, pero su larga inactividad física en el monasterio le había hecho perder algo de su seguridad y destreza para lanzarlo como le habían enseñado a hacerlo Romulfo y Albin.

Uno de los hombres que no estaban heridos se acercó riendo ante la idea de medirse con tan pequeño adversario. Este descuido le valió un gran tajo en el hombro. Su compañero, que había acudido en su ayuda, perdió una oreja.

En la lucha, a Vanda se le desanudaron las trenzas y poco a poco se le fue soltando el pelo.

—Te has equivocado, Cariulfo, no es una chica, es un demonio —dijo Chuppa haciendo saltar el cuchillo de las manos de Vanda con la punta de la espada.

Vanda intentó huir, pero uno de los heridos arrojó su lanza contra las piernas de la muchacha, que cayó al suelo. De un salto, Chuppa se precipitó sobre ella, le hizo dar la vuelta y la sujetó debajo de su cuerpo. Durante un momento prolongado las miradas de los dos se cruzaron desafiantes.

—Veamos si mi amigo tiene razón y eres una chica —dijo desgarrando la parte de arriba de la camisa de lana.

Apareció el pecho aún infantil de Vanda, conmovedor y frágil.

El bárbaro exhaló un gruñido de satisfacción y empezó a arrancarle los últimos jirones de la camisa.

—Déjame, sucio villano.

Los compañeros del sucio villano rieron a pesar de sus heridas, ya que la expresion les pareció sumamente adecuada. En efecto, nada más innoble que el rostro acalorado, deformado por un deseo brutal, del que era su jefe.

—Vamos, conde, te estás dejando insultar por una campesina, date prisa en acabar con ella para que nosotros podamos también aprovecharnos.

—Maldita sea esta bruja —exclamó rabioso Chuppa irguiéndose con el rostro lacerado, con la camisa desgarrada entre las manos, mientras Vanda escapaba desnuda.

De repente, se detuvo. Olfateó el aire.

—*Ava*, *Ava*, loba... Estoy aquí... Venid...

Esta llamada contuvo a los hombres que iban a atraparla. Miraron a su alrededor, inquietos, y luego, al no oír ni ver nada que pareciese humano, volvieron sobre Vanda. Bruscamente, el hombre de la oreja cortada, que cogía por un brazo a la muchacha, se derrumbó bajo una masa de pelo gris. Sus gritos quedaron estrangulados en su garganta con un gorgoteo y un ruido de huesos rotos. El otro aulló cuando una terrible mandíbula le rompió el hombro herido y unas garras abrieron surcos en su pecho. Saruco dejó un trozo de su pantorrilla derecha entre las mandíbulas de *Ava*. Consiguió escapar. Genobaldo, demasiado débil por sus anteriores heridas, no tuvo esa suerte. Ya estaba sobre su caballo cuando la loba, con un salto formidable cayó sobre sus hombros y le desarzonó. Cayó pesadamente sobre su lanza, que le atravesó de parte a parte.

Vanda, con el cabello enredado cayéndole hasta los pies, desnuda, llevando como única prenda el calzado, contemplaba la carnicería con horrible complacencia.

Pese a sus numerosas heridas, Chuppa y Cariulfo luchaban con valor. Habían matado ya a dos lobos y herido a muchos otros, pero el peso del número pronto iba a dar cuenta de ellos.

Vanda hizo un gesto. La loba abandonó la lucha y fue a tenderse a sus pies. La hija de los lobos se inclinó y le habló al oído. A los dos hombres les pareció más temible ese murmullo que toda la manada.

—Si puedes hacerlo, muchacha, llama a tus lobos, y nosotros te cubriremos de oro —exclamó Chuppa con voz ahogada.

—Ten piedad, muchacha, no es muerte de cristiano perecer devorado por los lobos

—Ve y mátale —dijo la muchacha, señalando al condestable.

Como en una pesadilla, los dos hombres vieron cómo el enorme animal gris se levantaba sin que tuviesen tiempo para intentar cualquier movimiento. Antes incluso de comprender lo que le pasaba, Chuppa se encontró presa de la fiera, con el cuello entre los acerados colmillos de las fauces sanguinolentas. En cuanto a Cariulfo, éste cayó bajo el asalto de *Ava* y de su hembra. Pero los animales vencedores no acababan de apretar, retrasando el suplicio final, haciéndolo aún más terrible.

Vanda, envuelta en su cabellera, tomó la espada de Chuppa y se acercó al miserable.

—Favor, muchacha, favor.

—¿Me hubieses hecho gracia a mí hace un momento? ¿Tú, que querías violentarme? Desnúdale, loba mía, que le vea desnudo como él me ha visto a mí.

El animal comprendió, porque empezó a desgarrar con los dientes la túnica de Chuppa, que pronto no fue más que un montón de hilas ensangrentadas.

—Mátame, pero contén a este animal. En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo te lo suplico, mátame, pero no hagas que un animal me humille.

Vanda se acercó y puso una mano sobre la cabeza de la loba.

—Déjale, madre, le perdono en nombre de Nuestro Señor Jesucristo —dijo, manteniendo a Chuppa contra el suelo con la punta de su propia espada—. Te dejaré marchar, perro, ya que has invocado el nombre del hijo de Dios. Recuerda que soy reina y no esclava y que nunca debes volver a cruzarte en mi camino, a menos que vengas a mí con palabras de arrepentimiento y sumisión.

Vanda retiró la espada y se echó atrás. Chuppa se levantó penosamente, medio desnudo, con el cuerpo herido por todas partes.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —preguntó Cariulfo, con la voz ahogada bajo el peso de los dos animales.

—*Ava*, *Lena*, dejadle. Tú también eres libre, pero acuérdate de mí.

—Hermosa muchacha, no te olvidaré, ni a ti ni a tus lobos. ¿Es que eres maga para mandar así sobre una manada?

—No. Son hermanos míos... Deja tu espada. Es mi botín junto con la espada de ése a quien llamas Chuppa.

—Aunque eres una muchacha, eres digna de llevarla. Me siento feliz de que te pertenezca. Trátala con mucho cuidado, porque ha estado en contacto con las santas reliquias de monseñor Martín y de las de san Germán de París. Que Dios te guarde. Me llamo Cariulfo.

—Vete, Cariulfo; que Dios te acompañe junto con tu ruin compañero.

Rodeada por sus lobos, Vanda les vio montar con esfuerzo en sus cabalgaduras, rodeó a la loba con sus brazos y le besó el hocico y las orejas. También acarició a *Ava* y le mostró su agradecimiento bajo la mirada celosa de su compañera.

Unos gritos hicieron que acabase con sus efusiones. Vanda reconoció la voz de Romulfo. Se envolvió en su capa y esperó la llegada de su padre adoptivo.

—Dios sea loado, aquí estás —dijo Romulfo alzándola y estrechándola contra sí, indiferente a los gruñidos de los lobos—. ¿Por qué te fuiste sola y sin decirle nada a nadie?

—Quería volver a ver el bosque y a mis amigos.

—¿Qué ha pasado aquí? —dijo el hombre al ver los tres cadáveres de los compañeros de Chuppa y los de dos lobos.

Vanda le contó con el menor número posible de detalles lo que había ocurrido. Romulfo y sus servidores lanzaron exclamaciones de horror.

—Estos hombres han tenido lo que merecían. Hija mía, prométeme que no volverás a salir de forma tan imprudente. Si quieres venir al bosque, yo te acompañaré. Hemos tenido tanto miedo por ti. Si no hubieses encontrado a *Ava* y su manada, ¿qué te hubiese sucedido?

—Padre, te prometo no causarte más miedo ni pena. Y tú prométeme que podré ver a *Ava* y a mi loba tantas veces como quiera.

Una vez hubo obtenido esta promesa de Romulfo, se despidió de la manada mientras los servidores cargaban en unas parihuelas los cuerpos de las víctimas.

Fortunato, con su rostro de glotón tenso por el miedo y la angustia, no se vio con ánimos para reconvenir a Vanda. La estrechó entre sus brazos llorando y ella le hizo mil carantoñas en cuanto él prometió olvidar el incidente. Pero, ¿qué hacer con los cuerpos de los tres bandidos? Había que informar al conde de Poitiers y al obispo. Y eso le molestaba, porque no dejarían con ello de hacerle preguntas sobre las circunstancias en que se había producido la muerte de tres guerreros francos, aunque estuviesen fuera de la ley.

El buen hombre se sentía bastante embarazado. Sin embargo, aceptó la responsabilidad de enterrar sus cuerpos, decir sobre las tumbas de los miserables las oraciones por los difuntos y no volver a hablar de ello.

Pasaron unos días en la más completa felicidad para los tres amigos, que no se perdían de vista más que para tomarse un poco de descanso. Vanda había recuperado el buen color y su vivacidad de hija de los bosques. Con el alba, salía de caza con Romulfo y Urión, que se había hecho muy hábil con la honda. Regresaban hambrientos y cansados, pero contentos. Compartían con Fortunato la primera comida, compuesta de miel, leche, quesos y fruta. Romulfo se marchaba. Vanda tomaba sus libros y se ponía a trabajar con el poeta. A menudo, al estar sumergidos en la interpretación de un párrafo difícil de las Santas Escrituras o en la traducción de un poeta griego, se olvidaban del tiempo y el regreso de Romulfo les sorprendía.

—Oh, ya... —decía Vanda, estirándose.

Fortunato tuvo que dejarles, llamado por sus funciones junto a la abadesa de la Santa Cruz y por la redacción de la obra que quería escribir como homenaje a Radegunda. Todos le vieron partir con tristeza.

Romulfo mantuvo su promesa y llevó a Vanda a reunirse con sus amigos los lobos. Pronto la dejó que fuese sola, comprendió que estaba más segura con ellos que con él. Entre los lobos y el hombre había una especie de corriente de simpatía distante, de estima recíproca. ¿No se habían constituido uno y otros en protectores de la niña? La manada había aceptado la presencia del galo. Con Urión, las cosas fueron más difíciles. Aún recordaba las heridas que le habían infligido en el pasado los amigos de Vanda, y su miedo era tan grande que se comunicaba a los animales, cuyo espinazo se erizaba en cuanto le veían. La muchacha les riñó, les explicó que Urión era también amigo suyo, que procedía del mismo país que ella y que tenían que quererle. A Urión le prometió que nunca ningún miembro de la manada le causaría el menor daño. Al convertirse en muchacha, el infeliz muchacho adquirió la debilidad y la timidez propia de su condición, y a pesar del todo el cariño de Vanda no conseguía superar su miedo. Sin embargo, por amor a ella, hizo un gran esfuerzo y aceptó acompañar a Vanda al bosque. Poco a poco fue consiguiendo vencer su horror.

Unos días después de la fecha del primer aniversario de la muerte de la bienaventurada Radegunda, Vanda descubrió en un paraje del bosque que aún no conocía una fuente que manaba en una alberca natural rodeada de olorosas plantas. Pese a la sombra de los árboles, hacía un calor terrible que aunciaba tormenta. Vanda estaba sola con la loba. Se quitó la corta túnica de lino blanco y las sandalias y se anudó el pelo en lo alto de la cabeza. Se deslizó en el agua fría con un suspiro de satisfacción, mientras la loba bebía con avidez. Una vez hubo bebido, gruñó dirigiéndose a la bañista.

—Sí, loba, ve a cazar, yo no me moveré de aquí.

El animal dio un salto y desapareció entre la maleza.

Vanda se deslizó bajo la fresca cascada, riendo con la picazón estimulante del agua. Pronto se puso a temblar y fue a tenderse al sol. Poco a poco, su cuerpo se fue calentando y un maravilloso bienestar la invadió. Tras sus párpados cerrados estallaban formas con los colores del arco iris, que se mezclaban y se confundían en un cabrilleo resplandeciente. Jugó un rato a abrir y cerrar los párpados, haciendo así cambiar formas y colores. Se volvió, dándole la espalda al sol. Con la nariz hundida entre el musgo, sintió el perfume que exhalaba con el sol de agosto. Vanda se quedó

dormida. Sus juegos bajo la cascada habían tenido como testigo a un muchacho muy joven de largo cabello rubio, de rostro imberbe, agraciado e inteligente, que ni por un momento perdió de vista a la muchacha. Una túnica de manga corta, a rayas azules y rojas, cubiertas por un chalequillo azul y blanco, le bajaba hasta las rodillas desnudas. Llevaba una espada en el tahalí ricamente ornamentado y un hacha de batalla en el cinturón. Un collar de grandes piedra verdes y rojas le colgaba del cuello. Estaba en pie y mantenía apretada contra el pecho la cabeza de su caballo para impedirle relinchar. Nunca había visto nada tan bonito como aquella muchacha ya casi mujer; ni siquiera la reina Felebe, que su madre la reina Brunehaut le había entregado como esposa, tenía esa gracia virginal ni esa belleza pagana. Por primera vez el joven rey Childeberto miraba una mujer sin sentir otro deseo que el de seguir mirándola. Junto a él, el caballo empezó a temblar. Lo mantuvo quieto con mano firme. A lo lejos, tronó la tempestad mientras en el cielo se acumulaban nubes oscuras. De repente, un lobo saltó al claro y se lanzó sobre la muchacha dormida. Childeberto dejó suelto el caballo, sacó la espada y echó a correr. Su impulso quedó cortado por la risa de Vanda, quien, rodeando a la loba con sus brazos desnudos, se apretaba contra ella con gruñidos y gritos de alegría con todos los músculos dispuestos, volviéndose hacia el joven. Hombre y animal se midieron con la mirada. Vanda se pudo en pie de un salto, estrechando a la loba contra sí.

—Quienquiera que seas, no des un paso más, o si no le diré a mi madre que te mate.

—Eres tú quien va a morir.

—No temas por mí, yo soy señora de este lugar. Vete.

Childeberto, a disgusto, devolvió la espada a su vaina.

—¿Cómo te llamas? ¿Quién eres tú para mandar sobre un lobo?

—No te acerques... Mi nombre no te interesa... Yo no te preguntó cuál es el tuyo.

—Soy...

—No me interesa saberlo. ¿Te has perdido?

—Sí. Estoy buscando el camino de Poitiers.

—Ve hacia la izquierda, no puedes equivocarte, y encontrarás el camino que lleva a Poitiers.

—Te lo agradezco. ¿Podré volver a verte?

—No. Vete.

Él hizo un movimiento en dirección a Vanda, que dejó suelta a la loba

—Si das un paso más, morirás.

Childeberto se hizo atrás, sin dejar de mirar a la extraña pareja que formaban la muchacha desnuda y la loba, y volvió con su caballo, al que el miedo había enloquecido.

En cuanto el rey estuvo sentado en la silla, el animal huyó al galope, sin que pudiese contenerle.

Vanda volvió a vestirse y, soñadora regresó a la granja de Romulfo. No le habló a nadie de ese encuentro.

El frío llegó precozmente ese año y una lluvia helada cayó sobre el Poitou, el Lemosín, destruyendo todos los viñedos. Muchos animales domésticos aparecieron muertos, con las pasas tiesas y los vientres hinchados. El trigo se pudrió. En las tierras más afectadas, los animales y las personas se disputaban una magra cosecha de castañas. Amenazados por el hambre, los más desfavorecidos buscaban refugio en las ciudades.

En Poitiers, grupos de desgraciados franqueaban cada día las puertas de la ciudad. El clero los acogía con benevolencia y los inscribía en sus registros, lo que les daba la seguridad de recibir una ayuda parca pero cierta. La abadesa del monasterio dela Santa Cruz mandó distribuir entre ellos ropas de abrigo, prendas para los niños y una parte de las reservas del convento. En tal atmósfera de tristeza y angustia regresó Vanda. Le había suplicado en vano a Romulfo que la mantuviese a su lado o que la llevase junto al rey Gontran, pero el hombre se había mostrado inflexible, ya que temía por la vida de su hija adoptiva. Los campos eran menos seguros que nunca, grupos armados recorrían los bosques y gentes hambrientas se dedicaban al pillaje en las granjas y los pueblos aislados, matando a todos los que se oponían a su rapiña, violando a las mujeres y raptándolas.

Ni las religiosas ni sus compañeras reconocieron a Vanda en la espléndida y alta muchacha de tez bronceada, oprimida en su blanco hábito que se le había hecho demasiado estrecho y tan corto

que le dejaba los tobillos ampliamente al descubierto. La abadesa la recibió de forma bastante amable, la abrazó y le dio la bendición. Basina se la echó al cuello con una alegría que agradó a Vanda. En cuanto a Crotielda, miró con envidia aquella muchacha cuya belleza superaba ya la suya, pero se mostró acogedora con ella. ¿No era la protegida del rey Gontran? Nunca se sabía, pero eso podía resultar de utilidad. La costurera del convento, Deuteria, recibió el encargo de confeccionar un hábito de la talla de Vanda. Creyendo que obraba acertadamente, cosió al bajo del hábito y a las largas mangas unas cintas bordadas en oro que habían sido de Radegunda. Creyendo que había sido orden de Leboveria, Vanda no hizo nada y vistió el hábito, trenzó su cabello con cintas púrpuras y azules y se puso el velo, ciñéndolo con una diadema de oro. Fue así vestida como se reunió con sus compañeras de capilla. Con toda naturalidad, después de inclinarse ante la abadesa, tomó asiento en la primera fila, junto a Crotielda y Basina, cuyos hábitos, como el de ella, iban adornados con ribetes dorados, pese a las severas instrucciones que se contenían al respecto en la regla de san Cesáreo. Al final del oficio, durante el corto rato de esparcimiento que precedía al estudio, las novicias y algunas de las religiosas más jóvenes la rodearon y la felicitaron por la elegancia de sus ropas. Incluso Crotielda le hizo un cumplido.

Urión, vestido con el hábito corto de las servidoras, acabó con la charla sobre la longitud de las cintas y de las mangas al ir a decirle a Vanda que la abadesa quería verla.

Leboveria la esperaba junto al obispo Maroveo en la biblioteca del convento. Vanda se arrodilló para recibir la bendición del prelado.

—¿Lo que veo es una muchacha presta a consagrarse a Dios? ¿Dónde están la modestia y la humildad de las siervas del Señor? ¿Quién te ha autorizado, muchacha impúdica, a engalanarte así?

Vanda se volvió hacia la abadesa, esperando que dijese que era ella quien había ordenado que cosiesen aquellos vivos y que llevase las cintas de oro. Pero Leboveria le respondió al obispo, mirándola con severidad:

—Como tú, señor obispo, yo también estoy sorprendida al ver a esta muchacha vestida así. No la había visto de esta manera hace un momento, en los oficios. Si no me hubieses honrado con una visita inesperada, la hubiese reconvenido enérgicamente y la hubiese castigado. Es por la influencia de Crotielda, que a pesar de la clausura se obstina en hacer que se la trate como a la hija de un rey.

Una gran cólera se apoderó de Vanda; se quitó la diadema de oro de la cabeza y desgarró los vivos de su hábito, que arrojó ante sí.

—Yo no necesito esto para ser hija de rey y que se me reconozca como tal

—Hija mía, has perdido la cabeza. Pídele perdón a su señoría por haberte abandonado así ante él.

Vanda no se movió, con los brazos cruzados, mirando orgullosamente al obispo sin dar la menor muestra de contrición.

Maroveo se levantó echando llamas por los ojos.

—Temo que nuestra llorada reina fue demasiado indulgente contigo. No me obligues, hija mía, a ser contigo demasiado severo.

—No hables así de mi madre, obispo

—¿Olvidas quién soy, niña de la Piedra Levantada? ¿Olvidas que soy más que tu padre y que me debes total obediencia? Serás castigada por tu insolencia. Leboveria, ¡que la lleven al calabozo hasta el día de Navidad!

—¡Hasta la Navidad! Pero, señor obispo, eso es mucho tiempo.

—Eso le dará tiempo para reflexionar y humillarse y rogarle a Él.

Vanda fue acompañada al calabozo, que por orden de Leboveria estaba provisto de paja seca. Le entregaron tres mantas y Fortunato consiguió que durante tres horas cada día le proporcionaran una lámpara, libros, papel y con qué escribir. Su provisión de agua y pan era renovada cada día.

Gracias a los libros de Fortunato el tiempo no se le hacía demasiado largo. Esa reclusión la confirmó en su deseo de ser libre, de dejar cuanto antes el convento. Pidió ver a Romulfo, lo que se le negó. Fue en el calabozo donde supo de la muerte de Asia, aquella mujer que la había cuidado en la infancia. Pese a sus súplicas, no le permitieron acompañarla hasta su última morada. Entonces empezó a madurar un proyecto en su interior.

Capítulo duodécimo

AÑO 589
ENFERMEDAD DE VANDA Y MUERTE DE LA LOBA

La memoria de las gentes no recordaba un invierno tan riguroso. Por la acción del hielo, los árboles estallaban y las mismas piedras sufrían ese rigor, deshaciéndose al menor choque. Los pájaros caían al suelo, helados en pleno vuelo. Los bosques, los campos, los ríos estaban llenos de animales enriquecidos. Al principio, los campesinos vieron en ello una especie de maná; podrían comer carne, mejorar algo el yantar cotiodiano compuesto sobre todo por sopicaldos. Pero esos cadáveres, en cuanto se calentaban se descomponían. Los que tenían demasiada hambre y se los comían, morían entre atroces dolores. Era frecuente encontrar en las revueltas de los caminos cadáveres, medio devorados por los lobos o por los perros que se habían vuelto salvajes, de hombres y niños a los que el frío había cogido desprevenidos.

En Poitiers, la basílica de san Hilario estaba llena de desdichados que intentaban calentarse en torno a altos recipientes de metal llenos de brasas. Cada día, los servidores del conde y del obispo se llevaban a los que habían muerto por la noche. Sobre todo morían los niños y los ancianos, así como las mujeres embarazadas.

Ante ese frío mortal, Fortunato había conseguido del obispo y de la abadesa que el castigo de Vanda quedase atenuado. Cuando abrieron la puerta del calabozo al principio lo creyeron vacío, pero un leve sonido, como una especie de gemido, pareció brotar de la paja. En el interior, un frío envolvente y húmedo invadió a las religiosas que Leboveria había enviado. Se acercaron temblorosas, temiendo la presencia de algún animal, apartaron la paja, y vieron a Vanda temblando de fiebre. Intentaron levantarla, pero la muchacha, con las manos llenas de sabañones, se debatía pronunciando palabras incoherentes. Merofleda salió corriendo en busca de ayuda. Llegó Begga, seguida de Ludovina, Basina y Urión. Se detuvieron en la puerta del calabozo, conmovidas por el rostro descompuesto y el cuerpo desnutrido de Vanda que recibía la luz de una linterna que llevaba Flavia. Begga entró, tocó la frente y las manos de la enfermera y murmuró:

—Oh, Dios mío...

Urión apartó sin miramientos a Basina y Ludovina, que se habían echado a llorar, y levantó a Vanda como si fuese un niño pequeño balbuceando en su común idioma.

—De prisa —dijo Begga—; llévala a la enfermería.

Durante largos días creyeron que Vanda moriría, pero poco a poco, gracias a los cuidados de Begga y a su sólida naturaleza, la muerte se alejó de ella y fue recuperando las fuerzas. Durante sus noches de delirio, se incorporaba en la cama, mirando rectamente ante sí, y hablaba con la difunta reina. Las monjas que la velaban y que se pasaban de rodillas gran parte de la noche, estaban seguras de que Radegunda le respondía. Una de ellas, Albofleda, que tenía visiones, dijo que había visto a la santa que lloraba llamando a Vanda «mi pobre hija». Leboveria la reprendió, pero ella mantuvo lo que había dicho incluso ante el obispo.

Fortunato, Basina y Crotielda iban cada día a enterarse de cómo seguía la enferma. Cuando recibieron autorización para entrar en su habitación, la abrazaron emocionados. A partir de ese momento, la salud de Vanda mejoró con rapidez.

Crotielda parecía haberse cobrado un gran cariño a la convalenciente. Pasaba largos ratos con ella, tanto como se lo permitían sus escasas obligaciones. Alimentaba en Vanda una sorda cólera contra la abadesa y el obispo.

—Estoy segura de que han intentado matarte. Temen que vayas a vivir con el rey Gontran, mi tío, y te tienen ojeriza por la amistad que la reina difunta tenía contigo.

—Ése no es motivo para matar a nadie.

—¿Tú crees? El odio de Maroveo sigue siendo tan fuerte como antes. No le ha perdonado a Radegunda que el emperador le enviase el fragmento de la vera Cruz, eso aparte de que se pusiese bajo la protección de los reyes y no de la suya.

—Pero todo eso ya ha quedado muy atrás.

—La gente de la iglesia es tenaz en sus rencores. Por eso Leboveria nunca te perdonara a ti, la

niña que encontraron, que la reina te adoptase, cuando ella tiene una sobrina para la que había soñado ese honor. Ella, que es de cuna plebeya, nos niega lo que se debe a la nuestra.

—Creo que exageras. Estamos en un convento y no en las estancias de un palacio. La regla es rigurosa en ese sentido. Y tú sabes que no apruebo tu gusto por las apariencias en un lugar consagrado a la oración.

—Qué aburrida puedes resultar a veces. Yo no pedí estar aquí, y esta regla no es la mía.

—¿Por qué pronunciaste los votos?

—Para que me dejasen tranquila, para ser más libre —exclamó Crotielda levantándose con cólera—. No quiero pasarme la vida aquí. Creo que me voy a volver loca. Incluso llego a detestar a Dios.

—Calla, estás blasfemando.

—Oh, eres demasiado estúpida. Y no eres hija de rey; si lo fueses no hablarías así.

—Tranquilízate. Poco importa lo que yo sea, hija de mendigo o hija de rey, como escribió Fortunato. Y, sobre todo, hija de los lobos. Ellos me enseñaron lo que es la libertad. Como tú, quiero ser libre, pero no por los mismos motivos. Cuando llegue el momento, tendremos necesidad la una de la otra.

—¿Qué quieres decir?

—Yo sé cómo salir de aquí.

—Pues vayámonos en seguida

—Aprendí de los lobos que la precipitación no es buena y que es mejor esperar el momento propicio.

—Esperar, siempre esperar.

—Sí, esperar. Cuando esté dispuesta, ya te lo haré saber.

Pese a las súplicas de Crotielda, Vanda se negó a decir nada más. Sintiéndose cansada, le pidió que se retirase y que la dejase descansar.

Los lobos entraron otra vez en la ciudad. Los habitantes los mataron sin grandes dificultades por lo mucho que los había debilitado el hambre. Un día, una anciana religiosa dijo delante de Vanda que unos cincuenta lobos habían muerto ya.

—Parece ser que tu lobo está entre ellos —añadió la anciana con una malignidad impropia de su estado.

Y se escabulló ante la repentina palidez de Vanda.

—Salid todos, dejadme sola. No, tú no, Urión; quédate.

Cuando la habitación quedó vacía, Vanda apartó las mantas y los cobertores y se levantó.

—De prisa, tráeme algo para vestirme y ayúdame.

—Señora, no puedes levantarte.

—Obedece.

El pobre Urión la ayudó a enrollar en las piernas unas bandas de lana, a ponerse una sobre otra dos camisas y el hábito, a cubrir su cabeza con un capuchón que le caía sobre los hombros. Ciñó el hábito de monja con un ancho cinturón de cuero en el que deslizó la espada que le había quitado a Cariulfo y una daga bizantina que le había regalado Albin. Se echó por encima un amplio manto de lana negra y se calzó unos gruesos borceguíes, que Urión le ató.

—Sígueme. Lleva una manta de piel, la necesitarás. Enciende la lámpara.

Ya había caído la nochey se anunciaba oscura. Vanda no se cruzó con nadie en los pasillos del monasterio. Fuera, en los jardines, la tierra helada hacía un ruido seco. Vanda corría con ligereza seguida por Urión, al que le dificultaba el paso el pesado cobertor. Llegaron así a la muralla que dominaba el Clain. Vanda le señaló a Urión una hendidura que había en el muro.

—Métete por ahí y espérame. Si no he vuelto antes de que sea de día, vuelve al convento y no digas nada.

—Pero...

—Calla. Sé lo que hago. *Ava* no ha muerto y la loba está en peligro. He de ir con ellos. Dame la linterna.

La muchacha escaló el muro y se puso boca abajo en el amplio parapeto, con las piernas colgando en el vacío. Buscó un hoyo con los pies. Lo encontró sin grandes dificultades; y luego otro. Bajó así por la muralla. De repente, sintió el tacto de la maleza en un pie.

«Aquí es», pensó.

Bajó un poco más y se encontró a la altura de una mata que había crecido en la pared. La apartó y vio ante sí una abertura lo bastante grande como para que por ella pasase un hombre incluso corpulento. Una gran piedra se proyectaba hacia adelante ante la entrada y permitía mantenerse en pie sobre ella con facilidad. Vanda entró en una galería absolutamente invisible desde el exterior. Levantó la linterna y examinó el lugar. El suelo era de arena seca y las paredes de piedras cortantes. Inclinándose, entró en el túnel que se abría ante ella y que bajaba en suave pendiente, iluminándose con la débil luz de la linterna. Después de un tiempo que se hizo muy largo, el suelo se volvió plano. Supo que había llegado. A su derecha se abría una galería. Podía recordar que ésta llevaba hasta el pie de la muralla que rodeaba el monasterio y la otra al pabellón de un jardín donde se plantaban legumbres y que ya quedaba en el interior de las murallas de la ciudad.

El viento que se filtraba por su capa le hizo estremecerse. Las calles estaban desiertas y oscuras. No se oía otro sonido que el de la fragmentación de las piedras por la acción del hielo y el golpeteo de una puerta de madera. Vanda dudó. ¿Hacia dónde dirigirse? De repente, oyó algo. Escondió la linterna en el pabellón del jardín y se ocultó en una hendidura de la pared. El ruido se acercó, acompañado por una luminosidad brumosa que hacía que se moviesen unas sombras desmesuradas. Vanda oía claramente el ruido que hacían decenas de pies en la tierra helada y voces encolerizadas.

—¡Maldito animal, se nos ha vuelto a escapar!

La alegría hizo que el corazón le diese un vuelco. No era demasiado tarde, aún podría salvar a la loba. ¿Cómo sabía que era a su loba a la que la multitud perseguía? No hubiese podido explicarlo.

—Pues atrapemos a ese hijo del demonio.

Ha matado a nuestros hijos, y nosotros mataremos a los suyos.

—Muerte al lobo, muerte al lobo...

El grupo armado con picas, hoces, palos y cuchillos, compuesto por hombres de expresión de cansancio, temblando con sus ropas demasiado livianas o envueltos en pesados mantos de pieles, pasó ante Vanda sin verla.

Ella salió de la oscuridad de la pared y siguió a la multitud por las calles y callejas de la ciudad, sin preocuparse de que la viesen. Un grito de triunfo la hizo detenerse.

—Ahí está.

—Valor, amigos. Está solo y nosotros somos cien. Adelante... Matémoslo...

Vanda rodeó a la multitud y se encontró cerca de la loba, casi detrás de ella. La llamó:

—Loba, loba, aquí.

Al oír aquella voz amada, la loba, ya dispuesta a atacar, se quedó inmóvil y volvió la cabeza en su dirección. Una piedra le alcanzó en una oreja, y otra en el pecho, antes de que tuviese tiempo de saltar hacia Vanda. La muchacha la abrazó y le besó el hocico con cariño. Sus labios encontraron el sabor azucarado de la sangre.

—Madre, estás herida. Ven, salvémonos.

Era demasiado tarde. La multitud las rodeaba. Hubo un momento de silencio, cuando descubrieron la presencia de Vanda.

—¡Es la hija de la reina santa!

—¡La hija de los lobos!

Leudovaldo se adelantó. Vanda le reconoció.

—Dile a esa gente que se vaya. Yo me hago cargo de la loba.

—No puede ser —dijo Leudovaldo—. La otra vez tú dijiste que no volvería. Ella y su manada han matado ya a demasiada gente.

—Te lo ruego; en recuerdo de tu benefactora, deja que se vaya.

—No la escuches, Leudovaldo, ha de ser una bruja para que haya podido salir del convento y mandar sobre los lobos. Ella también merece morir —dijo un hombre más fuerte y más alto que los demás, vestido tan sólo, a pesar del frío, con una taleguilla de piel de cabra.

—Cállate, Weroc, tu oficio de matarife te ha nublado el cerebro, no piensas más que en matar.

—Tienes razón, buen hombre, quiero matar a ese lobo, y también a los que los protegen —añadió, amenazador, yendo hacia Leudovaldo, que retrocedió ante aquel bárbaro.

—No discutáis más y dejad que nos vayamos. Me comprometo bajo juramento a hacer que la loba se vaya para siempre.

—¿Para siempre? ¡A muerte! —dijo Weroc adelantándose con el gran cuchillo de matarife levantado.

La punta de la espada de Cariulfo, empuñada por una mano firme, contuvo al hombre.

—Deténte o te mato.

El matarife respondió a esta amenaza con una gran carcajada.

—No será una monja adolescente quien le impida a Weroc...

No pudo terminar la frase. La espada le dio en el cuello.

Retrocedió de un salto y se llevó la mano a la garganta, retirándola llena de sangre. La miró con sorpresa; luego la agitó ante sus compañeros diciendo con voz de falsete:

—Mirad, mirad, la bruja me ha herido, la bruja me ha herido.

Urbano, un joven estudiante, que estaba allí sólo para divertirse y no para cazar al lobo, le dijo burlón:

—Cállate, eso no es nada, sólo una rozadura, nada grave.

—Nada grave, pero sangro —dijo el hombretón con voz quejumbrosa.

—Así que sangras. Vaya noticia. Pues ya deberías estar acostumbrado a la sangre.

—Sí, pero no a la mía.

—Acabemos de una vez —dijo Vidasto, un soldado del conde de Poitiers a quien los lobos le habían matado a la mujer y a sus hijos.

—Tiene razón. Ya hemos hablado bastante. A muerte...

Una decena de hombres se adelantaron, dispuestos a acabar de una vez. La loba dio un salto y mordió en el cuello a un desventurado. A la vez la alcanzó un bastonazo, mientras una pica se hundía en los riñones. Con un golpe seco, Vanda le cortó la mano al que aún empuñaba el arma. El animal luchaba con la ferocidad del que va a morir y teme dejar tras de sí a un hijo indefenso.

Pero la hija de los lobos no carecía de defensa. Muchos hombres habían resultado ya heridos por la espada de Cariulfo y el cuchillo de Albin. Un golpe le arrancó la espada de las manos, y cayó lejos, detrás de ella, con un ruido tintineante. La loba lanzó un aullido, y Vanda comprendió que pedía ayuda. Pero la ayuda no llegó. Un hacha cortó el aire y le rompió una pata al animal mientras Vidasto le hundía la espada en el flanco. La pelambre blanca por la edad se cubrió de sangre. Vanda hirió al soldado con el cuchillo, pero éste dio de plano con su espada en la mano de la muchacha que, con el dolor, dejó caer el arma. Ya inerme, se volvió hacia la loba. Dedicada de lleno a la pelea, no había caído en la cuenta de la creciente debilidad del animal, que no tuvo energía suficiente para evitar el cuchillo de Weroc, que se había envalentonado ante la loba moribunda. Vanda se arrojó sobre ella con un grito.

—Oh, madre, madre...

Con el cuerpo agitado por los sollozos, intentó alzar la cabeza ya sin vida que el frío empezaba a enrigidecer.

—Y ahora matemos a la muchacha.

El brazo de Weroc fue detenido por Urbano, el joven clérigo. Los dos hombres se midieron con la mirada, fuerza contra inteligencia. Fue la inteligencia la vencedora y el matarife bajó el arma.

Urbano y Leudovaldo intentaron incorporar a Vanda, pero la muchacha se aferraba al cadáver y no quería soltarlo. A través de las lágrimas murmuraba, como una letanía:

—Dejadme... dejadme...

—Joven, la conozco, nada la obligará a ceder. Dejémosla.

—Se morirá de frío.

—Avisaré a la abadesa, y ella enviará a buscarla.

«Pobre muchacha, cuánto quería a su lobo», pensó Urbano, cubriéndola con su propia capa.

Cuánto tiempo se quedó Vanda ovillada sobre el cuerpo, no hubiese podido decirlo. Un cálido aliento le hizo levantar la cabeza. Dos ojos brillantes la estaban mirando.

—*Ava*... No has muerto... ¿Por qué llegas tan tarde?... Han matado a nuestra madre...

Como si comprendiese, *Ava* lanzó un aullido, al que respondieron otros gritos de dolor. Los lobos lloraban a uno de los suyos. *Ava*, su hembra y sus hijos habían escapado a la masacre. Vanda olvidó por un momento su pena al estrecharlos contra sí.

«¡Qué delgados están!», pensó.

Se puso en pie con la parte delantera del hábito blanco cubierta de sangre, y trató de levantar el

cuerpo ya rígido de la loba, que a pesar de su delgadez era muy pesado.

Cargó a la espalda el cadáver de su madre y con una mano en su cuello se dirigió a la casa de san Hilario. Había ido allí a menudo con Fortunato para recogerse en la casa de aquel santo al que el amigo de Radegunda veneraba casi tanto como a san Martín, y que se había convertido en lugar de peregrinación. El barrio en el que se encontraba era un lugar lleno de vida donde estaban el mercado de la carne y de las ostras. Pared con pared con la casa del santo había una tienda de carnes, reconocible por el color rojo de sus paredes. La luz del interior escapaba por la puerta entreabierta. Vanda empujó esa puerta. El lugar, iluminado por una antorcha, estaba teñido de rojo oscuro desde el suelo hasta el techo, del que colgaban los cuerpos de unos animales recientemente sacrificados. En las paredes había pieles de animales, entre ellas muchas de lobo.

—Cierra la puerta —dijo una voz profunda que llegaba desde el fondo.

Vanda entró con los cuatro lobos.

—¿Quién eres? Adelántate, que no te veo.

Vanda se hizo visible a la luz del hogar, con la espada en la mano.

—¿Tú...? La bruja... ¿Qué quieres?

—Matarte.

—Matarme... —balbuceó el coloso retrocediendo.

—Pero antes harás un pequeño trabajo para mí.

—Sí, sí, lo que quieras —dijo el hombre con expresión taimada, yendo hacia ella.

Le detuvo la punta de la espada

—*Ava*, vigílale.

Sólo en ese momento vio el hombre a los cuatro lobos. Retrocedió otra vez, con los ojos fuera de las órbitas, incapaz de emitir sonido alguno.

—Toma el cuerpo de mi madre. Obedece.

Weroc se adelantó, agitado por temblores convulsivos.

—Deja de temblar como una vieja. Coge el cuerpo, ponlo encima de tu mesa de trabajo y quítale la piel.

El hombre la miró con absoluta incomprensión.

—Ya tengo otras pieles de lobo.

—Ésta es la que yo quiero. Ya hemos hablado bastante. Ponte a trabajar. Me llamarás cuando hayas acabado. Te dejo a *Ava* y a su familia para que te hagan compañía.

Vanda salió. el frío le pareció más intenso después del calor del antro del matarife. Fue a arrodillarse ante la casa de san Hilario y allí, en el viento glacial, le rogó a Dios que le diese fuerzas para hacer lo que tenía que hacer. Una extraña tranquilida se adueñó de ella y se secaron sus lágrimas. La voz de Weroc la sacó de sus devociones.

—Puedes venir, ya he acabado —dijo el hombre, secándose las manos.

Las náuseas invadieron a Vanda al oler la sangre y ver los despojos de aquel animal al que había amado tan tiernamente.

—Está bien. Dame la piel.

—Habría que lavarla —dijo el hombre tendiéndosela.

Sin contestar, Vanda la puso sobre sus hombros, anudó las patas delanteras alrededor de su cuello y asentó sobre su cabeza la del animal. Así, Vanda ofrecía una apariencia terrible. La sangre resbaló sobre su rostro y manchó su cabellera suelta. Giró sobre sí misma como lo hacía Crotielda para hacerse admirar con su hábito ornamentado con nuevos paramentos.

—Has trabajado bien. Es justo que recibas el precio de tu trabajo. Vamos, matadle.

Los cuatro lobos saltaron a la vez. *Ava* y su hembra atraparon al hombre por la garganta, desgarrando su cuello macizo, y los lobatos que ya estaban crecidos, se precipitaron entre las piernas del hombre, hurgaron con hocicos y garras y le arrancaron el sexo y los testículos al desgraciado. Un grito estrangulado brotó de su garganta. *Ava* apretó más las mandíbulas y el horrible grito se interrumpió. En todo ese tiempo de horror, Vanda no se movió, manteniéndose como indiferente y extraña a todo. Vio morir a Weroc sin sentir la menor emoción.

Los lobos hambrientos, azuzados por la sangre, se encarnizaron con el cadáver, arrancándole jirones de carne. Pronto el rostro quedó irreconocible. De repente, *Ava* saltó sobre la mesa en la que estaba el cuerpo despellejado de la loba, con el pelo erizado, los ojos enloquecidos y las fauces

esangrentadas. Antes de que Vanda pudiese hacer nada, empezó a despedazarlo. La muchacha intentó apartarlo, pero la hembra y sus hijos acudieron en su ayuda y colaboraron en la macabra tarea.

Horrorizada, con el rostro oculto entre las manos, Vanda retrocedió horrorizada.

Se cubrió los oídos para no percibir el crujir de huesos y el ruido de las mandíbulas. Cubierta con la piel sanguinolenta, fue resbalando a lo largo de la pared hasta el suelo.

Al sentir próxima una presencia familiar, alzó la cabeza. Junto a ella estaba *Ava*, con un trozo de carne en las fauces. Como antaño, quería compartir con ella su alimento. Pero esta vez no se trataba de caza sino que era su madre. El lobo insistió, apretando la carne contra sus labios. Sin saber lo que hacía, Vanda abrió la boca y tomó un trozo. Masticó despacio la carne dura y de olor fétido.

Pensó:

«Mi madre entra en mí.»

Este pensamiento la sosegó, la hizo feliz incluso. Ella misma llevó a sus labios otro trozo, sintiendo que nacía en ella una nueva fuerza. Ahora era verdaderamente hija de los lobos, y loba ella misma ya que había bebido la sangre de su madre. Pensó en la comunión, en el cuerpo de Cristo comido bajo las apariencias del pan y el vino. Era eso mismo. La loba se quedaría con ella para siempre.

Se levantó. Del cuerpo del animal no quedaban más que unos restos esparcidos. Vanda les hizo gesto a los lobos saciados de que la siguiesen.

Fueron hacia el convento. Todo el cansancio de la noche y de los pasados días invadió a la hija de Radegunda; llegó ante la pesada puerta extenuada y allí se derrumbó antes de haber podido llamar. *Ava* aulló un buen rato antes de que la mirilla se entreabriese. Se alzó sobre sus patas traseras.

—*Ava*.

Tranquila acababa de reconocerlo. Comprendió por la actitud del animal que algo ocurría fuera. Pidió ayuda y otras esclavas acudieron.

—Es *Ava*, el lobo de Vanda.

—¿Qué pasa, a qué se debe todo este ruido? —dijo Begga, que había ido a visitar a las enfermas a las dependencias próximas a la entrada del monasterio.

—Es *Ava*, el lobo de Vanda —repitió Tranquila.

—Rápido, abrid —ordenó Begga.

—El pesado madero que bloqueaba la puerta se hizo a un lado. Begga se precipitó fuera, mientras los lobos huían. Se acuclilló ante la forma derrumbada contra la puerta. Sus dedos reconocieron en primer lugar el pelo áspero y luego el suave cabello. Reconoció a Vanda.

—Ayudadme. Venid.

Dos servidoras y una esclava levantaron el cuerpo inanimado y lo llevaron por orden de Begga a la enfermería. Cuando quedó tendido en una mesa de mármol, todas se echaron atrás con un grito de horror. ¿Era aquella la hija querida de la reina, aquella cuyas alabanzas cantaba Fortunato, aquella cuya belleza envidiaba Crotielda? ¿Ese ser medio mujer y medio loba?

En ese momento entró la abadesa, seguida por sus religiosas favoritas.

—¿De modo que ésta es aquella a la que la caridad de la reina había dado el título de hija? Es el diablo, que ha entrado aquí bajo la tierna apariencia de una niña. Hay que rezar las oraciones de los exorcismos. Que con el alba avisen al obispo. Que le quiten esa piel maldita y que la quemen.

Vanda abrió los ojos, pero su mirada vacía no tenía expresión. Se incorporó con su terrorífica apariencia y con las manos y el rostro cuubiertos de sangre, estrechando contra su cuerpo la piel manchada. No fue fácil quitársela por la fuerza con que se aferraba a ella. De repente, se desvaneció. La piel resbaló de la mesa al suelo.

—Que se destruya esa basura.

Una esclava la recogió y fue a arrojarla en un montón de estiércol, dejando para el amanecer el momento de quemarla.

En cuanto la esclava se hubo alejado, Urión salió de las sombras. Seguía arropado en el cobertor de piel. Miró qué era lo que acababan de tirar y reconoció la pielo de la loba. Sin saber siquiera lo que estaba haciendo, la recogió y corrió a esconderla en uno de los establos, donde tenía un escondrijo. Muerto de frío, volvió a las dependencias de las servidoras, se acostó, se durmió y tuvo

un sueño poblado de lobos y aullidos.

Capítulo decimotercero

LA PIEL DE LA LOBA. VIAJE DE VANDA A TOURS

Intranquilo por la posible reacción del obispo y de la abadesa, Fortunato le envió un correo al rey Gontran y a la reina Brunehaut, pidiéndoles que ordenasen que se les enviase a la hija de Radegunda. Transcurrió el invierno sin que llegase respuesta. Vanda estuvo otra vez a las puertas de la muerte y su curación se consideró un milagro, aunque un milagro del demonio. Y, en efecto, recuperó la salud y la razón el día en que Urión dejó sobre su lecho una suntuosa piel de lobo cuyo pelo blanco se había vuelto suave y brillante. Las manos de la enferma tantearon el abundante pelo, abrió los ojos y murmuró:

—Mi madre.

Y sí, era la piel de la loba lo que tenía apretado contra su cuerpo, una piel que había recuperado toda la suavidad de lo vivo. Vanda tendió los brazos hacia Urión, que se arrojó a ellos con lágrimas de felicidad.

—Gracias —dijo simplemente Vanda. —Gracias.

Habían hecho falta mucha habilidad y valor por parte de Urión para salir del convento, mandar curtir la piel y llevarla hasta el lecho de su señora casi moribunda.

Gracias a la intervención de Fortunato y Begga, Leboveria aceptó que se permitiese tener la piel después de haberla hecho bendecir.

—Regresó el mensajero, con cartas de Brunehaut para la abadesa y el obispo, diciendo que en ausencia de su cuñado el rey Gontran, que había marchado a la guerra, se sentiría muy feliz recibiendo a Vanda. Añadía que su hijo, el rey Childeberto, llegaría después de agosto para hacerle una visita al obispo de Poitiers acompañado por sus preceptores, entre ellos Florentino, alcaide del palacio de Brunehaut, ya que Maroveo le había pedido a Childeberto que se elaborase un censo a fin de evitar que las gentes tuviesen que pagar excesivos impuestos. El rey le había prometido al obispo que se haría ese censo. Con ocasión de esta visita, el rey no dejaría de interesarse por Vanda.

A finales de septiembre Childeberto llegó a Poitiers, acompañado por condes y cortesanos. Fue recibido a las puertas de la ciudad por el obispo, que encabezaba un grupo imponente de eclesiásticos y *diacres* del conde Maccon y sus domésticos. Precedidos por cánticos, todo el mundo se dirigió en procesión, entre los aplausos y gritos de la multitud, hacia la basílica de san Hilario para asistir a una misa. Tras la ceremonia, todos volvieron a reunirse en un gran banquete, al que había sido invitado Fortunato, que había conocido al rey cuando era muy niño en la corte de Austrasia. Childeberto estuvo hablando con un respeto y unas muestras de amistad que molestaron bastante a Maroveo.

Los días siguientes se dedicaron al trabajo, con intercalación de partidas de caza en los bosques del lugar, que le sirvieron de pretexto al joven rey para buscar a aquella muchacha desnuda que no había posido olvidar.

Un día, Childeberto hizo que le pidiesen autorización a la abadesa para que él pudiera recogerse ante la tumba de la bienaventurada Radegunda.

Llegó al finalizar la tarde, a la hora en que el sol teñía de rojo y malva las altas murallas del monasterio y en que las últimas rosas expandían su perfume. Pidió que le dejasen solo junto a la tumba de la santa y se quedó largo rato en oración, con su larga cabellera rubia ocultándole el semblante. En ello estaba, cuando un olor a madreselva penetró en el lúgubre recinto. El rey alzó la cabeza. Ante él, apoyada en la tumba, había una luminosa aparición que le miraba atentamente. Al principio creyó que había visto un ángel; pero no era posible... ¡Era la muchacha desnuda del bosque...!, ¡la hija de los lobos...! Se irguió despacio, como para no asustarla, y se adelantó hacia ella, esperando verla desaparecer en cualquier momento. Puso una mano sobre la tumba junto a la de ella y la miró mientras ella le sonreía.

—¿Quién eres? ¿Un fantasma o una criatura viviente?

—Eso no importa.

Era ella, estaba seguro. Puso la mano sobre la de ella, y ella no la retiró.

—¿Eras tú quien estaba en el bosque el año pasado?

—Ella no contestó, pero siguió mirándole sonriente.

—Me amenazaste con una espada..., estabas desnuda... y contigo había una loba.

La sonrisa se borró de los labios de Vanda. La muchacha retiró la mano, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Calla. Murió. La mataron.

Childeberto sintió que ninguna palabra podría consolarla. Fue quizás ese silencio lo que sosegó a vanda, que sonrió otra vez.

—Me hace feliz que hayas venido a rezar ante la tumba de la reina. Que Dios te bendiga.

La muchacha desapareció antes de que él comprendiese por dónde se había marchado. Detrás de la tumba había una puerta baja que se resistió a sus esfuerzos. Childeberto salió corriendo y se encontró ante la abadesa y un gran número de religiosas que esperaban a que él terminase con sus devociones. Paseó por el rostro de cada una de ellas su mirada inquisitiva, buscando las bellas facciones de la extraña hija de los lobos. No estaba entre ellas.

Leboveria le saludó con el respeto debido a un rey y Childeberto solicitó su bendición. Se dirigieron hacia las murallas que dominaban la ciudad. El joven buscaba cómo hablar de la muchacha, pero ¿cómo abordar ese delicado tema con una abadesa que adivinaba estricta? Recordó que su madre, la reina Brunehaut, le había aconsejado que viese a la hija adoptiva de Radegunda.

—A mi madre le alegrará mucho conocer a la princesa Vanda. Todo está dispuesto para recibirla.

No nos apresuremos, hijo mío, Vanda es aún una niña y hay que atender a su educación. Desde la muerte de nuestra bienaventurada reina, me siento personalmente responsable de esa joven alma. Además, su delicada salud requiere muchos cuidados.

—Da orden, abadesa, de que me sea presentada, para que pueda hacerle un retrato de ella a mi madre y también al rey Gontran, que está muy interesado por ella.

Leboveria no podía hacer otra cosa que obedecer. El monasterio de la Santa Cruz estaba aún bajo protección de los reyes. Negarse a esta entrevista podía tener funestas consecuencias para el convento.

Envió a buscar a Vanda.

La hija de Radegunda llegó nimbada por los rayos del sol poniente, aureolada por una luz dorada que hacía brillar el rubio de las trenzas que caían a lo largo de su blanco hábito.

Algo se estremeció en el pecho del rey. Aquel ser rudo y brutal, educado en la molicie por un madre libertina, acostumbrado desde la más tierna infancia a satisfacer todos sus caprichos, se sintió invadido por una emoción desconocida. Con el rostro radiante, fue hacia la muchacha.

—¡Vanda! ¡Tú eres Vanda! —dijo, tomando su mano.

Sin dejar de mirarle con sus extraños ojos verdes, tan pronto oscuros como claros, ella le sonrió.

—Eres muy joven para ser rey.

—Soy joven por los años que tengo, pero hace más de diez que reino. Siendo rey se envejece de prisa, cuando no se muere asesinado.

—Dicen que tu padre el rey Sigeberto fue asesinado por tu tía la reina Fredegunda. ¿Es cierto?

—Sí. esa prostituta mató a mi padre, y también a su propio marido, el rey Chilperico, a los hijos de éste y luego a su madre, la reina Audovera, y a la dulce hermana de mi madre, la reina Galswinta. Esa mujer es un demonio salido del infierno. Si no fuese por la excesiva indulgencia de mi tío, el rey Gontran, ya hubiese pagado por sus crímenes.

La abadesa se acercó a los dos jóvenes y le dijo a Vanda:

—Hija mía, es la hora del oficio de la noche. No olvides tus obligaciones.

Vanda se inclinó ante Leboveria y Childeberto, y luego se alejó corriendo.

—Me encantará verla junto a mi madre. ¿Cuándo podré llevármela?

—Ya veremos. Tengo que hablar de ello con el obispo.

—Su lugar está junto a nosotros; mi esposa, la reina Failerbe la acogerá como a una hermana.

—Si así lo deseas, rey, volveremos a hablar de eso más adelante. Has de partir, la noche ya ha llegado, y no es conveniente que te quedes aquí.

Recordando las recomendaciones de su madre, el rey así lo aceptó y se alejó con tres religiosas que le indicaban el camino. Cuando la puerta del monasterio se cerró de nuevo tras él, Childeberto

se reunió con sus compañeros.

—Ya empezábamos a preocuparnos al ver que no venías —le dijo Marcial, uno de sus cortesanos y su más fiel amigo, tendiéndole las bridas de su caballo.

—Recuerdas lo que te conté sobre aquella muchacha desnuda a la que había visto en el bosque?

—¿Que si me acuerdo? Cómo iba a olvidar esa extraña historia, tan extraña que durante mucho tiempo creí que la habías soñado. Cualquier hombre anhela encontrarse con una muchacha en esas circunstancias; pero la tuya resultaba un tanto especial. Lo de desnuda, aún, pero en compañía de un lobo...

—He vuelto a verla.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Que la has vuelto a ver? ¿Dónde? No hemos dejado de estar contigo desde que hemos venido al Poitou.

—Aquí.

—¿Aquí, dices? —Y Marcial miró a su alrededor.

—En el monasterio.

El amigo del rey le miró inquieto. Aquella historia le iba a volver loco: una muchacha desnuda en un convento y con un lobo... Nunca se había visto nada semejante.

—No me mires así, no estoy loco. Te digo que está aquí, que se llama Vanda y que es hija de la reina Radegunda.

—Pero, ¿qué hacía la hija de un rey desnuda y en el bosque?

Childeberto se encogió de hombros en signo de perplejidad.

Siguieron cabalgando hasta llegar al campamento real, situado a las afueras de la ciudad.

—El rey, que había sido víctima de muchas tentativas de asesinato, sólo se sentía seguro con sus oficiales, algunos de los cuales se habían educado con él, y sobre todo fuera de los muros de un palacio, aunque fuese el episcopal, pese a la insistente invitación del prelado de que se alojase en su casa.

Childeberto entró en su tienda, en la que reinaba un suave calor. En un rincón del amplio abrigo se calentaba el agua para sus abluciones. Junto al fuego había una muchacha muy hermosa, muy morena, vestida con ropas de brillante colorido, con el largo cabello trenzado y adornado con cintas multicolores y con los delgados brazos cubiertos de brazaletes. Llevaba al cuello pesados collares. Se irguió con viveza al entrar el rey y se arrojó a sus pies, besándoselos con arrebato.

—Oh, rey mío, ¡qué lento ha pasado el tiempo sin ti!

—Levántate, Alquima.

La muchacha no obedeció. Deslizó su mano bajo la túnica azul de Childeberto y le acarició. En rey sonrió con hastío y la rechazó violentamente. Ella rodó sobre la paja que cubría el suelo de la tienda. Dando un ágil salto, se puso en pie, con los ojos brillantes de indignación.

—¿Por qué me tratas así? ¿No me llevaste de junto a mi padre y no has hecho de mí tu concubina?

—Alquima, me aburres. Quiero estar solo. Dile a Marcial que venga. Haz que nos traigan vino y dile al cocinero que se esmere esta noche. Tengo hambre.

Crotielda montó en cólera cuando supo de la visita del rey al monasterio; no la habían avisado, a ella, que era una parienta próxima.

—La abadesa se burla de nosotras. ¿Quién se ha creído que es para faltar así a las normas? ¿No sabe que el rey es dueño y señor aquí y que, en consecuencia, los miembros de su familia tienen derechos?

Cogió a Vanda por el brazo con brusquedad.

—¿Por qué te han llamado? ¿Qué te ha dicho? ¿Cómo es? No le vi en casa de mi tío, el rey Gontran. ¿Es cierto que es hermoso? Vamos, habla.

—En primer lugar, suéltame, no me gusta que me sacudas así.

Con expresión ceñuda, Crotielda obedeció.

—Le preguntó a Leboveria cuándo iría a la corte de Borgoña.

—Y ella, ¿qué contestó?

—Dijo que mi salud no era buena y que le preocupaba la paz de mi alma.

—Ya verás cómo no te deja ir

—Quizá... De todos modos, me marcharé. Aquí me ahogo, todo se ha vuelto pequeño.

—Iré contigo.

—Y yo también —dijo Basina.

—Y yo —dijeron Flavia, Pelagia, Placidinia, Genoveva, Susana, Teodogilda, Ultrogoda y Clotilde, monjas todas ellas.

—Y yo —dijeron a coro una decena de novicias que estaban presentes.

Un silencio embarazoso siguió a esta afirmación. Se miraron entre sí con desconfianza, temiendo ser denunciadas a la abadesa y que las castigasen con severidad.

Vanda tomó la palabra:

—Yo no he dicho que quisiera que nadie me acompañase. Y ¿por qué queréis ir conmigo? La mayoría de vosotras no conoce nada más allá de los muros de este convento. ¿A dónde iríais?

—Te seguiremos —dijeron las que habían recuperado el valor.

—Eso sería para mí una responsabilidad demasiado grande. Lo que yo quiero hacer no puede obligar a nadie a que lo haga también.

—Y ¿por qué vas a marcharte tú y no nosotras? —preguntó Crotielda indignada.

—Por que yo no he hecho los votos —dijo Vanda mirándola con una sonrisa burlona.

Las que ya eran religiosas bajaron la cabeza.

—No tuvimos libertad para elegir. Desde la infancia estamos aquí encerradas, obligadas a seguir una regla que no deseamos cumplir y viviendo de una manera que más se parece a la muerte. Prefiero arriesgar mi vida fuera, a dejar que siga y siga uniforme hasta el final de mis días.

Cuando estés fuera todo será temible para ti, la abadesa, el obispo, el rey...

—Ya sé yo muy bien cómo tratar con el rey. Iría a verle y le diría cómo nos tratan, a nosotras, que somos hijas de rey.

—Aquí somos todas iguales, y tú lo sabes. Fue la misma reina que así lo quiso.

—Basta. No eres más que una estúpida. Si quieres quedarte, quédate; pero yo me voy.

—Bueno, pues cada una se irá por su lado.

Crotielda, pálida de cólera, la dejó plantada llevándose tras ella a sus compañeras de costumbre. basina se quedó, abrazó a Vanda y se estrechó contra ella.

—No sé qué hacer. Mi prima no para de decirme que tenemos que marcharnos, que éste no es nuestro lugar. Y yo no sé qué hacer. Me da mucho miedo volver a encontrarme con la infame Fredegunda y que mande que me maten como a mi madre y a mis hermanos...

Vanda acarició el agraciado rostro de la hija de Chilperico. Conocía su triste historia y lo sentía con toda el alma por ella. El lugar de Basina era el convento, porque nunca conseguiría olvidar aquella horrible noche en que los servidores de Fredegunda la violaron y, así mancillada, la llevaron ante su padre; fue aquella noche en que su madrastra la acusó de libertinaje. El rey, aunque quería tiernamente a su hija, no había tratado de averiguar lo que había de cierto en la ampliamente detallada versión dada por la reina. Había renegado de su hija y la había enviado al monasterio de la Santa Cruz, donde, para colmo de la humillación, le habían cortado el pelo al rape.

Al día siguiente del de la visita de Childeberto, Maroveo, el obispo de Poitiers, fue al monasterio de la Santa Cruz y pidió ver a la abadesa. Ésta abandonó los oficios para reunirse con él.

—Mi buena Leboveria, sentaos. Lo que tengo que deciros requiere toda vuestra atención. En primer lugar, jurad sobre la cruz que no revelaréis a nadie el asunto de esta conversación y que nunca diréis ni una sola palabra sobre ello.

—Así lo juro, excelencia.

—Bien, pues escuchadme con atención. Ayer recibisteis aquí al joven rey Childeberto. Por circunstancias que deploro, pudo ver a Vanda.

—Sí, pero...

—No me interrumpáis. Ya sé que no tuvísteis elección. Aunque, ¿no podíais decirle que no estaba en ese momento?

—¡Hubiese sido mentir!

—Sí, mentir, mentir. En ocasiones hay mentiras necesarias. Olvidémoslo. No ignoráis el interés

que sienten por la ahijada de vuestra santa fundadora, el rey Gontran y la reina Brunehaut. Además, he averiguado por un espía que está por orden mía junto a la reina, que ésta ha averiguado algo importante relativo al nacimiento de Vanda. Así pues, esta muchacha tiene un valor para nosotros.

—No entiendo. ¿Qué queréis decir?

—No debéis ignorar que el mayordomo del palacio de la reina Brunehaut, Florenciano, y el conde de su palacio están en Poitiers para estudiar y revisar los registros para saber exactamente quié debe quedar exento de impuestos. Les disgusta desgravar a los pobres y a los enfermos. El rey, con quien ha hablado, me ha dicho que confiaba plenamente en sus servidores y se ha negado a hablar más sobre esa cuestión. vos sabéis cuán interesado estoy por lo que pueda ocurrir con los pobres de mi diócesis. Es necesario que el impuesto disminuya o sea suprimido. He averiguado que el rey quería llevarse a Vanda cuanto antes. Hay que evitarlo.

—Pero ¿y si envía por ella? Los deseos de la reina Radegunda eran muy claros. No podré evitar por mucho tiempo que se vaya.

—Ya lo sé Mañana, con el alba, os enviaré una litera y una escolta. Vanda estará dispuesta ya en la portería. La acompañarán dos servidoras y una religiosa en la que tengáis absoluta confianza.

—¿Flavia...?

—¿Cómo? ¿La sobrina de Gregorio, el obispo de Tours? No, imposible, porque es a Tours adonde enviaré a Vanda. Ha de ser alguien neutral e inteligente. ¿Por qué no Glodosinda? Sí, eso es; Glodosinda se hará cargo. Decídselo en el último momento.

—Pero nuestra regla nos prohíbe salir de la clausura.

—Retiro provisionalmente esa prohibición. Vanda irá al monasterio que fundó Ingitrudis...

—¿No es familia del rey Gontran y madre de Bertrán, obispo de Burdeos?

—Exacto. Y está en perpetua disconformidad con el rey debido a la herencia de su hija Bertegunda. Le he prometido mi apoyo y aceptará ayudarnos. Un mensajero la avisará de la llegada de los viajeros. Vos le escribiréis pidiéndole que tenga durante un tiempo a Vanda consigo y que la mantenga aislada absolutamente por la salud de su alma. Le entregaréis esta carta a Glodosinda.

—¿Qué le diré a Vanda?

—Nada. Eso a ella no le interesa.

—¿Y al rey si viene a buscarla?

—Que se ha marchado de retiro y que vos habéis jurado no revelar donde se encuentra.

—¿Y si fuerza las puertas del monasterio?

—No lo hará; eso le expondría a la excomunión. Es un buen creyente y un hombre piadoso a pesar de su vida disoluta.

—¿No podéis actuar de otra manera?

—No. Y, además, antes de entregársela a los reyes y a la reina tengo que saber quién es Vanda.

—Temo las reacciones de esa muchacha. ¿Y si tratase de escapar?

—He pensado en ello. Le pondréis cinco gotas de esta poción en la leche de la mañana. La harán dormir durante todo el viaje. Tomad.

Maroveo le tendió a Leboveria una pequeña redoma de oro que ella recibió con muestras de duda.

—Que no sean más de cinco gotas, o la mataréis. Vamos, no pongáis esa cara, Leboveria todo marchará bien. Pensad que lo que hacemos es todo por los pobres, que son los predilectos del Señor. Habladme de vuestros asuntos. ¿Cómo marcha el convento? ¿Son diligentes las novicias y asiduas en su dedicación al estudio y a la oración? ¿Habéis reunido provisiones suficientes para el invierno, que amenaza ser riguroso? ¿Ha compuesto Fortunato nuevos poemas? ¿Seguís estando bien de salud? Oh, claro, claro, con vuestra naturaleza, nos enterraréis a todos ¿Se ha sometido ya Crotielda? ¿Es ya menos coqueta, está menos imbuida de la importancia de su cuna? ¿Se ha adaptado Basina a su nuevo estado? ¿Habéis pensado en replantar los naranjos de Radegunda...?.

Abrumada por esa oleada de preguntas, Leboveria no sabía qué contestar. Y no tuvo ocasión de hacerlo; el obispo se había levantado ya.

—Amiga mía, he pasado con vos un rato muy agradable. Desgraciadamente, he de dejaros; los deberes de mi cargo me llaman. Venid, hija mía, y recibid mi bendición. No, no me acompañéis, no es necesario, conozco el camino. Y no olvidéis; cinco gotas, no más. Y que todo esté dispuesto para el alba.

La abadesa le vio salir sintiéndose profundamente perpleja. El sentido común le decía que era un

error hacer lo que el obispo le pedía, y a la vez ni siquiera pensaba que pudiese desobedecer.

Fue por parte de Glodosinda donde Leboveria encontró una fuerte oposición al proyecto de Maroveo. La buena mujer se rebelaba contra lo que ella llamaba un rapto. No comprendía por qué no le entregaba a Vanda al rey Childeberto, ya que tenía toda la confianza del rey Gontran y además era su heredero. Por otra parte, aquello era contravenir los últimos deseos de la reina Radegunda, y eso era pecado. ¿No podían esperar y advertir por lo menos a Romulfo, el padre adoptivo de la muchacha? Estas razonablespalabras confundieron a la abadesa más de lo que dejó traslucir, y llamó con indignación al orden a la religiosa, mandándole callar y obedecer. Glodosinda, respetuosa con la autoridad, acabó aceptando, prometiéndose velar por la hija de la reina, a la que quería tiernamente.

Al día siguiente, antes del alba, Leboveria hizo que despertasen a Vanda y le explicó que la enviaba a descansar a Tours y que la acompañarían Glodosinda, Ludovina y Urión. Se preocupó de ser ella misma quien le entregase a Vanda el cuenco de leche que la muchacha tomó medio dormida.

Una litera a la que iban uncidos cuatro bueyes blancos esperaba ante la puerta del convento. La rodeaban diez jinetes armados. Glodosinda subió con dificultad al alto vehículo, ya que su corpulencia le impedía moverse con agilidad. El jefe del convoy trató de ayudarla, pero después de varios intentos infructuosos, llamó a dos soldados, que alzaron a la gruesa mujer y la empujaron sin miramientos al interior, donde rodó sobre los cojines, provocando las risas de sus tres compañeras. Glodosinda se irguió y trató de recuperar la dignidad de forma que la hilaridad se redobló.

Vanda dejó el monasterio de la Santa Cruz con alegría, sin preocuparse por averiguar adónde la llevaban. Por otra parte, tenía demasiado sueño, y muy pronto se quedó dormida.

El viaje se prolongó seis días. Seis días en cuyo transcurso durmieron mucho en la litera que había puesto a su disposición el obispo.

Ingitrudis las esperaba junto con su sobrina, a la que había hecho nombrar abadesa. Besó a Vanda, llamándola «pariente», leyó con atención la carta de Leboveria que le entregó Glodosinda y empezó a hablar de sus disputas con su hija Bertegunda, que había escapado de la casa d su marido haciendo que embarcasen en sus navíos sus bienes y los de su esposo, y se había refugiado en Burdeos, en casa de su hermano Bertrán, obispo de la ciudad. Y fue algo abominable que en Orleans, y en presencia del rey Gontran, el marido acusase al obispo de adulterio y de incesto.

Oh, sí, tenía muchas preocupaciones, entre su pariente el rey, que le agraviaba, el obispo de Tours, que era demasiado severo, aquella mala hija, que no pensaba más que en despojarla, y ahora el obispo de Poitiers, que le prometía atender a sus intereses, pero que al mismo tiempo le enviaba a la hija adoptiva de Radegunda, la pupila de Gontran, con orden de no permitir que se acercase quienquiera que fuese. La carta de la abadesa de la Santa Cruz no arrojaba luz alguna sobre todo aquello. ¿Qué podía hacer? Tenía que procurar atender a todos. Decidió hacer de Vanda su aliada. La muchacha siempre podría serle útil más adelante. La llevó personalmente a una estancia cómoda, revestida con mosaicos que le prestaban un agradable frescor. Las ventanas se abrían a un patio con flores donde cantaba el agua de una fuente.

Glodosinda miraba a su alrededor con sorpresa. Todo respiraba allí un lujo desconocido en el monasterio de Radegunda. Las religiosas reían, charlaban, y llevaban el hábito blanco adornado con ribetes y ceñido con cintos ricamente ornamentados. Llevaban calzado y guantes bordados. Llevaban en el cabello perlas y cintas. He aquí un lugar que agradaría a Crotielda, pensó para sí la buena monja. Urión se apresuró a air a visitar el jardín y entablar relación con los servidores que estaban destinados a la portería y, como era un glotón, con los de las cocinas. Ludovina ordenó la ropa que había llevado en unos cofres, pasó revista a las habitaciones y ayudó a las esclavas que había enviado Ingitrudis a disponer las camas. En cuanto a Vanda, envuelta en la piel de su loba, de la que no había querido separarse, se sentó en el patio, en un banco de mármol y miró soñadora cómo subía y bajaba el chorro del surtidor. De vez en cuando el viento vespertino llevaba algunas gotitas de agua a su rostro sin que ella pareciese darse cuenta.

La cólera del rey Childeberto fue terrible cuando al día siguiente de la partida de Vanda pidió verla. En el locutorio, la abadesa le dijo que eso no era posible, que Vanda estaba de retiro y que la regla prohibía formalmente que se interrumpiese por cualquier motivo que fuese. El rey se retiró muy descontento.

Aún no había pasado una semana cuando volvió. Preguntó si el retiro había finalizado. Le respondieron que se prolongaría cuanrenta días y cuarenta noches.

—No puedo esperar tanto tiempo. He de ir a Borgoña, donde el rey me espera. Que vayan a buscar a Vanda. Me la llevaré conmigo.

Otra vez le dijeron que la regla lo prohibía.

—La regla aquí soy yo —exclamó, con el rostro carmesí.

La abadesa, temblando aunque con firmeza, le respondió:

—Si fuerzas nuestra clausura, rey, la desdicha caerá sobre tí, serás maldito, apartado del seno de la Iglesia y privado de la comunión.

El rey fue sensible a esta amenaza. No quería quemarse en el infierno. Conteniendo apenas la cólera, se retiró y fue a ver al obispo.

Maroveo le dio las mismas respuestas que la abadesa, pero le dio a entender que si el rey se apiadaba de los pobres, las viudas y los huérfanos de Poitiers, podría, él y tan sólo él, abreviar el retiro de Vanda. Childeberto no se dejó engañar, esperaba ese trueque, aunque no podía comprender los motivos del obispo. Tras recibir información de sus agentes, había decidido reducir los impuestos en esa región. Asumiendo una actitud de respeto y sumisión, le dio las gracias al obispo y firmó el nuevo edicto.

—Y ahora, ¿dónde está Vanda? —preguntó el rey, descargando sobre la mesa la mano cargada de anillos.

—Enviaré a buscarla. Estará de regreso dentro de unos veinte días.

—Es demasiado tiempo, he de partir mañana. ¿No puedo ir yo mismo a buscarla?

—Eso te retrasará bastante más, rey.

—Obispo, espero por tu bien que no intentes engañarme; y si es así, teme mi venganza. Te doy quince días para que entregues a la protegida del rey Gontran a los hombres que te enviaré. Se acerca el invierno, y quiero que esté al resguardo antes de los grandes fríos. No lo olvides, quince días.

Capítulo decimocuarto

GREGORIO SE REÚNE CON VANDA. LAS RELIGIOSAS DECIDEN ESCAPAR

¿Debido a qué indiscreción fue informado Gregorio de la llegada de Vanda al monasterio? Ingitrudis no pudo averiguarlo. Gregorio la mandó llamar y le expresó su sorpresa de que no se le hubiese consultado acerca de esta visita, como lo exigían la cortesía y la obediencia. El obispo de Tours le habló sin dar muestras de cólera a Ingitrudis, que estaba atemorizada ante él. Aquel hombre bueno, justo y severo tenía el don de ponerla incómoda y de crearle la sensación de que había cometido una falta. Era una mujer enérgica, que había sido hermosa y que nunca lo había olvidado. Se comportaba con todos, a pesar de su hábito de religiosa, con una coquetería que en muchas ocasiones le había valido la amonestación del limosnero del convento y la de Gregorio. Así, respondió al obispo con mohínes de muchachita compungida y retorciéndose las mangas.

—Señor, no me riñas; no he hecho más que obedecer la petición de monseñor el obispo de Poitiers, quien me dijo que deseaba, para el descanso del alma de Vanda, que hiciese un retiro de unos días junto a mí. Podía negarme yo a la protección de un alma?

Gregorio sonrió pensando que el alma de la hija de Radegunda no le parecía que estuviese en peligro en ningún sentido, ya que la muchacha siempre había dado muestras de una madurez que estaba por encima de su edad.

—La enviaré a buscar mañana.

—Pero el obispo Maroveo y Leboveria me dijeron expresamente que no viese a nadie.

Gregorio se alzó con irritación.

—¿Y yo no soy nadie? Aquí, en Tours, es a mí a quien debéis obediencia y no al obispo de Poitiers. Que esté dispuesta mañana.

—Ingitrudis no pudo hacer otra cosa que aceptarlo así y se retiró saludando con respeto. Al día siguiente, la ciudad de Tours despertó bajo un espeso manto de nieve, lo que era excepcional teniendo en cuenta la estación. Como niños, Vanda, Ludovina y Urión se perseguían por el jardín lanzándose bolas de nieve. Vanda respondió a la llamada de la fundadora con la nariz y las mejillas rojas.

—Hija mía, el obispo Gregorio quiere verte. Les pediré a mis hijas que cosan en tu hábito unos adornos y que te dejen un velo bordado.

—Os lo agradezco, pero no es necesario. Creo que monseñor Gregorio preferiría verme como voy vestida de costumbre.

Sorprendida ante este rechazo inesperado procedente de una muchacha joven y bonita, Ingitrudis respondió secamente:

—Como quieras... Pero, ¿qué haces? ¿Por qué te pones eso?

—Esto es mi madre nutricia. Sin ella, sin su leche estaría muerta. La mataron, y yo llevo sus despojos. Ella me calentará.

—No puedes ir así a ver al obispo. ¿Qué va a pensar? —dijo con disgusto.

—Le conozco. Es un hombre de buen corazón, y comprenderá.

Ante la obstinación de Vanda, Ingitrudis tuvo que ceder, pero eso hizo que para ella la muchacha resultase insoportable.

La acogida de Gregorio fue la de un padre a su hija. Radegunda y Fortunato le habían mantenido al corriente de los menores hechos y gestos de Vanda, de sus progresos, de su carácter entre sombrío y alegre, de su amor a la poesía y las bellas letras, lo que le llegó directamente al corazón, a él, que se quejaba tan amargamente de la decadencia de la lengua latina. Tal era el objeto de las largas y apasionadas discusiones que mantenía con su amigo Fortunato. Constató con emocionada alegría que la reina y el poeta no habían exagerado las cualidades de la muchacha.

Vanda no se sintió ni por un momento intimidada ante aquel prelado rodeado por la pompa de su estado, con sus secretarios, sus copistas, sus traductores, sus iluminadores, sus cantores, sus músicos y sus servidores. Miró con admiración el trabajo de un joven iluminador italiano que estaba realzando con oro una imagen de la Virgen y manifestó su opinión ante una sólida y rica encuadernación que debía proteger un manuscrito del Apocalipsis de Juan, llegado de Bizancio con grandes gastos y que estaba destinado al rey Gontran. Vanda pasó un dedo emocionado sobre el bello pergamino y tradujo en voz alta un pasaje del texto griego: «si alguien no se encontraba inscrito en el libro de la vida, era arrojado al estanque de las llamas.» (Apocalipsis, XX, 15.)

—He ahí unas palabras terribles —dijo Gregorio, cerrando el precioso libro—. Ven, hija, paseemos un poco.

Cruzaron la inmensa sala pavimentada con losas de mármol de distintos colores, con el techo cubierto de rico mosaico que se apoyaba en unas macizas columnas de mármol verde, donde trabajaban en amable confusión músicos y copistas, quienes de vez en cuando iban a desentumecer los dedos en uno de los numerosos braseros que allí había. Se detuvieron en un espacio hendido en el muro, que podía quedar aislado mediante unas pesadas cortinas. El obispo de Tours las corrió y se sentó en los cojines bordados que cubrían un banco.

—Hija mía —dijo, tomándole las manos a Vanda y forzándola a sentarse—, siéntate a mi lado y responde a mis preguntas con franqueza. ¿Sientes el deseo de ser religiosa y consagrarte a Dios?

—No, monseñor. Quiero abandonar el monasterio.

—Y ¿a dónde irás?

—El rey Gontran y la reina Brunehaut me esperan, pero la abadesa parece oponerse.

—Te equivocas. No creo que se oponga; está inquieta por tu futuro y teme por la salud de tu alma.

—Yo no temo el futuro y mi alma no siente temor ante nada. Radegunda, mi madre, vela por mí. No quiero quedarme más tiempo en el monasterio. Después de la muerte de la reina, la atmósfera allí se ha vuelto detestable. Leboveria se muestra a menudo injustamente severa y por su dureza irrita con ella misma a muchas novicias y religiosas.

—Estoy al corriente de ello. Crotielda me ha escrito quejándose. Pero sus lamentaciones son las de una muchacha coqueta. Debe total obediencia a su abadesa. Y sólo su obispo Maroveo puede atender sus agravios.

—Pobre Crotielda; es tan desdichada en el convento que es capaz de cualquier cosa con tal de salir de él.

—Si cometiese semejante falta, quedaría excomulgada.

—¿Yo también sería excomulgada si abandonase el convento?

—Evidentemente no. Tú no eres religiosa. Crotielda ha hecho unos votos rigurosos, y ha de respetarlos. ¿Te sientes feliz por ir a Borgoña?

—No lo sé. Quisiera estar con mi padre Romulfo, vivir libremente en los bosques y los campos, sin preocuparme de los reyes. Cuando le digo eso a Crotielda, se burla de mí y me dice que el patio de una granja no es digno de la hija de un rey.

—Se equivoca. Romulfo está más cerca de Dios que un rey. Supe —prosiguió, acariciando la piel de la loba— lo que ocurrió el invierno pasado en Poitiers. Dicen que por tu culpa resultaron heridas muchas personas y que un hombre murió. ¿Qué hay de cierto en ello? Habla sin miedo.

Vanda apretó contra su cuerpo la piel del animal, mientras unas lágrimas rodaban por sus mejillas, y luego por la otra mano de Gregorio, que miraba con creciente ternura a aquella muchacha a la que apenas conocía pero que le causaba sensaciones tan fuertes.

—Era mi madre. Y ellos la mataron, obispo, y merecían la muerte.

—No es bueno buscar venganza. ¿La vida de un animal vale para ti tanto como la de un hombre?

—Depende del hombre y depende del animal. En este caso, el animal era muy superior al hombre, y merecía vivir, el otro no. Padre, los animales, ¿no son criaturas de Dios, como nosotros?

El obispo permaneció un momento silencioso. Cuando habló, lo hizo con voz suave aunque severa.

—El animal, como el hombre, ha sido creado por Dios, y por ese motivo debemos respetarle y evitarle sufrimientos inútiles; pero el hombre ha sido creado para reinar sobre todos los animales, y por tanto es superior a ellos y su vida es más importante.

—Y si se comporta como un animal dañino, ¿no es conveniente acabar con él, como se hace con los perros rabiosos?

—No, porque un hombre sigue siendo un hombre cualquiera que sea el el crimen que haya cometido, y ha de ser juzgado de forma equitativa. Al matar a la loba, no hicieron más que defenderse y defender a sus hijos...

—No; la asesinaron, se negaron a escucharme; querían su muerte lo mismo que la mía; me llamaban bruja, hija de los lobos. He bebido la sangre y la leche de mi madre.

—No hables así. Perteneces a la comunidad humana. Tu lugar está entre los hombres y no entre los lobos. Has de olvidarlos porque si no los hombres verán en ti alguien peligroso y maldito, y te harán pagar muy caro que no seas como ellos. Yo te conjuro, en recuerdo de la reina Radegunda que te quiso más que a una hija, que abandones todo el odio y cualquier idea de venganza.

—No consigo olvidar que les pedí gracia y que ellos me rechazaron. Por el amor de la reina, trataré de perdonarles. Te hago esta promesa.

Emocionado, Gregorio la bendijo y la besó en la frente.

—Vuelve a verme, niña; tu presencia alegra mi alma.

Soñador, la vio partir con su andar danzarín. Sus largas trenzas se perdían en la piel de la loba, una de cuyas patas le rozaba el cuello.

Al cabo de una semana, unos caballeros enviados por Maroveo fueron a buscar a Vanda, pero tuvieron que esperar muchos días hasta que amainase una tempestad de lluvia, nieve y granizo, acompañada por un viento que soplaba en torbellinos arrancando árboles y tejados.

En la despedida de Vanda, de las religiosas y de Ingitrudis no hubo calor ni amistad. No trataron de retener a los viajeros a pesar del tiempo inseguro y de las quejas de Glodosinda, que decía que era una locura partir tan pronto y que podían esperar a un momento más propicio. Pero el jefe de los caballeros se mostró inflexible: ya habían perdido bastante tiempo. Había que partir; así que partieron.

El viaje fue espantoso y duró más de dos semanas. El estado de los caminos no permitía que la pesada litera avanzase con rapidez. Pasaron por muy pocas poblaciones, donde andaban errantes seres estupidizados por el frío y el hambre y que se arrojaban al paso de los caballos tendiendo las

manos. En el bosque fueron atacados por una decena de bandidos hambrientos, que perdieron a tres de los suyos y que mataron un caballo. Vanda pidió clemencia para los supervivientes y consiguió que pudiesen llevarse parte del animal.

—No lo olvidaré —gritó un joven, tambaleándose bajo una carga demasiado pesada para su debilidad, antes de desaparecer entre los árboles.

Envuelta en pieles, Vanda le vio marcharse con un encogimiento de hombros.

Esa noche, comieron carne.

Los viajeros y su escolta llegaron en un lamentable estado ante el alto portón del monasterio de la Santa Cruz. Leboveria no le dio tiempo a Glodosinda de recuperarse y la mandó llamar de inmediato para que diese una explicación sobre el considerable retraso con que habían llegado y acerca de los acontecimientos de su corta estancia en Tours. Glodosinda, muy cansada, le respondía con monosílabos a la abadesa y a duras penas conseguía mantener los ojos abiertos. Impaciente, la abadesa la despidió, dejando la conversación para el día siguiente.

Durante la ausencia de Vanda, crotielda había sido castigada al calabozo por haber sido una vez más insolente con la abadesa. Al salir, su grado de exasperación era tal que decidió abandonar el convento en cuanto la ocasión se presentase. Esperaba el regreso de Vanda con impaciencia. Y cuál no sería su cólera cuando le dijeron que la hija de Radegunda estaba incomunicada y no debía ver a nadie. Ludovina, deshecha en lágrimas, no pudo dar ninguna explicación. Glodosinda no pudo o no quiso hablar. En cuanto a Urión, éste cerró los puños murmurando:

—El obispo.

Crotielda llegó a la conclusión de que Vanda estaba encerrada por orden de Maroveo.

Ella sabía que los enviados del rey Childeberto, que habían ido a buscarla, habían regresado muy descontentos después de haber esperado muchos días. En el convento y en la ciudad se decía que el rey enviaría soldados a ocupar Poitiers, que tomaría como rehenes a sus habitantes como represalia contra el obispo quien, según se decía, no había mantenido la palabra dada. Todos consideraban grave la situación y cada uno comentaba de forma distinta la actitud del prelado.

Vanda no comprendía por qué le habían retirado la compañía de Ludovina y de Urión ni por qué estaba encerrada en su habitación. La anciana sirvienta sorda y muda que le llevaba las comidas no podía contestar a sus preguntas.

Una noche, llamaron a su puerta. Era Crotielda.

—¿Por qué estás encerrada?

—No lo sé. Ayúdame a salir.

—Bien quisiera, pero Leboveria lleva encima la llave de esta puerta y no se la da más que a Hildegarda, que acompaña a la sirvienta a la hora de las comidas.

—¿Y Fortunato no está?

—No. Leboveria le ha enviado a Borgoña. ¿Tienes un plan para salir de aquí?

—Un plan, verdaderamente no; pero tengo una idea. ¿Dices que Hildegarda acompaña a la sirvienta y le abre la puerta? ¿Qué hace luego?

—La vuelve a cerrar y espera a que la otra dé una palmada para que la deje salir.

—¿Y nadie acompaña a Hildegarda?

—Nadie

—Bien, pues esto es lo que vamos a hacer.

Vanda expuso con brevedad su idea, que Crotielda aprobó.

—Lo haremos dentro de cuatro días, para que tengas tiempo de reunir comida y vestidos. Advierte a Ludovina y a Urión, y ellos te ayudarán.

—¿A dónde iremos?

—Iremos a pedir asilo al obispo de Tours. Es un hombre bueno, y nos escuchará.

Vanda oyó al otro lado de la puerta una exclamación ahogada seguida de una rápida carrera. Poco después, la puerta se abrió. Leboveria entró en la habitación en compañía de Glodosinda y Begga. La abadesa fue hacia ella y la estrechó entre sus brazos.

—Hija mía, venimos a ver si necesitas algo y si tu salud es buena —dijo, volviéndose hacia Begga.

—Estoy muy bien. ¿Por qué estoy encerrada? ¿Qué he hecho? Quiero salir.

—Ten paciencia, hija mía. Estás aquí por orden del obispo.

—Pero ¿por qué?

—Su Excelencia no me lo ha dicho... Le debemos obediencia, y yo la primera —dijo la abadesa con un gesto hipócrita, que Vanda no dejó de observar.

Begga se acercó a la muchacha y la besó con afecto.

—Esta pequeña está muy pálida, ha de tomar el aire. Prescribo una hora de paseo diaria.

—Eso no es posible, el obispo ha insistido mucho en que no debía ver a nadie. Además, hace frío, y estará mejor en su habitación.

—No es esa mi opinión...

—Begga, ¿es que he de recordarte el voto de obediencia?

La religiosa no pudo hacer otra cosa que aceptarlo así, mientras Vanda, que se había puesto lívida, con el hermoso rostro deformado por la cólera, iba hacia la abadesa. Era tal su expresión que Leboveria retrocedió.

—Abadesa, yo te conjuro, déjame salir de esta habitación y abandonar este convento antes de que ocurran grandes desgracias.

—No es posible

—Te lo suplico en nombre de nuestra santa reina.

—Eso lo dijo con tal fuerza de convicción y aspereza que las tres monjas vacilaron, y Begga diría más tarde que fue en ese momento cuando todo se puso en juego.

La adolescente y la abadesa se hicieron frente con la mirada, Leboveria fue la primera en ceder y dijo con un tono de ira apenas contenido:

—De nada sirve recordar aquí el nombre de nuestra santa fundadora, que cometió el error de hacer de ti su hija, y que tan mal recompensada se ve por ello. Desde lo alto del cielo debe estar mirando con tristeza a la que en el pasado recogió con tanta bondad.

—No pudo seguir, porque los dedos de Vanda acababan de cerrarse en su garganta.

—Ni una palabra más, celosa criatura, o mueres.

Glodosinda y Begga arrancaron a la abadesa de sus manos y la ayudaron a recomponer el desorden de su tocado. Con voz silbante, temblando de miedo y de cólera, Leboveria le escupió estas palabras a Vanda.

—Tiembla, hija de los lobos, porque serás severamente castigada por haberte atrevido a levantarle la mano a aquella a la que debes respetar lo mismo que a Dios. Quedarás encerrada en el calabozo...

Salió bajo las miradas aterradas de las dos religiosas, mientras una sonrisa despectiva asomaba a los labios de la prisionera, que tuvo tiempo de murmurarle a Begga, estrechándole la mano:

—Por el amor de Dios, vuelve a verme.

Una presión de los dedos le respondió.

Ya había caído la noche cuando llamaron a la puerta de Vanda.

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, Begga. ¿Qué quieres?

—Que le digas a Crotielda que venga.

—No puedo, eso sería desobedecer a la abadesa.

—Te lo ruego, Begga, tú que me has cuidado cuando era niña no puedes abandonarme. Es la primera vez que te pido algo. Ve a buscar a Crotielda.

—Ya sé lo que estáis maquinando, desdichadas, y es una locura monstruosa. ¿Por qué no esperar a que vuelvan los enviados de Childeberto?

—De aquí a entonces habré muerto. Ve a buscar a Crotielda.

—Crotielda es la más loca de las dos. Piensa en la tristeza de la reina.

—La reina ha muerto. Ella me hubiese comprendido. ¿No huyó ella de un real esposo? Yo bien puedo huir de una abadesa. Anda, Begga, hazlo.

Vanda no obtuvo respuesta. ¿Se habría marchado Begga sin contestar para denunciarla? No, no era posible; Begga la quería, y tenía un concepto demasiado alto del honor.

—¿Estás ahí?

—Estaba pensando. He rezado y he tomado una determinación. Si os marcháis, yo voy con vosotras. Le había prometido a la reina que velaría por ti, y, además, necesitaréis un médico.

—Begga, ¿lo harías? —dijo Vanda con feliz sorpresa—. No, no es posible. Eres una religiosa, te arriesgarías a la excomunión. No puedo aceptarlo... No quiero ser la causa de tu desgracia —añadió con la voz transida de tristeza.

—No hablemos más. Voy a buscar a Crotielda.

Vanda se dejó caer de rodillas junto a la puerta, oyendo alejarse los pasos de su amiga. Las lágrimas acudieron a sus ojos mientras pensaba en el sacrificio de Begga. Begga amaba la vida religiosa y el monasterio de la Santa Cruz, su trabajo le brindaba grandes satisfacciones, su amor a Dios era firme y sincero, y sin embargo, por amor hacia ella y por el recuerdo de la bienaventurada Radegunda, no dudaba en dejarlo todo, en convertirse en una criatura a cuyo paso se volverían las almas sencillas. Vanda le agradeció a Dios que le hubiese concedido ese consuelo.

El ruido de unos pasos le hizo levantar la cabeza. Llamaron. Era Crotielda.

—¿Qué pasa? He creído morirme de miedo cuando Begga ha ido a decirme que querías verme y...

—Escúchame —la interrumpió Vanda—, tenemos que marcharnos esta noche.

—Esta noche..., pero si no hay nada dispuesto.

—Arréglatelas, avisa a los otros, que cada uno llene un saco grande con provisiones, que se vistan con ropa de abrigo y que lleven zuecos además del calzado.

—Pero es que no tenemos ni litera ni caballos. ¿Cómo nos marcharemos?

—A pie.

—¿A pie?

—Sí, a pie. ¿No quieres ser libre? Pues éste es el momento. Si esperamos más, nos encontraremos en el calabozo. Dile a Begga que me envíe a Glodosinda con la religiosa que me trae la comida, porque necesito las llaves del portón que da al río. No tenemos tiempo de pasar por el subterráneo. Espero que no seamos muchas.

—Oh, no, veinte quizá.

—¡Veinte! Tú estás loca. toda esa gente no pued pasar inadvertida.

—No puede ser de otra manera. Están decididas a marcharse y todas ellas me son fieles, hasta el punto en que quieren que sea su abadesa.

—Bueno, ya veremos, no tenemos elección. Ve a decirle a Begga que espero a Glodosinda.

Poco después, la puerta de la prisión de Vanda se abrió ante Glodosinda y la sordomuda, y luego se volvió a cerrra, accionada por Hildegarda. La gruesa mujer miró con ternura a aquella a la que había visto cuando era una niña de pecho.

—Así que es esta noche...

Vanda vaciló. ¿También lo sabía Glodosinda? Si la cosa seguía así, todo el convento lo sabría, incluso Leboveria. Sonrió maliciosamente y le dijo a Glodosinda con zalamería:

—Necesito la llaver del portón que da al Clain. Dámela.

Sin decir una palabra, Gloodosinda sacó de uno de los bolsillos del hábito un impresionante manojo de llaves, al que dio vueltas una y otra vez hasta dar con la que buscaba. La apartó de las demás y se la tendió a Vanda, que la cogió con una mirada incrédula.

—¿Por qué?

—Porque tengo confianza. Le pido a Dios que, si cometes alguna falta, que me la atribuya a mí —dijo la religiosa sonándose estruendosamente.

Vanda se arrojó en sus brazos y se apretó contra ella con una inmensa gratitud.

—Ve, pequeña, y que Dios te proteja. No olvides en tus oraciones a la gorda Glodosinda.

Dio una palmada, la puerta se abrió y Vanda se vio libre. Al salir, tropezó con Hildegarda, a la que Glodosinda hizo entrar en la habitación, y arrebatándole la llave, volvió a cerrar la puerta.

En el corredor, Vanda se encontró a Ludovina y Urión, con los brazos cargados de ropas, distintos paquetes, vestidos y listos para la marcha. Ayudaron a su señora a vestirse. Vanda echó pestes contra la túnica que estorbaba sus movimientos y contra las trenzas que la molestaban. Le parecía que un silencio anormal reinaba en el monasterio y que detrás de cada puerta, de cada columna, había alguien conteniendo la respiración. Dejando junto a la portería a sus compañeros,

fue a rezar ante la tumba de su madre adoptiva. Cuando salió de la capilla, su rostro traslucía una gran paz. Ante la entrada la esperaban, además de Begga, Crotielda, Basina, Ludovina y Urión, una cuarentena de mujeres abrigadas con prendas de lana y pieles.

Con voz cortante, se dirigió a Crotielda:

—Creí que eran sólo veinte.

—Yo...

—Calla, ya es demasiado tarde. Pero no os hagáis ilusiones —dijo volviéndose a las mujeres temblorosas—, el camino será duro, muy duro, hasta Tours. No quiero que me reprochéis que no os he advertido. Si alguna quiere quedarse, aún está a tiempo.

Nadie se movió. Se hubiese dicho que era una reunión de fantasmas. Tan sólo el vaho que brotaba de sus bocas atestiguaba que aquellas siluetas blancas estaban vivas.

—¡Vamos! —dijo sencillamente Vanda, acomodando la piel de la loba sobre sus hombros

Capítulo decimoquinto

LA REVUELTA DE LAS MONJAS
INTENTO DE RAPTO. LA CORTE DEL REY GONTRAN

Hacía tres días que el pequeño grupo iba chapoteando en el barro por el camino de Tours. Vanda había tenido que renunciar a ir a la granja de Romulfo para pedirle víveres y caballos porque allí sería donde la abadesa enviaría en primer lugar a su gente. Al paso de aquellas mujeres vestidas con el hábito religioso y envueltas en pieles, los pocos campesinos que las veían hacían la señal de la cruz y huían tan de prisa como si hubiesen visto al demonio. De común acuerdo, renunciaron a moverse de día y lo hicieron por la noche, a pesar del miedo a la oscuridad y a los animales salvajes; se ocultaban durante las horas de luz en cuevas, en cabañas de leñadores, o en su defecto entre los matorrales o en el fondo de una zanja. Pronto tuvieron el aspecto de estatuas de arcilla, hasta ese punto estaban ya manchados de barro sus ropas y sus rostros.

Gracias a Vanda, a su espada y a un poco de oro, consiguieron una pesada carreta, dos bueyes y tres caballos que montaron las hijas de rey. Las demás, por turno, pudieron descansar en el incómodo vehículo y desentumecerse los dedos al calor de un pequeño hogar portátil. En otra granja, y a fuerza de amenazas, consiguieron pan, leche, huevos y algunos pollos. Ultrogoda quedó como la intendente del grupo, y repartió equitativamente la parte de cada una, lo que no fue del gusto de Crotielda, que pretendía llevarse una parte mayor.

Muy pronto, cinco religiosas tuvieron que guardar cama en el interior de la carreta, temblando de fiebre. Begga se desvivió en sus cuidados, pero el estado de las desdichadas empeoró con rapidez.

—Si no conseguimos ponerlas pronto al resguardo, morirán —dijo Begga.

Vanda se encogió de hombros en signo de impotencia; aún no habían recorrido ni la mitad del camino.

Poco a poco, el clima, hasta entonces agradable, cambió y el grupo se dividió en dos facciones: el de Crotielda, que quería caminar de día, con el pretexto de que así irían más deprisa, y el de Vanda, que recomendaba prudencia. Intercambiaron palabras violentas y estuvieron a punto de llegar a las manos.

Una mañana, unas horas después de haberse detenido para recuperar fuerzas, se dieron cuenta de que Basina y Crotielda habían desaparecido con diez monjas, llevándose los víveres y los tres caballos.

—Oh, señor, qué mala persona —murmuró Begga.

En cuanto se hizo de noche, volvieron al camino, con el estómago vacío y el cuerpo helado, acompañadas por los gemidos de las enfermas, el chirriar de las ruedas de la carreta y el miedo a los lobos. Al llegar el alba, Vanda, que buscaba dónde guarecerse, vio en la delgada capa que había formado la nieve durante la noche las huellas de los caballos y las de los pies de las fugitivas mezcladas con otras más grandes. Dejando atrás a las demás, sacó la espada de debajo de las pieles y le dijo a Urión que cogiese su honda. Caminaron en silencio un rato, atentos al menor ruido. De

repente, Vanda hizo gesto de detenerse. Un gran grito desgarró el aire helado del bosque. Urión se echó a temblar.

—Es Basina —dijo Vanda, y corrió en la dirección de donde había llegado el grito; y cuando vio la escena dijo—: «Ah, si *Ava* estuviese conmigo.»

A unos pasos de ella, Crotielda y sus compañeras, estrechándose las unas contra las otras, miraban con horror cómo a Pelagia la violaba un hombre vestido con pieles de animales,mientras otros dos sujetaban a la pobre muchacha. Junto a ella, de rodillas en la nieve y con el gesto hosco, se balanceaba Basina. Los demás bandidos, sin dejar de vigilar a las otras mujeres, asistían a la escena con grandes risotadas, menos uno de ellos, que se mantenía aparte y daba cortes con un cuchillo con aire de disgusto a un trozo de madera.

Vanda y Urión sacaron sus hondas del cinto, ajustaron en ellas unas piedras pesadas y redondas e hicieron girar sus armas. Los dos hombres que sostenían a Pelagia cayeron con el rostro ensangrentado, mientras que el tercero, muy a sus anchas, jadeaba sobre el cuerpo de la desventurada. Su sangre brotó a la vez que su semen, mientras caía de espaldas con una herida en la garganta.

Las manos de Vanda no habían temblado cuando, agarrando al individuo por el grasiento cabello, le asestó el golpe mortal con el cuchillo que antaño le regalara Albin. Los compañeros del muerto, recuperados de su sorpresa, se adelantaron hacia ella, amenazadores, armados con espadas y palos. Urión tuvo tiempo aún de derribar a uno de ellos con la honda, y Vanda hirió a dos con la espada, pero eran demasiados, e iban a sucumbir a la fuerza del número, cuando una voz gritó:

—Deteneos. Dejadlas.

Los hombres quedaron en suspenso mientras iba hacia ellos aquel otro que había estado tallando madera hacía un momento. Vanda le reconoció.

—Tenemos una deuda con esta muchacha. Recordadlo; hace poco, gracias a su intervención, salvamos la vida y tuvimos con qué comer.

—Las armas bajaron.

—Es verdad, parece que es ella. Y ahora está en una situación tan mala como la nuestra el día en que la encontramos.

—Muchacha, prometí no olvidar nuestra deuda contigo. Me llamo Ansoaldo. Tú y tus compañeras podéis seguir vuestro camino.

Pálida de cólera, Vanda se adelantó hacia Pelagia, que seguía tendida en el suelo, en la posición impúdica en que la había dejado la muerte del bandido.

—Y de eso, ¿también estamos a salvo?

El joven alzó los brazos con un gesto fatalista.

—Es peligroso para las doncellas ir solas por el bosque. Mis hombres son como perros hambrientos. No ven mujeres a menudo. Pero, ¿qué es lo que pasa?

Junto al cuerpo del hombre muerto por Vanda, había un grupo compuesto por bandidos y religiosas que se agitaba haciendo exclamaciones. Ansoaldo los apartó con brusquedad. Vanda, que se había reunido con él, murmuró:

—Oh, Señor...

—Acuclillada en la nieve, entre las piernas del muerto, Basina trataba de arrancarle el sexo con los dientes y las pequeñas manos. Ante los ojos horrorizados de los hombres y de las mujeres, lo consiguió, y con un estallido de carcajadas dementes, exhibió el lamentable trofeo. Sonaron dos bofetones, devolviendo un poco de lucidez al ánimo de la hija de Chilperico. Con disgusto, arrojó lejos de sí el triste despojo y se dejó ir llorando entre los brazos de Vanda, que se la entregó a Crotielda. El silencio que siguió sólo se vio turbado por los sollozos de Basina.

—Urión, toma un caballo y ve a decirles a las demás que vengan a reunirse con nosotras.

—Ansoaldo se apoderó de las riendas del caballo.

—¿A quién envías a buscar?

—Al resto de mis compañeras. Éstas habían huido llevándose los víveres y los caballos.

—Entre nosotros, eso merece la muerte —dijo Ansoaldo, dejando ir al caballo y dándole una palmada en la grupa.

—¿No te parece que ya hay bastantes muertos por hoy?

—Tienes razón; pero el que traiciona siempre merece un castigo.

—Quizá, pero eso a ti no te importa. ¿Cuántos de tus hombres han muerto?

—Dos. Eres un buen guerrero. ¿Quién te ha enseñado a usar la honda con tanta habilidad?

—Mi padre y mi tío.

—Y ¿qué hacéis solas y sin escolta, lejos de vuestro monasterio ya que por vuestras ropas veo que sois monjas?

—Vamos a pedir justicia al obispo de Tours

—Nunca llegaréis hasta allí. Los bosques están llenos de fugitivos, leprosos, hambrientos, eso sin contar los soldados del obispo de Poitiers y los del conde, que hemos visto muchas veces y hacen batidas durante todo el día, mirando en cada matorral.

—Por eso viajamos de noche. Pero tenenos enfermas y tendríamos que caminar día y noche si queremos que se salven

Crotielda se adelantó hacia ellos con un paso ondulante y la sonrisa en los labios. Vanda la detuvo con la punta de la espada, y la sonrisa desapareció.

—Jura sobre esta espada que ha estado en contacto con las reliquias de los santos que te arrepientes de habernos abandonado y de habernos robado.

—Pero...

—Jura, o te corto la nariz y las orejas como a los ladrones.

Crotielda enrojeció ante el insulto.

—¿Olvidas quién soy?

—No, no lo olvido, y por ello eres doblemente culpable. ¿Lo juras?

—Lo juro, aunque...

—Calla, y ocúpate de Basina y de Pelagia. ¿Tenéis algo para comer? —añadió volviéndose a Ansoaldo.

—Sí. Ayer encontramos a unos ricos mercaderes que aceptaron, claro que no de muy buena gana, compartir con nosotros sus provisiones y su bolsa —dijo riendo y palmeándose el pecho.

—Vanda comió con avidez una sopa caliente y espesa entre hombres y mujeres momentáneamente unidos en la comida común.

Los cadáveres habían desaparecido, rápidamente enterrados. Pelagia, muy pálida, con la túnica manchada de sangre, dejaba correr por su rostro lágrimas silenciosas ante los ojos compasivos de sus compañeras. Vanda alzó el pobre semblante lastimado y la besó en la frente. En cuanto a Basina, postrada junto a un árbol, revivía los violentos hechos de que en el pasado fuera víctima. Las dulces palabras de Vanda no pudieron apartarla de sus horribles recuerdos.

El rodar de una carreta creó la expectación en todos. Urión, con Begga a la grupa, se detuvo ante Vanda y sus compañeros. La religiosa saltó del caballo y, sin decir palabra, se dirigió hacia Pelagia, la estrechó contra sí y la meció como a una criatura antes de prodigarle sus cuidados. Los bandidos entregaron a las recién llegadas unas escudillas con sopa, cuyo calor las reconfortó; incluso las enfermas se sintieron mejor.

La noche cayó con rapidez. Para las fugitivas había llegado el momento de volver a ponerse en camino. Ansoaldo se acercó a ellas y dijo mirando a Vanda:

—Mis compañeros y yo estamos de acuerdo en serviros de escolta hasta las murallas de Tours. Sin nosotros, no conseguiríais llegar.

—Acepto tu ofrecimiento y el de tus amigos, y os lo agradecemos. Diles que no lo hacen en vano y que serán recompensados.

El grupo, compuesto ya por unas sesenta personas y diez caballos, emprendió el camino a Tours.

Lluvias en tromba y heladas convirtieron los caminos en ríos de barro e hicieron que muy pronto cualquier desplazamiento resultase imposible. Las religiosas y los bandidos tuvieron que buscar refugio en las amplias cuevas calcáreas de Turingia. La madera mojada se negaba a arder y tenía temblando a los desdichados con sus ropas húmedas. Los víveres se agotaron con rapidez y los cazadores volvían cada vez más a menudo de vacío. Aunque, ¿qué se podía hacer con la caza si el fuego se negaba a prender? Sin embargo, al final del tercer día de forzada inmovilidad, Ansoaldo consiguió que el fuego ardiese en un montón de briznas, y luego en algunas ramas de las que se desprendió una humareda tan densa que tuvieron que salir al exterior a la carrera, tosiendo y llorando, so pena de quedar asfixiados. La Providencia, sin duda compadecida por su lamentable situación, hizo que pronto apareciesen unas llamas claras y altas que acabaron con el humo. Con

gritos de alegría, los caminantes volvieron a entrar en la cueva y se apretujaron alrededor del fuego, símbolo para ellos de la vida recuperada. La felicidad llegó al colmo cuando Urión y uno de los compañeros de Ansoaldo regresaron de unas partida de caza llevando a hombros, uno un ciervo, y el otro una gacela, que arrojaron ante el fuego. Todos les felicitaron, mientras ellos desentumecían sus dedos ante las llamas. Unos hombres descuartizaron los animales y los cortaron en trozos, que fueron colocados de inmediato en las brasas. Todos formaron círculo alrededor y contemplaron los trozos de carne con la boca hecha agua. La carne pronto adquirió un hermoso tono dorado. El olor de la carne llenaba la cueva y hacía que a todos las cabezas les diesen vueltas. Durante todo el tiempo que duró la cocción no se oyó más que el sonido del fuego y el crepitar de la grasa al caer en las llamas.

Ultrogoda comprobó con la punta de una espada si la comida estaba ya lista. El primer trozo fue para Vanda, que, después de mirar un momento a los demás, lo desgarró con los dientes sin preocuparse de la quemazón, mientras la grasa le caía por la barbilla y el cuello.

«Así parece verdaderamente una loba», pensó Begga.

Crotielda arrebató el trozo que Ultrogoda le tendía a Ansoaldo y le dijo:

—Yo he de ser la primera a quien sirváis, porque soy hija de rey, no lo olvides.

—Mal podríamos olvidarlo —dijo Ultrogoda con una risa insolente.

Sin la ayuda de uno de los hombres, hubiese caído en las llamas con el empujón de Crotielda.

—Aquí no hay reyes, ni reinas, ni monjas, ni soldados; no hay más que pobre gente hambrienta y helada —dijo Ansoaldo arrebatándole brutalmente a la hija de Cariberto el trozo de carne que le estaba destinado.

Ella saltó para recuperarlo, pero una pierna extendida la hizo tropezar y caer cuan larga era de bruces en el barro, entre las risas de todos. Nadie la ayudó a levantarse. Se incorporó, mientras lágrimas de rabia y humillación dejaban una huella clara en su rostro sucio. Begga se compadeció de ella y le tendió la mitad de su trozo. Sorbiendo sus lágrimas, Crotielda tomó la carne, con deseos de arrojarla lejos, pero el hambre fue más fuerte que el amor propio.

La mayoría de las mujeres no pudieron soportar ese alimento, después de los días de ayuno, y lo vomitaron.

El estado de las enfermas empeoraba. la novicia más joven, una adolescente de quince años, murió de madrugada pese al cocimiento de hierbas que le preparó Begga y al calor del fuego. Esa muerte afectó dolorosamente a todos y algunos vieron en ella un signo del cielo. Begga lavó el cuerpo adelgazado, puso musgo a su alrededor y lo envolvió en la amplia capa de lana blanca. Cepilló el hermoso cabello oscuro y rezó las oraciones de los difuntos. Los hombres cavaron una fosa al pie de una encina mientras que en unas parihuelas hechas con ramas seis novicias con el cabello en desorden llevaban el cuerpo cantando salmos. Durante la ceremonia, se interrumpió la lluvia y el sol hizo una breve aparición en el cielo.

Al día siguiente al del entierro, Vanda le dijo a Begga:

—Voy a llevarme los caballos para ir a Tours a buscar ayuda; si no, nuestras hermanas morirán.

—Tienes razón; hay otras dos gravemente enfermas y no tengo nada para atenderlas.

Vanda se negó a que Ansoaldo la acompañase hasta Tours, diciendo que su presencia era más útil junto a las mujeres enfermas que en los caminos. Sin embargo, aceptó que Senoch y Juliano, los camaradas más unidos al joven jefe, le sirvieran de escolta. Llevó también a su fiel Urión, cuya estatura y corpulencia siempre sorprendía a quienes le veían por primera vez, engañados pr su atuendo de muchacha. Aparte de Begga, nadie conocía el verdadero sexo de la fiel sirvienta de Vanda. Y, en cuanto al desdichado, parecía haber olvidado por completo su condición original y se comportaba en todo como una mujer. Tenía apenas la voz más recia, y sus redondeces y su cabello eran femeninos. Su fuerza, su habilidad y su valor eran notables. Ni siquiera los lobos le daban ya miedo. En una expedición como aquélla, era de gran utilidad. Crotielda exigió formar parte del grupo.

Les hicieron falta dos días para llegar a Tours. Sin perder un segundo, Vanda se dirigió a la casa del obispo. Éste no la hizo esperar, recibiéndola de inmediato. El día era uno de marzo del año 589.

En la gran sala de las columnas de mármol verde que ya conocía Vanda, las conversaciones se interrumpieron ante el extraño grupo: dos mujeres con el hábito de religiosas sucio y desgarrado, por debajo del cual Vanda había ceñido un tahalí con la espada, el cuchillo de Albin y la honda,

con la capa blanca cubierta a medias con la piel de la loba; y Crotielda, altanera y orgullosa, con los adornos del hábito medio desprendidos y con la frente sucia ceñida por una diadema de oro. Tras ellas, una sirvienta de alta estatura cuya corta túnica mostraba unos fuertes tobillos, y dos hombres armados, vestidos con prendas heteróclitas, ni bárbaros ni romanos, con el rostro comido por la barba y la suciedad. Sin embargo, resultaban menos sorprendentes que dos hermosas muchachas sucias y cubiertas de barro en esos tiempos en que los caminos y las poblaciones se hallaban invadidos por hombres a la deriva, godos, galos, burgundios, francos o romanos, en busca de un rey, de un obispo o de un conde que quisiera utilizar sus servicios.

Los servidores empujaron los batientes de la pesada puerta. El pequeño grupo entró en una vasta estancia con los muros cubiertos de estanterías en los que había libros y pergaminos y entre las que había colgados tapices procedentes de los países de Oriente. En un estrado, cubierto asimismo por los tapices, estaba el obispo de Tours, sentado en un alto sillón de madera muy elaborada y con incrustaciones de nácar y marfil. Vestía de gala y le rodeaban sus consejeros. Su expresión a la vez triste y severa sorprendió a Vanda, que siguió avanzando sola hasta el pie del estrado. Una vez allí, se arrodilló y miró a Gregorio. El sonrió con expresión cansada al ver a la hija de Radegunda. Su mirada se dirigió hacia los compañeros de la muchacha, y éstos, ante su mirada severa, se arrodillaron. Crotielda se adelantó y, con evidente falta de gracia, se arrodilló junto a Vanda.

—¿Qué venís a hacer aquí, muchachas? —preguntó Gregorio, al que un correo del obispo de Poitiers había advertido unos días antes de la fuga de las religiosas y las novicias.

—Venimos a pedirte justicia, obispo —dijo Crotielda con altanería.

—Si así lo deseas, señor —dijo Vanda cortándole la palabra—, hablaremos de eso luego. Pido que tengas la bondad de enviar gentes con carretas, prendas cálidas y remedios para salvar a nuestras hermanas que están en el bosque. Urión, mi fiel sirviente, les indicará el camino.

Sin hacer una sola pregunta, Gregorio dio órdenes a uno de sus secretarios, que salió corriendo, y tras él Urión.

—Tus compañeras se salvarán, con la voluntad de Dios. Su cuerpo, quizá, pero ¿y su alma? ¿Por qué las has llevado contido, si se habían consagrado al servicio del Señor?

—Vanda no respondió; fue Crotielda quien tomó la palabra.

—Te suplico, santo obispo, que te dignes a acoger a estas hijas a las que la abadesa de Poitiers mantiene en una gran humillación hasta que yo vaya junto a los reyes, nuestros parientes, a exponerles todo lo que hemos sufrido y vuelva aquí.

Gregorio respondió:

—Si la abadesa ha cometido alguna falta y ha violdado en algo la regla canónica, debéis ir a presentaros ante el obispo Maroveo y exponerle a él vuestras quejas. Y debéis volver sin más tardanza a vuestro monasterio para que el desorden no disperse lo que santa Radegunda unió.

Croitielda replicó:

—De ninguna manera; iremos a quejarnos ante los reyes de que se nos haya tratado como a sirvientas y no como a hijas de rey.

—Habla, Vanda —dijo el obispo con un suspiro cansado—. ¿Por qué no dices nada?

—Los motivos de que yo me marchase del monasterio de Poitiers no son los mismos que los de Crotielda. Sé muy bien el respeto que le debo a la memoria de mi madre y a su deseo de humildad para querer que se me trate como reina en el interior de un convento. Lo que yo quiero es tener la libertad de ir a reunirme con el rey Gontran o con mi padre Romulfo. Sin embargo, me solidarizo con Crotieda y con las demás. Su suerte será la mía.

El obispo se levantó con una brusquedad que no era habitual en él.

—¿Por qué no queréis entrar en razón? ¿Por qué motivo no atendéis a mis advertencias? Si os obstináis en vuestra rebelión, seréis excomulgadas. Eso es lo que expresaron nuestros predecesores en la carta que le escribieron a la bienaventurada Radegunda cuando se fundó la congregación. Creo que será buenoi que la conozcáis.

Volvió a sentarse, mientras un diácono le tendía a Crotielda un pergamino.

—Lee —dijo sencillamente Gregorio.

Con voz ligeramente temblorosa, Crotielda leyó la carta en la que los obispos le recordaban a la santa fundadora, a la abadesa y a las abadesas futuras y a las religiosas sus deberes con Dios y la Iglesia, la estricta observancia de la regla de san Cesáreo, el carácter inviolable de sus votos y los

horrores que se derivarían de conculcarlos.

Tras esta lectura, la hija de Cariberto guardó silencio un momento, y luego declaró con altanería:

—Nada nos impedirá dirigirnos a nuestros parientes, los reyes. Te lo ruego, obispo, danos una escolta que sea digna de nuestro rango.

Gregorio la miró con tristeza.

—Vuestro proyecto no es razonable. Pero ya veo que por desgracia no vais a seguir ningún consejo y que no haréis más que lo que os dicte vuestra voluntad. Sin embargo, esperad a que acabe el tiempo invernal que nos castiga en esta primavera y que un cielo más clemente os permita ir adonde os parezca.

Sorprendida por lo que ella creía que era una victoria, Crotielda aceptó la recomendación del obispo de Tours, mientras Vanda permanecía en silencio.

A petición de Gregorio, Ingitrudis y su abadesa aceptaron acoger a las dos muchachas y al resto de los fugitivos en cuanto se presentasen en Tours.

Llegaron en un estado lamentable, sucias y hediondas, llenas de parásitos. Durante el viaje había muerto otra religiosa. Ingitrudis hizo que las llevasen a los baños, donde con gritos y gemidos de placer las esclavas y las sirvientas las lavaron, las peinaron y las perfumaron. Sus ropas fueron arrojadas al fuego. Mientras esperaban a que les entregasen hábitos nuevos, les dieron túnicas dispares. Según su costumbre, Crotielda exigió prendas acordes con su cuna. Ingitrudis, envanecida por tener con ella tres muchachas de estirpe real a la vez en el monasterio, dio órdenes en ese sentido. Diez esclavas trabajaron día y noche bajo la dirección de la religiosa encargada de atender la confección de los hábitos de la comunidad. La mañana del quinto día llevaron a las habitaciones de Crotielda, Basina y Vanda camisas de lino blanco, amplias túnicas adornadas con bordados de distintos colores y otras prendas sin mangas verdes, rojas, rojas y azules, con ribetes dorados. A esas prendas se añadía un velo blanco con abejas de oro bordadas, que llegaba hasta los pies con el vuelo recogido en el hombro izquierdo. Para los días de ceremonia, Ingitrudis les entregó prendas con grandes mangas, adornadas con bordados realzados con piedras preciosas. La de Basina era de un color verde agua muy parecido al de sus ojos, y el manto, de un color rojo oscuro y ricamente ornamentado, se sujetaba con un prendedor de oro. La de Crotielda, de un color rojo vivo, llevaba orlas violeta con bordados de oro. El manto era de cuadros amarillos y negros. En el interior de cada cuadrado negro había cosida una piedra amarilla. La de Vanda era de un verde muy oscuro y llevaba un vivo blanco, en el que se habían cosido piedras negras y verdes. El manto negro estaba todo él bordado con flores blancas. El prendedor que lo mantenía cerrado era como el de las otras dos princesas. Calzado y guantes eran asimismo de una gran riqueza. Esas ropas suntuosas, tan distintas del simple hábito de lana blanca de las monjas de la Santa Cruz, quedaban completadas con una ancha cinta de oro que rodeaba sus frentes y con una cruz de oro que les recordaba que estaban en un monasterio.

La alegría de las tres muchachas fue grande al verse así ataviadas. Incluso a Vanda le causó placer verse con aquellas prendas suntuosas. Las demás muchachas, religiosas ya no novicias, recibieron prendas más sencillas, aunque sin comparación posible con las del monasterio de la Santa Cruz. Tan sólo Begga exigió un hábito parecido al que había llevado durante veinte años.

También Ansoaldo y sus compañeros vistieron prendas nuevas y quedaron instalados en la basílica.

El obispo de Tours dijo que quería ver a todas las mujeres reunidas. Para llegar al palacio episcopal, tuvieron que cruzar una parte de la ciudad. Gregorio había enviado una escolta y muchas literas para evitarles todo contacto con la multitud. Pero no valió la pena el esfuerzo. Advertida no se sabe cómo, la muchedumbre se apretujaba al paso de la comitiva para ver a las princesas fugitivas y a las monjas renegadas. Los insultos y las maldiciones del populacho llovían a su paso. Las mujeres tuvieron que cerrar rápidamente las cortinas de cuero de las literas para evitar que las ensuciasen o hiriesen los diversos proyectiles. Las mujeres eran más hostiles que los hombres, que se contentaban con mofarse de ellas mirándolas con insolencia y comentando en forma grosera sus encantos, acompañando con frecuencia sus palabras con gestos obscenos. En cabeza de los cinco vehículos de la comitiva iba aquel en el que se habían acomodado Begga, Basina, Crotielda y

Vanda. Basina, pegada a Begga, lloraba de miedo. Crotielda y Vanda, con la cabeza alta, recibieron sin inmutarse los ataques del populacho. Vanda atrapó al vuelo una pesada vasija de barro y se la lanzó a su asaltante, que se derrumbó con la frente abierta y los faldones al aire, entre las risas de sus conciudadanos, mientras los soldados rechazaban a la multitud.

Las hijas de Radegunda vieron con alegría abrirse ante ellas las puertas del palacio episcopal.

Crotielda bajó de la litera presa de la indignación. Esa cólera hizo sonreír a Vanda, lo que redobló su furor.

Llevadas ante el obispo, los representantes del clero y el conde de Tours, tras arrodillarse en signo de humildad, se sentaron en unos banquillos. Crotielda mostró su desagrado ante un asiento tan poco digno de su augusto trasero.

Severo, y aun así benevolente, Gregorio las interrogó. Empezó por Begga, que se puso de rodillas cuando se dirigió a ella.

—Begga, no lo comprendo. Hace veinte años que conozco tu inteligencia tu piedad, tu sumisión a las órdenes de las abadesas, tu escrupulosidad en cuanto a la regla instituida por santa Radegunda, y aquí te veo, entre estas muchachas sin fe, a ti, quien ya veía sucediendo a Leboveria, a ti, en quien la santa había depositado todo su amor y toda su confianza. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué has escapado?

Las lágrimas rodaban por el rostro cansado de Begga; y respondió con voz ahogada por la emoción.

—No me juzgues con dureza, santo obispo. Tú lo has dicho, me conoces, y no he cambiado. No dejé mi convento con la alegría en el corazón ni tampoco por rebeldía, sino que lo hice por la pena de saber a estas muchachas solas, máa extraviadas en medio del mundo que en el bosque, sin un médico que cuidase sus cuerpos ni sus almas. Si he pecado, ha sido por piedad.

Pronunció estas palabras con una voz tan triste y dulce que gran parte de los asistentes derramaron lágrimas. Gregorio, visiblemente conmovido, permaneció un momento en silencio, con el rostro entre las manos. Cuando volvió a levantarlo, sus ojos humedecidos estaban llenos de bondad.

—Has pecado por caridad, mi buena Begga, pero has pecado. Sin embargo, conociéndote como te conozco, me hago responsable de tu absolución. En cuanto el tiempo lo permita, haré que te lleven de nuevo a Poitiers.

—Te lo agradezco, obispo, pero sólo volveré con estas ovejas perdidas; y si no es así, prefiero compartir su pecado.

Begga, al obstinarte así en una piedad culpable te condenas a la excomunión.

—Dios me juzgará —dijo, incorporándose.

—¿No tienes nada que decir contra la abadesa? —dijo un hombre de rostro severo que llevaba hábito de monje.

—No, padre, nada tengo que decir.

Begga volvió a sentarse en su banquillo.

—Tú —dijo el obispo, señalando a Crotielda con el dedo—; seguro que tienes algo que decir.

Crotielda se alzó con viveza y fue a arrodillarse ante el obispo.

—Sé nuestro juez y nuestro defensor, obispo venerado. Leboveria no es digna de ser nuestra abadesa, vive de una forma impura.

Ante estas palabras, un estremecimiento de indignación recorrió a toda la asistencia. Aparentando ni caer en la cuenta de ello, Crotielda prosiguió:

—Desde que nuestra santa fundadora, la reina Radegunda, nos dejó, la abadesa se ha tomado con la santa regla de san Cesáreo muchas libertades, reduciendo los oficios, prolongando otros inútilmente; juega noches enteras a los dados y a las cartas, autoriza a las esclavas a que se bañen en nuestra alberca, le hace regalos suntuosos a su sobrina y recorta los lienzos del altar para regalárselos. Además, nos mantiene muertas de hambre y de frío. Quisimos pedirle ayuda a nuestro obispo Maroveo, pero Leboveria y él están en complicidad desde que él aceptó por fin ser el padre de nuestra comunidad, y eso él, que ha perseguido a Radegunda y a la abadesa Agnès de forma tan prolongada como injusta. Pedimos que un tribunal juzgue los manejos de Leboveria, a la que consideramos indigna de gobernarnos.

Cuando Crotielda dejó de hablar, un silencio consternado cayó sobre la augusta asamblea.

—Son duras y terribles acusaciones las que profieres, Crotielda. Piénsalo bien, no hay nada peor que acusar a un inocente.

—Pregunta, venerable señor, lo que piensan mis compañeras.

—Basina, ¿qué has de decir tú?

—Estoy de acuerdo en todo con mi prima Crotielda.

—¿Y tú, Vanda?

—Ya te he dicho santo obispo, que mis motivos no eran los de Basina y Crotielda. Sin embargo, me solidarizo en todo con ellas. Reúne a los obispos, óyenos a cada una de nosotras y verás si somos culpables o no.

—Sois culpables de rebelión con vuestra abadesa, vuestro obispo y vuestra regla, ¿no es eso suficiente para que se os aparte de la santa comunión? —exclamó, levantándose encolerizado, el monje de rostro severo. Las fugitivas temblaron bajo su mirada. Los ojos de Vanda se entrecerraron, lo que le dio lo que Begga llamaba, con ternura, sus ojos de loba. En aquel hombre alto y delgado acababa de reconocer al enemigo. No tuvo que recurrir a su valor ya que la odiosa presencia la estimulaba lo suficiente para responder con voz muy clara y con acento de desprecio:

—Monje, si somos culpables, responderemos ante un tribunal compuesto por hombres sabios a los que expondremos los motivos de nuestra fuga.

—Cualesquiera que sean las razones, debéis dar conocimiento de vuestros agravios al obispo de Poitiers, y si no quiere oíros, como signo de humildad, debéis atender su opinión. Las muchachas consagradas a Dios han de ser cadáveres en sus manos.

—Pero yo estoy viva, monje, y no me vas a hacer creer que Dios quiere que seamos como cadáveres. Espera de nosotras que seamos el testimonio viviente de su amor. Yo no estoy consagrada a Dios y no lo estaré nunca, pero así es como concibo yo el servicio a Dios en el amor y en la caridad.

—¿Quién eres tú, muchacha, para hablar con esa altanería?

—Soy Vanda, la hija de la reina Radegunda.

—¡Ah, sí! La muchacha de la Piedra Levantada, la hija de los lobos.

—Lo dijo con tal desdén que Vanda vaciló ante el tono insultante. Bella a pesar de la palidez y de los rasgos crispados, enderezó su hermosa figura, sosteniendo el velo bordado con mano nerviosa.

—Sí, hija de los lobos, estoy orgullosa de serlo y mi madre loba valía más que tú.

Luego, volviéndose hacia Gregorio, que a duras penas conseguía disimular una sonrisa irónica, y a los clérigos allí reunidos, añadió:

—Augustos representantes de la Iglesia y del rey, hemos venido aquí libremente para pedir ayuda y justicia, y no para vernos tratadas con desdén.

—El padre aquí presente actúa según su regla —dijo el obispo de Tours—, y no según los dictados del corazón, que es el de un hombre justo y bueno y temeroso de Dios. ¿Tienes algo que añadir?

—No.

Una por una fueron interrogadas las religiosas y las novicias. Todas ellas, con más o menos convicción, confirmaron lo que había dicho Crotielda.

—Ya que ése es vuestro deseo, hijas ingratas, convenceremos a nuestros hermanos los obispos para que con toda serenidad consideren vuestros agravios y vuestras faltas. Mientras tanto, ya que no queréis regresar a vuestro convento, viviréis con Ingitrudis en el silencio y la oración.

Dichas estas palabras, el obispo de Tours se levantó, imitado por los diáconos, los religiosos, los clérigos y los representantes del rey. Antes de salir de la estancia, el monje le dirigió una larga mirada a Vanda.

Pese a los consejos paternales de Gregorio, Crotielda y Vanda decidieron ir a Borgoña para pedirle ayuda al rey Gontran. Tuvieron que esperar a que el tiempo fuese bueno, y partieron al principio del verano.

Preocupado por su seguridad, el conde de Tours les concedió una escolta de veinte hombres completamente armados, caballos y dos carretas tiradas por bueyes blancos. En la primera se

acomodaron Constantina, hija de Burgolin, Genoveva, que era de una antigua familia galorromana, Teudogilda, hermosa y cruel, y Crotielda. En la otra, junto con Vanda, la dulce y devota Begga, y Placidinia, que insistió en que no la dejasen en Tours. Ludovina y Urión iban detrás, con los servidores, en una carreta. El viaje fue una verdadera maravilla. La Naturaleza se mostraba en toda su magnificencia tras un invierno que había parecido no tener fin. por todas partes no había más que cantos de pájaros y perfume de las plantas atizado por el calor del sol. A la belleza del día seguía la suavidad de la noche, saludada por el canto del ruiseñor.

Muy pronto Vanda cambió sus elegantes e incómodas ropas por una túnica escarlata que le llegaba hasta las rodillas y botas de fino cuero violeta adornadas con franjas amarillas. Sobre la túnica se puso un justillo de piel suave que le llegaba hasta la cintura, ceñido con un cinto en el que iban el cuchillo de Albin y la espada de Cariulfo. Una capa corta sujeta con un prendedor de bronce completaba su atuendo. Su largo cabello le supuso un problema; pensó en cortarlo, pero tuvo que renunciar a ello ante las exclamaciones de Begga, ya extrañada con su nuevo atuendo. Con la ayuda de Ludovina los peinó en una multitud de trenzas, que sujetó en lo alto de la cabeza como cola de caballo. Así, ya con libertad de movimientos, Vanda pudo cabalgar junto a los soldados.

A finales de julio llegaron a la vista de Chalon, donde estaba la corte del rey Gontran. El sol estaba a punto de desaparecer en un resplandor de incendio. De común acuerdo, las mujeres decidieron esperar al día siguiente para presentarse ante el rey. Acamparon junto a la orilla del Saona, donde entre risas se limpiaron el polvo del camino. Vanda se apartó nadando de sus compañeras. Se puso de espaldas y se dejó llevar a merced de la corriente, en calma en aquel lugar, disfrutando del roce del agua que se deslizaba a lo largo de su cuerpo desnudo, maravillada por la belleza del cielo, en el que se iban iluminando una tras otra misteriosas estrellas.

No oyó el ruido de los remos al golpear el agua, fue la sombra proyectada por la barca lo que la avisó. Tres siluetas masculinas se inclinaron hacia ella, con los brazos tendidos para alcanzarla. Con un ágil movimiento, se dio la vuelta y se sumergió, dirigiéndose al campamento. Tuvo que salir a la superficie para respirar, se volvió y se dio cuenta de que la barca estaba muy cerca. Sin importarle que la viesen, nadó con energía. Sería demasiado estúpido que la atrapasen ahora unos bandidos. La inquietaba no ver las luces del campamento, seguro que la corriente la había arrastrado más lejos de lo que creía. De pronto, se sintió agarrada por un pie y que tiraban de ella; su cabeza se hundió y tragó agua. Medio asfixiada, trató de recuperar el aliento mientras los asaltantes la izaban a bordo.

Su cuerpo cayó en miramientos en el fondo rugoso de la embarcación. Gritó.

—La loba cayó en la trampa, el obispo estará contento.

—Cállate, pobre imbécil, hablas demasiado.

—Loba o no, lo que me dan son ganas de abrazarla.

—Tienes razón, hermano, no tenemos todos los días una fulana tan guapa para montarla —dijo uno de los hombres, deslizando una mano entre los muslos de Vanda, que de una patada le envió rodando al otro extremo de la barca, que se balanceó peligrosamente. Su compañero, riendo, se dejó caer con todo su peso sobre la muchacha. No le dio tiempo de apreciar la suavidad de su piel, porque el que parecía ser el jefe le agarró por la túnica, le levantó en el aire con una fuerza y una facilidad sorprendentes y le dijo con voz calmosa.

—¿Quieres que te tire al agua?

—Piedad, sajón, que no sé nadar.

—Pues arréglatelas —dijo éste arrojando al desdichado al agua, que se cerró sobre él.

Una, dos, tres veces, cuatro, su cabeza reapareció en la superficie. Era tal su expresión de terror que Vanda intercedió por él.

—Eres demasiado buena, chiquilla; te hubiese violado y tú pides gracia por él. Pierdes el tiempo; ese hombre es un ladrón y un asesino. Además, ya ha vivido bastante. Nuestra parte será mayor. ¿Qué te parece, Samo?

Samo no dijo nada, fascinado por la agonía de aquel hombre que había sido un compañero de combate, de crimen y de placeres. Chulderico el sajón estaba en lo cierto; su parte sería mayor.

Aprovechando su distracción, Vanda se incorporó despacio y saltó lejos de la barca. Pudo aún

oír un doble grito de rabia antes de hundirse en el agua. Nadó hacia la orilla, subió hacia la superficie para respirar y miró hacia atrás. Estaba soñando, seguro. Le parecía que la embarcación se alejaba. Lo comprendió cuando, haciendo pie en la arena de una playita, se vio rodeada por unos caballeros que la miraban en silencio. Pese a la oscuridad, sentía sus miradas brillantes sobre su piel desnuda. Fue en ese momento cuando apareció la luna, iluminando el cuerpo blanco de Vanda de una forma irreal. Un rumor recorrió el grupo de hombres.

—Es la hija del genio del Saona, hay que arrojarla al agua.

—Seguro que es una maga. Nos va a embrujar.

—El grito de hace un momento era para atraernos a su cueva, ahogarnos y comerse nuestra carne.

—Pero, compañeros, si no es más que una pobre cuidadora de ocas que se ha caído al agua. Miradla, tiene frío, está temblando. La hija del genio de las aguas no estaría dando diente con diente. Amigos, como buenos cristianos, vamos a calentarla —dijo un hombre lanzando una sonora carcajada.

—Ya basta —dijo una voz que restalló en la noche.

—Es el rey, es el rey...

Childeberto bajó del caballo, fue hacia la muchacha, y se detuvo como si le hubieran clavado en ese mismo lugar.

—Eres tú...

Su sorpresa precedió a una sonrisa; luego, rió.

—La primera vez que te vi también llevabas el mismo tocado. Son hábitos bastante extraños para una hija de rey. ¿Qué estás haciendo, tan lejos del monasterio? Cuando envié a buscarte, Maroveo me dijo que querías consagrarte a Dios. Mis mensajeros le creyeron por el tono de sinceridad con que ese maldito obispo les amenazó con excomulgarles si insistían en su intención de arrebarte a Dios.

—Tengo frío.

—El rey no pareció haber oído lo que Vanda decía, y prosiguió:

—Luego averigüé por el obispo de Tours que te habías escapado con mis parientas Basina y Crotielda y que veníais a poneros bajo la protección de mi tío, el rey Gontran. Hoy he vuelto de Estrasburgo, y venía a buscaros.

—Y ahora que me has encontrado, ¿podrías darme algo con lo que ocultar mi desnudez a las miradas de tus hombres?

La llegada de Vanda, envuelta en una manta de lana, sentada en el corcel de Childeberto, sólidamente estrechada contra él, fue saludada con aclamaciones de alegría. Begga, llorosa, la estrechó entre sus brazos hasta casi asfixiarla.

—Creí que habías muerto, arrastrada por la corriente.

Ludovina, de rodillas, con los brazos alzados, daba gracias al cielo con el rostro inundado por las lágrimas. En cuanto a Urión, cayó a los pies de Vanda y los besó pronunciando unas palabras en su común idioma. Ella le respondió de la misma manera, alzándole del suelo y besándole afectuosamente. Sola en un rincón, Crotielda miraba la escena con disgusto. Recuperó la sonrisa cuando Childeberto se inclinó ante ella diciendo:

—Buenos días, prima, estás aún más hermosa que la última vez que te vi.

Crotielda enrojeció de placer.

—Pero —prosiguió el rey—, estoy disgustado por tu conducta. ¿Por qué huiste así del convento, arrastrando contigo a Basina y a otras muchas pobres muchachas? ¿Es que no has tenido en cuenta las consecuencias de tu insensata acción?

—Primo, no he venido hasta aquí para oír reprimendas, sino para ponerme bajo tu protección y la de tu madre, la reina Brunehaut, y de nuestro tío, el rey Gontran.

—Protección que estamos decididos a concederte pese a la oposición de los obispos que amenazan con la excomunión a todos los que os den asilo.

—¿Y qué nos importa a nosotros, como hijos de reyes, la opinión de esos charlatanes, que no piensan más que en arrebatarles a los reyes su poder?

—Es posible, pero el poder que ellos tienen viene de Dios. Y contra eso no podemos luchar.

—Eso son palabras de mujercita temerosa, rey —dijo una voz a sus espaldas.

Ante el insulto Childeberto se estremeció. Se volvió, con la daga levantada, dispuesto a hacer que el temerario se tragase sus palabras.

Ante él estaba Vanda, vestida, con una túnica blanca, bordada con vivos de oro y plata, cubierta con un manto granate y con el largo cabello, todavía húmedo, brillante bajo la luna.

El brazo armado bajó. El joven contempló un buen rato a aquella muchacha a la que había visto desnuda ya en dos ocasiones y que le hacía soñar por las noches.

—¿Por qué me insultas?

—No quería insultarte; pero hay algunos obispos, cuyo poder les vendrá o no de Dios, que hacen un uso abominable de él. No creo que sea insultar la voluntad divina el combatirlos.

—¿Estás pensando en alguien en especial al decir lo que has dicho?

—No, sólo me pregunto de qué obispo estarían hablando los bandidos que intentaron raptarme.

—¡Han intentado raptarte! —exclamó Crotielda con horror.

—Sí. Ya le he contado al rey lo que pasó. Pero, por favor, no se lo digas a Begga, porque la inquietarías inútilmente. Estoy cansada, voy a acostarme, buenas noches.

—Vanda dejó a los dos primos y fue a tenderse en su litera, entre Ludovina y Begga. Se quedó en seguida dormida.

Durante toda la noche, los hombres del rey y los del conde de Tours montaron guardia y patrullaron alrededor del campamento dormido.

Con el alba, la comitiva reemprendió la marcha y entró en Chalon entre las aclamaciones de la población.

La acogida del rey Gontran fue la propia de un padre. Inundó de reglalos a Crotielda y a Vanda, mandó celebrar festejos en su honor, pero se manifestó firme en un particular: Crotielda tenía que volver a un convento de Tours y esperar la llegada de los obispos a los que había ordenado que acudiesen para discutir con la abadesa lo relativo a ese enojoso asunto. En cuanto a Vanda, ya que estaba libre de todo compromiso religioso, se quedaría junto al rey según la voluntad claramente expresada por la reina Radegunda.

Absorta en el descubrimiento de una nueva forma de vivir, Vanda no se daba cuenta del creciente mal humor de Crotielda. Por la mañana temprano, salía de caza vestida con una túnica corta, seguida tan sólo por Urión y junto con el joven rey Childeberto y una pequeña escolta. Childeberto sentía hacia ella una pasión cada día más grande y tan visible que todo el mundo próximo a él se reía con ello. Sin embargo, por primera vez en su vida no se atrevía a llevarse a la cama a una mujer y satisfacer sus deseos. Vanda, alegre y coqueta, se divertía con la situación como con algo que no fuese de gran importancia. Pero ésa no era la opinión de la reina, la esposa de Childeberto, que acababa de dar a luz a un niño muerto al nacer y que aún no se había recuperado.

Poco después, la corte se trasladó a Autun, donde los festejos se reanudaron con gran placer para Crotielda, que multiplicaba sus conquistas, de Teudogilda, que causaba estragos entre los jóvenes señores francos, y de Placidinia, cuyo temperamento generoso y sensual se ponía de manifiesto con los homenajes.

Las tres muchachas se abandonaron por completo en una noche de banquete en que el vino y la cerveza manaron con abundancia, Placidinia en el pajar de una granja, Teudogilda en la tienda de un joven guerrero, y Crotielda, por su parte, estaba tan ebria que nunca pudo recordar quién había sido su amante.

Begga veía con horror cómo las monjas se entregaban al desorden, a despecho de sus votos sagrados. Trató de hablar con el rey Gontran, pero éste la despidió diciendo que era la naturaleza de la que así lo quería y que el Señor Dios, creador de todas las cosas, tanto de la belleza de las muchachas como del ardor de los jóvenes, no podía sorprenderse ante lo que él mismo había establecido.

Vanda le creaba a Begga otro tipo de preocupaciones. Un día había regresado de una cacería con

los ojos brillantes y las mejillas ardorosas y el cabello en desorden, diciendo:

—He vuelto a verlos, están allí..., tan lejos de sus bosques, y me han seguido hasta aquí.

¿De quién estaba hablando?

—Era *Ava*, he vuelto a ver a *Ava* y a los hijos de sus hijos. Si le hubieses visto, Begga, lo contentos que estaban de verme. Todo eran empujones, besos y mordisqueos. Mañana volvemos a vernos.

—Pero, muchacha, tú estás loca. Te lo ruego, no vuelvas al bosque, olvídate de la manada.

—Nunca.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Qué esperas? Tú no eres un lobo, tu lugar está entre los hombres, en esta corte. Eres una princesa, y has de comportarte como tal.

—No espero nada. Les quiero y ellos me quieren. Me siento más feliz y más segura con ellos que aquí. Y en cuanto a lo de comportarme como una princesa, yo ya tengo mi propio comportamiento, tan bueno como el de las demás muchachas de mi rango, que no piensan más que en sus amantes, en vengarse de la menor indelicadeza, en hablar mal de todo el mundo y hartarse de pasteles con miel.

—Ya sé que eres pura y buena, pero temo por ti. A algunos les interesa calumniarte para que pierdas el apoyo de los reyes. Nunca dejo de lamentar la ausencia de la reina Brunehaut, que hubiese podido revelarnos cuál fue tu origen. Mientras sigamos en la ignorancia, quienes desean tu mal llamándote «hija de los lobos» y también «hija de la Piedra Levantada». No olvides nunca que muchos vieron en tu intervención para expulsar a los lobos, y luego para salvarle la vida a la loba, la intervención del demonio, y que eso se ve reforzado por la extraña muerte del carnicero Weroc y por esa piel con la que te disfrazas sin ningún motivo.

—Sin ningún motivo... Ay, Begga, ¿cómo puedes decir tú eso?

—Es verdad, perdóname; pero es que así pareces una de esas guerreras galas que lucharon valerosamente contra los invasores.

—Si es así, estoy orgullosa de parecerme a esas valerosas mujeres.

—Una abuela mía fue una de ellas.

—Me gustaría que un día me hablases de ella.

Un esclavio se presentó, interrumpiendo la conversación.

—El rey quiere veros a las dos.

Begga ayudó a Vanda a vestirse de una forma más adecuada a su sexo y que además tenía la ventaja de ocultar sus rodillas y muslos arañados por la hojarasca y por los juegos con los lobos. Para ocultar su cabello desordenado, se lo cubrió con un largo velo. Cuando llegaron ante el rey, ya estaban presentes Crotielda, Constantina, Genoveva, Teudogilda y Placidinia. Besaron la regia mano, y Gontran las hizo sentarse junto a él.

—El otoño se acerca y no quiero pensar que andáis por los caminos en la mala estación del año. Partiréis mañana hacia Tours y os instalaréis en el convento de Ingitrudis, mi parienta, en espera de la llegada de los obispos que han de discutir vuestro caso, lo que serña el día quince del octavo mes. Tenéis, pues, poco tiempo ya. He dado orden de que se prepare la comitiva. Partiréis mañana todas, salvo Vanda, que, ya que no es religiosa, no corre el peligro de la excomunión.

Todas, aparte de Begga, quedaron consternadas ante la noticia.

—¿No podemos partir más adelante y esperar aquí el resultado de la reunión de los obispos? —preguntó Crotielda.

—No, así lo he decidido. Y ya he avisado con un correo al rey Childeberto, al obispo de Tours y al de Poitiers.

Constantina se levantó, fue a arrodillarse a los pies del rey y dijo con voz temblorosa:

—Oh, rey, permíteme que me retire a un convento de la ciudad de Autun. Mi corazón está desgarrado por la enormidad de mi pecado. Manda que me lleven a un monasterio con la regla más rigurosa para que pueda vivir en él ayudando y haciendo penitencia y así consiga el perdón de la abadesa, del obispo y de Dios.

El rey, conmovido, dio su consentimiento.

Constantina se lo agradeció entre lágrimas y se despidió de sus compañeras, rogándoles que siguiesen su ejemplo. A su vez Vanda se irguió, se arrodilló ante Gontran y le dijo con voz firme.

—Yo también tengo, rey mío, un favor que pedirte.

—Habla, hija mía; si puedo concederte lo que me pidas, lo haré con alegría.

—Quisiera ir con Crotielda.

—Ésa es una idea extraña; no tienes nada que ver con esta historia.

—Estoy segura de que sin mí, mis compañeras no hubiesen huido. Por mi causa abandonó Begga el convento. Si a ellas las juzgan, yo he de ser juzgadas con ellas. ¿No tengo razón, rey justiciero?

Gontran permaneció pensativo, con el mentón apoyado en la mano. Aquella muchachita le interesaba y a la vez era causa de molestias para él. No se parecía en nada a las mujeres que conocía. Hablaba y se movía con más libertad que las demás, y era también más orgullosa. Además, la atracción que su sobrino Childeberto sentía hacia ella podía ser fuente de nuevos problemas entre ellos y las reinas.

—No me opongo a que te vayas, ya que tus motivos son nobles. Que Dios te guarde.

El rey dio una palmada y unos sirvientes entraron llevando unos pesados cofrecillos. Gontran le entregó a cada una unos collares de oro, y a Crotielda y a Vanda unas diademas adornadas con piedras preciosas.

—Dadle esto a Basina como recuerdo mío —dijo, tendiéndole a Begga una preciosa diadema.

Asimismo hizo que le entregasen una bolsa en la que había cien piezas de oro que había que entregarle a Ingitrudis para compensarla por los gastos ocasionados por las fugitivas.

—Vela por ellas, prudente Begga, y lleva a buen puerto a estas muchachas descarriadas.

Luego, dirigiéndose a las religiosas arrodilladas, añadió:

—Que el Cielo os tenga bajo su santa protección y os inspire los mejores sentimientos.

Al salir de la audiencia, Crotielda dejó estallar su irritación.

—¿No podíamos esperar aquí el juicio de los obispos? ¿Para qué nos necesitan en Tours?

—Es que de lo que se trata es de nosotras, Crotielda —respondió Vanda—. ¿Es que no te interesa saber lo que van a decir sobre nosotras? ¿Quién responderá a las calumnias y a las mentiras si nosotras no estamos allí?

—Quizá tengas razón.

Calló un momento mirando a Vanda a hurtadillas, dando la sensación de que estaba buscando algo que decir. Finalmente se decidió, escupiendo las palabras como si le quemasen la lengua.

—Te agradezco que le hayas dicho al rey lo que le has dicho y que vengas con nosotras.

Sus compañeras la miraron estupefactas. Era la primera vez que oían a la orgullosa Crotielda darle las gracias a alguien. Begga, que la había visto crecer, entendió el mundo que eso le costaba y se volvió para disimular una sonrisa. Vanda se encogió de hombros.

—No vale la pena. En mi lugar, tú hubieses hecho lo mismo.

—No, seguramente no —dijo Crotielda.

Esa frase dicha de corazón hizo reír a Vanda y a las religiosas

—Eso no cuesta gran cosa creerlo —dijo Placidinia entre carcajadas.

Crotielda frunció el ceño con desagrado, pero optó por reír besando a Vanda.

—Vamos, muchachas, volvamos a nuestras habitaciones y preparémonos para el viaje —dijo Begga.

Apenas lo había dicho cuando las muchachas salieron corriendo por los pasillos con mosaicos del palacio, pese a las llamadas de la buena religiosa.

Placidinia, Crotielda y Teudogilda se reunieron con sus amantes, que prometieron encontrarse con ellas en Tours. Vanda, por su parte, no reapareció hasta el momento de partir, con las ropas desgarradas y llevando con ella el salvaje olor de las madrigueras.

Capítulo decimosexto

CHULDERICO EL SAJÓN. EMBOSCADA. VIOLACIONES. MUERTE DE UNA MONJA

Un calor infernal abrumaba a los miembros del convoy que iba por el camino, envuelto en un

fino polvo gris. Los soldados dormitaban en sus cabalgaduras, que acusaban en belfos y ollares su sufrimiento. En las literas, que iban con las cortinas levantadas, las mujeres, vestidas tan sólo con la ropa interior que se les pegaba a la piel, se dejaban lllevar como sacos. Vanda dormía, con la cabeza apoyada en las rodillas de Begga.

Ni una hoja, ni una brizna de hierba se movía. El campo estaba en una inmovilidad total, aplastado bajo un cielo blanco, cuya reverberación en las piedras del camino, en las armas de los caballeros, hería los ojos de los que aún tenían fuerzas para matenerlos abiertos. Aquel horno vibraba con el canto de millares de insectos.

El espacio entre las literas y los caballeros iba siendo cada vez mayor. Los soldados de retaguardia no se dieron cuenta de que sus caballos, sin duda abrumados por aquel sol diabólico o bien al oler algún hilillo de agua, abandonaban el camino para tomar por un sendero que zigzagueaba entre los árboles.

Al deslizarse un guijarro en la pezuña de uno de los bueyes de la litera de Crotielda, el conductor tuvo que detenerse para quitárselo, dejando así que les adelantase la de Vanda, que desapareció en una revuelta del camino.

El hombre renegaba y no conseguía extraer el guijarro con la punta de su cuchillo. El animal, nervioso, se agitaba bajo un enjambre de moscas.

—Eh, compañero, deja de moverte de esa manera, y...

No pudo acabar la frase. Cayó bajo las patas de los bueyes, con la cabeza abierta por el golpe de un hacha de guerra lanzada por una mano diestra.

Nadie en el interior de la carreta vio el incidente.

Gritos a la vez feroces y alegres interrumpieron el sueño de Crotielda y de sus dos compañeras. Tardaron un momento en comprender lo que pasaba. Un grupo de unos diez hombres armados que montaban caballos frescos y nerviosos les estaban atacacando. Pidieron socorro, pero sus gritos se perdieron en el aire incandescente.

—Coged a las mujeres, ya haremos la selección luego —gritó un hombre, que arrancó el hacha de la cabeza del muerto sin bajar siquiera del caballo, salpicando el rostro de las viajeras con gotas rojas.

La encantadora y divertida Genoveva se vio atrapada por un bárbaro tuerto de olor repugnante, que la colocó de través ante él en la montura, con la túnica remangada. Mantuvo así a la pobre muchacha, con una mano entre sus muslos. Ella se desvaneció de vergüenza y de dolor bajo la presión de aquellos dedos que la violaban. Teudogilda tuvo más suerte: el que se la llevó era un guapo guerrero rubio cuyos ojos chispearon al contacto del cuerpo ligeramente vestido de la hermosa muchacha. Crotielda saltó de la litera y trató de huir, pero la agarraron por las largas trenzas flotantes y la izaron, tirándole de aquella prenda de la que estaba tan orgullosa, a un caballo que montaba un hombre de ojos tan claros que casi parecían transparentes. Un golpe en la nuca la dejó sin sentido.

Los bandidos se internaron en el bosque al galope tendido. El que les mandaba tomó una dirección paralela a la que seguía el convoy. Pronto llegaron junto a una capilla en ruinas, ante la que se detuvieron. Los hombres que llevaban a las muchachas las dejaron caer al suelo, y ellas rodaron gritando, todas menos Genoveva, que se irguió con expresión atontada mirando sin comprender las sangre que manchaba su túnica.

—Guntarico, ya te he dicho que no me gusta que trates de esa manera a las muchachas. ¿Es que no puedes violarlas como tus compañeros, con la punta del instrumento?

El tuerto dejó ir una risa innoble.

—Prefiero abrirlas así; siento mejor lo que hago.

—Como prefieras, pero no me gusta —dijo Chulderico el sajón, apartándose con disgusto de su siniestro camarada.

Era un hombre alto, muy fuerte, con cabellos negros con reflejos rojos atados en una cola de caballo en lo alto de la cabeza; su gran bigote era de un color más claro, sus ojos eran a la vez inteligentes y malignos; llevaba el torso desnudo, velludo y reluciente de sudor, cruzado por un rico tahalí; llevaba una capa corta sujeta al cuello; sus poderosas piernas mostraban unos fuertes muslos. Se adelantó hacia Crotielda y Teudogilda, que, con un gesto infantil, se abrazaron la una a la otra. Se detuvo ante ellas y las miró con insolencia y luego con cólera.

—¿Dónde está la loba? —dijo, volviéndose a los hombres.

Éstos se miraron sin comprender. Hunirico, que era del país de los vándalos como el tuerto, Guntarico, contestó:

—Ha de ser una de las tres.

—Ninguna de ellas lo es —dijo Chulderico en el colmo del furor. Se acercó a Crotielda, la cogió por un brazo, la levantó y la mantuvo pegada a él, con el rostro junto al suyo.

—¿Cuántas ibais en la litera?

—Tres —balbuceó la muchacha.

—¿Y la hija de la reina Radegunda? ¿Dónde está...? ¿Contestarás maldita? —añadió, sacudéndola.

—Va en la otra litera.

Chulderico la miró sin parecer entender lo que oía.

—La litera en la que iba Vanda adelantó a la nuestra.

El sajón apartó con violencia a Crotielda, que tuvo que sostenerse en Teudogilda para no caer. Ahora comprendía lo que había pasado, pero no podía hacer a nadie responsable de ello... ¡Aquella bruja no se perdía nada esperando! Mientras, se vengaría en las otras de su fiasco.

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó, dirigiéndose a Teudogilda.

—Me llamo Teudogilda, y acompaño a Crotielda, que es pariente del rey Gontran.

—¿Pariente del rey Gontran? —dijo el sajón, burlón—. Aquí tenéis a alquien que nos valdrá un bonito rescate. ¿Qué os parece, compañeros?

Ante aquel tono burlón que la insultaba, Crotielda olvidó su miedo.

—Deja de reírte de mí, perro asqueroso. Soy hija de rey, y se te pagará un rescate, y más aún si dejas que nos vayamos.

Una enorme carcajada barrió todas sus esperanzas. Chulderico y sus cómplices se ahogaban de risa ante aquella ingenuidad. Cuando por fin pudo hablar, el sajón alzó a Crotielda a pesar de sus gritos, de sus patadas y puñetazos.

—Ya nos hemos reído lo suficiente, hermosa. Hija de rey o no, me gustas. A falta de Vanda la salvaje, y mientras esperamos el rescate prometido, vamos a divertirnos. Compañeros, os dejo a las otras dos.

La llevó tras uno de los muros derruidos de la capilla y la depositó sin demasiada brutalidad en un lecho de musgo, manteniéndola agarrada por las muñecas.

—Me haces daño.

Aflojó la presión y se tendió junto a ella sin dejar de mirarla.

—Eres muy hermosa. ¿Has conocido ya algún hombre?

El rostro de Crotielda ardió, dándole a Chulderico la respuesta que esperaba.

—No te avergüences, y lo prefiero. No me gusta desvirgar muchachas, sobre todos si no se dejan. Eso queda para Guntarico.

La mano del sajón se deslizó bajo la ligera túnica y acarició la húmeda hendidura. Crotielda gimió y se arqueó a su pesar.

—Ya veo, hermosa gacela, que no te disgustan las caricias.

Crotielda apretó los muslos contra la mano del hombre y trató de escapar de su presa.

—Te ordeno que me dejes, gañán.

—No adoptes aires de princesa conmigo. Y no soy un gañán, sino un rico guerrero franco.

—Eres un bandido y el rey hará que te maten.

—Si ha de ser así, mejor será aprovechar el momento —dijo el sajón, separando brutalmente los muslos de Crotielda.

La hija del rey Cariberto no se resistió mucho tiempo, y pronto la hierba y los árboles del bosque fueron testigos de sus gemidos de felicidad y de su placer.

Al otro lado de los muros derruidos de la capilla se desarrollaba una escena en la que los gemidos no eran de placer.

Teudogilda, con el rostro cubierto de lágrimas, había dejado de debatirse y tenía que someterse a su quinto o sexto hombre: ya no lo sabía. Genovena, por su parte, con su hermoso cuerpo pálido completamente desnudo, mostraba en él las marcas de la brutalidad de los bandidos. Su extremada juventud, apenas contaba quince años, y su rubia fragilidad había excitado el deseo de todos los

hombres del grupo. Todos ellos la habían violado, algunos muy de prisa y otros con unos crueles refinamientos sorprendentes en aquellos rústicos. Coronando su suplicio, Hunirico la sodomizó, lo que sorprendió a aus compañeros que desconocían esta práctica.

—Cuando la pobre muchacha volvió a levantarse, con el vientre y las piernas cubiertos de sangre, una extraña sonrisa erraba en sus labios. Pasó por delante de Teudogilda sin aparentar verla y desapareció tras el muro de la capilla en el mismo momento en que Crotielda y Chulderico aparecían cogidos de la mano, saciados, cansados y felices como dos amantes.

—Compañeros, no perdamos el tiempo, tenemos que alcanzar el convoy, nos hemos equivocado de mujeres. Devolvamos éstas y atrapemos a la que nos interesa.

—¿Por qué hemos de dejar a éstas? —preguntó Guntarico.

—Por seguridad. Si las matamos, el rey Gontran hará que nos busquen los soldados, y tarde o temprano nos encontrarán. Además, esta muchacha me ha prometido pagar su rescate y el de sus amigas. ¿Dónde está la tercera? Sólo veo a dos.

—Habrá ido a esconder su vergüenza en algún rincón —dijo Hunirico con una sonrisa de innoble satisfacción.

—Busquémosla y salgamos de aquí.

Rodearon la capilla y miraron detrás de cada árbol. Llamaron:

—Genoveva... Genoveva...

—¿Dónde puede estar? —le preguntó Crotielda a Teudogilda—. ¿Dónde estaba la última vez que la has visto?

—Pasó delante de mí como un fantasma, rodeó la capilla, y luego ya no la he vuelto a ver. Crotielda, tengo miedo. Si hubieses visto cómo la trataban esos monstruos, y ella, que aún es virgen...

—No sirve de nada ponerse a lloriquear, ven.

—Desaparecieron tras el muro y vieron que había una puerta baja entreabierta. Empujaron y entraron en una sala abovedada, con el suelo de tierra apisonada cubierto por una espesa capa de polvo que testimoniaba el abandono del recinto. En un rincón, se amontonaban unos maderos caídos. La luz del final de la tarde, que pasaba a través de las bóvedas en parte desmoronadas, hacía danzar finas partículas de polvo dorado. En el lugar hacía fresco y de él se desprendía un fuerte olor a moho.

Crotielda llamó a Genoveva. Sin respuesta. Ni un suspiro. Teudogilda vio, sin prestarle verdadera atención, una gran sombra que se balanceaba en el muro. De repente, sus ojos se desorbitaron, tomó la mano de Crotielda y, con una lentitud infinita, como si su cuerpo se hubiese vuelto de plomo y apenas consiguiera moverse, se volvió. Sorprendida, su compañera siguió con los ojos sus movimientos y la dirección de su mirada. Un grito brotó a la vez de la garganta de las dos muchachas. Ante ellas se balanceaba lentamente el cuerpo maltratado y sucio de su amiga, que había conseguido ahorcarse recurriendo a una de sus largas trenzas.

Ante sus gritos, los bandidos, espada en mano, entraron en la capilla en ruinas. Lo que vieron les dejó inmóviles de horror. Los menos endurecidos cayeron de rodillas y contemplaron en silencio lo que fuera hacía tan poco tiempo una hermosa muchacha.

Sustrayéndose por fin a la macabra contemplación, Crotielda, con el rostro desfigurado por el llanto, se volvió y fue hacia Chulderico con los puños levantados y le golpeó el pecho con todas sus fuerzas.

—Asesino... Asesino...

—Yo no he querido esta muerte —dijo el hombre con sinceridad en la voz, tomándola por las muñecas—. Que se retire de ahí ese cuerpo.

Hunirico y Guntarico se adelantaron.

—No, ellos no —gritó Teudogilda, cerrándoles el paso.

Bajo la mirada acusadora y despreciativa de la muchacha, los dos vándalos se detuvieron.

—Ellos no —prosiguió Teudogilda—, ya han torturado bastante su cuerpo.

Chulderico se adelantó, subió sobre los restos que le habían servido de escalera a Genoveva para morir, estrechó el cadáver contra su cuerpo y cortó con el puñal la trenza que lo estrangulaba. Lo llevó fuera de las ruinas y lo tendió al sol del crepúsculo, en el lecho de musgo que aún conservaba la forma de su cuerpo y de Crotielda.

—Y ahora, hemos de marcharnos.

—No sin antes haber enterrado a nuestra desdichada amiga —dijo Teudogilda.

—No puede ser. No podemos esperar. La noche...

No pudo terminar la frase. Una piedra aguda le dio en la frente. Una sola ojeada le bastó para darse cuenta de lo peligroso de la situación. Estaban prácticamente rodeados. Empuñó la espada y gritó:

—Nos atacan..., a los caballos...

Tres de sus compañeros nunca llegaron hasta ellos y otros dos cayeron prisioneros en manos de los soldados del rey Gontran. El resto del grupo consiguió escapar, no sin que Chulderico gritase dirigiéndose a Crotielda:

—Volveremos a vernos.

Unos soldados les persiguieron, aunque abandonaron pronto el empeño, porque la caída de la noche favorecía la huida de los bandidos.

Begga lavó el pobre cuerpo de Genoveva y lo vistió con el sencillo hábito monástico. Lo veló durante toda la noche junto con Vanda. Al día siguiente, con el alba, lo enterraron junto al muro de la capilla.

El viaje prosiguió en una atmósfera de angustia y pesar. Cuando las murallas de la ciudad de Tours aparecieron, todos experimentaron un gran alvio.

Capítulo decimoséptimo

REGRESO A POITIERS. CROTIELDA DESCUBRE LA VERDADERA CONDICIÓN DE URIÓN

Crotielda montó en cólera y Begga sintió una gran tristeza cuando constataron que diez religiosas, hábilmente seducidas por diversas personas, se habían casado durante su ausencia. Pelagia, a la que habían violado los bandidos del grupo de Ansoaldo, estaba encinta y decía que quería morir.

Las viajeras llegaron el día duodécimo del octavo mes, tres días antes de la fecha elegida por el rey Gontran para que tuviese lugar la reunión de los obispos. Mediado ya el noveno mes, aún no habían llegado.

La larga espera agriaba los caracteres. El monasterio de Ingitrudis resonaba con las discusiones y los gritos de las fugitivas. Éstas se habían dividido en tres facciones: las partidarias de Crotielda,las de Basina, y, finalmente, las de Vanda. Entre las amigas de las dos primas tan sólo había querellas acerca de los respectivos privilegios, estallidos de celos por la longitud de una cinta o por un lugar en la capilla. Sin embargo, se ponían de acuerdo cuando se trataba de criticar a las seguidoras de Vanda: «las lobas», las llamaban para burlarse de ellas. En tal atmosfera de mezquina maldad, Vanda se aburría, ya que había agotado los placeres de la biblioteca del convento. A partir del momento mismo en que regresaron, tanto el obispo como el conde de Tours les habían prohibido salir del recinto del monasterio y recorrer la ciudad, por miedo a que pudiesen provocar un escándalo. Cansada de esa espera, Vanda les comunicó a Basina y a Crotielda su intención de salir de Tours e ir a otro lugar a esperar la llegada de los obispos.

—¿Y a dónde iríamos? —preguntó Basina—. Nos perseguirán dondequiera que vayamos.

—No nos perseguirán por ninguna parte. Nos refugiaremos en el interior de la basílica de san Hilario, que es muy rica y está rodeada de campos de legumbres, y hay huertos y viñedos, tiene rebaños, un molino, un criadero de ostras, donde sus altos muros nos protegerán.

—Vayamos. Es una idea excelente —dijo Crotielda—. Pero ¿por qué volver a Poitiers donde están nuestros enemigos? ¿Por qué no instalarnos en la basílica de san Martín, aquí mismo, en Tours? Eso nos evitaría encontrarnos en los caminos en la proximidad del invierno. Tengo muy mal recuerdo de nuestro primer viaje.

—Esta vez será distinto. Déjame explicarte por qué san Hilario mejor que san Martín. En

Poitiers estamos en un país que conocemos, con mi padre Romulfo, que nos ayudará, y también nuestros anemigos, cuyas intenciones podremos conocer mejor. La basílica que está menos frecuentada que la de Tours, nos brindará más espacio y nos permitirá mantenernos unidas. Y además, no olvides que, si el obispo Gregorio desea nuestro bien, no ocurre lo mismo con el conde ni con aquel monje fanático cuyo nombre no conozco, ni con los obispos, que acabarán presentándose. Creo que es más prudente no estar aquí en ese momento. Y, en lo que se refiere al viaje, ya lo he previsto todo.

—¿Cómo, si no has podido salir de aquí?

—Yo no, pero Urión y Ludovina sí que podían salir cuando querían.

—¿Has conseguido dinero?

—Le he vendido a un mercader judío la corona que me regaló el rey Gontran. Con ese dinero, he comprado literas, caballos y una carreta llena de provisiones.

—¿Y la escolta? ¿Has pensado en la escolta? Después de lo que le pasó a la pobre Genoveva, ya no me atrevería a cruzar el bosque sin una constante protección.

—También he pensado en eso. ¿Te acuerdas de Ansoaldo?

—¿Cómo? ¿Aquel bandido insolente?

—¿Insolente? Puede ser. Pero tiene nuestras ideas. A petición mía, Urión ha ido a su encuentro. No había salido de la región de Tours, en espera de una señal nuestra. Ha reunido a unos cuantos hombres, y dice que son seguros. Creo que se puede confiar en él.

—Espero que no te equivoques. ¿Has hablado con Begga de este proyecto?

—No. esperaba que tú y Basina estuvieseis de acuerdo y que todo estuviese dispuesto.

—Las dos primas se consultaron con la mirada.

—Estoy de acuerdo —dijo Crotielda.

—Y yo también —dijo Basina.

—El tiempo es aún bueno para la estación en que estamos. Saldremos antes del alba, el primer día del décimo mes. Diles a las que estén dispuestas a seguirnos que estén preparadas.

—Dos días para prepararnos es poco.

—Es el tiempo suficiente si queremos tener éxito. Voy ahora a decírselo a Begga.

Begga suplicó, argumentó, lloró, pero nada hizo a Vanda cambiar de actitud. Con la angustia en el corazón y la muerte en el alma, la prudente religiosa se resignó.

Todo había sido admirablemente organizado. Ante la puerta del sur estaban Ansoaldo y sus hombres, que eran veinte, todos ellos con ropas nuevas, con las armas que brillaban en la noche hermosa y un poco fría, montando sólidos caballos. Tras ellos había seis literas y una pesada carreta protegida por dos galos de sólido aspecto. Las monjas se acomodaron en el mayor silencio mientras le llevaban a Vanda un magnífico caballo negro. Lo montó a horcajadas con agilidad. Apreciando la hermosura del animal, le agradeció con la mirada a Ansoaldo lo adecuado de su elección. El rostro del joven bandido enrojeció de placer. Para hacer ese viaje, Vanda había vuelto a recurrir a sus ropas de cazador: una túnica de lana con un chaleco de piel, pieles para proteger las piernas, sólidos guantes forrados, y todo ello cubierto con un amplio manto de lana oscura sobre la que llevaba la piel de la loba. Se puso a la cabeza del convoy, junto a Ansoaldo.

Cuando salió el sol, el grupo acababa de entrar en el bosque.

Durante los dos primeros días del viaje, las fugitivas y sus acompañantes se mantuvieron alertas, forzando la marcha, deteniéndose sólo para que los caballos y los animales de tiro pudiesen descansar. Por suerte, el tiempo siguió mostrándose clemente. Las noches eran frescas, pero durante el día brillaba el sol.

Vanda abandonaba con frecuencia el convoy para sumergirse al trote en el bosque, con gran inquietud de Begga, Urión y Ansoaldo. Begga y Urión adivinaron de inmediato lo que estaba buscando, pero aún así no dejaba de parecerles una loca imprudencia. Tras dos intentos fallidos de secuestro, Urión, que temía más a los hombres que a los lobos, seguía a su joven señora como una sombra.

El quinto día, Vanda volvió sobre sus propios pasos, creyendo haber advertido la presencia de sus amigos. Y no se equivocaba; pero no estaban solos. Un hombre cubierto de heridas, con la espada en la mano, se defendía contra la manada.

A su lado, su caballo acababa de morir víctima de los colmillos de los lobos, y dos animales

bebían su sangre.

—¡*Ava*, lobos, a mí!

Al oír aquella voz conocida, la manada se inmovilizó. *Ava* exhaló un profundo y largo gemido, se volvió y fue hacia Vanda, que había bajado del caballo, la empujó, la hizo rodar por el suelo y la inmovilizó entre las patas con suaves gañidos. Vanda se deshizo de él riendo, con la cara mojada por la lengua de la fiera, y se vio inmediatamente rodeada por el resto de la manada, que la olfateó dando vueltas en torno a ella.

—Yo yo, ¿así me dejas olvidado?

Ante esta voz desconocida, y por tanto enemiga, los lomos se erizaron, los belfos se contrajeron y aparecieron los colmillos.

—¡Basta, lobos! —exclamó Vanda—. *Ava*, diles que me obedezcan.

Ava reunió a sus compañeros y se hubiese podido creer que les dirigía un discurso por la atención que le mostraban.

—Gracias. Es la segunda vez que me salvas la vida.

Vanda miró al hombre que le hablaba.

—Cariulfo.

—Veo con gusto que no me has olvidado y que aún llevas mi espada.

—¿Qué haces tú aquí?

—Te estaba siguiendo.

—Y ¿por qué me seguías? —preguntó Vanda, llevando la mano a la empuñadura de la espada.

—No temas; yo no te deseo ningún mal. Otros, sí. Por eso te buscaba y quería ofrecerte mis servicios.

—Te lo agradezco, pero no te necesito. Tengo mis propios soldados y a mis amigos, y con eso me basta.

—Por san Martín que me gustaría ser amigo tuyo.

Vanda le miró sin contestar, mientras *Ava* volvía con ella seguido de la manada. Uno por uno, los lobos se tendieron a los pies de Vanda.

—¿He de hacer lo mismo que ellos? —dijo Cariulfo, arrodillándose entre los lobos.

Los ojos de Vanda se entrecerraron mientras una sonrisa burlona iluminaba su rostro de altos pómulos.

—Ven —dijo tendiéndole la mano— y jura sobre esta espada que nunca me traicionarás.

—Lo juro.

—*Ava,* lobos, miradle, olfateadle, es un amigo. Os pido que no lo olvidéis.

La manada entera fue a olfatear a aquel que un momento antes se disponía a devorar. Sin embargo, algunos manifestaron con gruñidos poco amables su desacuerdo por tener que dejar que se les escapase una presa tan buena.

El galope de un caballo inmovilizó a humanos y animales. Aún se oyó un segundo galope. Pronto apareció Urión, y luego Ansoaldo. Seguida por los lobos, Vanda fue hacia ellos. Los caballos de los recién llegados se encabritaron a la vista de los animales salvajes.

—Calma, lobos; son amigos —dijo Vanda atrayendo hacia sí a los animales más próximos.

Gruñeron, manifestando su desaprobación ante tanta familiaridad, pero no rechazaron la caricia de la muchacha.

—Se llama Cariulfo —dijo Vanda, indicándoselo a Ansoaldo y a Urión—. Y éste es Ansoaldo, el jefe de los soldados que nos ascoltan. Y ella es Urión, mi servidora y amiga.

—Monta a caballo como un hombre.

—Monta a caballo como un hombre.

—Cariulfo se une a nosotros. Aceptadle y juradle amistad.

Sin manifestar un gran entusiasmo, se abrazaron los tres.

Antes de dejar a la manada, Vanda le pidió a *Ava* que les siguiese de lejos.

Urión le pasó su caballo a Cariulfo y montó a la grupa detrás de Vanda. Se reunieron con el convoy, en el que empezaban a inquietarse por su prolongada ausencia.

Poco antes de llegar a Poitiers, se encontraron con un inquietante grupo armado con cuchillos,

lanzas, mazas y palos, que no les atacó sino que les ofreció sus servicios. Su jefe, contrahecho y enteco, dijo que se llamaba Poliecto. Crotielda aceptó su propuesta sin decírselo ni a Vanda ni a Ansoaldo, y éste montó en cólera aunque no pudo echarse atrás de esa aceptación, a riesgo de que esos nuevos compañeros se sintiesen insultados y se desencadenase una pelea inútil y sangrienta.

Son ladrones, homicidas, adúlteros, capaces de cualquier crimen.

—Pues tú tampoco eres ningún santo —dijo Crotielda, con ironía.

Un ejército de casi cien personas entró en la basílica de san Hilario, ante los ojos atónitos de los peregrinos y las miradas atemorizadas de los habitantes de Poitiers, cuando reconocieron a Vanda entre aquella multitud patibularia.

—La hija de los lobos ha vuelto. Que Dios nos proteja.

En el transcurso de la hora siguiente el obispo Maroveo y la abadesa Leboveria fueron advertidos de esta llegada. El obispo, con ánimo conciliador, envió un mensajero a las fugitivas pidiéndoles que volviesen al convento.Las tres princesas hicieron que le llegase su respuesta:

—Somos reinas, y no volveremos al monasterio mientras Leboveria siga siendo abadesa.

Cerraron las puertas de la basílica y se organizaron para la batalla. Estaba allí la reclusa que unos años antes se había arrojado desde lo alto de un muro y se había refugiado en san Hilario, donde vomitaba toda clase de acusaciones contra la abadesa. El paso del tiempo no había mejorado su aspecto. Seguía resultando espantosa, de una delgadez esquelética, con la piel fláccida y amarillenta y las uñás de manos y pies largas como garras; en su rostro descarnado aparecía la boca sin dientes y tenía los labios sumidos. En las órbitas rodeadas de prurulencias de ingrato olor brillaban los ojos con maldad. Llevaba el cuerpo y la cabeza envueltos en lienzos profusamente manchados y el cabello, de un blanco sucio, estaba lleno de porquería. Se erguía, inmunda, ante las monjas rebeldes.

Aquella aparición de ultratumba las hizo estremecerse. Ante las horribles acusaciones proferidas por Veneranda contra Leboveria, Crotielda comprendió el gran partido que podría derivar de ello. Le habló a la anciana con bondad, y luego la mandó encerrar en una cómoda celda.

Los días que siguieron los dedicaron Vanda y las religiosas a su instalación. Crotielda se adjudicó la más espléndida estancia de la basílica y llamó junto a sí para que le hiciesen compañía y para su servicio particular a Teudogilda, Placidinia, Ultrogoda, Alcima, Ingunda y a la pobre Pelagia.

Basina se quedó con Susana, Flavia, Clotilde y Brígida.

Vanda prefirió quedarse sola, no tolerando a su lado más que la presencia de Urión y Ludovina.

Las demás religiosas se agruparon en torno a Begga. Ansoaldo y Juliano instalaron a sus hombres en las estancias que había junto a la capilla. Poliecto y sus compañeros acamparon junto a las puertas. Los hombres montaron guardia por turno.

Durante el día, los peregrinos, los fieles, los comerciantes y los curiosos podían entrar en el santuario por una puerta pequeña que había quedado abierta.

Una tarde, ya cerca de la noche, se presentaron diez hombres de armas de aspecto inquietante, a quienes los guardias negaron la entrada.

—Venimos a pedir asilo —dijo el que parecía mandarles.

—No hay asilo para vosotros —dijo Ansoaldo, acercándose.

—Sajón, déjame que le mate.

—No, Guntarico, tiene razón. No nos conoce. Llévame ante la hermosa Crotielda. Mis compañeros se quedarán aquí.

Ansoaldo se resignó y le condujo ante la hija de Cariberto. Crotielda estaba sola y se aburría. Tendida en unos cojines, arropada con una túnica forrada de piel, picoteaba golosinas orientales que le había comprado a un mercader sirio, cubriendo su cabello con un velo bordado de violeta y plata. Su expresión desganada, iluminada por la luz movediza de las antorchas, se animó al ver a Ansoaldo.

—¿Qué noticias me traes, buen amigo? No vienes a menudo a rendir homenaje a tu princesa. Se diría que te doy miedo.

Ansoaldo se encogió de hombros sin contestar y se enjugó la frente. En la estancia hacía un calor

estival, que mantenían tres braseros encendidos.

—Ven y siéntate a mi lado.

Ella le tendió la mano con un gracioso gesto que hizo que se deslizase la manga de su túnica, apareciendo un hermoso brazo de una blancura lunar.

—¿Es que no soy hermosa, ya que te niegas a mirarme?

—Sí, eres muy hermosa —dijo Ansoaldo con la voz estrangulada y gruñona—. Un guerrero pregunta por ti —prosiguió, con la voz más firme—. Dice que te conoce y que viene a ofrecerte sus servicios.

—Que pase.

Antes de que Ansoaldo pudiera volverse, la puerta que cerraba la estancia se abrió y entró Chulderico el sajón.

Crotielda se levantó de un salto, con el rostro enrojecido y llena de cólera.

—Tú...

—Vengo a poner mi espada a tus pies —dijo el hombre, inclinándose con ironía.

—¿Cómo te atreves a presentarte ante mí?

—Ya te lo he dicho; vengo a ofrecerte mis servicios.

—No quiero nada de un perro como tú.

—Te equivocas. Tú y las otras princesas vais a necesitar hombres valerosos para que os defiendan.

—Ansoaldo, a su vez encolerizado, se adelantó hacia Chulderico con la mano en la empuñadura de la espada.

—¿No estoy aquí yo, junto con mis compañeros, para defenderlas y protegerlas? ¿Es que dudas de nuestro valor?

—Tranquilízate, compañero. Por grande que sea tu valor, nada podrá hacer ante el número.

—¿Por qué dices eso?

—¿Sabes algo que nosotros ignoramos?

—Quizá. Pero no hablaré si no es en presencia de las tres princesas. Ve a buscar a Basina y a Vanda.

—¿Qué pruebas tengo de tu honestidad y sinceridad?

—Te felicito por tu prudencia... ¿Cómo te llamas?

—Ansoaldo.

—Yo me llamo Chulderico. Como prenda de mi palabra, te entrego mis armas.

Uniendo el gesto a la palabra, Chulderico se despojó de su espada, del hacha y de un largo cuchillo, que tendió al joven capitán.

—Llama a tus mujeres, Crotielda; no quiero dejarte a solas con él.

—Ve, yo no siento ningún temor, y tengo con qué defenderme.

Crotielda sacó un puñalito del corpiño.

Ansoaldo salió, llevándose las armas del sajón.

Chulderico fue a tomar a Crotielda entre sus brazos, pero la fina punta del arma se hundió en su antebrazo.

—No te acerques. ¿Qué quieres?

—Te quiero a ti. Desde aquel día en el bosque no he podido olvidarte.

—Crotielda contuvo una sonrisa de satisfacción.

—Yo tampoco he podido olvidarte..., ni el ultraje que me hiciste sufrir.

—Un ultraje que pareció agradarte. ¿Te acuerdas? Yo no he podido olvidar tu piel, tu olor, tus pechos...

—Calla —dijo Crotielda, volviendo la cabeza.

Chulderico se adelantó hacia ella, la atrajo hacia sí sin que ella opusiese resistencia. Cuando la besó, su cuerpo se apretó contra el del hombre y se restregó furiosamente contra él. El sonido de muchas voces interrumpió el abrazo.

Entró Vanda, seguida de Basina, Cariulfo, Ansoaldo, Juliano, Poliecto y Urión.

Las dos muchachas estaban resplandecientes con sus atuendos, una de ellas vestida de rojo con vivos rojos y la otra de verde con violeta, con vislumbres de la blancura inmaculada de las prendas de debajo. Vanda no llevaba velo. Una y otra llevaban ceñida en la frente la diadema real.

—Que prendan a este hombre —dijo Vanda, señalando al sajón.

Ansoaldo, Cariulfo y Juliano sacaron las espadas.

—¿Por qué lo haces? —dijo Crotielda airada.

—Me asombra que te sorprendas y que soportes la presencia de este bandido. Genoveva murió por su culpa.

—Que Dios te perdone si quiere —siguió diciendo Vanda—, pero yo, ¿por qué habría de perdonarte la violación y el asesinato? Fue este hombre el que quiso raptarme, primero en el río y luego en el bosque. ¿Qué tienes que decir a esto?

Cariulfo apoyó la punta de la espada en el cuello del sajón.

—¿Es verdad lo que ella dice, maldito?

—Es verdad.

—Brotó sangre de la garganta del prisionero.

—¿Por qué me tratas así? He venido aquí por mi propia voluntad. Harías mejor oyendo lo que he que decir.

—No —dijo Ansoaldo, dando un paso adelante—, no antes de que nos digas por qué querías raptar a la princesa Vanda.

—Sea... Lo hacía por orden del obispo Maroveo.

—El obispo...

—¿Cómo...?

—Estaba segura...

—Mientes —dijo Ansoaldo—. ¿Por qué un obispo mandaría raptar a Vanda? Un obispo es un hombre del Señor.

—No comparto tu ciega confianza respecto a la gente de la Iglesia —dijo Cariulfo, riendo con ironía—. Les creo capaces de todo si sus intereses están en juego. Eres muy joven, amigo mío; ya irás aprendiendo que también hay bandidos bajo el hábito eclesiástico.

—¿Por qué quería el obispo Maroveo que me raptasen?

—No me lo dijo; y me dio las suficientes monedas de oro como para que no le hiciese preguntas.

—No te creo. Habérsete ocurrido alguna idea.

—Oh, sí. Tengo montones de ideas. En primer lugar, eres rica y el obispo desea tu fortuna... para dársela a los pobres, claro. Quizá pagasen por ti un alto precio, o a lo mejor le molestas...

—¿Has renunciado a tus planes, ya que has venido aquí?

—Sí... de momento.

—¿De momento? Eres muy temerario al reconocerlo aquí.

—Sólo depende de ti, Vanda, que renuncie definitivamente... Acepta mi ayuda en la lucha que os enfrentará con los obispos y muy pronto con el conde.

—¿El conde? ¿Por qué mencionas al conde? ¿Qué es lo que sabes?

—Nada en concreto, pero no podrá seguir tolerando mucho tiempo el desorden que causa vuestra presencia.

—Pero aquí estamos bajo asilo —dijo Basina en voz muy baja.

—Un lugar de asilo se puede violar como a una muchacha.

Un sonoro bofetón le cortó la palabra.

—No hables así ante nosotras.

Pálido, con los ojos brillantes de furia, Chulderico el sajón agarró la mano de Vanda y la apretó como si fuese a rompérsela.

—No hagas eso nunca, hermosa loba, o si no podrías olvidar el respeto que te debo y matarte.

—Tú morirías antes —dijeron a la vez Juliano y Ansoaldo amenazándole con las espadas.

—Dejadle. Quiero que nos diga por qué quiere unirse a nosotros.

—Me gusta vuestra rebelión —dijo él, soltando la mano de Vanda, que se la restregó para suavizar el dolor.

—Te estás burlando de nosotros, bandido. ¿Qué puedes ganar uniéndote a nosotros? La excomunión, una paliza o la muerte. A no ser que seas un espía enviado por nuestros enemigos.

—Eres libre de pensar lo que te parezca.

Aceptemos su ofrecimiento; Vanda, tengo la sensación de que se puede confiar en él —dijo Crotielda.

—No somos lo bastante ricas como para pagarles a él y a sus hombres.

No pido dinero, sólo comida y techo. Ya nos resarciremos con el obispo, la abadesa y los ricos habitantes de Poitiers.

—¿Qué opinas, Cariulfo?

—No confío en él —dijo alejándose del sajón y bajando la voz—, pero creo que es mejor que esté con nosotros, porque así podremos vigilarle, mientras que fuera estaremos a merced de sus ataques. ¿No te parece que tengo razón Ansoaldo? ¿Y tú, Juliano?

—Sí —dijeron los dos.

Vanda se acercó a Chulderico.

—Voy a olvidar el daño que has querido hacerme. Te aceptamos con nosotros, lo mismo que a tus compañeros, pero jura por la Santa Cruz que no nos traicionarás.

—Os agradezco vuestra confianza. Juro que os seré fiel.

—Que Dios te condene si faltas a tu juramento.

Salieron todos, pero Crotielda retuvo al sajón. En cuanto se cerró la puerta, se arrojó entre sus brazos. Pronto rodaron sobre los cojines, y para ellos el tiempo dejó de correr.

Hacía tiempo que había caído la noche cuando Crotielda abrió los ojos. Inmediatamente buscó con la mirada a Chulderico. Ronroneando, se apretó contra él.

—¿Por qué has venido?

—Para ayudaros, paloma mía.

—No sigas mintiendo. ¿Por qué has venido en realidad?

—Para volver a verte, corazoncito.

Irritada y nada convencida, Crotielda cerró los ojos y volvió a dormirse.

Precedido por un cortejo de sochantres y clérigos, Gondegesilio de Burdeos, al que se habían unido los obispos Nicasio de Angulema y Safario de Perigueux, así como el mismo Maroveo de Poitiers, se dirigió en su carácter de metropolitano de esta última ciudad a la basílica de san Hilario para inculpar a los rebeldes.

Cariulfo, Chulderico, Ansoaldo, Juliano, Poliecto y las tres princesas les recibieron con el respeto que les era debido, absolutamente decididos a no prestar atención alguna a las advertencias de Gondegesilio. Ante su obstinación, y de acuerdo con los demás obispos, Gondegesilio pronunció la excomunión.

Las terribles palabras resonaron en el silencio helado de la iglesia. Luego, brutalmente, estallaron unos gritos salvajes. Los hombres de Chulderico, seguidos poco después por los de Ansoaldo y Poliecto, se abalanzaron sobre los obispos y les apalearon. Los diáconos y los clérigos intentaron defenderles, pero, abrumados por el número de los atacantes, tuvieron que luchar cada uno por sí mismo. En la iglesia resonaban los gritos, los golpes, el entrechocar de las armas. Pronto corrió la sangre. Las princesas no habían hecho ni un solo gesto para contener la masacre. Refugiadas al pie del altar, asistían con aparente indiferencia al castigo infligido por sus fieles. Chulderico, levantándole el hábito a un obispo, le golpeó en las nalgas con la hoja plana de la espada. Los prelados, casi todos ellos gente de edad, se incorporaron con dificultad. Los diáconos y los clérigos salieron de la basílica cubiertos de sangre y diciendo que el diablo iba tras ellos. Cada uno escapó por donde pudo. Didier, el diácono de Siacre, obispo de Autun, sin caer siquiera en la cuenta del vado del río, se adentró en él con el caballo, que felizmente nadó hasta la orilla opuesta, adonde llegó sin grandes problemas.

Los días que siguieron fueron tranquilos. Los habitantes de Poitiers, escandalizados ante la amplitud de los sucedido, y por lo que contaban los que pudieron escapar, ya no se atrevían a ir a la basílica, que se había convertido en un lugar maldito. Los rebeldes aprovecharon las circunstancias para organizarse.

Crotielda eligió intendentes, ocupó con los hombres de Cariulfo y Poliecto los recintos del monasterio de los que habían huido Leboveria y sus religiosas y sumó a su servicio a todos los que pudo reunir en el recinto de la Santa Cruz después de cubrirlos de golpes y heridas. Declaró con

tono amenazador que si la abadesa conseguía entrar en el monasterio, la arrojaría desde lo alto de la muralla.

Begga se pasaba los días llorando y las noches rezando. No estar ya vinculada a la Iglesia, verse privada de los sacramentos, era algo que estaba más allá de sus fuerzas. Cayó enferma. Vanda, que no había olvidado su conocimiento de las plantas, salió una mañana antes de la salida del sol, acompañada por Urión, Cariulfo y Ansoaldo. Los matorrales húmedos le quitaron toda esperanza de encontrar una planta aceptable. Decidió, pues, llegarse hasta la casa de su padre Romulfo, a pesar de los temores de su compañeros. Cuando llegaron, sólo encontraron a Ursus y otros esclavos y servidores.

—El amo —dijo Ursus— ha salido al encuentro de Albin, que regresa de España.

—¿Cuándo han de volver?

En los primeros días del duodécimo mes.

—Necesito medicinas. ¿Sabes dónde tiene Albin sus hierbas y sus libros?

—Encontrarás lo que buscas en el cofrecito que está junto a la puerta de la sala de descanso.

—Muchas gracias, Ursus. ¿Cómo está mi padre?

—Se siente desdichado. Dice que has hecho mal al dejar el monasterio y huyendo a Tours, y que es con él con quien hubieses debido refugiarte.

Ya lo pensé, pero me dio miedo atraer sobre él la cólera del obispo y de la abadesa. Cuando regrese, dile que vaya a verme a la basílica de san Hilario.

Vanda encontró el remedio que buscaba y volvió tristemente hacia Poitiers. Cariulfo y Ansoaldo intentaron distraerla, pero a ella sus bromas la molestaron y picó espuelas internándose en el bosque. La carrera en la atmósfera fría y la tranquilidad del bosque pronto calmaron su enojo. Detuvo a su caballo y miró a su alrededor olfateando el aire. Los lobos rondaban por los parajes. ¿Sería la manada de *Ava*? Vanda le llamó. Un relámpago de pelo gris zigzagueó entre los árboles. Vanda echó pie a tierra, tranquilizó con la voz al caballo que se encabritaba y lo sujetó al tronco de un árbol. Tendió los brazos y *Ava* se precipitó a ellos, arrojándola al duro suelo. Por un momento interrumpió sus efusiones, escuchó, con el hocico tembloroso. No eran enemigos. Volvió a sus cabriolas, tranquilizado. Cariulfo, Ansoaldo y Urión contemplaban el sorprendente espectáculo de una muchacha y un lobo compartiendo sus juegos.

—No consigo acostumbrarme —dijo Ansoaldo—, parece cosa del diablo.

—Hablas como la abadesa —dijo Urión, indignado, olvidando que una sirvienta no debe manifestar sus opiniones.

—Diablo o no diablo, me da escalofríos —dijo Cariulfo—. Prefiero pelear con diez guerreros que con diez lobos famélicos.

—Me pregunto si no preferiría yo los lobos —dijo Ansoaldo sacando la espada.

Cariulfo le imitó de inmediato, mientras un grupo de hombres de armas corría hacia ellos. Al grito de Ansoaldo, Vanda y *Ava* dejaron de jugar y Urión sacó la honda de una bolsa.

—Qué hacemos? —dijo Cariulfo—. No somos bastantes y Vanda puede resultar herida. Huyamos, no estamos lejos de la ciudad.

—¿Huir? —dijo Vanda cabalgando—. ¿No serás un blando?

—Sí, cuando temo por ti —dijo Cariulfo con humor.

—Pues no temas por mí. Ahora verás. *Ava*... lobos... a mí.

Los soldados frenaron sus caballos al ver que caían sobre ellos unos treinta lobos. Eso fue fatal para ellos.

Urión mató a dos soldados con la honda, y los animales los destrozaron inmediatamente. Enardecidos por el olor de la sangre, los feroces animales saltaban al cuello de los caballos, enloqueciéndoles de miedo y dolor. Cariulfo luchaba de forma metódica y desarzonó a muchos caballeros, que perecieron bajo los terribles colmillos. Ansoaldo luchaba con el ardor y la valentía de la juventud. En cuanto a Vanda, era como la diosa de la guerra. Gracias a la ayuda de la manada, la victoria quedó en manos de Vanda y de sus compañeros. Tres de los atacantes, aunque bastante maltrechos, consiguieron escapar, dejando una decena de muertos y heridos y un buen botín de armas y caballos.

—Vanda...

Una débil voz la llamaba.

—Urión...

Aplastado bajo el peso de un caballo muerto, Urión no conseguía ponerse en pie. Cariulfo y Ansoaldo le desembarazaron de él. Herido de gravedad en un costado, el desdichado perdía sangre en abundancia.

—Urión, Urión, amiga mía...

Con los ojos arrasados en lágrimas, Vanda buscaba a su alrededor algo con lo que taponar la herida. Encontró algo de musgo que podía servir, y desgarrando su túnica con el cuchillo, hizo unas vendas para sujetar aquel emplasto de ocasión.

También entre los lobos había heridos. Vanda los atendió de la misma manera y, besando a *Ava* en el hocico cubierto de sangre, se encaminó otra vez hacia la basílica. Cariulfo y Ansoaldo intentaron hacer que hablasen los enemigos moribundos. Pero no sabían nada o se negaban a hablar. Uno sólo les dio un indicio antes de morir.

—El obispo...

—¿Será verdad lo que decía el sajón? —dijo Ansoaldo, preocupado.

—Te lo ruego, no se lo digamos a Vanda. Sería capaz de ir en su busca.

—Tienes razón, Cariulfo, no digamos nada, pero intentemos averiguar por qué Maroveo se encarniza de este modo con la hija de la reina Radegunda.

Alzaron a Urión sobre su caballo. Los cuatro amigos, con las ropas desgarradas, sucios de sangre y barro, entraron en Poitiers ante los ojos atemorizados de sus habitantes, que observaron que uno de ellos parecía estar herido de gravedad y que los otros tres llevaban gran cantidad de armas. Ante el baptisterio de san Juan, Urión, muy debilitado, estuvo a punto de caerse del caballo. Retuvo su caída un joven moreno y delgado, de rostro fino y nervioso.

—Deberíais llevar a vuestra compañera lo más de prisa posible a que la vea un médico. Está perdiendo mucha sangre —dijo el joven saltando a la grupa para sostener el cuerpo desvanecido.

—Te agradezco tu bondad, muchacho —dijo Vanda—. No ocurre a menudo que las gentes de esta ciudad me den muestras de solicitud.

—Quizá tengan sus motivos.

Sorprendida por esta respuesta, que le pareció insolente, Vanda miró con más atención al muchacho.

—Tengo la sensación de que te he visto antes. ¿Quién eres?

—Oh, nadie, uno que pasa por aquí.

—Espera, ahora lo recuerdo... Fue la noche en que mataron a mi madre y en que tú fuiste el único que mostró un poco de piedad.

Al recordarlo, Vanda estrechó contra sí la piel de la loba. Este gesto no le pasó inadvertido al muchacho. Una repentina expresión de contrariedad pasó por su rostro de rasgos regulares.

—¿Cómo te llamas?

—Urbano. Estudio letras y a los poetas del pasado.

—Eso agradaría al obispo Gregorio y a Fortunato.

Entraron en la basílica por la puerta que había quedado abierta. Crotielda y Chulderico fueron hacia ellos.

—¿Qué es esa sangre? ¿Por qué está herida Urión? —dijo Crotielda ayudando a Vanda a bajar del caballo.

Fuimos atacados por un numeroso grupo de caballeros. Si no es por el valor de Cariulfo, Ansoaldo y la pobre Urión, hubiesen acabado con nosotros.

—Olvidas a los lobos, sin su ayuda estábamos perdidos —dijo Ansoaldo, sin ver la mirada de desagrado de Vanda.

—La ayuda de los lobos, dices. ¿Qué lobos? —dijo Chulderico, mirándoles con sorpresa.

—¿Es que no sabes que la hija de Radegunda domestica a los lobos como otros lo hacen con los pájaros? —dijo Crotielda con ironía, apretándose contra su amante.

—Ya basta. Que lleven a Urión a mis habitaciones. Urbano, ven conmigo.

Perplejo, el sajón les vio marcharse y dijo, con expresión pensativa:

—¿Será verdad lo que cuentan, que es bruja y además hija de lobos?

Bruja, no lo sé, pero hija de lobos, eso sí —dijo Crotielda.

—Pero, ¿no dicen que es princesa?

—Sí, ya que la reina Radegunda la adoptó.

—No hablo de adopción, sino de nacimiento.

—Es lo que cree Fortunato por las joyas y los documentos que encontraron junto con ella cuando era niña.

—Cariulfo y Ansoaldo se acercaron a la pareja.

—Quisiéramos hablar contigo, Chulderico...

—Crotielda, Crotielda, ven enseguida.

Teudogilda, con el largo velo y las trenzas volando tras ella y con el hábito remangado para correr mejor, llamaba a Crotielda, y se detuvo ante ella, sin aliento, con la boca abierta en una carcajada.

—Oh, es tan divertido. Ven deprisa.

Arrastrada por la loca risa de su amiga, Crotielda fue tras ella corriendo hacia los edificios de la basílica.

—Déjalas, son juegos de hembras en celo. ¿Qué queríais decirme? —preguntó Chulderico.

Los hombres que nos atacaron los envió el obispo. Tres de ellos pudieron escapar.

—¿Estáis seguros? —preguntó el sajón—. Eso es algo que anuncia más peleas.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Ansoaldo, inquieto.

—De momento, nada, aparte de reforzar la guardia en las puertas y esperar a que ellos actúen. No puede tardar en ocurrir. La abadesa se ha refugiado con las religiosas en casa del obispo. Esta situación no puede eternizarse. Permanezcamos vigilantes.

Mientras tanto, Crotielda y Teudogilda entraban en las habitaciones de Vanda. La joven monja le hizo seña a la princesa para que guardase silencio y la siguiese. Caminaron de puntillas hasta una puerta disimulada con una pesada cortina. Entraron y se encontraron ante otra cortina, que apartaron ligeramente.

En una alta mesa de mármol estaba tendido Urión, con el cuerpo oculto en parte por el de Begga, que había querido atender personalmente a aquel que en otra ocasión contribuyera a salvar. Pero había llegado demasiado tarde para impedir que Vanda tuviese la revelación del verdadero sexo de aquel al que amaba como a una hermana mayor. Conmovida por aquella horrible mutilación, Vanda le exigió a Begga la verdad. La religiosa se la dijo lisa y llanamente, y añadió que la abadesa, que estaba al corriente de los hechos, había consentido en que se quedase en el monasterio, vestido con hábito de mujer, en calidad de sirviente... Las dos curiosas no perdían ni una palabra de lo que decía Begga. La religiosa se apartó un momento de la mesa en que estaba tendido y sin conocimiento el desdichado. Crotielda contuvo una exclamación: ¡Urión era un hombre, aunque verdaderamente no lo fuese, pero aún así era un hombre, disimulado bajo prendas femeninas! ¡Y en un convento de mujeres! ¡Y con la conformidad de la abadesa! Crotielda le hizo seña a Teudogilda de marcharse de allí.

Teudogilda, que sólo veía el aspecto divertido de la cuestión, dijo:

—He hecho bien al ir a buscarte, ¿verdad?

—Es muy interesante —dijo Crotielda, pensativa.

El rey Childeberto, bajo cuya autoridad estaba la ciudad de Poitiers, informado de lo que había sucedido en la basílica de san Hilario y en el monasterio de Santa Cruz, envió instrucciones al conde Maccon, ordenándole que reprimiese la revuelta, aunque respetando a las hijas de reyes. Gondogesilio, por su parte, escribió en su nombre y en el de los obispos presentes una carta dirigida a los prelados, que estaban reunidos con el rey Gontran, en la que les daba parte de los malos tratos infligidos por las rebeldes a los siervos de Dios. En respuesta, recibió palabras tranquilizadoras y el consejo de interceder una vez más ante el Señor para que llevase a esas

mujeres al arrepentimiento.

Al recibir copia de esta carta, el obispo Maroveo convocó a la abadesa Leboveria y le dijo que la leyese.

—En primer lugar, hija mía, recemos, como nos lo piden estos santos obispos, por nuestras ovejas descarriadas.

Se arrodillaron y rezaron cerca de un cuarto de hora.

—Levántate, Leboveria, siéntate y hablemos. No es conveniente que tú y tus hijas permanezcáis fuera de la clausura. Volveréis al convento, a Vanda y a los suyos sólo les interesan las provisiones que han robado. Este regreso al lugar al que han huido esas criaturas malvadas os dará una posición más fuerte cuando sea el juicio.

—Seguiré vuestros consejos. Mi mayor deseo es que cese este escándalo. Unas esclavas me han informado de que viven en el pecado y que cometen adulterio. Parece ser que una de ellas está encinta. ¿Cómo han podido llegar a eso? La mayoría de ellas eran buenas y piadosas.

—El diablo se ha introducido entre ellas y ha pervertido su espíritu y su corazón. Hace falta un castigo ejemplar que cuando llegue a conocimiento de todos, llene a la población de santo terror. Leboveria, como abadesa, estás investida de la autoridad deseada por la bienaventurada Radegunda, que en su carta a mi predecesor reclamaba para el monasterio, su abadesa y sus hijas, la protección de la iglesia de Dios y de los reyes en caso de que se atentase contra personas o bienes. Envía una copia de esa carta a los obispos y a los reyes.

—Bodovinia hizo muchas copias de lo que ella llama el testamento de santa Radegunda. Aquí están.

Al recibir esta carta, el rey Childeberto, que estaba asediado por las incesantes reclamaciones tanto de las fugitivas como de las religiosas del monasterio, encargó al presbítero Teutario que zanjase las diferencias que separaban a unas y otras. Confiando en el poder que le investía y en su reconocida habilidad para solventar las cuestiones más delicadas, Teutario convocó a las jóvenes para escucharlas pero ellas declararon:

—No vamos porque se nos ha retirado la comunión. Si merecemos quedar reconciliadas entonces nos apresuraremos a acudir a la audiencia.

Teutario dio parte de esa respuesta a Maroveo, que encargó al canónigo de la basílica del bienaventurado Hilario, Porcher, que fuese a ver a Gondegesilio y a los otros obispos de su provincia para que tuviese a bien conceder la comunión a las jóvenes. Los obispos se negaron. Confiando en el apoyo del rey Childeberto, Teutario se presentó ante los obispos, y consiguió la misma respuesta.

Capítulo decimoctavo

AÑO 590
RAPTO DE LEBOVERIA. REGRESO DE ALBIN. HORRIBLE MUERTE DEL BANDIDO POLIECTO. JUICIO.

El niño de Pelagia, un varón, nació en los primeros días del undécimo mes. Grandes fríos se habían abatido sobre el Poitou. La leña escaseaba en la basílica. Algunas religiosas prefirieron regresar con sus familias o pedir asilo en otros monasterios. Las que quedaban estaban decididas a no dejarse encerrar otra vez en un convento y a vivir en libertad. Sus deseos, por tanto tiempo reprimidos bajo la regla de san Cesáreo, estallaban ahora con una violencia que la prudente Begga, debilitada por la enfermedad, juzgaba severamente. Veía con horror que llegaba el día del juicio y temía los castigos que caerían sobre aquellas cabezas locas, castigos que ciertamente estarían a la altura de su abominable falta, aunque podían lanzarlas ya para siempre a la rebeldía y al pecado. Los cuidados de Vanda habían mitigado sus sufrimientos, pero no habían acabado con la causa del mal. Sabía que estaba perdida, sus conocimientos médicos no la engañaban. Pese a su profunda piedad, temía la muerte que se acercaba. En sus pesadillas veía dirigirse hacia ella a su bienamada Radegunda, que le decía.

—¿Qué has hecho con mis hijas? Te las confié y no has sido capaz de contenerlas en la pendiente del mal.

Veía a Cristo en la cruz, llorando lágrimas de sangre, que decía:

—Begga... Begga... ¿Dónde están mis esposas?

Entre Crotielda y Basina las discusiones eran cada vez más frecuentes. Cada una de ellas pretendía mandar sobre el pequeño rebaño, tener a su lado el mayor número de servidoras y esclavas. Vanda, cansada de sus gritos, se encerraba en sus habitaciones con Urbano para leer a los poetas griegos o escribir versos a la gloria de la fundadora del monasterio de la Santa Cruz, versos que hubiese querido enseñarle a Fortunato, si éste no hubiese quedado retenido por la reina Brunehaut debido a sus investigaciones sobre el origen de la niña que encontraron. Cuando el tiempo lo permitía y ya tenía bastante con permanecer encerrada, salía de caza con Cariulfo o Ansoaldo, o simplemente a galopar por los campos. Nadie a su alrededor aprobaba esas salidas. No siempre pasaría impunemente a través de las trampas tendidas por sus enemigos.

Mientras Vanda cabalgaba por el bosque con aaprente despreocupación, Cariulfo, Ansoaldo y sus compañeros se mantenían alerta, sobresaltándose con el menor ruido. Un día en que seguían a Vanda al galope por el camino de Tours, estuvieron a punto de matar a Albin, que había detenido su caballo ante el de su protegida. Se lanzaron sobre él, empuñando las espadas y no las bajaron hasta ver que Vanda se arrojaba en los brazos del joven y le cubría de besos llorando. cariulfo y Ansoaldo lo encontraron de inmediato antipático. Y no cambiaron de opinión cuando Vanda se los presentó. Ostentosamente, pasaron junto a los dos amigos y siguieron su camino sin volverse...

—Albin, hermano mío, qué alegría volver a verte. Qué guapo estás y qué fuerte. Pareces un príncipe.

El joven médico reía ante las palabras de aquella a la que había visto crecer.

—Y mi padre, Romulfo, ¿dónde está?

Se reunirá con nosotros mañana. Hoy había demasiadas cosas que le retenían en la granja. Háblame de ti. Has cambiado mucho. Cada vez estás más hermosa, pero no me gusta tu mirada; es inquieta y dura.

—Estoy inquieta, como has visto bien. Temo los excesos de Crotielda y temo por mí los días que han de venir. ¿Dura, dices? Me gustaría, y lo intento. Los hombres son tan malos.

—No son forzosamente malos. Tienen miedo.

—Yo también lo tengo.

El rey Childeberto le escribió a Vanda una larga carta en la que le ordenaba ir a la corte de su madre, la reina Brunehaut, y dejar de solidarizarse con las religiosas renegadas. Añadía que no podía vivir sin ella y que tan sólo la guerra contra los lombardos, y luego la llegada de los embajadores del rey Aptacario, habían impedido que fuese él mismo a buscarla.

Vanda le dijo que al término del proceso vería lo que tenía que hacer. El mismo correo remitió también una carta para Crotielda y Basina, en la que el rey las intimaba a someterse a la abadesa, que, según él decía, estaba dispuesta a perdonarlas.

Con esta lectura, Crotielda se encolerizó sobremanera. Llamó a Chulderico el sajón y a Poliecto, y les comunicó sus deseos de apoderarse del convento de Radegunda. Para convencerles, les describió un fabuloso tesoro que la abadesa, dijo, mantenía escondido. Les ordenó que no dijesen nada de esta expedición ni a Vanda, ni a Cariulfo ni a Ansoaldo.

—Elegid entre los vuestros, hombres decididos.

Una noche irrumpieron en el monasterio pasando por el subterráneo que lo unía con la basílica con la intención de raptar a la abadesa. Leboveria había mandado tapiar el pasaje, pero Crotielda ya lo había previsto. Atacaron la pared con picos y pronto fue derribada. Chulderico y Poliecto, seguidos por una quincena de hombres, erraron de acá para allá en busca del tesoro de la abadesa. No se oía un solo ruido, todo parecía abandonado. A la luz de una vela, entraron en el oratorio. Allí, rodeando a una de las suyas, que estaba tendida en el suelo ante el relicario de la Santa Cruz, vieron a las religiosas, que no pudieron contener unos gritos de terror.

—Que nadie le haga daño a este rebaño gritón —dijo Chulderico—. Coged sólo a la abadesa.

Los hombres se pusieron en acción. Uno de ellos, desobedeciendo, sacó la espada para cortarle la

cabeza a la desdichada mujer. Un cuchillo lanzado con fuerza le traspasó la base del cuello. Perdiendo sangre a raudales, se desmoronó. Aprovechando el desorden provocado por esta muerte, en la que algunas vieron la intervención de la divina Providencia, la priora Justina, después de apagar las velas, cubrió a la abadesa con el velo del altar que estaba ante la cruz del Señor. Los hombres volvieron sin haber dado con el que había matado a su compañero. Llenos de desesperación y de rabia, la emprendieron con las religiosas, les hirieron las manos, desgarraron sus hábitos y, en la oscuridad, se hicieron con la priora, a quien tomaron por la abadesa. Le arrancaron el velo, descubrieron sus cabellos y la llevaron a la basílica de san Hilario para ponerla a buen recaudo. Pero como el cielo se había aclarado un poco, cayeron en la cuenta de su error y, arrastrando a Justina, desmelenada, la volvieron al monasterio y tomaron a Leboveria, a la que una crisis de gota mantenía clavada en su sillón, y la llevaron a la basílica, a las habitaciones de Basina y pusieron ante la puerta unos hombres de guardia con la orden de no permitir que nadie se acercase a la cautiva. Volvieron sobre sus pasos, en busca del tesoro. Como no tenían luz, sacaron de la bodega un tonel que había contenido pez, y le prendieron fuego, y habiendo conseguido una gran linterna con este incendio, al no dar con el tesoro, desvalijaron o destruyeron todo el mobiliario.

Así, lo que temía Vanda acababa de ocurrir. Después de ese rapto, ningún rey ni obispo podía acudir en su ayuda. Ese nuevo crimen exigía un castigo inmediato.

Unos días antes, intrigada por los aires de conspiradora que adoptaba Crotielda, se dedicó a vigilarla. Sin embargo, no había averiguado hasta el último momento lo del ataque al monasterio y no había tenido tiempo de decírselo a sus amigos. Siguió al grupo. Viendo que aquel bandido estaba a punto de cortarle la cabeza a Leboveria, le lanzó el cuchillo. Y, como estaba desarmada, se retiró y volvió sobre sus pasos a la carrera.

La oscuridad la hacía correr más despacio. De repente, sintió el tobillo atrapado por unos dedos brutales, cayó en la arena del subterráneo, que amortiguó su caída, y ahogó un grito. Se volvió y un ser de aliento fétido se arrojó sobre ella con todo su peso. Las manos húmedas y frías se deslizaron por debajo de su túnica y se apretaron contra la piel suave y tibia de sus muslos. Vanda gimió con disgusto, y trató de soltarse con toda sus fuerzas.

—No te muevas, virgencita, estoy enfermo, pero soy muy fuerte. No debiste humillarme, mirarme como a un perro, hablarme como a un esclavo, tú y tus putitas las princesas. Ahora vas a ser mía, voy a hender tu bonito vientre de loba.

—Poliecto...

—Si, bruja, soy yo, yo, el primero que te besaré.

—No, tú no...

—Pues sí, seré yo, ya lo verás..., mira..., siente...

Un aullido desesperado perforó la noche.

Al regresar de la expedición, Crotielda y sus cómplices se llevaron las últimas provisiones del monasterio e improvisaron una orgía en los peldaños de la tumba de Radegunda. Las miradas de los siniestros compañeros de Chulderico brillaban ante los hombros y los senos descubiertos de Crotielda. El sajón la llevó detrás de la tumba y envió a buscar a las habituales compañeras de desenfreno de la princesa. Llegaron muy excitadas ante la idea de la fiesta, aunque sin embargo temerosas. No les gustaban los hombres del sajón, groseros y brutales, pero el vino y las especias les hicieron perder todo comedimiento.

Ingunda, una jugosa novicia rubia, con la piel tan sensible que la menor presión dejaba una marca en ella, fue la primera en responder al grosero deseo de Guntarico, mientras que Teudogilda sucumbía a los encantos conjugados de Unirico y Edobeco. En cuanto a Placidinia, descubrió a Crotielda y Chulderico haciendo el amor detrás de la tumba. Con una pesada copa de vino en la mano, bebiendo a grandes tragos, les miraba, sintiendo que en su vientre brotaba un deseo que tensaba sus senos, hasta resultar casi doloroso. Gimió a la vez que los amantes. Se quedó un largo rato mirándoles dormir. Como en un sueño, se arrastró hacia ellos y se acercó a Chulderico. El

sajón, en su reluciente desnudez, resultaba impresionante. Su torso que brillaba con la débil y temblorosa luz de una antorcha fijada en un resalte del sepulcro, estaba cubierto por un largo vello negro que bajaba y se aclaraba hacia el ombligo y el vientre, para espesarse otra vez alrededor de las ingles y de los muslos. Su sexo tierno y frágil descansaba inocente en esa sombría espesura. Los dedos de Placidinia se sentían irresistiblemente atraídos por esa fragilidad y, con una ligera caricia, se apoderaron del objeto de su anhelo, que respondió al apretón expandiéndose se placer. Chulderico abrió los ojos y, tras dirigirle una breve mirada a Crotielda, que dormía, atrajo hacia sí el cuerpo ávido de la hermosa monja. Penetró en ella como un navío hendiendo el mar. Los gemidos apenas sofocados de Placidinia perturbaron el sueño de Crotielda. Aún medio dormida, se quedó un momento mirándoles sin comprender lo que veía. El doble grito de gozo la lanzó aullando sobre la pareja. Agarró a la muchacha por el largo cabello y la lanzó rodando contra la pared. Tomando la espada del sajón, la blandió sobre su amante. Placidinia se lanzó inmediatamente sobre ella. Las dos mujeres rodaron por el suelo, en una confusión de brazos y piernas, rugiendo como perras en celo. El ruido de la pelea atrajo al resto de los bandidos que aún eran capaces de mantenerse en pie. Aplaudiendo y palmeándose los muslos, animaron a las luchadoras medio desnudas, cuyas trenzas sueltas se mezclaban con la tierra, la paja y el vino vertido. Placidinia sangraba con abundancia por la nariz y uno de sus ojos estaba medio cerrado; Crotielda, herida en una oreja y en el arco superciliar, estaba cubierta de sangre, como si la hubiesen desollado viva. Los hombres intentaron interrumpir la lucha. En la confusión, dos de ellos vinieron a las manos, se ensartaron mutuamente sus espadas y cayeron muertos sobre la tumba de la bienaventurada reina. Por fin consiguieron separar a las dos mujeres. Para quedarse definitivamente tranquilo, Chulderico las dejó sin sentido de sendos puñetazos y las hizo llevar por el subterráneo hasta la basílica. El resto del grupo les siguió tambaleándose. En el camino, hicieron un macabro descubrimiento. Cerrándoles el paso, colgado de uno de los salientes de la bóveda, se balanceaba el cuerpo mutilado de Poliecto. De su vientre abierto le colgaban las entrañas destrozadas de las que brotaba un olor infecto. El sexo, arrancado de su lugar, aparecía, para irrisión, en la boca del cadáver. En todo el cuerpo aparecían las huellas de profundos arañazos y había puntos en los que faltaban fragmentos de carne.

—¡Dios! ¿Quién ha podido hacer eso?

—Sólo el diablo...

—Es el signo de la cólera divina.

Dejando caer las antorchas y el botín, hombres y mujeres huyeron dando gritos de terror hacia la protección de aquel lugar de paz y de asilo: la basílica de san Hilario. Chulderico se quedó solo con Guntarico y Unirico y las dos mujeres, que seguían desvanecidas. Los vándalos las dejaron en la arena del subterráneo y se acercaron, pálidos, con las mandíbulas apretadas.

—Parece que algún animal salvaje se ha encarnizado con el feo Poliecto —dijo Unirico, inspeccionando las múltiples heridas.

—Parecen dentelladas de lobos —dijo Guntarico, considerando una de las heridas.

—¿De lobo? —dijo el sajón, pensativo.

Salieron del subterráneo cuando nacía el sol. Crotielda y Placidinia aún no habían vuelto en sí.

—Lobos —repitió Chulderico, mirando hacia las habitaciones de Vanda.

Lo que se cuenta aquí ocurría siete días antes de la Pascua.

El rapto de la abadesa, los crímenes cometidos junto a la tumba de Radegunda y ante el mismo relicario de la Santa Cruz, irritaron al extremo al obispo Maroveo, que envió a alguien ante las rebeldes para decirles:

—Liberad a la abadesa, que no quede retenida en esta prisión durante estos días de celebración, porque si no yo no celebraré los ritos de la Pascua del Señor y ningún catecúmeno será bautizado en esta ciudad. Si os negáis a liberarla, reuniré a la gente de la ciudad y la liberaré yo.

Crotielda llamó a los guardianes de Leboveria y les dijo:

—Si alguien intenta liberarla, matadla inmediatamente.

Flaviano, que estaba con ella desde hacía algún tiempo y a quien ella había elegido como intendente, intervino y consiguió hacerle cambiar de idea. La abadesa fue liberada y devuelta al

convento.

Próxima ya la Pascua, la tropa de Poliecto, que a pesar de la muerte de su jefe se mantenía unida, y las de Ansoaldo y Chulderico recorrieron las calles de Poitiers, empujando, insultando e hiriendo a los habitantes.

La arrogancia de Crotielda había llegado al colmo, tanto más cuanto que desde el día de la orgía nadie había vuelto a ver a Vanda, lo que le dejaba la posibilidad de mandar y actuar como le viniese en gana. Eso no era del gusto de Basina, que empezaba a sentir pena y remordimientos.

—He cometido un error al unirme a Crotielda, que me trata con desprecio y me ha hecho gravemente culpable a los ojos de Leboveria —gemía la muchacha.

Harta de sus gestos y suspiros, Crotielda le dijo:

—Bueno, pues vuelve a tu convento y sométete a la abadesa.

Basina hizo que la acompañasen al monasterio de la Santa Cruz y pidió ser recibida por aquella a la que había combatido tan cruelmente. Leboveria, apoyándose en Justina, a quien le debía la vida, se adelantó hasta la princesa arrepentida, quien, de rodillas, se humilló y pidió perdón. La abadesa la estrechó contra sí y la perdonó. Desgraciadamente, estalló una disputa entre los sirvientes de la abadesa y los que habían acompañado a Basina. Al verlo, la hija de Chilperico se retiró.

Las peleas se multiplicaban de día a día entre los grupos rivales, a los que perseguían los soldados del obispo y del conde. Los heridos y los muertos eran ya incontables. Al llegar hasta él estas noticias, el rey Childeberto le envió una embajada al rey Gontran para que los obispos de los dos reinos se reuniesen y reprimiesen mediante una acción canónica los actos que se cometían. El rey le ordenó a Gregorio, obispo de Tours, y con él a Erebegiselio de Colonia y a Maroveo de Poitiers, que acudiesen. Por su parte, el rey Gontran convocó a Gondegesilio y a los obispos de su provincia. Los prelados convocados mostraron su oposición diciendo:

—No iremos a ese lugar hasta que la rebelión que han provocado las princesas sea reprimida por la autoridad del juez.

—Maccon, entonces conde de Poitiers, mandó reprimir por la fuerza la sedición.

Desde la orgía en el sepulcro de Radegunda, Crotielda se comportaba de una forma que inquietaba a los suyos. Se mostraba ahora de buen humor y luego sombría, ahora encantadora y a continuación cruel. Al enterarse de que Chulderico era su amante desde hacía muchos meses, mandño arrojar a Placidinia a una mazmorra. Sus celos furiosos llegaron al colmo cuando, con gesto triunfante, la prisionera le dijo que esperaba un hijo del sajón. Chulderico, más valiente para la batalla que ante el furor de unas mujeres, rehuía a la princesa y participaba, con Cariulfo, Ansoaldo, Albin y Urbano en la búsqueda de Vanda, a la que nadie había vuelto a ver después de la atroz muerte de Poliecto.

También Urión había desaparecido, lo que hacía que Albin se mostrase menos inquieto que los demás. El joven médico supo por Crotielda y en sus mejores detalles del descubrimiento del verdadero sexo de la fiel servidora de Vanda. Incrédulo, hizo que Begga le confirmase estas circunstancias. Y ahora que sabía que Urión era un hombre, y conociendo su fuerza con las armas y su devoción hacia su señora, se sentía más tranquilo. Pero ¿estaba Urión con Vanda? Había examinado atentamente el cadáver de Poliecto. El origen de los mordiscos le dejaba perplejo: eran demasiado pequeños y no lo bastante profundos como para que fuesen de un lobo.

La pena de Romulfo era inmensa. Se reprochaba con lágrimas en los ojos no haber sabido proteger a la niña que Radegunda le confiara en su agonía.

Su hermano le reprendía sin miramientos, tratándole de mujercita en la ancianidad.

—Las lágrims no sirven de nada. Creo saber a dónde ha escapado Vanda. Estoy seguro de que está viva. Vamos en su busca.

¡*Ava*! Claro, se ha unido a la manada. tienes razón, Albin, está viva. Vamos, pero solos.

Durante muchos días los dos hermanos registraron los bosques de los alrededores, alimentándose de caza y raíces y bebiendo agua de los manantiales. Encontraron bajo un techo de ramas a un santo eremita de una delgadez y una suciedad repulsivas. Llevaba el cuerpo ceñido con un cilicio sujeto con cadenas y no comía más que pan seco y cubierto de moho mojado en agua. Fue el primero que les dio noticia de la muchacha.

—Temo por esa criatura, está dividida entre los seres humanos y los lobos, y temo que se aleje de Dios. Veo alzarse las pasiones a su alrededor, correr el oro y la sangre, coronas reales rodando en el barro, y sin embargo en el cielo brilla una luz lejana que tiene el brillo del diamante. ¡Que nuestro Señor Jesucristo la proteja! No ha nacido para ser presa de las fuerzas del mal, sino para brillar en las dulzuras del amor de Dios.

—Hombre santo, soy su padre y una reina fue su madre. ¿Puedes decirnos dónde está?

Está con sus compañeros de infancia. Ellos la protegen, su espíritu está confundido. Entre ellos no corre ningún peligro. Pero no es bueno que una criatura humana viva lejos de los de su raza. Id hacia poniente, y la encontraréis. Id con mi bendición.

El mismo día, a la hora de la puesta de sol, en un claro invadido por una luz rosada, junto a un monumento galo coronado por una cruz, la manada, rodeando a Vanda, parecía escuchar atentamente. Romulfo y Albin, con el corazón saltándoles de alegría, trataron de acercarse sin ruido. Desgraciadamente, una rama se rompió bajo sus pies. Con un solo y único movimiento, la muchacha y los lobos se irguieron y saltaron en dirección al ruido. Los dos hermanos se adelantaron hacia ellos. Vanda se detuvo en su carrera y con un grito breve ordenó a sus compañeros que se quedasen quietos. Sola siguió adelante, y luego se quedó quieta, como si dudase en su reconocimiento. Romulfo y Albin, con el corazón contrito, miraban a aquella criatura que permanecía en pie ante ellos. Su largo cabello dorado parecía crin de caballo descuidada, y estaba lleno de briznas, hierbas y musgo, las facciones quedaban ocultas por la suciedad, sus ojos hundidos y entrecerrados eran los de un animal, un poco de saliva le caía por el mentón, su sucia y desgarrada túnica, dejaba entrever su cuerpo depauperado; sujeta a la cintura, llevaba la piel de la loba que arrastraba por el suelo.

—Vanda, Vanda, no tengas miedo, son amigos.

Los dos hermanos se volvieron y vieron a Urión, que llevaba una rama de cerezo cargada de frutos, que dejó delante de Vanda.

tenía mucho miedo de que alguien distinto de vosotros diese con nuestro escondite.

Ava había reconocido a Romulfo y a Albin, les había olfateado y había vuelto a sus ocupaciones. La manada le había seguido.

Albin se acercó a Vanda, que se echó atrás de un salto, con el rostro convulso de miedo y cólera.

—Vanda, soy yo, Albin.

Ella frunció el ceño y sus rasgos expresaron sorpresa.

—Urión, explícamelo, se diría que no me reconoce.

—Aparte de mí y de los lobos, no reconoce a nadie.

Soy médico; ayúdame a examinarla y explícanos lo ocurrido.

Urión tomó a Vanda de las manos, la hizo sentarse hablándole en el idioma que tenían en común. Luego, hizo que una de sus manos fuese al encuentro de la de Albin. Al principio, la muchacha rechazó el contacto con una mirada de temor que le conmovió. Poco a poco, se fue tranquilizando, y acabó aceptando la caricia.

Romulfo, el coloso, lloraba en un rincón.

—¿Qué le han hecho a mi hija?

Con voz sorda, Urión inició su relato.

—Mientras pasaban los días, peor iban las cosas en el interior de la basílica. Los víveres escaseaban, las disputas entre Crotielda y Basina eran diarias, Begga se moría de desesperación y Vanda, a pesar de la orden del rey Childeberto, se negaba a abandonar a las religiosas y novicias que aún quedaban. Trataba de mantener una apariencia de organización, pero eso era imposible con todos aquellos bandidos que había reclutado Crotielda. Una noche, Vanda, inquieta, como no podía dormir, salió de sus habitaciones cubierta con la piel de la loba. La seguí sin que me viese. Fuimos por el subterráneo que une el monasterio y la basílica y, cuando estabamos allí, vimos que los asesinos se arrojaban sobre la abadesa. Vanda fue más rápida que yo; lanzó su cuchillo y mató a uno de aquellos bárbaros. Como no le quedaba arma alguna, se fue de allí. Para desviar su búsqueda, corrí en dirección opuesta a la que había tomado Vanda haciendo el mayor ruido posible. Todos los bandidos se precipitaron sobre mis huellas. Les eludí con facilidad y volví al

subterráneo. Ya había recorrido la mitad de camino cuando el grito de un hombre como nunca lo había oído antes me inmovilizó, helado de terror. Pronto oí otro aún más atroz, seguido de unos gemidos odiosos, que resonó bajo las bóvedas. Corrí hacia esos gritos. Y allí, a la luz de una antorcha caída en el suelo... Oh, no, no puedo seguir...

—Te lo ruego, por favor, continúa; para salvar a Vanda, hemos de saber lo que pasó.

—Allí estaba Vanda, despojada de la túnica, desnuda, con el rostro y el cuerpo manchados de sangre, con los ojos enloquecidos, blandiendo en la mano... qué cosa tan horrible... un trozo de carne. En el suelo, convulsionándose presa de horribles sufrimientos, estaba Poliecto, el enfermo, con las dos manos crispadas entre las piernas, intentando contener la sangre que se le salía a borbotones. Vanda se acercó al herido y agitó ante sus ojos lo que tenía en la mano. El desdichado se incorporó y tendió una mano para tomar lo que le pertenecía. Vanda jugó con él un buen rato, alargándole y retirándole aquella parte de él mismo que tanto deseaba el bandido. Agotado, acabó derrumbámdose profiriendo insultos. Riendo, Vanda le dio un violento puntapié en la herida. Su aullido debió de oírse en el calabozo más profundo. Agobiado por el dolor, se desvaneció.

Urión calló un momento, con el rostro cubierto de lágrimas, mientras Romulfo de rodillas sollozaba; Albin, pálido como la muerte, acunaba contra su pecho a la hija de los lobos que se había quedado dormida, con una sonrisa angelical en los labios.

—Lo que ocurrió a continuación fue obra del demonio... Vanda recogió la piel de la loba que había caído al suelo del subterráneo, anudó las patas delanteras alrededor de su cuello, puso la cabeza sobre la suya y con el cuerpo agitado por estremecimientos, se inclinó sobre su inanimada víctima. Cuando volvió a levantar la cara, tenía entre los dientes una tira de carne sanguinolenta. Sus uñas arañaron el pecho y el rostro del desventurado. Esos nuevos dolores le reanimaron y le dieron fuerzas para reaccionar. Sus manos se cerraron en el frágil cuello de Vanda. Yo salté y golpeé a Poliecto. Mi señora se levantó batiendo palmas, riendo y saltando alrededor del bandido. Me arrastró a su danza y, como ella, me volví loco. El olor de la sangre, de los excrementos, del sudor, del musgo del subterráneo y de la resina de la antorcha, las sombras diabólicas de las paredes, las risas burlonas de los espíritus del mal, todo eso se apoderó de mí y me puse a imitar en todo a Vanda. Desgarramos con nuestros dientes y uñas el cuerpo aún vivo. Yo estaba fascinado por aquella horrible herida, y en mí mismo, en el mismo lugar, sentía un dolor sordo. En mi ánimo se sucedían imágenes sangrientas. Me parecía que, como a aquel hombre, algo me faltaba. Yo ya conocía el cuerpo desnudo de Vanda, había visto con claridad que era distinto del mío, pero yo había creído hasta entonces que todas las sirvientas eran así. Pero allí, ante aquel ser mutilado, comprendí que a mí me había ocurrido lo mismo. Entonces, una niebla roja invadió mi espíritu y no recuperé la razón hasta encontrarme bajo la Piedra Levantada donde Romulfo encontró a Vanda.

»Dormíamos pegados el uno al otro entre los lobos de la manada de *Ava*. ¿Cómo llegamos hasta allí? No lo sé. Seguimos a los lobos en sus desplazamientos. Vanda parecía feliz, pero ya no hablaba, por lo menos en lenguaje humano.

Agitado por los sollozos, Urión dejó de contar. Con el ceño fruncido, Alfin reflexionaba. Sacó de una bolsa un frasquito que contenía un líquido ambarino, y deslizó unas gotas entre los labios de Vanda.

—Ahora dormirá profundamente. Romulfo, vamos a llevarla a la basílica, y allí la cuidaremos.

—¿Por qué a la basílica? Estaría mejor en nuestra casa.

—No. En cualquier momento pueden aparecer los soldados del obispo o del conde y llevársela. No somos bastante para garantizar su defensa. Sólo estará segura tras los santos muros.

—Sin duda tienes razón, hermano mío —dijo Romulfo, con su rostro expresando profunda tristeza.

—Urión, ¿puedes hacerle entender a *Ava* que nos llevamos a su hermana y que nos sigan él y su manada para proteger nuestro regreso?

Urión se dirigió hacia los lobos, que formaban semicírculo y miraban a los hombres. Al acercarse Urión, se levantaron. Sin duda entendieron lo que se esperaba de ellos porque fueron a la zaga de los hombres.

Albin instaló a Vanda delante de él y la cubrió con un amplio abrigo oscuro. Romulfo llevó a Urión a la grupa, y así salieron del bosque.

Los lobos les acompañaron hasta las puertas de la basílica, que se abrieron cuando los de dentro

reconocieron a los que pedían asilo. El obispo y el conde fueron inmediatamente advertidos del regreso de Vanda y de las circunstancias de ese regreso.

—los lobos, siempre los lobos —murmuró Maroveo—; ¿y alguien pretende que esta muchacha de apariencia humana imaginada por el demonio no sea de esa especie?

Ludovina y las sirvientas dieron un prolongado baño a Vanda, y le lavaron el cabello, que hubo que cortar de tan enredado como estaba. Con el cuerpo untado con aceites perfumados, vestido con un hábito de lana blanca, con un velo del mismo color cubriendo su cabello corto y rizado, con la frente ceñida con oro, parecía un ángel inocente caído del cielo.

Poco a poco, los cuidados solícitos y atentos de Begga y Albin dieron sus frutos: Vanda recobró la razón, aunque con ella también recuperó sus miedos y sus lágrimas. Ya no recordaba la noche del subterráneo. El tiempo se había detenido para ella en el momento en que el bandido caía sobre la tumba de Radegunda. De lo que siguió no le quedaba más que una sucesión de imágenes confusas. Begga no sobrevivió a tantas alarmas y penas. Murió pidiéndole perdón a Dios y a su abadesa, y confiando a Vanda a la Divina Providencia.

Esta muerte unió a las tres princesas. Las tres habían querido con gran ternura a aquella mujer que había cuidado y protegido sus infancias. La lloraron estrechamente abrazadas las tres, y velaron sus despojos durante tres días.

Ése fue el momento que eligió Maccon, conde de Poitiers, para invadir la basílica. La batalla fue terrible. Los bandidos fueron apuñalados, heridos con mazas y muertos a punta de espada. Al ver lo que ocurría, Crotielda tomó de la iglesia donde se había refugiado una pesada cruz y se encaró con los asaltantes, diciendo:

—Os ruego que renunciéis a hacerme violencia, porque soy reina, hija de un rey y prima de otro rey; renunciad, porque llegará el momento en que me cobre venganza.

La multitud que había seguido a los soldados, sorda a esta orgullosa conminación, se precipitó al interior de la iglesia insultando a los rebeldes. Cariulfo, Urbano, Ansoaldo, Juliano, Chulderico, Albin, Unirico, Romulfo, Guntarico, urión y Vanda lucharon con valor, pero sucumbieron al mayor número. Todos fueron heridos. Juliano murió. Por parte del populacho y de los soldados, la carnicería fue espantosa. Hubo muertos y heridos por docenas. La iglesia parecía un gigantesco matadero que contemplaban horrorizadas las monjas que rodeaban a Crotielda, mientras ésta seguía apretando la cruz contra su cuerpo.

Los soldados victoriosos encadenaron a sus prisioneros, los ataron a unos postes que había ante el santo lugar, les golpearon cruelmente, cortándoles a unos el cabello, a otros las manos, a algunos las orejas y la nariz. Reprimida de ese modo, la revuelta cesó.

Vanda, Crotielda, Basina, las religiosas, las novicias y sus sirvientas quedaron confinadas en celdas estrechamente vigiladas a la espera del día del juicio.

Prisioneros en las malsanas mazmorras del conde de Poitiers, Romulfo, Albin, Cariulfo, Ansoaldo y Urbano consiguieron escapar. Unos días después fue el turno de Chulderico, a quien le habían cortado el bigote y las trenzas, y había jurado vengarse de tal afrenta. El feo Guntarico, que ya era tuerto, había perdido la nariz en la lucha, y escondía su horrible herida con una máscara de hilas sucias que aún le hacía más inquietante. En cuanto a Unirico, éste había pagado con sus dos orejas su ayuda a la rebelión de las monjas.

Los dos grupos volvieron a encontrarse en los bosques, que era el único lugar propicio para segurar su retirada. Pronto la discordia hizo su aparición entre ellos. El grupo de Romulfo sólo pensaba en liberar a Vanda, y eventualmente a las otras muchachas, y el de Chulderico sólo pensaba en vengarse. Sin embargo, llegaron al acuerdo de no iniciar ninguna acción antes del juicio.

En la prisión, Placidinia dio a luz a un niño, que resultó parecerse mucho a su padre, lo que encolerizó de tal manera a Crotielda que todos temieron por la vida de la madre y del niño.

Finalmente llegó el día del juicio. El tiempo era de una notable suavidad. El cielo del Poitou

estaba azul y sin una sola nube. Las religiosas, las novicias y Vanda se dirigieron en procesión a la capilla de la basílica de san Hilario, donde se encontraba el tribunal. Iban vestidas con el hábito de su orden, y todas llevaban un largo velo, a excepción de Vanda. Las tres princesas habían ceñido sus frentes con la diadema real. Los soldados del conde de Poitiers formaban una barrera entre la muchedumbre y las mujeres para protegerlas contra eventuales ataques. Aunque no hubo necesidad de ello; pasaron entre un silencio impresionante, que para algunas era el peor insulto. Entraron en la iglesia, que les pareció helada después de estar al sol de la mañana de verano.

Los miembros del tribunal se sentaban en lo alto de los peldaños del altar, cubiertos con alfombras. Los representantes de los reyes y los obispos, con sus vestiduras sacerdotales, ocupaban sillones de madera oscura y trabajada. Tras ellos estaban los clérigos y los diáconos, y delante, sentados en taburetes, con una tabla sobre las rodillas, estaban los escribas. Frente a ellos había dos filas de banco para las monjas. Tras ellas, los soldados, vueltos de espaldas al tribunal, hacían frente a la muchedumbre que entraba en silencio. A la derecha del altar se encontraban Leboveria y sus religiosas.

Vanda entró en primer lugar. La interrogó aquel monje que ya le había causado tan desagradable impresión:

—Vanda, hija de Radegunda la bienaventurada y de Romulfo el galo, ¿por qué no llevas el velo de las hijas de Dios?

—No tengo derecho a llevarlo, no soy monja.

—¿No has sido educada para ese fin?

—No. Mi amada madre creía que yo no iba ser una buena religiosa.

Una risa recorrió la concurrencia.

—Silencio —aulló un capitán.

El obispo Maroveo tomó la palabra:

—Propongo a la honorable asamblea que examine aparte el caso de esta muchacha. Sus crímenes son grandes, pero menores, sin embargo, que los de las demás mujeres aquí presentes, ya que es cierto que nunca hizo los votos.

—Sin embargo —dijo el obispo Gondegesilio de Burdeos, presidente del tribunal—, es cómplice de los que nos golpearon aquí mismo.

—Será juzgada por eso, no por mancillar sus compromisos.

—Si ellas son culpables —dijo Vanda señalando a sus compañeras arrodilladas—, yo lo soy tanto como ellas.

—Retírate, hija de Radegunda, no temas, se te juzgará de acuerdo con el alcance de tus faltas.

Vanda volvió a su lugar. Llamaron a Crotielda. Profirió contra la abadesa injurias que el tribunal consideró odiosas y que a Vanda le parecieron inútiles. Insistieron en saber qué acusación concreta tenía que formular contra Leboveria. Crotielda pareció dudar un momento, y se volvió hacia la multitud. Cuando volvió a mirar al tribunal, en su bonito rostro había una expresión de maligno triunfo.

—Acuso a la abadesa de ocultar en el monasterio a un hombre vestido de mujer. Vedle ahí —añadió volviéndose y señalando a Urión, que intentó huir.

Pero la muchedumbre hostil se lo impidió y lo entregó a los soldados.

—Que le traigan aquí —dijo el obispo de Burdeos.

Vanda se inclinó hacia Crotielda.

—No tenías derecho a hacerlo. Nunca te lo perdonaré.

Urión, vestido de mujer, se mantenía desmañadamente ante los jueces.

—Dinos, ¿es verdad lo que dice esta mujer?

Sólo supe la verdad hace poco. Como no era verdaderamente un hombre, la abadesa Agnès permitió que llevase vestidos de mujer y que me quedase con Vanda, mi señora. La abadesa Leboveria nunca lo supo.

Crotielda, viendo el embarazo del tribunal, tomó la palabra.

—Este hombre no sabe lo que dice. ¿Cómo podría una abadesa todopoderosa en el convento ignorar tal cosa? ¿Qué santidad puede haber en una mujer consagrada a Dios que transforma a hombres en eunucos y les obliga a vivir con ella, según la costumbre imperial?

La abadesa respondió a lo que se le preguntaba diciendo que no sabía nada de esa cuestión,

aparte de que había encontrado a Urión en el mismo lugar que a Vanda y que procedía del mismo país que ella.

Al oír el nombre del sirviente eunuco, Reovaldo, médico en jefe, que estaba entre la multitud, recordó la dramática operación practicada con ayuda de Begga, pidió comparecer ante el tribunal, y dijo:

—Un niño que tendría una edad de unos seis años, y al que habían herido los lobos, llegó al monasterio de Radegunda llevado por una gala que le había recogido. Ante su impotencia para curarle, Begga, con autorización de la abadesa Agnès, hizo que me llamasen, así como a Marilief, que era entonces médico del rey Chilperico. Ante la extensión del mal, tuve que operar como se lo había visto hacer a los médicos de Oriente. Cuando murió su madre adoptiva, la santa reina Radegunda y la abadesa Agnès, le autorizaron a quedarse junto con Vanda, después de vestirle con ropas de mujer. La abadesa Leboveria no estaba en antecedentes de ello.

El tribunal le agradeció a Reovaldo su testimonio. El presidente declaró suspendida la sesión. Los obispos ya se levantaban para ir a descansar un poco cuando un murmullo y luego unos gritos procedentes de la muchedumbre atrajeron su atención.

Los asistentes se apartaron y se vio a una criatura descarnada y cubierta de harapos, con los escasos cabellos grises coronando la cabeza más lamentable que cupiese imaginar. Se apoyaba en un bastón. Andaba gesticulando, blandiendo su báculo en dirección a los obispos estupefactos. A cada paso que daba desprendía un olor tan repugnante que los soldados, aun siendo gente poco delicada, se apartaban a su paso. Llegó así al pie del altar y, estirando su espalda de jorobada, se dirigió al tribunal señalando a Leboveria con un dedo delgado y ganchudo.

—Acuso a esta mujer de haber fornicado con el demonio.

Un grito de horror escapó de todas las bocas mientras la abadesa caía de rodillas, tendiendo los brazos al cielo.

—Dios todopoderoso, protégeme contra las palabras de esta demente.

—Te acuso de haber matado niños, de haber vendido vasos sagrados a los judíos.

Diciendo estas palabras, inició una especie de danza espantosa y obscena.

En nombre de Dios, mujer, detente, y dinos quién eres.

—Fue ella quien mandó que me encerrasen, quien me privó de los alimentos. ¡Oh, maldita! ¡Y malditas sean también Radegunda la reina y Agnès la abadesa! La abadesa... ¡ah! la abadesa... Ahhhhhh...

Se derrumbó en el suelo, con baba en los labios y presa de convulsiones que agitaban su cuerpo en todos los sentidos.

En pie, el presidente del tribunal se dirigió a la abadesa, cuyo rostro cubierto de lágrimas mostraba el más profundo dolor.

—¿Conoces a esta desdichada?

Con voz casi inaudible, entrecortada por los sollozos, Leboveria respondió:

—Es Veneranda, la reclusa... Un día en que la bienaventurada radegunda y la abadesa Agnès fueron a visitarla, se escapó de su celda profiriendo insultos y blasfemias... A pesar de las buenas palabras de la reina, consiguió escapar y se lanzó desde lo alto de las murallas..., corrimos en su busca, pero ya había desaparecido... y luego nunca la hemos vuelto a ver...

—Conozco a esta pobre criatura. Su locura es conocida desde hace tiempo. No hay que darle importancia a lo que dice —declaró el obispo Maroveo.

—Confirmo en todos los sentidos lo que acaba de decir mi hermano —dijo el obispo Gregorio.

—Así pues, el tribunal no tendrá en cuenta unas palabras pronunciadas bajo la influencia de la locura y, quién sabe, no lo quiera Dios, por el demonio. Soldados, llevaos a esta mujer.

Pero cuando los soldados se acercaron para llevársela, ella lanzó un gran grito, su cuerpo se arqueó con violencia y cayó como roto al suelo. El médico Reovaldo se adelantó y se inclinó sobre ella.

—Ha muerto —dijo, volviendo a alzarse.

—Que se la lleven, y roguemos a Dios que en su infinita misericordia perdone a Veneranda, que fue durante mucho tiempo su fiel servidora, antes de que la locura oscureciese su espíritu —dijo el obispo Gondegesilio.

Las religiosas tuvieron que sostener a Leboveria para ir al comedor, donde se había servido un tentempié antes de la reanudación de la audiencia. La abadesa no pudo tomar más que un poco de agua.

Llevaron a las acusadas a una sala cuidadosamente vigilada. La mayoría de ellas fueron incapaces de tomar nada, con excepción de Vanda y Crotielda, que devoraron los alimentos que se les presentaron.

—Malditos sean estos obispos que han rechazado el testimonio de Veneranda —refunfuñó entre dientes Crotielda.

—¿No creerías que iban a tomarse en serio lo que dijese una loca? —dijo Vanda, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no? Dios habla a veces por boca de los locos.

—No importa lo que digas; mejor sería que buscases alguna otra cosa que hacer para que condenen a la abadesa.

—Ya no sé qué más inventar. Nada funciona —dijo quejosamente Crotielda.

—Nada funciona porque todo es falso y el tribunal no desconoce tu mala fe.

—¿Qué me aconsejas?

—Manténte tranquila y trata de escapar.

—Escapar, y ¿cómo? Mis amigos han muerto, han huido o han caído prisioneros. Por otra parte, el tribunal no se atreverá a condenarme. ¿Acaso no soy hija y pariente de reyes?

—En tu lugar, yo no contaría demasiado con la indulgencia de los obispos. Por mi parte, no voy a esperar...

—¿Tú? ¿Qué arriesgas tú? No eres religiosa, lo han reconocido.

—Corro toda clase de riesgos. Aparte de Gregorio, todos creen que soy bruja. Y en cuanto a Maroveo, con él las cosas son más complicadas: a él le gustaría que fuese bruja.

—¿Y si fuese verdad? ¿Y si fueses una bruja? Ya que haces que los lobos te obedezcan...

—¡Los lobos! No seas ridícula. Si fuese bruja, no estaría aquí.

Tuvieron que interrumpir la conversación ya que iban a buscarlas para reanudar la audiencia.

—¿Tenéis otras acusaciones que hacer contra vuestra abadesa? —dijo con triste ironía el presidente.

—Jugaba a los dados...

—Nos tenía en la más absoluta desnudez...

—Celebraba bodas en el monasterio...

—Le hizo a su sobrina un vestido con un lienzo del altar...

—Daba permiso a los hombres para bañarse en nuestra alberca...

—No nos alimentaba...

Las acusadas hablaban todas a la vez; sólo las tres princesas callaban. Pálido de cólera contenida, Gondegesilio se levantó.

—Callad, desdichadas, no añadáis al horror de vuestra conducta el de la mentira.

—No mienten, señor obispo. Pregúntele a la abadesa —dijo Crotielda con un encogimiento de hombros.

El anciano volvió a sentarse pesadamente y, con aire fatigado, se volvió hacia Leboveria, a la que sostenían dos religiosas.

—¿Qué tienes que responder a eso?

La abadesa se adelantó titubeante y se arrodilló llorando ante el tribunal.

—Señores, bendecidme. Es verdad, jugaba a veces a los dados, pero no creía que eso estuviese mal, nuestra regla no lo prohíbe... Jugábamos en tiempos de la reina Radegunda, nuestra bienaventurada fundadora... Es falso que a estas muchachas les faltasen vestidos ni alimento... Tenían que vestir con sencillez y alimentarse con sobriedad, como lo dice la regla... Nunca hubo bodas en el monasterio... Mi sobrina estuvo en él antes de casarse, cuando estaba prometida... La seda utilizada para el vestido de mi sobrina me la dio una religiosa que la había recibido de sus padres... En cuanto a los baños... Se hizo la alberca en cuaresma. El ambiente y el olor de la cal

eran tales que les pedí a los obreros y a los sirvientes que la utilizasen hasta que el inconveniente hubiese desaparecido...

—Y luego siguieron bañándose —dijo Crotielda, interrumpiéndola.

—Si fue así, ¿por qué nadie me dijo nada?

Leboveria, ¿tienes algo que añadir? —dijo el presidente.

—Si he cometido grandes faltas, pido un castigo justo, y si no que recen por mí, ya que no he sabido proteger a mis hijas del pecado.

—¿Creéis que a la abadesa se la ha encontrado culpable de adulterio, de brujería o de homicidio? —les preguntó el monje a las monjas rebeldes.

Y ellas contestaron que no lo sabían y que no tenían nada que añadir.

El tribunal se retiró a deliberar. El veredicto quedó pospuesto para el día siguiente.

Al día siguiente, las acusadas presentaban un aspecto derrotado. Leboveria y los obispos no se encontraban en un estado más brillante. Tan sólo Vanda parecía descansada.

El Tribunal dio su veredicto. Confirmaba la excomunión y ordenaba que las rebeldes no volviesen nunca al lugar de sus crímenes, que fuesen devueltas a sus padres, si éstos querían acogerlas, o que fuesen encerradas en un convento lejano o que se las dejase en libertad para ir adonde quisiesen.

Un pesado silencio siguió a la lectura del veredicto. Las condenadas derramaron lágrimas y entre la muchedumbre algunas mujeres también lloraron. Para aquellas almas creyentes y supersticiosas, no había nada más terrible que verse privado de la comunión, quedar excluido de la santa Iglesia.

El obispo Gregorio tomó la palabra.

—Que Dios os inspire un sincero arrepentimiento, hijas mías. Estoy seguro de que nuestra santa madre la Iglesia volverá a acogeros en su seno.

Capítulo decimonoveno

BASINA VUELVE AL MONASTERIO. VANDA, PRISIONERA DE MAROVEO, CONOCE LA VERDAD SOBRE SU NACIMIENTO. MUERTE DE ROMULFO. PARTIDA DE ALBIN.

Llevaron a las excomulgadas fuera de la ciudad, a una vivienda perteneciente al obispo, donde fornidas y severas matronas se hicieron cargo de su vigilancia. Con la ayuda de esclavas y sirvientas, les cortaron el cabello, y tuvieron que ser muchos quienes se lo cortasen a Crotielda porque se debatía jurando vengarse. La muchacha lloró la pérdida de su cabellera morena durante tres días. El cuarto, pasó a la acción. Le dirigió una petición al rey Childeberto, denunciando a ciertas personas que no sólo habrían cometido adulterio con la abadesa, sino que incluso habrían llevado mensajes diariamente a su enemiga, la reina Fredegunda. Ante estas noticias, el rey envió soldados para que arrestasen a esas personas, pero tras hacerse una investigación se descubrió que todo era falso.

Las escenas entre las dos primas fueron haciéndose cada vez más frecuentes. Basina le reprochaba a Crotielda que la hubiese arrastrado con ella a la rebelión contra la abadesa, lloraba diciendo que iba a morir en pecado mortal. Le escribió a su tío, el rey Gontran, pidiéndole que interviniese ante los obispos para conseguir su perdón, y prometía reconciliarse con la abadesa al regresar al monasterio y no volver nunca a transgredir la regla. Convocada ante los obispos aún presentes en Poitiers, la hija de Chilperico se prosternó a sus pies y les pidió perdón. Gracias a la intervención de los reyes, fue integrada de nuevo en la comunión, lo mismo que Crotielda, quien declaró solemnemente que mientras Leboveria siguiese en el monasterio ella no volvería a entrar en él.

Así, los caminos de las princesas se separaban. Se miraron prolongadamente y se besaron llorando.

Basina regresó al convento mientras llevaban a Crotielda a una casa, regalo del rey Gontran, que

estaba a orillas del Gartempe. Nunca se volverían a ver. Ultrogoda y Teudogilda siguieron a Crotielda a su exilio dorado. El rey Gontran había hecho bien las cosas: las tierras eran ricas y estaban bien cuidadas, los esclavos y domésticos eran numeroros, y la casa era cómoda, disponiendo de todos los elementos del modelo romano.

Pasaron unos meses. Crotielda se aburría. Escribió a Chulderico, intentando convencerle de que fuese su intendente. Pero poco después de enviar la carta supo que había muerto. Su pena sorprendió a sus compañeras. En su dolor, recordó al hijo del sajón y ordenó a sus servidores que saliesen en busca de Placidinia y de su hijo.

Transcurrieron días de espera e impaciencia. Un día regresaron los enviados bajo una lluvia persistente. Crotielda se precipitó hacia ellos.

—¿Le habéis encontrado?

Su pregunta quedó sin respuesta: una mujer de edad indefinida, vestida con ropas ordinarias, con el cabello corto mojado y pegado a su estrecha frente, descalza, entró empujada por el capitán, manteniendo abrazado un paquete de hilas, del que brotaban unos débiles gritos. Una vez ante la princesa, la desventurada se arrojó a sus pies sin decir palabra.

—Placidinia...

Crotielda no se sintió afectada por el más leve asomo de piedad sino que una perversa alegría la invadió ante la decadencia de su rival. Se inclinó hacia ella, pero la otra se echó atrás apretando a su hijo contra su cuerpo.

—No tengas miedo. Os he mandado buscar para salvaros. Dámelo.

La mirada de Placidinia expresó sucesivamente miedo, duda y esperanza. Con un ademán lento, le tendió a su hijo. Crotielda lo tomó, apartó los paños que lo ocultaban y contempló prolongadamente al bebé que en ellos se agitaba.

—Cuánto se parece a su padre...

Placidinia se puso en pie.

—Devuélvemelo. He de alimentarle.

—No te preocupes, ya me hago cargo yo de eso. Vamos a bañarle y a ponerle ropa limpia. Guardias, llevaos a la madre y que se la trate de acuerdo con mis instrucciones.

A pesar de sus gritos y súplicas, se llevaron a Placidinia para arrojarla a las profundidades de un subterráneo dividido en celdas minúsculas, sin luz ni aire. Antes de cerrar la puerta ante ella, le mostraron un cuenco de agua y un trozo de pan depositados en el mismo suelo.

Durante horas, la prisionera gritó y gritó, suplicó, lloró, arañando las paredes de su prisión, desgarrándose los dedos en la piedra y los labios en la madera de la puerta. Al fin, agotada, se desvaneció en la fría humedad de su mazmorra. Mientras tanto, Crotielda descubría en sí sentimientos maternales.

Después del proceso, separaron a Vanda de sus compañeros y la llevaron con su sirvienta Ludovina a unas habitaciones de la casa del obispo en Poitiers, en contra de la opinión del obispo de Tours, que quería que se la llevasen al rey Gontran según los deseos claramente expresados de la reina Radegunda. Maroveo dijo que aún le quedaban algunas cosas oscuras y que tenía que hablar de ellas con Vanda. Como aquella no era su diócesis, Gregorio tuvo de claudicar, aunque le escribió a Brunehaut para ponerla al corriente de la situación y pedirle que interviniese. Asimismo, le envió un mensajero a Romulfo, diciéndole dónde se encontraba su hija.

Vanda pidió ver a Urión. Le respondieron que era imposible introducir a un hombre junto a ella, aunque ese hombre no fuese ya un hombre. Ella insistió, diciendo que quería tener noticias suyas, y le dijeron que como el tribunal no tenía nada contra él le había aconsejado que saliese de Poitiers y que se abstuviese en adelante de llevar ropa de mujer. Y ya no se le había vuelto a ver.

El obispo Maroveo invitó a Vanda a comer. Para seducirle, Vanda cuidó muy especialmente su aspecto. Vistió una túnica sin mangas de un color verde luminoso, con galones bordados de verde más oscuro con ribetes rojos, y debajo una prenda larga roja de amplias mangas que dejaban aparecer las mangas más estrechas de la blanca camisa. Un largo velo blanco bordado con flores

rojas y verdes coronaba su cabeza de cabellos aún cortos y le caía hasta los pies, alzándose airosamente por delante, descansando con negligencia en un brazo. La diadema real brillaba en su frente. Tras ella iba Ludovina, vestida con una corta túnica de lana roja.

Vanda se adelantó hacia aquel que sabía que era su enemigo. Se detuvo un momento al entrar en el comedor: Maroveo no estaba solo; junto a él estaba el monje cuya mirada era suficiente para que ella se sintiese incómoda.

—Adelante, hija mía, no tengas miedo, sólo queremos tu bien. Pero, ante todo, comamos, como diría tu amigo Fortunato.

Al oír el nombre de aquel amigo de quien no tenía noticia alguna, Vanda tuvo que esforzarse por contener las lágrimas.

—Siéntate. Espero que la comida sea digna de la glotonería de nuestro amigo.

La comida se sirvió al estilo romano. Vanda, con un nudo en la garganta, se tendió entre aquellos dos hombres a los que temía. Tras unas finas cortinas surgió un canto acompañado por una flauta.

—Me gusta mucho comer con música —dijo Maroveo, voluptuosamente.

Un joven esclavo le ofreció a Vanda una copa en la que había un brebaje de un delicado color rosa, y ella la rechazó.

—Puedes beber sin miedo, hija de Radegunda. Esa bebida sólo tiene cualidades. Gracias a ella es más fácil decir y escuchar la verdad. Bebe.

Vanda tomó con desgana un sorbo y quedó gratamente sorprendida por el sabor maravilloso y exquisito y por el perfume que invadía su paladar. Golosamente, volvió a beber ante la mirada satisfecha del obispo. Rápidamente se sintió tranquila y distendida, y respondió a las preguntas del monje con buen humor.

—¿Sabes de dónde eres?

—No. Fortunato creía que venía del país de los ávara.

—Eres hija del rey Zamergan, de la tribu de los kutrigur. Tu padre murió guerreando contra los utrigur, a los que mandaba su primo, hijo de Sandij. Tu madre, hija del rey de los alanos, Saros, y de una princesa ávara, huyó con una sirvienta de su raza y con el hijo de aquél, que tenía cuatro años. Tú naciste poco después, en la pobreza.

»Tu madre, que temía por tu vida, se resignó a pedirle asilo al emperador de Oriente; pero sus enemigos le perseguían y se dirigió a las Galias. ¿Cómo llegó a las proximidades de Poitiers? Nadie lo sabe. Así pues, es cierto que eres de noble cuna. Y eso no es todo. Por tus venas corre también la sangre maldita del rey de los hunos que asoló el mundo, Atila.

—¿Atila? —dijo Vanda, con una gran carcajada—. Atila. Entonces, monje, puedes tener todo el miedo del mundo. Soy hija de Atila... hija de los lobos... son vínculos temibles y poderosos.

—No te rías, desdichada. hubiese sido mejor para ti no haber nacido.

—Explícame: ¿cómo puede ser que descienda del señor de los hunos?

—Cuando murió el hijo de Atila, Denjizij, los jefes de las tribus hunas se separaron y volvieron a la vida nómada. Los kutrigur, al mando del nieto de Denjizij, se instalaron al noroeste del mar de Azov después de largos años de andar errantes. Kinialj, jefe de los kutrigur y padre de tu padre, abandonó el campamento con doce mil de sus hombres para apoyar a los cepidios en su guerra contra los lombardos. Habiendo llegado a una tregua, cruzaron el Danubio, y eso desencadenó las iras del emperador Justiniano, que envió contra ellos a los hombres de una tribu hermana. Las mujeres y los niños fueron cautivados y los hombres murieron en gran número. Durante diez años permanecieron tranquilos. Luego, en el invierno del año 559, tu padre, el rey Zamergan, junto con búlgaros y eslavos, cruzó el Danubio pasando sobre el hielo. Zamergan dividió su ejército en tres cuerpos; uno se dirigió a Grecia, otro hacia el Quersoneso tracio, y el tercero, a sus órdenes, a Constantinopla. De las regiones por donde pasaban tan sólo quedaban animales salvajes devorando los cadáveres. Sus tropas acamparon ante las murallas de Constantinopla. Fueron vencidas por Belisario. Tu padre volvió a las estepas de los kutrigur. De los hijos que tuvo con sus numerosas esposas ninguno sobrevivió. Tú eres su única descendiente y la del terrible Atila. Tu raza maldita puede ser la explicación de tu poder sobre los lobos.

—No es poder, sino amor. Ellos me reconocen como una de los suyos. *Ava*, el jefe de la manada, es hermano mío de leche.

—¿Es verdad que hablas su lengua?

—No, pero ellos comprenden la mía.

—¿Has tenido relación carnal con alguno de ellos?

A pesar de la droga que había en su copa, Vanda reaccionó con violencia.

—Tu ánimo ha de ser perverso para que puedas imaginar cosas semejantes y atreverte a hacer esas preguntas.

El monje contuvo su cólera.

—Es práctica corriente entre los magos y las brujas acoplarse con machos cabríos y asnos. ¿Por qué no con lobos?

—Monje, desvarías; me hablas como si fuese una bruja. ¿De dónde lo sacas? ¿Olvidas que fui educada en el temor de Dios y el respeto de sus leyes por mi madre, la reina Radegunda?

—Temor y respeto que has olvidado al arrastrar a las religiosas a la rebelión.

—Yo no he arrastrado a nadie; sin mí, también hubiesen huido.

—No lo creo. Tenían necesidad de tu poder parta alcanzar la fuerza que les hacía falta para renunciar a sus votos.

—¿De qué poder hablas? Yo no tengo ninguno.

—Del que te dan los demonios desde el día de tu nacimiento —dijo el monje, irguiéndose con un gesto terrible.

Por efecto de la droga, o incitada por el absurdo de lo que se decía, Vanda estalló otra vez en carcajadas ante la actitud acusadora y maligna de su interlocutor. El monje se puso de una palidez inquietante.

—Hija de los lobos y de Atila, hoy ríes, pero mañana llorarás. No dejaré impune tal desprecio hacia las cosas de la religión. Quedaste doblemente maldita el día que los lobos te adoptaron y te alimentaron bajo el monumento de la idolatría, la Piedra Levantada. Nada, ni la santa educación de la bienaventurada Radegunda, ni el ejemplo de unas monjas virtuosas, ni siquiera la santa comunión, han podido expulsar de tu alma al demonio que habita en ella. Pido que el obispo Maroveo aquí presente convoque a los obispos y a los clérigos sabios en estas cosas para instruir un proceso, y que mediante la tortura te hagan confesar tus relaciones con el maligno, el lugar de vuestras citas y los nombres de tus cómplices.

Vanda vació su copa, sonriendo a las palabras del fanático monje que anunciaban días oscuros para ella. Poco a poco, sus ojos se cerraron y, dulcemente, su cuerpo se abandonó sobre sus cojines.

Olvidada por los comensales, Ludovina había seguido con creciente angustia las palabras del monje. Adivinaba que su señora estaba perdida si no conseguía arrebatarla al odio de los dos hombres. Era absolutamente necesario avisar a Romulfo. Pero ¿cómo? Vanda y ella misma eran objeto de una constante vigilancia. La voz del obispo la sacó de sus negros pensamientos.

—Que la lleven a sus habitaciones y que la encierren.

Como los guardianes olvidaban vigilar a la sirvienta, Ludovina tenía la posibilidad de escapar. Sin ser vista, se deslizó por salas y corredores, y llegó ante una puerta que sabía que daba a una iglesia próxima a la poterna.

La iglesia parecía vacía. Con el corazón desbocado, se dirigió a la salida; y, de repente, una mano que surgió de detrás de una columna la tomó del brazo y la arrastró hasta un rincón sombrío mientras otra mano ahogaba su grito. Las piernas se negaron a sostenerla, pero la voz que le hablaba al oído le pareció la luz de la esperanza.

—Urbano...

—Sí, soy yo. Habla bajo. A ¿dónde ibas?

—Trataba de salir para ir a buscar ayuda. Quieren torturar a Vanda para que confiese que tiene relaciones con el demonio.

—Eso no ocurrirá. He venido a buscaros.

—¿Tú solo? No es posible, estamos vigiladas día y noche.

—He venido como explorador, para reconocer el lugar. Hasta ayer no supimos dónde estabais. Para no despertar sospechas, volverás junto a Vanda y le dirás que esté preparada. Pero antes, ¿puedes indicarme con claridad dónde estáis?

Ludovina le describió con precisión el lugar donde estaban detenidas y el camino para dirigirse a la capilla.

—A partir de mañana, mirad cada día en el pan que os den. En él habrá un mensaje.

—Actuad de prisa, quieren que la condenen por bruja.

El rostro de Urbano se crispó.

—En efecto, no hay un momento que perder. Adiós, voy a avisar a nuestros amigos.

Desapareció por una puerta baja en la que no había caido la joven. Sin que la viesen, salió de la iglesia y se dirigió hacia las habitaciones de Vanda. Una mujer corpulenta apareció en un recodo del pasillo.

—¿Dónde estabas? Te buscan por todas partes.

—Estaba paseando en el jardín.

—Es curioso que no te encontrasen —dijo la mujer, con un deje de sospecha, empujándola dentro de la habitación y cerrando luego la puerta con cuidado.

Vanda estaba durmiendo con la sonrisa en los labios.

Al tercer día, Ludovina encontró el mensaje. Era de Albin. La evasión estaba prevista para esa misma noche. Vanda tenía que conseguir llegar hasta la capilla para rezar, lo que les haría ganar tiempo. No consiguió del obispo el permiso solicitado y esperó a sus amigos vestida, lo mismo que Ludovina, con una corta túnica de color neutro, ciñendo contra su cuerpo la piel de la loba. El último tañido de las vísperas acababa de sonar, y seguía sin ocurrir nada.

De repente, el crepúsculo quedó inundado por una luz acompañada de gritos y ruidos.

—Fuego... fuego...

Un tropel de gente pasó corriendo ante su puerta y se alejó, mientras que los guardianes y las sirvientas suplicaban con grandes gritos que les dejasen salir. La mujerona que llevaba las llaves se negaba a abrir.

—No te han ordenado que dejes que nos cocinemos aquí —dijo una sirvienta, intentando quitarle las llaves.

Una violenta pelea estalló entre las dos mujeres, que dejaron en ella puñados de cabello. Al verlo, las demás sirvientas acudieron en ayuda de su compañera, mientras los guardianes ayudaban a su señora. En la confusión, se golpearon unos a otros indistintamente. Unos golpes violentos cayeron contra la puerta deteniendo la lucha. Poco a poco, la madera cedía al hierro del hacha. Cuando el boquete fue lo bastante grande, las mujeres ensangrentadas se precipitaron por él tropezando unas con otras con el pánico del incendio. Una vez hubo pasado el huracán, Vanda vio aparecer a Cariulfo, a Ansoaldo y a Romulfo. Se arrojó en brazos de su padre con grandes demostraciones de alegría.

—Basta de abrazos —dijo Cariulfo—. Los soldados del obispo no tardarán en aparecer.

Como para darle la razón, se oyó el entrechocar tintineante de las armas.

—De prisa, a la capilla.

Vanda corría, perseguida por unos gritos.

—Coged a la bruja...

—No dejéis que la loba escape...

—Matad a la hija del diablo...

Vanda franqueó de un salto la entrada de la iglesia, seguida por Cariulfo y por Ansoaldo, que arrastraba tras de sí a Ludovina, que iba sofocada. Se encontró ante Albin, Urión, Urbano y otros a quienes no conocía, todos ellos armados con espadas, picas o hachas. Urión, vestido de hombre, le tendió su espada.

—De prisa —dijo Urbano, arrastrándola hacia la puerta baja en el mismo momento en que Romulfo entraba en la iglesia luchando con tres soldados. El galo hendió con la espada la cabeza de uno de ellos, que fue inmediatamente reemplazado por otro.

Ya son diez los que luchan con él. Su hacha hace molinetes, segando un brazo, hendiendo un tronco, una cabeza. De su robusto pecho, cubierto por la sangre de sus enemigos, ofrecido a los golpes de sus asaltantes, brotan feroces ronquidos que aterrorizan a los guerreros más valientes. Sigue adelante, insensible a las heridas, terrible en su fuerza brutal. Sus brazos enguantados con sangre se complacen en el exterminio. De sus ojos brotan chispas de orgullo y odio. Aparta con el

pie los cuerpos de los soldados que traban su camino de matanza. La iglesia resuena con el clamor de los moribundos, las llamadas de los heridos y el entrechocar de las armas. Del sagrado suelo alfombrado con restos sangrantes sube un vapor enervante que despierta unos instintos procedentes del fondo de los tiempos. Los hombres del obispo y del conde siguen adelante en gran número. Romulfo les mira y su grito de batalla estremece el corazón de los más aguerridos. La sangre brota abundante de su costado. Por su frente herida resbalan gotas bermejas que le oscurecen la vista. Caerá bajo la fuerza del número. Albin y Cariulfo acuden en su ayuda.

—Marchaos, proteged a mi hija, soy lo bastante fuerte para matarlos a todos.

Confirmó sus palabras traspasando con la espada a uno de sus asaltantes.

—De prisa, obedecedme, por el amor de Dios.

Antes de obedecerle, Cariulfo mató a un enemigo e hirió a otros dos.

—Te lo ruego, hermano, ven con nosotros, son demasiados —dijo Albin asestando una estocada en una garganta antes de recibir en la espalda un golpe con una pica.

Los dos hombres retrocedieron, obligados por la fuerza del número. A su alrededor se amontonaban muertos y heridos. Romulfo fue alcanzado otra vez en la frente. Cegado por la sangre que brotaba en abundancia de la herida, no vio llegar el golpe que le alcanzó en el muslo. Cayó de rodillas. Albin mató al agresor.

—Hermano —dijo Romulfo—, es inútil que los dos muramos. Tú eres el más joven, Vanda te necesita. Vete... te lo mando...

La última imagen que le quedó a Albin de su hermano vivo fue la de un magnífico guerrero galo cubierto de sangre, erguido en medio de la carnicería, haciendo molinetes con el hacha de guerra, sembrando la muerte a su alrededor antes de verse contenido a su vez por ella, como sus antepasados frente a los soldados romanos.

Y así murió, víctima de su amor, aquel que un día de invierno recogiese en la Piedra Levantada a una niña a la que encontró en compañía de unos lobos.

La cólera del obispo Maroveo no fue nada en comparación con la del monje, que habló de traición, de tortura y de carnicería. El obispo, que había perdido muchos hombres en aquel asunto, se contuvo con dificultad. Por supuesto que no se negaría a nada para servir a Dios y a su Iglesia, pero de ahí a aguantar los sarcasmos de un simple monje... ¿Un simple monje? Pues, ¿quién era aquel hombre ante el que temblaban los prelados más prudentes tanto como los más poderosos? Había llegado un día, precedido por una reputación de inmensa santidad, alimentándose de raíces y bebiendo sólo agua, con el cuerpo lleno de heridas que él mismo se infligía y apoyado por el Papa y por muchos obispos y reyes. La multitud se apartaba respetuosamente a su paso, las madres le tendían a sus hijos para que los bendijese, los enfermos acudían a él y él les curaba. Decía que el Señor Jesús le había confiado una alta misión: acabar en las Galias con las últimas creencias antiguas y hacer que triunfase la fe cristiana. Todos le temían.

Maroveo lanzó a los caminos, en persecución de Vanda y sus amigos, a su mejor capitán y a sus mejores soldados. Para impresionar a los que llamaba sus enemigos, el obispo de Poitiers, a instigación del monje, mandó dejar expuesto en las murallas el cadáver del galo.

Sólo Romulfo había muerto en la expedición. Para Vanda y Albin, la muerte de aquel padre, de aquel hermano, era inmensa. Le lloraron dos días, el uno en los brazos del otro. Su llanto cesó de repente cuando supieron cuál era la suerte reservada para los despojos de aquel a quien amaban más allá de la muerte.

—Iremos a buscarle —dijeron los dos.

No les costó mucho convencer a sus compañeros, que desaprobaban todos ellos la indigna actitud de un prelado cristiano. Decidieron atacar al anochecer. Y Vanda reunió a sus lobos.

Transcurría el otoño, esa espléndida estación del año que irradia oro, así como el verano irradia perfumes en sus primeros meses. Los árboles de los bosques se habían revestido con sus

paramentos regios, en que el estallido del rojo rivalizaba con el púrpura dorado. El sol poniente iluminaba con tonos dorados las murallas de Poitiers. Pronto llegaría la hora de cerrar las puertas de la ciudad. Los soldados a cargo de la vigilancia se habían dejado distraer por un extranjero que hacía bailar a un oso amaestrado; una muchachita vestida con andrajos abigarrados daba vueltas a su alrededor golpeando un pandero mientras el hombre tocaba la flauta. El oso resultaba tan gracioso, la pequeña era tan encantadora y ágil, que todo el mundo tenía ojos sólo para aquel espectáculo que se les ofrecía. En lo alto estaba expuesto el cadáver de Romulfo.

El comportamiento del oso fue un aviso para todos. De pronto, el animal se quedó inmóvil y, erguido sobre sus patas traseras, empezó a temblar y gemir. La muchacha se detuvo a su vez y exhaló un grito señalando con el dedo. Los espectadores siguieron su gesto con la mirada y se quedaron paralizados por el terror.

Ante ellos, bajo el arco de la entrada, montando a caballo, estaban Vanda y sus amigos, todos ellos vestidos con ropas de lana negra. Junto a los cascos de los caballos vigilaba, dispuesta a saltar, la manada de *Ava*. Los soldados reaccionaron por fin y sacaron las espadas. A un signo de Vanda, los lobos se adelantaron.

—Que nadie se mueva y nadie recibirá ningún daño. La reina Vanda, aquí presente, sólo quiere dar sepultura a su padre. Como buenos cristianos, la dejaréis hacer, e incluso nos ayudaréis —dijo Cariulfo.

Un soldado se adelantó con la espada en la mano. Cayó inmediatamente bajo los colmillos de *Ava*.

—Traed las escalas y descolgad el cuerpo —añadió Cariulfo, señalando a dos soldados.

Bajo la amenaza de las armas y de los lobos, los hombres así lo hicieron y bajaron al muerto. Vanda saltó del caballo y estrechó contra sí llorando la cabeza con largo cabello cubierto de sangre de su padre. Besó prolongadamente cada una de sus heridas, pidiéndole que la perdonase por haber sido la causa de su muerte. Albin la apartó de sus macabras expansiones y la ayudó a montar otra vez a caballo. Luego, tomando el cuerpo de su hermano, lo colocó delante de él, de través en su montura. Vanda, llorando, miró a la multitud y vio que algunas mujeres lloraban.

—Mujeres, vosotras, que sentís piedad, rogad por el descanso del alma de mi padre y en memoria de mi madre la Reina Radegunda, que fue vuestra protectora.

—Y por ti, hija de los lobos, bruja, ¿quién rezará?

El monje se erguía, terrible, tras la multitud, que se apartaba a su paso.

—No temas, monje, a partir de hoy me pongo en manos de Dios.

—Di mejor en las del diablo.

—No sé por qué no hago que mis lobos te devoren —murmuró la muchacha, pensativa.

Luego, volviéndose hacia sus compañeros, añadió:

—Amigos, vayamos a dar sepultura a mi padre. *Ava*, quédate aquí un momento.

Con un mismo movimiento, los jinetes dieron media vuelta, pasaron al galope bajo el arco y se alejaron bajo los últimos rayos del sol bajo un cielo carmesí. Los lobos esperaron a que el sonido de los cascos de los caballos fuese imperceptible para huir a su vez hacia los bosques. Romulfo fue enterrado cerca de la Piedra Levantada, junto a un manantial, vestido y envuelto en lienzos blancos, con la cabeza apoyada sobre un cojín de hierbas aromáticas, en un sarcófago de piedra de la región, junto con sus armas. Un santo eremita que le conocía y estimaba mucho, aceptó rezar una oración y bendecir su tumba. Con el cabello cubierto de ceniza, con la cabeza y el cuerpo cubiertos con un velo negro, Vanda dio paso a su pena.

Unos días después del entierro de Romulfo, Albin y Vanda paseaban por el bosque bajo el cálido sol. Les seguían de lejos *Ava* y unos de sus hijos. Caminaban lentamente, apoyados el uno en el otro, con el brazo del joven rodeando la cintura de la muchacha.

—Ayer fui a Poitiers, sin que me reconociesen. En la ciudad sólo se habla de ti y de tus lobos. Supe por boca de un capitán, tomando con él una cerveza, que el obispo ha pedido la ayuda del conde Maccon para buscarnos. Por su parte, parece que el conde ha recibido órdenes de llevarte ante el rey Gontran. He hablado con Cariulfo, y él cree, lo mismo que yo, que no debes caer en manos de esa gente. Propone que te llevemos ante el rey.

—No quiero dejaros.

—Es necesario que lo hagas. Yo también he de marcharme. Hace muchas semanas que recibí una carta del rey Recaredo en la que me pide que vaya a reunirme con él. Ya no puedo retrasar más mi viaje.

—Llévame contigo.

—Ya lo había pensado, pero no es posible. En cuanto Recaredo sepas que eres la pupila Gontran, hará que vuelvas. Y eso puede ser peligroso, los caminos no son seguros.

—Nada parece bastante seguro para mí —dijo Vanda con tristeza, apartándose de su amigo.

Alvin la retuvo y alzó el bonito rostro en cuyos ojos brillaban unas lágrimas. Le besó dulcemente las mejillas, la nariz, el mentón y los labios... Los de Vanda se entreabrieron lentamente y, poco a poco, el beso fraternal se fue volviendo caricia de amor apasionado. Apretados el uno contra el otro, se mecían como dos árboles jóvenes a impulso del viento. Una ráfaga más fuerte les llevó a tenderse en el suelo. Las manos del hombre no cesaban de descubrir las maravillas del cuerpo de Vanda, y las manos de la muchacha alzaron la túnica de Albin y su boca recorrió con besos el torso del joven. De repente, él la rechazó y murmuró:

—Estamos locos.

—¿Por qué? —dijo ella, abrazándole otra vez.

—Tú eres hija de un rey, y yo soy hijo de un campesino galo.

—Tú eres Albin y yo soy Vanda, y yo quiero que seas mi primer amante.

Aunque ignorantes, las manos de Vanda se mostraron expertas. Loco de deseo, cubriéndola de besos, Albin le arrancó más que quitársela la leve túnica a su amiga. Se quedó un momento contemplando la belleza, la tierna fragilidad de su cuerpo tembloroso. Y luego todo quedó olvidado, los suaves brazos de Vanda le aprisionaron mientras su vientre de seda se tendía hacia él.

Los jóvenes permanecieron desnudos, abrazados un largo rato. El viento del atardecer les estremeció. Con ternura, con lánguidos movimientos, se ayudaron mutuamente a vestirse y regresaron hacia el campamento desde donde llegaba el aroma de la comida que preparaba Ludovina.

Todas las miradas se volvieron hacia ellos y las conversaciones se interrumpieron. Cariulfo empalideció y apretó convulsivamente la empuñadura de su espada. Ansoaldo se puso también lívido y se volvió para ocultar las lágrimas; los rasgos de Urbano se contrajeron mientras un regusto amargo le llenaba la boca. Urión inclinó la cabeza; sus compañeros sonrieron con gestos de comprensión. Y Ludovina, por su parte, se quedó estupefacta, con la cuchara de madera levantada en el aire. Era evidente de todo el punto que los jóvenes se querían, que eran amantes y que eran felices de serlo.

Comieron en silencio, aunque ellos no se dieron cuenta, cautivados como estaban por sus propias miradas. Fue Cariulfo quien, a costa de un considerable esfuerzo, rompió el silencio para dirigirse a Albin.

—Hemos visto muchos grupos de soldados en el bosque a lo largo del día. Hemos de marcharnos cuanto antes y llevar a Vanda junto al rey Gontran.

—Tienes razón; pero, como ya te he dicho, os acompañaré hasta salir del territorio que controla Maccon. Y en seguida saldré hacia España.

Cariulfo y los demás le miraron sorprendidos. ¡Cómo! ¿Iba a dejar ahora a la princesa?

Vanda no decía nada, pero una lágrima rodó por su mejilla.

—Es mejor así, y confío absolutamente en ti, Cariulfo, y en todos vosotros, amigos míos. Más adelante, volveré. Si os parece bien, jurémosle fidelidad a Vanda.

Entonces, en esa noche iluminada por las llamas, uno por uno aquellos hombres rudos se arrodillaron ante la hija de los lobos y pusieron sus manos en las de ella. Albin se arrodilló en último lugar, y dijo:

—Juro serte fiel durante toda mi vida. Sé que nuestro destino no es el mismo. Sin embargo, cada vez que me llames acudiré, aunque sea con peligro para mi vida.

Vanda se levantó y dirigió una prolongada mirada a los hombres que la rodeaban.

—Amigos míos, os lo agradezco, acepto vuestro juramento de fidelidad y le pido a Dios que ninguno de vosotros lo traicione nunca. Ya que la suerte y las circunstancias parecen decidirlo así, iré a reunirme con el rey Gontran. Partiremos mañana, con el alba. Mientras tanto, descansemos un

poco.

Se retiró, seguida por Ludovina, llevando una antorcha de pino, a la cueva perfectamente oculta de las miradas de los extraños. Ludovina la ayudó a desnudarse y lavó su cuerpo con gestos maternales. La mano le tembló cuando borró la sangre de los muslos de aquella a quien llamaba hija. Pero no dijo nada. Vanda se puso una túnica de fina lana blanca y se tendió, mientras Ludovina la cubría con unas pieles. Ya iba ésta a acostarse, cuando Vanda se apoyó en un codo y le dijo:

—Ve a buscar a Albin y déjanos solos.

Sin decir una palabra, la sirvienta salió. Poco después entró él, inclinando su alta talla para no tropezar con la bóveda de la cueva. Vanda apartó las pieles y dijo:

—Ven a pasar esta última noche a mi lado.

Vanda estaba quitándose ya la túnica. Sin contestar, él se desnudó y se acostó junto a ella.

Algunos creyeron oír el aullido de *Ava* cuando sonó el grito de placer de Vanda.

El grupo, todo él vestido de negro a petición de Vanda, se movía en la luz resplandeciente de una hermosa tarde. Por suerte, no tuvieron ningún tropiezo, y ya estaban llegando a las fronteras del territorio de Maccon. A una señal de Cariulfo, todos se detuvieron.

—Aquí es donde nos separamos, si aún lo deseas así.

Albin inclinó la cabeza sin responder y movió su caballo llevándolo junto al de Vanda.

Con el rostro invadido de repente por una extrema palidez, Vanda dijo con voz en la que no había ningún temblor.

—Dios te guarde, hermano mío.

—Dios te aguarde, hija de Romulfo y de Atila.

Vanda encabritó su caballo y salió al galope sin volverse, seguida por el resto del grupo.

Mientras, pudo ver una nube de polvo. Albin no se movió y se quedó mirando en la dirección que había seguido Vanda, con el alma invadida por una tristeza desconocida, distinta de la que había sentido por la muerte de su hermano. Un ruido de hojas al quebrarse le arrancó de su triste ensoñación. Cerca de él y su montura estremecida pasaron *Ava* y su manada. El joven médico del rey Recaredo sonrió y, haciendo que su caballo diese media vuelta, se alejó, tranquilizado. Para la hija de los lobos no podía haber mejor protección.

Montmorillon, marzo de 1979
París, marzo de 1981

DOCUMENTACIÓN UTILIZADA

1. Carta de los obispos a Radegunda

«*A la muy bienaventurada dama e hija de la Iglesia en Cristo Radegunda, Eufronio, Germán, Félix, Domiciano, Víctor y Domnolo, Pretextato, obispos. Los remedios previstos por la Divinidad infinita para el género humano son el objeto de su solicitud constante y nunca en ningún lugar ni tiempo ceja en la asiduidad de sus beneficios, ya que el piadoso arbitrio de las cosas disemina en todas partes su herencia confiada a la cultura eclesiástica de las personas cualificadas que con una intensa actividad cultivan su suelo, provistas del rastrillo de la fe, y llegan a conseguir para la semilla de Cristo, gracias al clima divino, un feliz beneficio del céntuplo. La distribución de los frutos de su beneficiencia se opera en todos los lugares de tal manera que nunca rechaza lo que reconoce que puede aprovechar a muchos; gracias al muy santo ejemplo dado por esas personas, coronará a hombres muy numerosos cuando venga el día del Juicio. Por eso cuando al principio de la religión católica los primeros gérmenes de la fe venerable empezaron a brotar en el interior de las Galias y cuando los misterios inefables de la Trinidad divina aún no habían llegado más que a conocimiento de unos pocos, el Señor, para no ganar aquí menos de lo que había conseguido en el resto del globo terrestre gracias a la predicación de los apóstoles, se dignó enviar al bienaventurado Martín de raza extranjera para iluminar este país como se lo aconsejaba su misericordia. Aunque éste no vivió en los tiempos de los apóstoles, no se vio privado sin embargo de la gracia apostólica. La nobleza (de nacimiento) de la que carecía fue suplida en él por su fama, ya que una condición inferior no mengua en nada a aquel que destaca por sus méritos. Nos felicitamos pues, muy reverenda hija, de ver que revive en vos gracias a la propiciación divina, un ejemplo de dilección por las cosas divinas, ya que en el momento en que como consecuencia del paso fugaz del tiempo el mundo envejece, la fe vuelve a florecer gracias a los esfuerzos de vuestra alma y aquello que se hacía tibio a causa del frío languideciente de la senescencia, vuelve a calentarse por fin con el ardor de un corazón ferviente. Y como habéis venido casi de la misma región que es aquella de la que hemos sabido que partió el bienaventurado Martín para venir aquí, no es sorprendente que os veamos imitar con vuestras obras a aquel que creemos que ha sido vuestro guía en vuestro camino; así, es él aquel de quien habéis seguido las huellas y haréis de este bienaventurado personaje vuestro compañero con tanto ardor como aquel con que os negáis a formar parte de la vida mundana. Gracias a la luminosa irradiación de su fama, habéis hecho penetrar en el corazón de aquellas que os escuchaban una luminosidad celestial, de manera que afectadas de forma indistinta las almas de las jóvenes muchachas, inflamadas por una chispa de fuego divino, se precipitan con avidez para refrescarse en el amor de Cristo en la fuente de vuestro corazón y, abandonando a sus padres, se unen con preferencia a vos a quien la gracia ya que no la naturaleza ha hecho su madre. Al ver estos anhelos y este celo, damos gracias a la clemencia suprema que ha hecho que las voluntades se unan a su propia voluntad, ya que estamos convencidos de que a aquellas que por orden suya se han reunido en torno de vos, querrá mantenerlas entre sus brazos. Y así, habiendo sabido que por el favor de la Divina Providencia muchas muchachas de vuestra diócesis han acudido por su deseo a participar en la constitución de vuestra regla, hemos, por nuestra parte, examinado la carta que contiene vuestra demanda y que hemos recibido con alegría y bajo la inspiración de Cristo, nuestro guía salutífero, confirmamos lo que sigue: Aunque todas aquellas se han unido para permanecer en el amor del Señor, deben por igual mantener de manera inviolable aquello a lo que se comprometieron de una vez para siempre y plenamente de grado, porque la fe prometida ante el cielo no ha de ser violada, ya que no es una falta ligera profanar —cosa abominable— el templo de Dios para que en la cólera que se siguiera él lo destruya, sin embargo precisamos expresamente que si, como se dice, una persona procedente de las localidades confiadas por la Providencia del Señor a nuestro gobierno sacerdotal merece ingresar en vuestro monasterio en la ciudad de Poitiers, no se le permitirá, según las constituciones del señor Cesareo, de santa*

memoria, obispo de Arles, salir de él ulteriormente dado que, como viene contenido en la regla, habrá entrado tras manifestar tal voluntad, y eso a fin de que la vergonzosa infamia de una sola no desacredite lo que para todos brilla como un honor. En consecuencia, si, no lo quiera Dios, una de ellas, impulsada por una sugestión de su espíritu descarriado, quiere precipitar su disciplina, su gloria y su corona en semejante cenagal de infamia por consejo del enemigo, como Eva al ser expulsada del paraíso, y llega a salir por cualquier medio del claustro de dicho monasterio —¿qué digo? del reino de los cielos— para revolcarse en el cieno y dejarse pisotear en el barro de las plazas públicas, que quede excluida de nuestra comunión condenada a la herida de un terrible anatema. Por otra parte, en el caso de que después de haber abandonado a Cristo quisiese, cautiva del demonio, casarse con un hombre, no sólo ella, la fugitiva, sino también aquel que se una a ella, será considerado como un innoble adúltero y no como su marido, y quien quiera que haya administrado, digamos que el veneno más que el consejo de hacer tal cosa, será castigado, en virtud del juicio celestial y a petición nuestra, de forma similar a aquella que se decida para ella, y eso hasta que tenga lugar la separación y mediante una penitencia proporcionada al crimen execrable merezca que se acoja de nuevo y se la reintegre en el lugar del que salió. Añadimos también que los obispos que nos sucedan en el futuro vendrán obligados a infligir una condena semejante y si ellos lo desean, lo cual no creemos, suavizar ciertos puntos de los contenidos en nuestra deliberación, sepan que tendrán que excusarse ante nosotros en el tribunal del Juez eterno, ya que observar de forma inviolable lo que se le ha prometido a Cristo es una prescripción universal para la salud. Hemos creído que este decreto en el que se formula nuestra decisión debía verse corroborado mediante una suscripción hecha con nuestra propia mano en vistas a su autentificación. Y se respetará perpetuamente por nuestra parte y bajo los auspicios de Cristo.»

GREGORIO DE TOURS, *Libro IX*, cap. 39

2. Respuesta de los obispos reunidos ante el rey Gontran, al obispo Gondegesilio y a los obispos que excomulgaron a las religiosas rebeldes.

A los señores siempre muy estimados y muy dignos de su sede apostólica, Gondegesilio, Nicasio y Saffario, los obispos Aetheio, Siacro, Aunacario, Hesiquio, Agrícola, Urbico, Félix, Veran, y otro Félix y Beltrán.

Hemos recibido la carta de vuestra beatitud y tanto como nos ha alegrado vuestra buena salud de la que nos da noticia, otro tanto nos hemos sentido afligidos por una profunda tristeza debido a lo que nos contábais acerca del ultraje que experimentasteis a la vez que se violaba la regla y que la religión no era objeto de consideración alguna. Nos habéis notificado que las monjas que escaparon del monasterio de Radegunda, de bienaventurada memoria, por instigación del diablo, no han consentido en escuchar reprimenda alguna de vuestra parte, ni han querido entrar en la clausura del monasterio del que habían salido, y que además han profanado la basílica del señor Hilario maltratándoos a vos y a los vuestros; por ello las habéis privado de la gracia de la comunión y habéis decidido consultar con nuestra mediocridad esta decisión. Así, como sabemos que habéis revisado atentamente los decretos canónicos y que en el texto de la regla se contiene que aquellos a los que se reconoce culpables de tales excesos deberán no sólo ser condenadosa la excomunión, sino también al cumplimiento de una penitencia, y ya que profesamos hacia vos a la vez que una respetuosa veneración un afecto profundo y apasionado, declaramos que, de acuerdo con vos, damos nuestro consentimiento a lo que habéis decidido a la espera de que, renuniéndonos en consejo sinodal durante las calendas de noviembre, discutamos de común acuerdo cómo la temeridad de tales personas podría quedar refrenada mediante una sanción para que en adelante nadie se sienta tentado debido al orgullo de caer en esos excesos y perpertrar tales acciones.

Sin embargo, ya que el señor Pablo apóstol nos exhorta incesantemente a corregir a todos aquellos que desfallecen mediante una predicación diligente y que afirma que la piedad es útil para todo, os sugerimos que supliquéis mediante una asidua oración la misericordia del Señor para que

el mismo se digne animar en ellos el espíritu de la penitencia para que ellas se liberen con una digna reparación de la deuda que han contraído con su falta, a fin de que gracias a vuestra predicación esas almas, que en cierto modo han perecido, vuelvan a su monasterio con permiso de Cristo, para que aquel que hos devuelto al rebaño una oveja descarriada llevándola sobre sus hombros sea digno también de alegrarse por el regreso de esas mujeres tanto como de la adquisición de un rebaño. Os pedimos de forma más especial, y con ello contamos, que nos concederéis el sufragio de vuestras oraciones.

Yo, vuestro devoto Aetherius, pecador, me permito saludaros.

Yo, vuestro dependiente, Heisiquio, me atrevo a saludaros respetuosamente.

Yo, que os venero, Veran, obispo, os saludo respetuosamente.

Yo, vuestro servidor Félix, me permito saludaros.

Yo, vuestro humilde y afecto Félix, me permito saludaros.

Yo, vuestro humilde y obediente Beltrán, me permito saludaros.

GREGORIO DE TOURS, Libro IX, cap. 41

3. Carta de Radegunda a los obispos, llamada «Testamento de Radegunda»

A todos los obispos, nuestros santos señores y padres en Cristo, muy dignos de su sede apostólica, Radegunda pecadora.

Un proyecto razonable tiende a conseguir desde el principio un efecto sólido, cuando su objeto se revela a los oídos y se recomienda al buen sentido del conjunto de los padres, médicos y pastores de la grey que se les ha confiado, ya que su participación podrá procurar consejos caritativos, una poderosa ayuda y una intervención (divina) debida a la oración. Así como yo me he desembarazado de los vínculos de la laicidad para entregarme por propia voluntad y bajo la protección y la inspiración de la clemencia divina a la vida religiosa tomando a Cristo como guía, también he soñado en un impulso de simpatía de mi espíritu en el bien de los demás y para que con el consentimiento del Señor mis deseos lograsen servir de ayuda a esos otros, he establecido en la ciudad de Poitiers un monasterio de jóvenes que el excelente señor rey Clotario ha instituido y dotado, y cuando se fundó yo le entregué todo lo que la munificiencia real me ofreció en un acto de donación. Por otra parte, he adoptado para la congregación reunida por mí con la ayuda de Dios, la regla bajo la que vivió san Cesáreo y que la solicitud del bienaventurado Cesáreo, obispo de Arles, ha compuesto armoniosamente con ayuda de las instrucciones de los santos padres. Con el consentimiento de los muy bienaventurados pontífices de esta ciudad y de los demás (obispos) y también como consecuencia de una elección hecha por nuestra congregación, he instituido como abadesa a mi señora y hermana Agnès, a la que desde su más tierna infancia he querido y educado como a una hija, y me he comprometido a obedecer sus órdenes en nombre de Dios conforme a la regla. Luego, según el precepto apostólico, le hemos entregado, después de escribir unas cartas, los bienes terrenales que poseíamos, ya que temiendo la suerte de Ananías y de Safir, no conservamos nada propio una vez entramos en el monasterio. Pero ya que las horas y las coyunturas del destino humano son inciertas, porque el mundo corre hacia su fin, y como algunos quieren servir a su propia voluntad más que a la de Dios, impulsada por un celo divino, presento devotamente en nombre de Dios este acta, escrita bajo mi inspiración mientras aún estoy viva, a la beneficiencia de vuestro apostolado. Y dado que yo no podría estar presente, me prosterno ante vos por intermediación de una carta como si me arrojase a vuestros pies conjurándoos por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y asimismo por el día del juicio (final) terrorífico para que el tirano no nos ataque cuando os presentéis, sino que el que es legítimo rey os corone: (pido) que si por un azar después de mi muerte una persona cualquiera, sea un pontífice de este lugar, sea un magistrado, sea quien sea, lo que recemos no ocurrirá, tratase de perturbar a la congregación con una excitación malévola o un proceso judicial, o bien de infringir la regla, o instituir una abadesa distinta de mi hermana Agnès, a la que la bendición del bienaventurado Germán consagró en presencia de sus hermanos, o bien si la misma congregación, y es algo que no puede producirse, pretendiese

sustituirla a causa de murmuraciones, o bien si alguna persona, incluso un pontífice del lugar, quisiese arrogarse mediante un nuevo privilegio poderes sobre el monasterio o sobre los bienes del monasterio aparte de aquellos que los obispos precedentes u otros tuvieron en vida mía, o bien si alguna (de las religiosas) tratase de salir de aquí violando la regla, o si alguien, príncipe, pontífice, principal o alguna de las hermanas tratase con intención sacrílega de reducir a la nada o de apropiarse de una parte de los bienes que me han aportado el muy excelente señor Clotario y los muy excelentes señores reyes su hijos y cuya posesión he cedido al monasterio en virtud de un permiso contenido en el mandato de dicho Clotario, cesión cuya confirmación he obtenido por medio de documentos de los muy excelentes reyes Cariberto, Gontran, Chilperico y Sigeberto a los que acompañaba el empeño de un juramento y que ellos suscribieron con propia mano, o de los bienes de su patrimonio que para la salud de sus almas han aportado las hermanas de este lugar. Pido, pues, que estos culpables incurran en la sanción de vuestra santidad y en la de vuestros sucesores, después de la sanción de Dios, para satisfacer mi súplica y la voluntad de Cristo de forma tal que se vean privados de vuestras gracias lo mismo que los bandidos y los expoliadores de los pobres y que gracias a vuestra resistencia nada de nuestra regla ni del patrimonio del monasterio pueda quedar disminuido ni cambiado.

Os suplico también que, cuando quiera Dios que la menciondada señora y hermana nuestra Agnès abandone este mundo, se designe en su lugar como abadesa de nuestra congregación a aquella que sea del agrado de Dios y de la misma congregación, y esta abadesa, guardiana de la regla, no deberá relajar en modo alguno las santas prescripciones, ni causar la ruina por su voluntad o la de quienquiera que sea. Si, no lo quiera Dios, alguien quisiese alzarse contra la voluntad de Dios y la autoridad de los reyes acerca de las disposiciones escritas más arriba y que os vienen encarecidamente encomendadas ante el señor y sus santos, o atentar contra una persona o un bien, o si tratase de incomodar a mi hermana ya mencionada a la abadesa Agnès, que incurra en el juicio de Dios de la Santa Cruz y de la bienaventurada María y que encuentra para contradecirle y perseguirle a los bienaventurados confesores Hilario y Martín, a los que he confiado ante Dios los cuidados de defender a mis hermanas.

Asimismo tú, bienaventurado pontífice, y tus sucesores a los que yo adopto y elijo para que seáis mis valedores en la causa de Dios, no dudéis, si alguien se alza, no lo quiera Dios, intentando cualquier maquinación contra este monasterio, en correr, para rechazar y confundir al enemigo de Dios, ante el rey que entonces tenga a su cargo este lugar o en la ciudad de Poitiers preocupándoos por aquello que os ha sido confiado por Dios y luchar en calidad de ejecutores y defensores de la justicia contra la injusticia de otros hombres, para que un rey católico no consienta que pueda cometerse semejante crimen en su tiempo y que no permita desbaratar lo que ha sido confirmado por la voluntad de Dios, la mía y la de los mismos reyes.

A la vez conjuro también a los príncipes a los que Dios haya ordenado que me sobrevivan después de mi muerte para gobernar al pueblo, en nombre del Rey cuyo reinado no tiene fin y por cuya voluntad subsisten los reyes, de ese rey que les ha dado el poder de vivir y reinar, les conjuro para que mantengan bajo su protección y sus órdenes juntamente con la abadesa Agnès, él gobierno del monasterio que yo he construido con permiso y ayuda de los señores reyes, de su padre y de su abuelo y que he organizado de acuerdo con la regla y he dotado. Que ninguno de ellos permita que nadie moleste ni inquiete a nuestra mencionada abadesa ni nada de lo que pertenece al mencionado monasterio, ni que se la cause daño ni haya cambio alguno, sino que por el contrario, en consideración a Dios y de acuerdo con los señores obispos y por la súplica que les dirijo ante el Redentor de las naciones, que hagan que se les defienda y proteja como yo se lo pido, para que estén vinculados perpetuamente con el reino eterno junto con el defensor de los pobres y el esposo de las vírgenes en cuyo honor protegen a las siervas de Dios.

Os conjuro una vez más, a vosotros, santos obispos y excelentes señores reyes, así como a todo el pueblo cristiano, por la fe católica en la que habéis sido bautizados y para la que conserváis las iglesias, para que en la basílica que hemos empezado a edificar en honor de santa María, madre del Señor, donde ya muchas de nuestras hermanas han sido enterradas para que descansen en ella, sea inhumado mi cuerpo cuando Dios me ordene abandonar la luz de este mundo, esté la basílica acabada o inacabada. Y si alguien pretendiese algo distinto e intentase llevarlo a cabo, que incurra en la venganza divina por intercesión de la Cruz de Cristo y de la bienaventurada María y que

gracias a vuestra intervención merezca yo tener como sepultura una tumba en el interior de la misma basílica, junto con las hermanas de la congregación.

Que esta súplica que suscribo por propia mano, se conserve en los archivos de la Iglesia universal es algo que imploro con lágrimas en los ojos para que si la necesidad de actuar contra los malvados así lo exige, vuestra misericordia, piadosa consoladora, procure la asistencia de de vuestra solicidud pastoral cuando mi hermana la abadesa Agnès y su congregación pidan que acudáis en su socorro para defenderlas y para que no protesten diciendo que han sido abandonadas por mí, ellas a quienes Dios ha reservado la protección de vuestra gracia. Pongo todas estas cosas ante vuestros ojos en nombre de aquel que desde lo alto de la Cruz confió a la gloriosa Virgen, su madre, al bienaventurado apóstol Juan a fin de que así como el mandato del Señor fue cumplido por este último, ocurra lo mismo con el que yo, indigna y humilde, os confío a vosotros, señores míos, padres de la Iglesia y hombres apostólicos; al conservar dignamente este depósito participaréis de los méritos de aquel cuyo mandato cumplís y haréis vivir revivir dignamente el ejemplo del apóstol.

GREGORIO DE TOURS, *Libro IX,* cap. 42

4. Juicio pronunciado contra Crotielda y Basina

«A los muy gloriosos señores reyes los obispos que estaban presentes. Con el acuerdo de la Providencia, la religión ha confiado muy justamente sus procesos a los príncipes piadosos y católicos, otorgados al pueblo, a los que esta región se les ha concedido, ya que ella se siente, gracias a la participación del Santísimo Espíritu, sostenida y fortificada por las sentencias de los que reinan. Así pues, es por orden de vuestra soberanía por lo que hemos reunido en la ciudad de Poitiers para atender los asuntos del monasterio de Radegunda, de santa memoria, para tener conocimiento del conflicto de la abadesa de dicho monasterio y de las religiosas que por una decisión nefasta han salido de esa comunidad y que en razón de su discordia hemos convocado a las partes e interrogado a Crotielda y Basina preguntándoles por qué se marcharon tan audazmente violando su regla después de violentado las puertas del monasterio y por qué en tal ocasión la comunidad que en él estaba reunida se había dispersado. En sus respuestas declararon que no querían seguir soportando el hambre, la desnudez, y tampoco los malos tratos; añadieron también que distintos hombres se bañaban de forma indebida en sus baños, que la abadesa misma jugaba a los dados y que gente secular comía con ella, que incluso se habían celebrado bodas en el monasterio, que la abadesa había tenido la temeridad de hacer con un lienzo de seda del altar unas prendas para su sobrina, que había retirado de forma desconsiderada unas hojas de oro que bordeaban al lienzo y que criminalmente se las había hecho con gran ligereza un collar adornado con oro para su sobrina porque en el interior del monasterio se celebraba el festejo de la primera tonsura de la barba.

Cuando (los obispos) interrogaron a la abadesa para saber lo que tenía que responder a tales cosas, ella declaró que en lo que concernía al hambre de la que se quejaban que nunca habían pasado una privación excesiva, teniendo en cuenta la penuria de la estación. En cuanto a los vestidos, declaró que si alguien pudiese registrar sus armarios vería que tienen más de lo que exigen sus necesidades. En cuanto a los baños que se le reprochan, expuso que ese baño se había construido durante los días de la cuaresma y que debido al encalado reciente y para que la nueva construcción no incomodase a los que se bañaban, la señora Radegunda había dado orden a los domésticos del monasterio de que lo utilizasen públicamente hasta que el malsano olor hubiese desaparecido por completo. Los domésticos lo utilizaron desde la cuaresma hasta Pentecostés. A lo que Crotielda replicó:

—Y a continuación muchos siguieron bañándose igualmente.

La abadesa respondió que ella no podía confirmar lo que esas mujeres pretendían y que ella ignoraba si eso era así; pero por otra parte les reprochó no habérselo descubierto a la abadesa si ellas mismas lo habían visto. En cuanto a la mesa de juego, respondió que si bien había jugado en vida de la señora Radegunda, no se consideraba culpable; recordó también que ello no estab

prohibido ni en la regla escrita ni en los cánones. Pero ante la orden de los obispos prometió inclinando la cabeza para mostrar su arrepentiniento, que haría todo lo que se le mandase. En cuanto a las comidas, dijo que no había establecido ninguna costumbre nueva, aunque, como se hacía en tiempos de la señora Radegunda, había invitado a los fieles cristianos, aunque no se le podía reprochar que hubiese comido nunca con ellos. En cuanto a las bodas, dijo también que había recibido unas arras para su sobrina huérfana en presencia del obispo, de los clérigos y de los principales, y además dijo que si eso era pecado que ella pedía perdón ante nosotros; pero ella no organizó entonces un banquete en el monasterio. En cuanto a lo que decían acerca del lienzo, la abadesa citó como testigo a una religiosa noble que le había enviado como regalo un velo de seda pura que se había llevado de casa de sus padres y del que cortó un trozo para que la abadesa hiciese con él lo que quisiera; y en cuanto a lo que quedaba de él, llegado el momento haría un hermoso lienzo para el altar; fue con el trozo cortado del velo con lo que adornó la túnica de su sobrina. La que hizo el regalo, Didimia, lo confirmó por entero. En cuanto a las hojas de oro y al collar adornmado con oro, la abadesa recurrió al testimonio de Maccon, vuestro servidor, que estaba presente, ya que fue él quien recibió en su propia mano veinte monedas de oro del prometido de la muchacha, la citada sobrina; en consecuencia, el acto fue público y se llevó a cabo sin que el patrimonio del monasterio se mezclase en él en absoluto.

Se interrogó a Crotielda lo mismo que a Basina para saber si por casualidad (¡no lo quisiese Dios!) consideraban que la abadesa había cometido adulterio, homicidio o sortilegio, o cualquier otro crimen castigado con la pena capital. En su respuesta, declararon que no tenían nada que decir, salvo proclamar que la abadesa había actuado contra la regla según habían expuesto. Finalmente —y ello era consecuencia de los pecados cometidos al violar la clausura y al dejar a unas desdichadas privadas de la disciplina de su abadesa para hacer todo lo que quisieran durante tantos meses— nos presentaron a unas monjas a las que creíamos inocentes y que estaban en cinta. Tras discutir metódicamente sobre estas cuestiones sin encontrar crímenes que pudieran reprochársele a la abadesa, le hicimos paternales reproches por sus faltas más pequeñas para que en adelante no se expusiese a la crítica al cometerlas de nuevo.

A continuación estudiamos la causa de las partes contrarias, que han cometido crímenes más graves; en efecto, desdeñaron la orden expresa que les dio su obispo en el monasterio de no salir fuera de él; tras haberle menospreciado, abandonándole en el monasterio con el mayor desperdicio y ridiculizándole, rompieron cerraduras y puertas, se marcharon y arrastraron con ellas a otras monjas al pecado. Además, cuando el obispo Gondegesilio y sus comprovinciales, llamados para el mencionado proceso, fueron a Poitiers en virtud de un precepto de los reyes y se les convocó en el monasterio para la audiencia, ignoraron la notificación; y luego, cuando los mencionados pontífices reunidos se dirigían a la basílica del bienaventurado confesor Hilario, donde se encontraban esas mujeres, como convenía a la solicitud de estos pastores, y habiendo sido ellas advertidas de eso, provocaron una sedición, infligieron golpes con palos tanto a los pontífices como a los domésticos y derramaron la sangre de los levitas en el interior de la basílica. A continuación, en el momento en que por orden de los señores príncipes el sacerdote Teutario, un hombre venerable, acababa de ser enviado para que estuviese presente en el proceso y en que se había decidido cuándo tendría lugar el juicio, ellas, sin esperar a esa fecha, invadieron el monasterio de la manera más sediciosa; prendieron fuego a unos toneles en sus dependencias, rompieron puertas con barras y hachas, provocaron un incendio, maltrataron e hirieron a unas religiosas en el mismo recinto y en los mismos oratorios, robaron, desnudaron a la abadesa y la arrastraron tirando de su cabello; la ridiculizaron gravemente arrastrándola por las plazas y la encerraron en una mazmorra donde, aunque no estaba atada, no tenía libertad. Cuando llegó el día de la Pascua, que es fiesta en este país, el pontífice ofreció por ella un rescate para que pudiese asistir por lo menos a las ceremonias del bautismo; pese a las exhortaciones, la voz de los suplicantes no consiguió nada y Crotielda respondió que no sabía nada de tal asunto ni había ordenado nada al respecto. Crotielda incluso afirmó que gracias a su intervención se había conseguido que la abadesa no muriese a manos de los suyos, de donde resulta la certeza de que tal cosa se planteó. Algo que se puede concluir de estos hechos y que contribuye a demostrar su crueldad, es que ellas mataron junto a la tumba de la bienaventurada Radegunda a un sirviente del monasterio que huía y que en la pelea cada vez mayor que hubo, no trataron de solucionar el problema; a continuación entraron en el

monasterio para adueñarse de él negándose a atender a los sediciosos ante el tribunal público y prefirieron contrariamente a los preceptos de los reyes, tomar las armas y alzarse indignamente con flechas y lanzas contra el conde y el pueblo. Luego salieron para dirigirse a la audiencia pública, sustrayendo la sagrada Cruz sin ningún derecho, de manera indecente y furtiva; a continuación fueron obligadas a devolverla a la iglesia.

Ya que todos estos crímenes habían quedado reconocidos, aunque lejos de ser reprimidos se multiplicaban constantemente, les dijimos a estas mujeres que debían pedirle perdón a la abadesa por su falta y reparar todo el mal que se había cometido; ellas se negaron a hacerlo, y además insistieron en la propuesta de matarla, como habían pregonado públicamente que harían. Habiendo pues consultado y considerado los cánones, nos pareció muy adecuado privarlas de la comunión hasta que hubiesen cumplido una penitencia conveniente y hubiesen restablecido a la abadesa en sus funciones cuanto antes. De acuerdo con vuestras órdenes, sugerimos la adopción de estas medidas, que son competencia de la autoridad eclesiástica, tras haber considerado los cánones y aparte de cualquier consideración personal. Por otra parte, en lo que concierne al mobiliario del monasterio y a las actas y cartas de los señores reyes, vuestros padres, que han sido robadas y que ellas han confesado que tenían en su poder, aunque esas mujeres, sordas a nuestras órdenes, no nos las devolverán nunca voluntariamente, corresponde a vuestra piedad y a vuestra soberanía obligarlas en virtud de vuestra real autoridad a que las restituyan en vistas a la restauración del establecimiento a fin de que se perpetúe vuestra eterna recompensa y la de los príncipes precedentes, y no tolerar que ellas vuelvan a hacer tales cosas ni que aspiren a entrar de nuevo en ese lugar que han saqueado de forma tan impía y sacrílega, y eso con el temor de que ocurran cosas peores. Así, quedando las cosas restablecidas favorablemente para los reyes católicos gracias a Dios, la religión no perderá nada, y el mantenimiento de la regla establecida tanto por los padres como por los cánones nos será de provecho para el culto y vos recogeréis los frutos. Que Cristo Señor nuestro os sostenga y os dirija; que prolongue vuestro reinado y que os conceda la vida bienaventurada.»

GREGORIO DE TOURS, *Libro X*, cap.16

A mediados del siglo VI, en una Galia aún amenazada por las hordas bárbaras, el convento de Sainte-Croix cobija a Vanda, una extraña muchacha hallada junto a una manada de lobos. Vanda se hace mayor entre las primeras religiosas de Occidente. La reina Radegunda le prodiga su ternura, pero Vanda no puede olvidar que es “hija de los lobos”. Esta novela reconstruye el ambiente de un período de la historia de Europa tan fecundo como desconocido. *La hija de los lobos* ha sido convertida en una gran serie de televisión internacional.